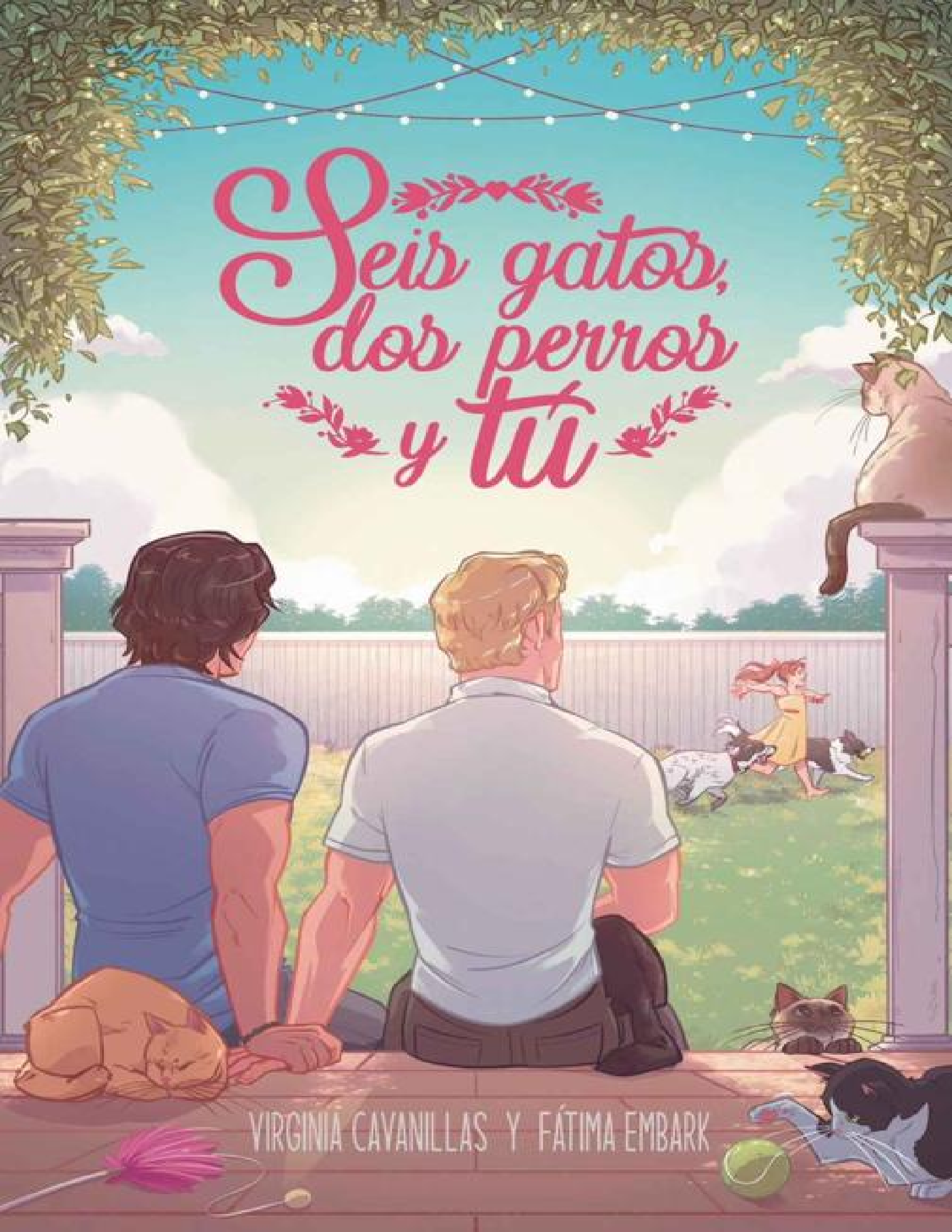
Seis gatos, dos perros y tú



VIRGINIA CAVANILLAS Y FÁTIMA EMBARK

SEIS GATOS, DOS PERROS Y TÚ

SOUL FINDER

LIBRO 3

FÁTIMA EMBARK

VIRGINIA CAVANILLAS

ÍNDICE

Nota de las autoras

1. Mason
2. Grant
3. Mason
4. Grant
5. Grant
6. Mason
7. Grant
8. Mason
9. Mason
10. Mason
11. Grant
12. Mason
13. Grant
14. Grant
15. Grant
16. Mason
17. Mason
18. Grant
19. Grant
20. Mason
21. Mason
22. Grant
23. Grant
24. Mason
25. Mason
26. Mason
27. Grant
28. Mason
29. Grant
30. Mason

Epílogo

Agradecimientos
Fátima Embark
Virginia Cavanillas
Otras obras de las autoras (Soul Finder)
Otras obras de las autoras (Winter Falls)

CRÉDITOS

Todos los personajes de esta historia son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Este libro contiene escenas de sexo explícito, almas gemelas que quieren darse mucho amor, muchos bichejos peludos (y no tan peludos) y referencias tope de frikis *made in* Vir & Fati.

Copyright © 2025 Virginia Cavanillas y Fátima Embark
Título: Seis gatos, dos perros y tú
® Todos los derechos reservados
No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de las autoras.
Editorial: Independently published

Diseño de la cubierta: Bea Gutiérrez (@begutirodart)
Corrección del texto: María Luisa Crespo
ISBN: 9798284748053

NOTA DE LAS AUTORAS



Este libro pertenece a la serie Soul Finder. Historias LGTB románticas contemporáneas e independientes, ambientadas en Eeriewood, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra.

Todos los libros tendrán como nexo común una *app* de citas llamada Soul Finder, cuya finalidad es emparejar a las personas —independientemente de su sexo u orientación— según intereses comunes y afinidades. La llaman la aplicación de las almas gemelas, porque eso es lo que pretende, que cada uno encuentre a la suya (si es que existe).

UNO

MASON



Llego tarde a mi cita y mi gata ha desaparecido. O quizá debería decirlo al revés: mi gata ha desaparecido y llego tarde a mi cita. El orden importa, siempre importa. Cualquiera diría que quedar con el amor de tu vida tendría que ser tu máxima prioridad, pero, en mi caso, no lo es. Primero, porque he tenido *muchos* amores antes que este y no han salido bien. Qué digo, ni siquiera han salido.

Me enamoro rápido, esa es la verdad, porque lo cierto es que me enamoro de quimeras, de bellezas —exteriores e interiores, que soy muchas cosas, pero superficial no es una de ellas— que son tan efímeras como el día a día. Y, tras un tiempo, descubro que no me gustan o que no les gusto; que no son para mí o que no soy para ellos. En cambio, mis animales entran en mi vida para quedarse. Y yo les juro fidelidad eterna. Y puede que mi gata sea una desconsiderada y no piense en lo mal que me lo hace pasar cada vez que se va, pero sé que no me dejaría en la estacada. Si los gatos desaparecieran del mundo, mi pequeño universo se quedaría en ruinas; eso también es verdad.

Y mientras busco a la más desconsiderada de mis mascotas, pienso en mi nuevo amor platónico. He quedado con alguien de Soul Finder, con quien comparto una compatibilidad decente, y llego tarde. Lo peor es que no es la primera vez que ocurre. Digamos que Remy —mi cita y amor de mi vida del momento— ha sobrevivido a una gastroenteritis de Toto, uno de mis perros, un *border collie* acostumbrado a comerse cualquier cosa que se caiga al suelo (lo

que da lugar a muchos problemas de digestión) y a un casi secuestro de los siameses. Y digo *casi* porque resulta que mi vecina, la de los rizos caobas y la casa pintada de amarillo, una señora de lo más simpática y con muchísimo tiempo libre que vive al final de la manzana, solo se los había llevado de excursión a comer pescado a su casa. Error. Los siameses no comen pescado, pero sí se van con cualquiera. Ellos también tienen prioridades, como yo; les encanta ir de acá para allá. Tienen tan poco de gato como yo de rubio tonto, cosa que tiende a pensar todo el mundo, y no solo por mi color de pelo.

Es injusto.

Creen que mi entrega a los animales es excesiva; o rara; o ambas cosas. Y no creo que sea tan difícil de entender que me gustan, muchísimo; y por eso les dedico gran parte de mi vida. Desde que era un crío comprendí que me era más fácil relacionarme con ellos que con las personas. Los entiendo mejor; puedo estudiar su comportamiento y comprender su carácter. Las personas, sin embargo, están hechas de piezas con muchas aristas, bordes y huecos; y no siempre —casi nunca, más bien— sé cómo encajarlas. Son como puzles de formas imposibles que se me pide que una sin ni siquiera tener la imagen de la tapa. Y yo, a ciegas, no puedo.

La cuestión es que, tras varios fracasos y compatibilidades raspaditas en Soul Finder —la aplicación de citas especializada en encontrar a tu alma gemela—, decidí omitir lo de los animales. Es una parte importante de mí, pero no puede ser que eso sea lo que me defina como persona. Es la carrera que decidí estudiar, la profesión a la que me dedico y el calor que encuentro cada noche cuando me dejo caer en la cama tras una cena por encargo o a domicilio. Pero yo no soy mis animales. La etiqueta de «loco de los gatos» o «paseador de perros» ya empieza a pinchar como una aguja de vudú. Cada vez que lo oigo, pinchazo. Soy otras muchas cosas, o eso quiero creer y, salvo que un aspirante a alma gemela me dijera que es alérgico al pelo de gato o que odia a los perros, preferiría dejar que la magia de conocerse se base en esas «otras muchas cosas» que parece que a mi Remy sí le gustan; por ejemplo: mi obsesión con la serie *Perdidos*, que los únicos libros que termino

y releo sean los de Dickens y que Lana del Rey sea mi lugar seguro en su tristeza. ¿Qué posibilidades había de que le gustaran esas mismas tres cosas? Pocas, casi nulas, de ahí nuestra compatibilidad. Lo de mis mascotas vendrá después, cuando esté tan enamorado de mí que los vómitos de Toto no lo espanten y los arañazos de Bola de pelo le parezcan «monerías». Aunque la redención para este tercer plantón va a ser complicadilla, me temo.

Nunca he tenido pareja estable. Y con estable me refiero a una que haya durado más de unas pocas semanas. También he tenido rollos de una noche que no han ido a más —por su culpa o por la mía, hay un poco de todo— y citas varias que siempre han empezado con muchos nervios y un poco de alcohol, porque, a pesar de que creo que el sexo se me da bien (cuando me pongo, me pongo), no logro echar un polvo sin tomarme un par de copas. Es el acercarme lo que me cuesta; bajar el nivel de intensidad y parecer una persona funcional que no se enamora con apenas una caricia o una mirada más penetrante de lo normal. Cuando me gusta mucho alguien, me atoro. Cuando simplemente me gusta, sin excesos ni pensamientos de amor eterno, me da apuro, sin más; pero sigue siendo un obstáculo, así que recurro al alcohol como pobre e insano aliado. Por suerte, me sube rápido y con un par de chupitos estoy más que listo.

Para mí, ese puntito de alcohol sirve como atenuador de la vergüenza y del romanticismo excesivo. Es como cuando pones los altavoces para amplificar los sonidos y la música retumba de tal manera que sientes la vibración en el suelo. Lo malo es que nadie se queda conmigo después de bajar esa música. Cuando ya solo quedo yo, a volumen bajo y rodeado de animales. Quizá es una especie de onda que emite mi cerebro y que no llega a los humanos. Quizá soy yo mismo quien bloquea esa señal… No lo sé.

Pero Remy es distinto. Lo que sabe de mí, y no es poco, le gusta. Incluso las rarezas, que, gracias al universo, comparte. Sabe que no me gustan los finales de los libros y por eso tiendo a no terminarlos; sabe lo obsesionado que estoy con *Perdidos* y con las paradojas temporales; o cómo podría aislarme con una copia subrayada y medio rota de *Grandes esperanzas* escuchando *Born to Die* en bucle.

No puedes llamarte Remy y no ser legal; debe haber alguna norma que lo prohíba. Ese tío es lo más legal y compatible conmigo que he encontrado. Aunque haya vuelto a arruinar esa «primera cita» que nunca llega.

Aparto cualquier pensamiento de mi cabeza y recorro por segunda vez el jardín trasero, así como la diminuta casa adyacente que uso a modo de consulta y donde se quedan a dormir los animales a los que trato. Ahora mismo hay dos perros que requieren pernocta y a los que voy a dar el alta en unos días; son muy tranquilos los dos. Se trata de un mastín inglés bastante mayor al que suelo hablarle de mis cosas porque nos relaja a ambos. Se llama Yago y, desde que lo atropellaron con un monopatín, se asusta por cualquier cosa y no deja de ladrar y de gemir a todas horas. Ese es el motivo por el que los dueños lo han dejado a mi cargo. Y luego está Snoopy, un *cocker spaniel* al que estoy ayudando a lidiar con la tristeza, adaptándolo a una nueva rutina. Su dueño falleció hace unos meses y su viuda me lo trajo porque se negaba a comer, solo comía de su mano, y ladraba si lo dejaba solo. Ambos duermen ahora plácidamente con *Hope is a dangerous thing for a woman like me to have-but I have it;* porque, sí, Lana hace milagros.

Una vez compruebo que todo está en orden, me dirijo a revisar el jardín delantero. Vivo en una casa de una sola planta, de color verde pistacho, a la que le faltan una buena mano de pintura y varios arreglos. Al menos ya he reparado la valla de uno de los laterales, la que da a la casa de los padres de mi amigo Ryder, y ya no me llaman a medianoche porque algún gato se les ha colado. Lo siguen haciendo, claro, pero de forma muy aislada.

Tequila, mi gata ingrata, no está por ninguna parte. No es la primera vez que no viene a dormir. De hecho, todos mis gatos entran y salen cuando les viene en gana, pero Tequila lleva días sin pisar nuestra casa; y es raro cuando odia los días de lluvia. Más que odiarlos, les tiene pavor, y la lluvia no parece entusiasmada con la idea de irse de Eeriewood y, no sé, tomarse un descanso para que salga el sol. Sería un detalle.

Me cruzo de brazos y observo el cielo cada vez más nublado. En nada caerá una buena y ella sigue sin aparecer. El móvil me vibra en

el bolsillo. Sé que debo avisar a Remy, pero aún me queda tiempo y me estoy aferrando a ello como a un salvavidas. He quedado cerca y en cinco minutos podría estar ahí. Solo tengo que encontrarla. Sigo caminando, metiéndome por la parte trasera de los jardines, ya más que un poco nervioso.

—Creo que deberías coger un paraguas —me grita el señor Porche desde su butaca de mimbre con la vista fija en la revista que tiene en las manos.

Siempre está ahí, en su porche —de ahí el nombre, no sé cómo se llama—, y siempre está haciendo lo mismo: leyendo; el periódico, revistas de distintas temáticas, libros varios… Este hombre es una de las cosas más estables en mi vida. No sé qué dice eso de mí.

Cuando me quiero dar cuenta estoy cruzando la calle y me dirijo a la valla de madera que cerca su propiedad.

—¿La ha visto?

Mi vecino levanta la vista de la revista y me dedica una mirada curiosa. Es grande, de ojos oscuros, tiene el pelo negro lleno de canas y, aunque no sé su edad, calculo que tendrá unos cincuenta y muchos o sesenta y pocos.

—Tequila. La gata persa gris con manchitas blancas y marrones —explico.

—¿Les pones nombres de bebidas a tus animales?

—¿Ha visto cómo camina? Va dando tumbos. —Imito su manera de andar, avanzando con los pies torcidos y moviendo los hombros con demasiado ímpetu. Pero dejo de hacerlo en cuanto veo cómo me mira—. La idea era ponerle Whisky, pero es que el tequila, como bebida alcohólica, es más fuerte. Ya sabe. —Carraspeo cuando veo que sigue mirándome sin apenas pestañear—. El caso es que llevo un buen rato buscándola y quizá la haya visto pasar por aquí.

—Tienes miles de gatos —me dice el hombre—. No pretenderás que me fije en todos, ¿no?

—Tengo seis gatos y dos perros —lo corrijo.

Él sigue mirándome.

—Esta es fácil de identificar, es enorme.

—Yo te he visto con más de seis gatos.

—Pero esos no son míos, son del vecindario. Solo les doy de comer. Y los curo. Y los llevo al veterinario. Vale, sí, entiendo la confusión.

El vecino me sigue mirando.

—Mire, esta es muy grandota, le arrastra un poco la tripa porque como anda raro se le balancea. Es gracioso y tierno de ver. Llama la atención.

El hombre sigue mirándome como si me estuviera analizando. Pero no de malas formas, es… curiosidad.

Me suena el móvil y esta vez sí lo saco.

Remy: ¿De verdad vas a venir?

Colmillo Blanco: Sí. Lo siento. Me ha surgido algo, pero enseguida voy. Espérame, porfa.

Remy: Vale. Tengo ganas de verte.

Colmillo Blanco: Y yo; muchas.

—Mierda —digo en voz alta, guardándome el móvil.

Mi mente vuela a toda velocidad buscando otros lugares en los que buscarla. ¿Dónde puede haberse escondido?

El señor Porche se golpea la pierna con la revista. Parece de jardinería esta vez, y eso hace que recuerde a mi madre y sus largas horas en el jardín. Desde que murió mi padre, lo único que parece hacerla feliz son sus plantas y sus flores.

—Esa boca, chico.

Me rasco la cicatriz que tengo al borde del ojo, un tic que tengo desde que me caí del tejado cuando era un crío y creí que podía andar por el canalón como mi gato. Por suerte, solo me hice una herida; muy sangrante y que acabó con seis preciosos puntos y una bonita cicatriz que me gusta rascar cuando estoy nervioso. Es por el tacto suave; me tranquiliza.

—Lo siento. Es que tengo una cita con alguien que me gusta.

—No me digas.

—Y necesito encontrar a Tequila antes.

—Y tu cita lo entenderá. Si no lo hace, tengo un hijo estupendo que podría hacerte muy feliz. Le diré que buscas pareja.

—Ya, claro —digo con la mente puesta en mi gata ingrata—. Gracias por todo.

Me doy la vuelta, a punto de volver a cruzar hacia mi casa, cuando caigo en la cuenta de lo que acaba de decir.

—Espere, ¿ha dicho «hijo»? ¿Cómo sabe que yo…? Es decir, no es que fuese un secreto, pero…

—Pero ¿qué? No digo que se te note ni nada de eso. Y, aunque se te notara, ¿qué más da? No soy uno de esos viejos intolerantes. Ha sido una corazonada, últimamente tengo muchas. Desde que mi mujer me dejó, parece que heredé una casa, un jardín y un sexto sentido para ver las cosas.

—Bueno, si nos ponemos estrictos, la vista es uno de los cinco sentidos, no es un sexto sobrenatural.

—No seas literal, chico, ya sabes lo que quiero decir. Percibo cosas. Cosas que percibía ella y que yo no tomaba en serio.

—Hum, vale. Me encantaría seguir charlando, pero de verdad que tengo prisa.

—Sí, sí, tú vete a buscar a Whisky. Te será más complicado dar con ella cuando empiece a llover.

—Tequila —lo corrijo. Él alza una ceja—. La gata se llama Tequila.

—No olvides el paraguas, chico. Y no te preocupes si tu cita no entiende que la gata es como de tu familia, que yo hablaré con mi hijo y os organizaré algo.

Pues estupendo. Sin gata, sin paraguas y con un vecino casamentero.

DOS

GRANT



—Ya está, bloqueado, no quiero saber nada —digo mientras entro en casa, empapado, y me sacudo el pelo para también empapar a Martha, mi expareja y madre de mi hija—. No debí dejar que me liaras para hacerme un perfil en Soul Finder solo porque a ti te funcionara. No tengo edad para estas mierdas.

Martha me ayuda a quitarme la chaqueta —porque estoy tan cabreado que sacudo los brazos sin lograr desprenderme de la prenda que se me ha adherido a la camisa de lo mojada que está— mientras me quito las botas y las dejo en la entrada junto a las zapatillas fucsias de mi hija Mabel. Yo no soy esta persona. No soy este ser cabreado que no puede quitarse una cazadora por pura frustración.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que otra vez me ha dejado plantado.

—¿Así, sin más?

—No, me ha estado poniendo excusas hasta hace apenas cinco minutos, pero ya está, se acabó. No vuelvo a fiarme de una aplicación de citas.

—Lo que no tienes que hacer es fiarte de alguien a quien le guste *Perdidos*.

La fulmino con la mirada. Sé que lo hace para quitarle hierro a mi cabreo, no suelo enfadarme, soy hosco y quizá un poco serio, pero no pasional en mis enfados. Pero es que su última excusa ha llegado

junto a las primeras gotas de lluvia y de ahí la tormenta solo ha ido a peor.

—Por eso nos separamos, Martha, porque no sabes valorar las cosas buenas y encima me recomiendas *apps* de mierda para ligar con tíos informales que me hacen ilusionarme y luego, ¡zas!, plantón al canto.

No nos separamos por eso, claro está. Martha es mi mejor amiga y vive enfrente de mí porque decidimos que como pareja no funcionábamos, pero que nos llevábamos fenomenal y que, en la medida de lo posible, queríamos criar a nuestra niña juntos. Podríamos haber seguido viviendo bajo el mismo techo —y quizá con cierto derecho a roce— si ella no hubiera encontrado a su alma gemela en la puta aplicación del infierno en la que se empeñó en crearme un perfil hace cuatro meses. Pero ella fue la valiente que tomó la mejor decisión para ambos: separarnos, vivir cerca el uno del otro y criar a Mabel juntos. Yo no lo hubiera hecho, soy mucho más cobarde y nuestra relación era una seguridad en mi vida a la que me había acomodado. Dicho así suena casi frío, pero no lo es, tuve un ataque de miedo espantoso cuando me dijo que deberíamos separarnos. Me costó aceptar lo que ambos sabíamos desde hace tiempo: que el amor romántico y pasional que compartimos a los veinte años había dado paso a una amistad bonita y sólida, faro de cualquier tempestad, pero una amistad, al fin y al cabo.

Así que ahora vivimos en casas separadas pero muy cercanas (para que Mabel se mueva a su antojo), y Martha tiene un nidito de amor con el tipo que encontró hace un año y medio en Soul Finder y con el que no me voy a meter porque, aunque me costó asumir que había sido reemplazado y que, esta vez sí, mi ex había decidido dar el «sí, quiero» que nunca nos planteamos darnos nosotros, Leo me cae muy bien. Y es muy bueno con Mabel.

—Yo solo digo que no puedes basar tu compatibilidad en una serie que creó el que se cargó *Star Wars* y el que se cargó el universo de Alien.

—Te lavas la boquita antes de hablar mal en esta casa de J.J. Abrams y Damon Lindelof.

—Pues no solo lo digo en tu casa, sino también en tu queridísima cocina. Mira, mira —dice, divertida, mientras entra en mi territorio, mi espacio sagrado, ese que no dejo pisar a nadie salvo a Mabel y con restricciones. *Muuuchas* restricciones.

Salgo tras ella y la agarro por detrás para sacarla casi en brazos mientras se ríe y patalea. Una vez la tengo fuera, me aparto el pelo mojado de la cara —lo tengo ya muy largo, no me vendría mal un corte— y saco un par de cápsulas para poner en la cafetera.

—Dado que eres la culpable de esta hecatombe, ¿te tomas un café conmigo o desertas como la perra del infierno que eres?

Ella se ríe. Desvergonzada. Yo la mato.

—Sí, ponme uno mientras Mabel termina de hacer su mochila. Le he dicho que se tiene que responsabilizar de sus cosas y estoy segura de que meterá muñecos, los prismáticos y cero unidades de bragas, pero oye…

Sonrío.

—Puede venir a coger lo que quiera antes de que os vayáis a casa de los padres de Leo, no es como si fuera a traer a mi no-cita a casa.

—Nos vamos ya, Leo me acaba de decir que nos recoge en coche en quince minutos. —Se queda callada, mirándome con intensidad, y luego añade—: ¿Lo hubieras traído? A tu casa, digo.

—Pues claro que no, loca. Ni siquiera le he dicho que tengo una hija. No pienso exponerla a ligues esporádicos.

—¿Qué ligues esporádicos? Te has liado con tres personas desde que nos separamos; tres. En dos años. ¡Dos! Yo creo que hasta te ha vuelto a crecer la virginidad, no te digo más. Deberías ir al médico a que te lo mire.

—No tiene gracia. —Suspiro de forma tan dramática que la espuma del café que coloco en la encimera tiembla un poco—. Había pensado decírselo hoy. Es la primera vez que encuentro a alguien tan compatible conmigo; quería asegurarme de que podía ir a más.

—Compartir una serie favorita y una cantante depresiva no os hace la pareja perfecta.

—¿No? ¿Y que nos unía a ti y a mí?

—Los viajes en el tiempo, el pop británico de los noventa y *Doctor Who*.

—Y mira cómo acabamos.

—¿Con una relación de más de diez años, una hija maravillosa y siendo mejores amigos? Ni tan mal.

Tiene toda la razón, ni siquiera es que tengamos que hacer un esfuerzo por Mabel; nos llevamos bien por naturaleza, quizá lo que forzamos fue la relación romántica, quizá siempre estuvimos destinados a ser amigos íntimos, confidentes, padres. Yo podría haber seguido con ella toda la vida, aun no amándola como pareja; me valía con quererla por encima del resto del mundo. Y con fiereza, además.

—¿De verdad le ibas a hablar de Mabel? —me dice en un tono más suave.

Atrás ha quedado la coña sobre el menosprecio a *Perdidos* o a Lana del Rey (a quien ella aborrece). Ambos pensamos igual a ese respecto: compartir aficiones con tu pareja, ya sean series, deporte o mirar al cielo en los días despejados —una anomalía en Eeriewood— es una fantasía hecha realidad y la receta perfecta para una relación sana y duradera. Que todo se puede torcer, sí, pero que la base sea el entendimiento y los gustos parecidos te allana el terreno y evita esos baches en el camino tan difíciles de sortear cuando uno está aprendiendo a conducir con un nuevo copiloto.

—Ahora ya da igual —le digo tras un suspiro—. Se acabó, lo he bloqueado. Y estoy a esto —le hago un gesto juntando índice y pulgar— de borrar la *app*.

—No seas radical, amor. Soul Finder no tiene la culpa.

—No me llames «amor». —Suspiro otra vez, estoy dramático—. Mira, yo ya estoy mayor para tantas chorradas.

Me da un puñetazo en la pierna cuando me pongo al otro lado de la isla de la cocina y le paso su taza.

—Tienes treinta y dos años —replica—. Yo te saco uno y considero que estoy en mi mejor momento; es más, encontré a mi marido en Soul Finder hace un año. Justo a la edad que tú tienes ahora. Así que, ya ves, los treinta y dos son la edad perfecta para empezar una historia de amor. Como Jesús.

—¿Quién es Jesús?

—El de Nazaret —me dice como si tal cosa. Ella es muy así, carente de lógica, fue lo primero que me atrajo de ella.

—¿Jesucristo empezó una historia de amor a los treinta y dos? —Soy tan ateo como ella, así que ni idea, todo podría ser.

—No, idiota, quiero decir que fue una edad crucial para él.

—¿Estás haciendo un juego de palabras adrede o lo de «crucial» te ha salido solo? —No puedo evitar sonreír—. Y si te refieres a su crucifixión, fue a los treinta y tres.

—Bueno, pero seguro que a los treinta y dos hizo grandes cosas.

—Dime alguna —la reto, divertido. Vaya ejemplo de mierda.

—Multiplicó panes, convirtió el agua en vino, caminó sobre el mar… O sobre un río… —contesta, enumerando con los dedos—. Vamos, que estaba en su mejor momento. Como tú ahora.

No sé ni qué contestar. Aunque he de reconocer que sus chorradas me dan la vida. Tiene un humor absurdo, habla por los codos y en ocasiones se pierde en su propio discurso de todos los desvíos que toma. Creo que tengo un tipo de persona favorita. Porque mi hija va por el mismo camino y lo primero que me llamó la atención de Colmillo Blanco —el apodo de mi supuesta alma gemela — fue esa capacidad de divagar hasta el infinito de ciento y un temas, y ninguno a la vez.

Pero no voy a pensar en él o tendré que cambiar el café por *bourbon*; y prefiero esperar a que las dos mujeres de mi vida se vayan a Winter Falls a pasar el fin de semana.

—A mí lo de convertir el agua en vino me vendría de maravilla, la verdad —le digo.

Nos sonreímos el uno al otro hasta que oímos la voz de Mabel y nos giramos para sonreírle a ella, que está de pie en medio del salón con unas botas de agua altas y un chubasquero amarillo.

—Mami, no encuentro los prismáticos.

Martha me mira como diciendo: «¿Ves? Ni una braga ha metido en la mochila».

—Mira a ver si están en el alféizar de la ventana de la entrada. Papi los usa para mirar al vecino de los gatos.

—¡Eso no es cierto! —me quejo, ultrajado y avergonzado a partes iguales.

—No sé lo que es un alféizar —dice Mabel casi a la vez.

Martha la acompaña hasta la ventana situada al lado de la puerta, donde hay una pequeña librería y, junto a ella, un amplio alféizar con unos cómodos cojines morados. Es un gran sitio para leer y estar en paz. Entra luz incluso cuando está nublado y el sonido de la lluvia contra el cristal en los días lluviosos me relaja. Pero, encima de uno de esos cómodos cojines, está el cuerpo del delito: los prismáticos de Hello Kitty de mi hija de nueve años que no reconoceré haber usado para espiar a nadie. Es más, lo negaré con vehemencia y sin sentirme culpable:

—Yo no los he cogido.

—No engañas a nadie, Grant; eres como James Stewart en *La ventana indiscreta*.

—¿Y eso te convierte a ti en Grace Kelly?

—Bueno, Grace Kelly también podría ser el vecino. Es igual de rubio e igual de guapo.

—Es raro. Solo lo miro porque no entiendo lo que hace jardines arriba y jardines abajo cada mañana y cada tarde.

—Tienes mucho tiempo libre, amor.

—No me llames «amor», confunde a la niña —le digo en un susurro mientras la niña en cuestión se acerca al paragüero y coje su pequeño paraguas.

—No la confunde. Me lo dices porque quieres provocar una discusión que nos aleje del tema que nos ocupa: que eres un poco acosador; y que acabas de mentirnos a la cara y sin pestañear.

Cómo me conoce; sabe que busco peleas contra enemigos invisibles cuando me quedo sin argumentos. Pero con ella no cuela, nunca lo ha hecho. Lleva más de una década a mi lado; una década en la que siempre me ha llamado «amor» —a mí y a mucha otra gente a la que quiere— y nunca me he quejado. Aunque sí creo que puede resultar confuso para quienes no nos conozcan.

—Venga, amor —le dice a Mabel y después me mira a mí. Tocapelotas—. Coge la mochila, que nos vamos.

—Vale, pero antes tengo que hacer una cosa muy importante.

—Ah, ¿sí? ¿Qué cosa?

—No puedo decírtelo, es una misión secreta, pero nada arriesgada —añade tras una breve pausa—. Tiene que ver con un gato y no tengo que cruzar ninguna calle.

A mi hija ahora le ha dado por evaluar los riesgos de cada cosa que hace. Como vivimos en una urbanización segurísima y la mayoría del tiempo ni siquiera tiene que cruzar la calle, la dejamos moverse con cierta libertad con un *walkie-talkie* colgado del cuello. Se lo regalamos cuando cumplió nueve años. Es de una tienda que se llama La panacea del espía y parece casi profesional; tiene un auricular y todo, porque Mabel dice que así nadie sabe que sus padres le están diciendo cosas y creen que es más mayor. Ya se arrepentirá de crecer, ya. Ahora está en esa etapa de «soy independiente, no me tratéis como a un bebé» tan molesta. El caso es que su madre o yo nos quedamos con el otro *walkie* y cada minuto o menos comprobamos cómo está. Vamos, que la tenemos megacontrolada. Porque lo cierto es que es igual de temeraria que Martha, y ahora le ha dado por que tiene misiones importantísimas que llevar a cabo.

—Va al jardín del vecino guapo a comprobar a los gatos —me dice Martha al oído leyendo la preocupación en mi cara.

Me acerco a Mabel y la cojo en brazos para comérmela a besos. Ella me abraza muy fuerte y se muere de risa cuando no le dejo ni un punto en la cara sin besar.

—No te preocupes, anda —me dice cuando Mabel se va corriendo a por la mochila—. Y aprovecha el finde solo. Ya que no vas a traerte a tu novio virtual podrías invitar al vecino de los gatos a casa.

Se ríe y sube y baja las cejas de forma sugerente.

—Primero: no era mi novio virtual, nos estábamos conociendo. Segundo: ¿al vecino de los gatos? A ti se te pira. No sé ni cómo se llama.

—Pues se lo preguntas.

—Ese no es el problema.

—Pero ha sido tu primera excusa, lo cual es raro.

—Déjalo, Martha —le digo cuando Mabel aparece con su mochila y el *walkie* al cuello. Le doy otro abrazo y un beso a Martha en la mejilla. Les abro la puerta—. Le voy a guardar el luto a Colmillo Blanco durante unos días mientras escucho *Young and Beautiful* en bucle y cocino.

Que no se diga que no sé divertirme.

TRES

MASON



He intentado escribir a Remy para decirle que no iba a poder llegar, pero al parecer se ha cansado de esperar y me ha bloqueado. Y lo entiendo.

Aunque a la vez no.

Otro fracaso. Suspiro.

Termino de revisar las habitaciones de casa, que no son muchas. A la derecha hay un baño y un pequeño cuarto de invitados donde ahora mismo descansan los siameses; de frente están mi habitación, el salón y la cocina. Las tres estancias dan a la parte de atrás y todas ellas tienen puertas correderas acristaladas desde donde se ven mi consulta, el jardín y el campo de entrenamiento que, así dicho, parece enorme, pero que no es más que un circuito sencillo de obstáculos: rampas de madera, pequeños túneles y neumáticos enterrados a medias para trabajar la confianza de los perros inseguros. También hay una estructura vertical para los gatos, con cajones y árboles para trepar, pero ya lo he comprobado tres veces y ahí no está.

Entro en la cocina con el móvil aún en la mano. Se me ocurre tirarlo en el cuenco del agua de los perros de pura frustración, pero ellos no tienen la culpa de que mi gata me la haya jugado y de que mi posible alma gemela se haya cansado de lo nuestro antes de que de verdad empezara. El móvil tampoco tiene la culpa, ya puestos. No tengo permitido gastar en una buena temporada hasta que me

recupere un poco de los gastos de la casa, de la clínica y de la vida en general.

Echo un vistazo rápido por la estancia. Manchitas está en su cama, en un rincón; y Bola de pelo sobre una de las sillas. Abre un ojo en cuanto repara en mi presencia y se le tensa el cuerpo. Siempre hace lo mismo. Es la única de mis gatas que no me deja acariciarla y, las pocas veces en que lo hago a traición, se dedica a limpiarse todo el cuerpo a base de lametones, como si le hubiese pegado alguna cosa. Es miedosa y desconfiada, y si no fuera porque duerme en mis pies y sé que está feliz en casa, me plantearía mi vocación, mi profesión y hasta mi existencia. Le saco la lengua y muevo un poco la silla, solo para fastidiar. Ella me mira desafiante y mueve la cola, solo eso; desconfiada pero vaga.

Enseguida siento a Camaleón entre los pies, frotándose con mi tobillo para llamar mi atención. Me derrito un poco. A pesar de la preocupación y la pena que cargo por mi cita fallida —y porque Bola de pelo no me haga ni caso—, que mis animales me saluden y me quieran llena el vacío de forma tan efectiva que me entran ganas de llorar. De contarles que estaba conociendo a un chico maravilloso que se ha cansado de mis cargas; cargas que desconoce porque nunca le he explicado. Y ahora ya no podré. Creo que bloquearme ha sido excesivo, pero como ahora tengo una preocupación más acuciante, lloraré por ello cuando tenga a Tequila localizada.

—Podríais poner un poco de vuestra parte y decirme dónde se ha metido. Una pista de nada estaría bien —gruño.

Como respuesta, Bola de pelo echa hacia atrás las orejas. Maravilloso. Lo mismo no le doy la cena. Por lista.

Camaleón maúlla al tiempo que me olisquea el tobillo con su naricita fría. Me agacho para acariciarlo. Necesito gatoterapia. Aunque ahora no tenga mucho tiempo. Y tampoco quiero transmitirles mis nervios. Ellos qué culpa tendrán.

—No te ignoro, tonto. —Me concentro en acariciarle la cabeza y la zona del cuello como sé que le gusta cuando me doy cuenta de que no estamos solos.

Hay… un ser humano pequeñito agachado junto a la mesa, al lado de la puerta corredera que da al jardín. Me pongo de pie y

empiezo a gritar. A lo bestia. Pero entonces el ser extraño también se pone a gritar y eso es un festival grotesco de gritos. Los gatos salen volando, literal, son un visto y no visto. Mr. Gruñón, mi otro *border collie*, comienza a ladrar y a dar vueltas a mi alrededor, chocando contra sillas, cuencos y cualquier cosa a su paso porque no hay tanto espacio.

Vaya circo.

Dejo de gritar y observo a la niña. Es la hija de Sawyer, el vecino buenorro. No se llama así, pero se parece un poco a Sawyer, el de *Perdidos*, y desde que lo vi por primera vez, ese es su mote. Bueno, el vecino es moreno y creo que tiene los ojos oscuros, pero tiene el mismo pelo, los mismos músculos, las mismas camisas de cuadros y una pinta de saber y oler bien que… Vale, tiempo muerto, que estoy en pleno proceso de aflicción por la pérdida del amor de mi vida, de mi gata y de los nervios. De las tres cosas.

La niña lleva dos coletas, un impermeable amarillo y un *walkie* colgado al cuello que se lleva a la boca y dice:

—Sí, todo bien. Ahora voy. Corto y cambio.

¿Qué?

Este ser humano pequeñito ronda mucho mi jardín delantero. La he pillado varias veces mirando fijamente a mi casa, o a mis gatos. Fue ella, junto a su madre, una chica rubia de ojos marrones con una sonrisa que deslumbra, quienes vinieron a darme la bienvenida a la zona cuando compré la casa. Me trajeron un bizcocho que no comí por si estaba envenenado y, cuando lo tiré, me sentí fatal porque odio desperdiciar comida. Pero, claro, tampoco quería morir. Del padre sé poco, aparte de que se parece a Sawyer, que está como un tren y no te devuelve el saludo. Vamos, que también tiene el carácter de Sawyer. Es huraño y maleducado. Puede que yo no me sepa el nombre de casi ningún vecino y que me bloquee a menudo, pero soy educado y, al menos, saludo.

—¿Por qué gritas? —me pregunta la niña.

—Me has asustado.

—Los adultos no se asustan —murmura, un poco desconcertada.

—Sí si entras en sus casas sin permiso.

—Pero los adultos no se asustan —insiste.

—¿Y eso quién lo dice?

—Mi madre, aunque papá dice que no está de acuerdo.

—Estoy de acuerdo con tu padre.

—Sí, puede que mi madre me lo diga porque cuando tengo miedo tiene que hacerse la valiente.

Qué redicha, la niña. Pero posiblemente tenga razón.

—¿Por qué gritabas tú? —le pregunto.

—Porque yo tengo nueve años y sí puedo asustarme.

—Te has colado en mi casa.

—No exactamente. Tenía una misión. Venía a una cosa muy importante.

—No puedes entrar en casas ajenas.

La niña mira a los lados, supongo que buscando a los gatos. Pero solo está Mr. Gruñón. Mi perro aprovecha para darle golpecitos en la mano con el hocico; eso la hace reír y a mí flipar porque no entiendo de qué conoce a esta niña. Pues vaya perro guardián, lo único que guarda es mi virtud, que llevo sin mojar…

«Céntrate, Mason».

—Los has asustado.

—Los hemos asustado —replico—. Te recuerdo que has gritado más fuerte que yo.

—Ya, te he ganado.

—No era una competición.

—Si lo hubiera sido, te hubiera ganado.

Vale, esto empieza a ser muy pero que muy incómodo. La niña parece esperar algo —no entiendo a los niños, así que no tengo ni idea de qué puede ser ese algo— y yo tengo prisa; los nervios me crecen en la tripa.

—Hum, ¿se puede saber qué haces aquí escondida debajo de la mesa?

—No estaba escondida. Jugaba con Ónix.

—¿Con Ónix te refieres a Bola de pelo o a Manchitas?

—Al que no tiene manchitas. ¿Por qué lo llamas Bola de pelo si todos tienen pelo?

—Se me da mal poner nombres —confieso.

Estoy a nada de abordar la pregunta de por qué jugaba con *mi* gata en *mi* cocina sin *mi* permiso cuando levanta un dedo diminuto y me dice:

—Vi por la ventana que la estabas buscando. Quería decirte que está bien, solo está descansando.

Abro los ojos de par en par.

—¿Hablas de Tequila? —El corazón me da un vuelco—. ¿La has visto?

—Estos días parece cansada. A lo mejor es por ese triporote que arrastra. Creo que solo necesita dormir.

—¿Y dónde está durmiendo? —le pregunto acelerado y más calmado a la vez, una mezcla insólita.

—En nuestro refugio. Viene mucho. Sabe que cuidaré bien de ella. Se me da bien —dice, orgullosa.

Qué niña más extraña.

—Vuestro refugio —repito.

Ella asiente y me indica que guarde silencio llevándose un dedo a los labios.

—Sí, todo en orden, ahora sí que voy para allá. Palabrita. Corto y cambio.

¿Estaría hablando con algún amigo imaginario?

—Niña, cuéntame lo del refugio y me llevas para allá.

—Me llamo Mabel y no podemos.

—Mabel, vale, bien, cuéntame lo del refugio. ¿Dónde está? Enséñamelo.

—No puedo, vecino de los gatos.

—Me llamo Mason —digo con acritud.

No me gusta que me llamen así. Ni ninguna otra mierda que, aunque vaya de apodo cariñoso, es un desprecio en toda regla. Y humillante.

—Necesito que me lleves con Tequila.

—Leia está descansando. No podemos molestarla. Además, no puedo decirte dónde está. Es un secreto.

—Podría estar mal. Necesito examinarla —digo, un poco ansioso, porque estoy empezando a pensar algo que no me gusta.

—¿Eres médico de animales?

Me lo pienso. ¿Cómo explicarle a una niña de su edad que, entre otras cosas, soy etólogo? Cuando se lo dije al último chico con el que me enrollé, me dijo —haciéndose el interesante, ese fue el problema, no su desconocimiento— que a él también le gustaban mucho los vinos. No le expliqué que eso es un enólogo; y se la chupé igual, la verdad, porque eso pasó ya muy avanzado el cortejo; pero no volvimos a quedar.

«Mason, Mason, céntrate en la niña extraña y en encontrar a Tequila».

—Algo así. Soy más como un entrenador —contesto con impaciencia—. ¿Dónde está Tequila?

—Me gustaría ser entrenadora de animales. Quiero aprender. Pero ahora no puedo. Me tengo que ir. Solo quería que supieras que Leia está bien —termina la frase diciendo algo a su amigo imaginario por el *walkie*.

—¿Leia? ¿Por qué la estás llamando Leia todo el rato?

—Porque me gusta la princesa Leia. Es una guerrera.

—Vale, sí, fenomenal, pero ¿puedes decirme dónde está? Necesito saber que está bien.

—Está bien. Por eso he venido, para que lo sepas —dice saliendo por la puerta de atrás. Se gira para mirarme después de susurrar en el *walkie* un «ya estoy, corto y cambio». Hay algo en sus ojos. Pureza, interés, orgullo. Es una mezcla curiosa que me sobrepasa—. Seguro que, en cuanto pase la tormenta, viene. No te preocupes.

Y sale corriendo. Dejándome ahí; sin cita, sin gata y muy muy desconcertado.

CUATRO

GRANT



Acabo de terminar la nueva receta de chili vegetariano que me ha encargado un conocido restaurante con el que colaboro desde hace tiempo y estoy a punto de probarla cuando suena el timbre. De forma insistente. *Muy* insistente.

Compruebo el reloj. Las nueve y media de la noche. Menos mal que Mabel no está, porque si la despiertan con lo que me suele costar que se duerma… No son horas de venir a una casa decente. Luego pienso que son las nueve y media y me siento viejo. Para que luego diga Martha que estoy en mi mejor momento.

Mi sorpresa al abrir la puerta y encontrarme al vecino guapo de los gatos me desestabiliza hasta el punto de dejarme sin habla. Nunca lo había visto tan de cerca. Sabía que tenía los ojos azules, pero desconocía que eran tan claros. Como un cielo despejado. Como el agua de mar de una playa paradisíaca. Pero cuando está calmada, cuando no hay olas ni se espera tormenta. Son… pacíficos, cristalinos, puros. ¿Puede un azul pálido ser casi fosforito? Puede, sí que puede. Lo tengo delante ahora mismo.

Una fuerte y húmeda ráfaga de viento me atiza la cara y me saca de mi contemplación victoriana. El vecino guapo de los gatos se pasa una mano por la cara, secándose las gotas de lluvia que le empapan la frente y la mejillas. Se echa el pelo rubio hacia atrás y me mira con intensidad. Parece tan atontado como yo, lo cual no tiene sentido porque es él quien ha llamado a mi puerta. Bajo la vista; lleva un polo negro que se le amolda al torso de una manera

que debería ser ilegal y unos pantalones blancos de lino que no se le pueden transparentar más de lo empapados que están. Todo él está empapado. Y… descalzo. Subo la vista de inmediato, me estoy poniendo cachondo. Tiene hasta los pies bonitos. Y ese es el motivo por el que, siempre que me cruzo con él, aparto la mirada; ese es el motivo por el que lo evito e incluso doy rodeos imposibles para no encontrarme con él. Tiene algo que me provoca una reacción visceral. Y tiene cien perros y cien gatos y cien polos negros que se le ciñen al cuerpo como un guante y cien pantalones blancos que le resaltan ese culazo estupendo que tiene y cien cuencos que pasea de un lado a otro de la calle. Es… raro y… está descalzo en medio de un temporal.

Otra brisa me rocía la cara y me trae su aroma. Huele a algo dulce, a lluvia y a césped mojado. Huele a… problemas. Y sé que es una reacción física e irracional. Una obsesión que se acabaría si cediera al deseo y pasáramos un rato juntos, desnudos y sudorosos, a ser posible. Puede que Martha tenga razón y lo que necesite sea echar un polvo con él; que se me pasen el endiosamiento, el miedo y la excitación. Bueno, quizá solo necesite un polvo, sin más.

Sigo embrujado por sus ojos cuando me pone algo en la cara y empieza a zarandearlo.

—¿Es una broma? —me suelta—. Porque no es gracioso. Y está lloviendo. Podría estar en peligro. Podría…

No miro cómo las gotas de agua descienden por su cuello y se deslizan hacia la apertura de su pecho.

—¿Perdona?

Tiene la voz bonita, con un toque ronco. Pero lo que dice no tiene sentido. ¿Me habré quedado dormido revisando mis chats antiguos con Colmillo Blanco y esto es un sueño húmedo? Tendría sentido, porque el vecino está mojadísimo y sexi como el demonio y yo lo único que quiero es empotrarlo contra la pared y quitarme las ganas de encima. Pero solo a mí se me ocurre empezar a imaginarme una fantasía sexual haciendo chili vegetariano. Soy un cocinero triste y adicto al trabajo. Lo que me reafirma en mi necesidad de desfogarme.

—¿Es que no lo ves? —Me pone tan cerca la cosa que lleva en la manos que no llego a descifrar lo que es—. Es de Tequila.

A mí no me parece una bebida alcohólica; no sé qué es, pero una bebida no. Si lo fuera, se la quitaría y le daría un trago. Lo empiezo a necesitar. Pero, en su lugar, le agarro la muñeca y me aparto un poco para poder fijarme en qué leches me zarandea en la cara. Es un colgante. Enseguida siento su pulso acelerado, las chispas que parecen saltar ante el contacto de su piel desnuda y húmeda y la callosidad de mis dedos. Es… como una puta tormenta eléctrica.

—¿Es una estrella de mar? —le pregunto, apartando la mirada de la piel que los botones abiertos del polo me dejan ver. Las gotas de lluvia se le deslizan hacia abajo, hacia el pecho.

Alzo la vista. Me está mirando, parece tan desorientado como yo, somos dos náufragos a la deriva en una tormenta. Tras unos segundos, se aclara la garganta y dice:

—Era de Mory.

—Mory, Tequila… Estoy perdido. —Me acerco para observar el objeto con más atención y, al hacerlo, el aroma dulzón que percibí antes me golpea con más intensidad. Lo miro a los ojos, tiene las pupilas un poco dilatadas—. Espera, ¿estás borracho?

Sin soltarle la muñeca —porque Dios me libre de dejar de tocarlo, es como si mi mano se hubiera adherido a su piel—, me acerco a su cara e inhalo. Huele un poco a alcohol, pero es algo suave y afrutado.

—Mory era la gata de mi padre. Viene de Tobermory, el gato de Saki —explica como si supiese de qué habla. Supongo que ve la confusión en mi cara, que sigue muy cerca de la suya, porque añade —: Es un relato. Va de un gato al que enseñan a hablar y se dedica a contar secretos de la alta sociedad. No te lo recomiendo si te gustan los gatos. Es un poco horrible. No entiendo por qué a mi padre le gustaba tanto. —Se lleva una mano al pelo antes de añadir —: Murió hace cinco años.

—¿La gata, el tal Saki o tu padre? —Culpo de mi falta de tacto a la fascinación que este chico me provoca. Pero, nada más preguntarlo, me doy un tortazo mental y me apresuro a agregar—: Perdón, eso ha estado fuera de lugar.

—Los tres están muertos —contesta él, y veo que se le llenan los ojos de lágrimas—. Lo siento. Sí he bebido un poquito. Ha sido culpa de Ryder. Vino a verme, nos tomamos unos chupitos de mora y a mí se me han subido bastante a la cabeza. Es porque no suelo beber, y porque estoy deprimido.

—Por Mory —le digo de forma tentativa porque está empapado, llorando y no tiene mucho sentido.

—Y por Tequila. Por Saki no, el autor se murió en mil ochocientos muchos; o en mil novecientos pocos. La verdad es que no lo sé. Pero lleva muerto un montón, no me da pena como tal.

¿Eh?

«¿Eh?» a todo, además; no puedo declararme confuso por una sola cosa. Este chico es rarísimo. Guapo, sexi e interesante, pero raro de cojones. Lo que no hace sino aumentar mi fascinación. Está claro que tengo un tipo: los divagantes. Martha, Colmillo Blanco —a quien también se le piraba bastante y perdía el hilo constantemente — y el loco de los gatos.

Pues nada. Muy bien.

—¿Tequila? Pero ¿no eran chupitos de mora? —Decido centrarme en eso porque… No sé por qué la verdad, porque voy a la deriva.

Él me mira desconcertado, como si fuera él quien no me entendiera a mí. Y entonces me doy cuenta de lo cerca que estamos; no he separado mi cara de la suya en ningún momento y la última vez que se ha pasado la mano por el pelo incluso me ha rozado la barbilla.

—¿Vas a besarme? —me pregunta sin aliento, con las lágrimas mezclándose con las gotas de lluvia en su precioso rostro—. Creía que eras heterosexual, pero si quieres besarme, me parece bien.

Sonrío. Es adorable.

—¿Qué te hace pensar que quiero besarte? ¿O que no soy heterosexual?

—A ver, pareces hetero. Eres como un vaquero sexi y rudo. Con ese pelo, tus camisas de cuadros y esa sombra de barba siempre presente; tienes la mandíbula como la de los galanes de las portadas de libros románticos de antaño.

«¿Galanes?». «¿De antaño?». Pero ¡¿quién es este chico?!

Me acerco más, no puedo evitarlo. Estoy casi respirándole en la boca; él emite un jadeo y luego, aniquilando por completo este momento de enajenación mental transitoria, añade:

—Aunque si tienes una hija y esa hija tiene una madre, que debe de ser tu mujer, casi seguro eres hetero o bi. No me gustan los bisexuales.

Roto el momento, me alejo de él y lo miro con el ceño fruncido. Será gilipollas…

—¿Perdona? ¿Vienes a mi casa a provocarme con esos ojos y ese pelo y ese pantalón transparente, y luego me insultas a la cara? ¿Quién te crees que eres?

Parpadea varias veces sin apartar la mirada de mi boca y luego mira hacia abajo, hacia su —erecta y transparente— entrepierna. Se sonroja, un efecto magnífico contra la lluvia que se desliza por sus mejillas, pero, al instante, su color rosado parece ser fruto de la rabia, de la pena, de las mil emociones que le pasan por la cara en cuestión de segundos. Se aparta las lágrimas de un manotazo y vuelve a enseñarme la puta estrella de mar.

—Yo no he venido a ninguna de esas cosas que dices. He venido a que la ladrona de tu hija me devuelva a Tequila. Me ha dejado esto en la puerta cuando se ha ido solo para fastidiar.

—¿Qué has llamado a mi hija? —le pregunto con un tono gélido que lo hace estremecer.

—Vale, quizá «ladrona» es una palabra muy fuerte. Pero ella sabe dónde está y yo necesito comprobar que está bien. Está lloviendo y últimamente está muy cansada.

—¿Mi hija? Pues yo le veo una energía…

—¡Tu hija no! ¡Tequila!

—¿Quién leches es Tequila?

—Mi gata. Tu hija ha secuestrado a mi gata.

Pues de puta madre.

CINCO

GRANT



Por qué metí a mi vecino en casa y le pedí que se diera una ducha caliente antes de invitarlo a cenar es algo que aún me estoy preguntado. Porque se puso a llorar, supongo; porque pareció desvalido, porque a pesar de insultarnos a mí y a mi hija a la cara, verlo emanando confusión e impotencia llamó a una parte de mí que Martha llama neandertal y que reconozco que poseo. Es una especie de deseo primitivo de proteger y, al verlo ahí empapado mientras me hablaba del supuesto secuestro durante *laaaaaargos* minutos, tuve que empujarlo hacia dentro para que no se muriera de frío mientras me lo explicaba todo.

Casi me da un microinfarto cuando lo vi bajar las escaleras con mi albornoz negro. Le había dejado un pantalón de chándal gris y una camiseta granate en el baño, pero, al parecer, ha considerado que mi bata —que, según él, huele a mí— era más apropiada. Le queda grande, soy más alto y corpulento que él, pero le sienta de maravilla. Así que decidí no decirle nada… Qué curioso, al final he hecho caso a Martha y me he traído al buenorro de los gatos a casa… Estoy por mandarle un mensaje y una foto, para que esté orgullosa. Y para hablar de lo de Mabel y la gata. Y de eso no va a estar tan orgullosa.

En cuanto entró en mi cocina y escuché cómo le gruñían las tripas al oler el chili recién hecho, tampoco pude decirle que allí no dejaba entrar a nadie, que era mi templo. Por un lado, porque miré hacia abajo y vi sus pies descalzos sobre mis azulejos malvas y

blancos y me dio otro microinfarto; y, por otro lado, porque soy débil a ese respecto, será parte de ese instinto primitivo de hombre de las cavernas, pero no lo puedo evitar. Me gusta cocinar para la gente, verlos comer, incluso; y este chico comiendo es todo un espectáculo. Apenas abrió la boca mientras engullía el chili más rico de la historia de los chilis, según él. Luego volvió a lloriquear cuando le expliqué que no era carne de verdad. Estuvo un rato indignado.

Pero ahora está sentado en mi sofá con lo que le queda de la copa de vino que le he servido, mirándome mientras recojo y termino de envasar el chili que mañana vendrán a recoger para un catering vegano. Mi planta baja es amplia y de plan abierto. Casi la mitad es cocina. Grandes encimeras, armarios, utensilios y una gran isla con varios taburetes que divide mi espacio de trabajo y el salón comedor. Los ventanales que dan al jardín de atrás y me dejan ver parte de la casa de Martha y Leo iluminan la enorme estancia durante el día, llenándolo todo de luz y vida.

Yo limpio, guardo y recojo; él me mira y habla.

Me cuenta que su padre murió hace seis años de un cáncer fulminante. Que era el mejor padre del mundo porque lo entendía mejor que nadie, y le enviaba vídeos instructivos sobre relaciones homosexuales; que estuvo haciéndolo desde que salió del armario a los trece años. Yo le cuento, muy por encima, no me gusta hablar de mí, que yo con mi padre me llevo regular. Que nos queremos, pero nos vemos poco y yo le culpo de mucho. Me mira interesado, pero cuando no desarrollo, no me pregunta más.

Me habla de su madre, que vive en Winter Falls, donde él se crio. También me habla de su trabajo, del dinero que le ha supuesto comprar la casa y montar su pequeña empresa que aún no le reporta beneficios suficientes para recuperar la inversión; que confía en que saldrá adelante, pero que por ahora tiene que aceptar lo que le salga, motivo por el cual trabaja de forma esporádica en una protectora de animales y hace cosas más mundanas como pasear perros vecinos. Tiene una habilidad tremenda para encajar una frase de un momento de su vida con otro que no tiene nada que ver, pero que él consigue que cuadre y tenga sentido en el todo que es su monólogo; yo he hablado más bien poco desde que le he dicho lo de

mi padre. Y me parece bien. Prefiero escucharlo. Tiene una voz preciosa, tan preciosa que se me ha olvidado un poco que ha dicho que no le gustan los bisexuales y que mi hija es una ladrona barra secuestradora. Lo ha dicho así, tal cual.

—Estudié Etología y Ciencias del Comportamiento Animal y me especialicé en Psicología Comparada. También hice un curso, dos, de hecho, de Intervención Asistida con Animales y tengo el título de entrenador profesional en obediencia canina y felina.

—Vaya, eres muy listo.

—No te rías de mí.

Alzo las cejas, confundido una vez más.

—¿Reírme? ¿Te ha parecido sarcasmo? Tienes una carrera que no sabía ni que existía, cursos y títulos varios, y hablas de ello con pasión. ¿En qué momento has pensado que te estaba ridiculizando?

—Perdona, no estoy acostumbrado a los cumplidos —dice, bajando la vista y dándole un trago a lo poco que le queda de ese vino que no sé si debería de haberle dado porque quizá esté un poco borracho.

—No te preocupes; puedo ser un poco seco hablando, pero lo decía de verdad. Eres muy listo.

—Y tú muy guapo.

Ahí está otra vez, descolocándome. Sonrío.

—Hum, ¿gracias? Tú también —le digo, acercándome a él.

—Ya, soy consciente. La gente cree que solo soy un rubio tonto que pasea perros. Pero no lo soy.

—No lo eres, no.

Me acerco a él para quitarle la copa de vino ya casi vacía y él tira de ella. Por miedo a que se derrame su contenido o a que se caiga y se rompa, no la suelto, lo que hace que pierda el equilibro y caiga sobre él en el sofá. Miro hacia arriba, hacia nuestras manos sosteniendo la copa; el líquido burdeos sigue intacto. Luego miro hacia abajo y veo esos ojos del azul más precioso del mundo fijos en mí. Entonces soy consciente de la dureza de nuestros cuerpos pegados, de su corazón latiendo contra el mío, de nuestras ingles creciendo la una contra la otra. Ambos nos quedamos paralizados. Porque no nos conocemos, en realidad no. Y yo no tengo nada en

contra del sexo sano y anónimo, pero este chico es mi vecino, lo veo cada día, y yo estaba conociendo a alguien, no puedo ser así. ¿Que ese alguien ha resultado ser un fraude? Sí, pero un polvo por despecho tampoco es la solución. Aunque despegarme de los músculos duros bajo mi cuerpo puede ser una de las cosas más duras que haya hecho en mucho tiempo, más dura que…

Sí, él también lo nota y abre mucho los ojos.

—No eres hetero —me dice.

—¿Ves? Eres muy listo.

Aún no me he apartado de él ni un poquito.

—Pero…

Antes de que ese tren de pensamiento lo lleve a donde sea que esta conversación pudiera ir a parar —siendo él, a cualquier lugar que no me espero, sin duda—, me despego de su cuerpo duro, le quito la copa de vino y la llevo a la cocina. Es una excusa para alejarme y poder pensar con claridad, porque mi determinación al sentir su erección junto a la mía es tan fina como una cáscara de huevo. Un toquecito y, zas, no podré resistirme.

Miro hacia donde sigue sentado en silencio, ha cogido otra vez el colgante de la estrella de mar. Entonces, él también parece salir de su estupor, levanta la vista, fija esos ojos hipnóticos en mí y vuelve a la carga:

—Necesito salir a buscar a Tequila, me has enredado con tus artes amatorias y…

—¿Artes amatorias?

Me sentiría ofendido porque me acuse de tal cosa, pero es tan tierno…

Se pone de pie de forma abrupta y se dirige hacia la puerta en albornoz.

—Ey, ey, espera. —No me hace ninguna gracia que acuse a Mabel de robarle la gata. Me ha contado la historia bajo la lluvia y otra vez mientras cenaba, y dejando de lado la bronca que le voy a echar a Mabel por colarse en su cocina, creo que sé qué puede haber pasado, al menos, es lo único que se me ocurre en estos momentos—. Sé de un sitio en el que puede estar, y con ello no estoy reconociendo ningún delito, ¿vale? No nos estoy incriminando

ni a mí ni a mi niña —le digo en tono solemne para hacerlo sonreír, pero él se limita a mirarme, ansioso—, pero si Mabel te ha dicho lo de «nuestro refugio», creo que sé a qué se puede referir. Espera ahí.

Y lo hace. Sin moverse, pero sin quitarme la vista de encima. Sus ojos son incandescentes; si me sigue observando con esa intensidad voy a estallar en llamas.

—¿A dónde vamos? —me pregunta cuando ve que me pongo las botas de agua y le traigo unas Crocs negras a él; son mías, espero que no le queden muy grandes.

—Cuando Mabel tenía cinco años, adoptamos un perrito —le digo, agachándome frente a él para ponerle los zuecos. Le doy un toquecito en el empeine y él levanta el pie; hago lo mismo con el otro mientras él me mira con los labios entreabiertos. Me aclaro la garganta y me incorporo—. Se llamaba Luke y, en esos momentos no lo sabíamos, pero había tenido una infección de cachorro y murió unos meses después.

—Lo siento, perder un animal es muy doloroso.

—Lo es.

—Pudo ser moquillo o parvovirus; leptospirosis, hepatitis, alguna infección congénita, o…

Le sonrío y lo guío hacia los ventanales, donde me detengo un momentos para dar las luces del jardín y del porche lateral. Parece que ha dejado de llover, aunque el olor a lluvia y a noche nos azota la cara nada más abrir una de las puertas que dan al exterior. Huele de maravilla.

—Creen que bebió agua contaminada antes de que lo rescataran de una fábrica en ruinas; no le detectaron nada en su momento, pero el daño renal fue irreversible. —Le indico que salga, tiene los ojos cargados de sentimientos y yo estoy ahí con él, fue duro decir adiós a Luke—. El caso es que, desde entonces, tenemos una caseta de perro aquí.

Le señalo con el dedo el lateral de la casa y giramos hacia allí; y ahí, debajo de un tejado de pizarra, resguardada de la tormenta, está la caseta de Luke: es blanca, pequeñita, como un chalet en miniatura. Tiene una cortinita en la puerta y ambos nos agachamos; él contiene la respiración antes de echar a un lado la tela y se apoya

en mi rodilla en una plegaria silenciosa. «Por favor, que esté aquí; por favor, por favor», parece decir con los ojos cerrados. Respira hondo antes de mirar en el interior y soltar un sollozo de alegría que termina con su cabeza apoyada en mi pecho.

Ahí está. Es una gata persa gris que he visto alguna vez por la urbanización. Nos mira con ojos tranquilos, pero sin hacer amago de moverse. Está a gusto, calentita. Su dueño, sin embargo, tiembla contra mi cuerpo; le paso un brazo por los hombros.

Mueve la mano que tenía en mi rodilla y me la empieza a subir por el muslo. Me acaricia de forma inconsciente —creo—, arriba y abajo, arriba y abajo, deslizándose por la tela de mis vaqueros hasta acercarse peligrosamente a mi polla. Contengo la respiración.

—Qué alivio —me dice, en una especie de antítesis de lo que yo estoy sintiendo.

Alza la vista, nuestras miradas se encuentran, nuestras caras están muy cerca; otra vez. Ambos respiramos con agitación y él sigue subiendo la mano hasta que la coloca sobre mi erección durante unos instantes; entonces parece despertar de su ensoñación y da un respingo.

—No eres hetero —repite. Lo hace en un susurro, como si fuera una revelación.

Sonrío.

—No soy hetero —le confirmo una vez más, la tensión evidente en mi voz porque, a pesar del respingo que ha dado, no ha movido la mano ni un milímetro.

—¿Y tu mujer?

—No es mi mujer; Martha y yo nunca nos casamos. Y ya no somos pareja. Somos amigos, muy amigos.

—Vaya.

—Aunque parece que cada vez que te lo digo lo borras de tu mente, soy bisexual —le digo con los ojos fijos en su labio inferior, que no para de morderse.

—Oh, no. No, no, no, mierda.

—¿Qué?

Suspira y se aleja. Ahora soy yo el que por dentro repite la letanía del «no, no, no». No quiero que se aparte.

—Ya sabía yo que no podías ser tan perfecto.

Lo miro con las cejas alzadas.

—No creo que lo sea, no. Nada más lejos de la realidad.

—No es solo que seas bisexual, es que encima tienes una hija.

—¿Perdona?

—No me gustan los niños.

—¿Tener una hija me hace menos perfecto? —mi tono ya no esconde una sonrisa. Me estoy cabreando.

—A ver, perfecto eres. Pero lo de tener hijos… no es algo que busque, tengo veinticinco años y me gustaría que mi novio…

—¿Tu novio? ¿Quién ha hablado nada de novios? Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Mason Harvey.

Me tiende la mano y se ruboriza cuando no se la estrecho. Veo vulnerabilidad en esos ojos cristalinos y, aunque no me gusta el tono de esta conversación, al final le contesto:

—Yo soy Grant.

—*Graaant*… —Alarga mi nombre como con reverencia. Pero sus palabras no son para nada reverentes cuando añade—: Te pega. Es perfecto para ti. Qué pena lo de tu hija.

—Mi hija no es motivo de pena en absoluto. Es lo mejor que he hecho en mi vida.

Me pongo de pie; Mason no, trata de coger a su gata, que le da un pequeño golpe en la mano con la patita, sin uñas, una pequeña leche. Se lo merece.

—Claro, claro, no quería ofender. Que yo no entienda a los niños no significa que al resto del mundo no puedan gustarle —Ante mi alzamiento de cejas, intenta arreglarlo, pero lo empeora más. Lo cierto es que se podía haber ahorrado el «no quería ofender»—. Pero es que tu hija es una ladrona de gatos, lo cual no ayuda a mi forma de verla, ya sabes.

—Mi hija no te ha robado nada, ahí tienes la prueba. Tu gata está sana y salva. Se habrá puesto a cobijo por la tormenta. La he visto muchas veces paseando por los jardines.

—Vamos, Tequila, gata ingrata —dice volviendo a meter la mano en la caseta y recibiendo el mismo trato que antes, quizá esta vez

con un poco más de uñas.

Estamos cubiertos bajo el tejado del porche, pero ha empezado a llover otra vez. Me llevo las manos a las caderas y suspiro.

—Déjala aquí. Ya la tienes localizada; en cuanto pare de llover volverá a casa. Yo le echaré un vistazo.

—¿Y la ladrona de gatos?

—*Mi hija* se llama Mabel y no te ha robado nada, coño —le digo con más brusquedad de la que debía.

Me fijo en que contrae el gesto. No quiero cabrearme, pero ¿en qué momento mi vecino ha pasado de ser el chico sexi y fascinante, y se ha convertido en este otro? ¿O siempre es así y a mí me ha tenido tan ensimismado que no me he dado cuenta? Lo he dejado entrar, le he ofrecido agua caliente, ropa seca, comida y hasta vino. Casi le ofrezco esa virginidad que dice Martha que me ha vuelto a crecer. Y todo para que me insulte e insulte a mi hija.

Sigue intentando coger a su gata; la gata en cuestión dice que está bien donde está con una mirada entrecerrada.

—Mira, te lo voy a dejar claro por si no lo has entendido. Sí, soy bisexual, y no, no me avergüenzo ni me gusta que me hagan sentir mal por ello. Límpiate por favor la bifobia que se te ha quedado pegada a la moral. Sí, tengo una hija a la que quiero con locura y a la que no me gusta que acusen de ningún delito, porque robar es un delito. Me toca los cojones, la verdad. No creo que haya secuestrado a tu gata, pero lo hablaré con ella en cuanto pueda. ¿De acuerdo? ¿Lo entiendes así o necesitas que te lo aclare un poco más?

—¡No soy tonto! —Lo dice alzando la voz y poniéndose de pie—. Tengo la prueba del delito. —Vuelve a zarandear la estrella de mar —. Y a la gata aquí delante. Me encontré a la niña dentro de mi casa, lo que ya es un delito de por sí. Y a Tequila en tu propiedad. A lo mejor el tonto eres tú. Y ni siquiera eres rubio. ¡Ja!

Suspiro —perdido, fascinado y cabreado a partes iguales— y lo dejo ahí bajo el tejado de pizarra con las mejillas encendidas y, esta vez, no de deseo. Salgo dos minutos más tarde y me lo encuentro tratando de convencer a una reacia Tequila de que vuelva a casa. Cuando me ve aparecer, se pone de pie de nuevo.

—Toma —le pongo en las manos la ropa que acabo de sacar de la secadora, le coloco la capucha del albornoz para que no se moje el pelo, y lo giro en dirección al jardín delantero—. Vete a tu casa y espera allí a tu gata.

—Pero…

—Vete, Mason.

Se sonroja, baja la cabeza y se va.

Vaya noche.

SEIS

MASON



La vergüenza me invade en cuanto abro los ojos al día siguiente y los recuerdos caen sobre mí como lo hace el agua de la ducha cuando me meto para intentar borrar todo lo que dije e hice la noche anterior. También me invade un deseo crudo en cuanto recuerdo el cuerpo del vecino buenorro —¡Grant, se llama Grant!— junto al mío sobre su sofá, su olor, el olor de su cocina, el de su gel, el de ese albornoz que fue como envolverse en pura dicha. Sus ojos, su barba de varios días, su brazo sobre mis hombros. Cómo me sostuvo cuando el alivio de encontrar a Tequila pareció desestabilizarme. Aunque quizá la inestabilidad fuera por el alcohol; dos chupitos, una copa de vino y la ebriedad por el aroma del vecino buenorro anteriormente conocido como Sawyer desestabilizan a cualquiera. También recuerdo la dureza de sus muslos, de su polla… ¡Ay, Dios mío, que le toqué la polla!

Se me encienden las mejillas, y lo hacen todavía más, pero por otro motivo, cuando recuerdo cómo acabó la noche, cómo malinterpretó mis palabras y cómo me puso de patitas en la calle; de forma casi literal. Cuando bebo, aunque sea poco, pierdo el único filtro que tengo. Yo no quería ofenderlo diciendo que no me gustan los bisexuales ni los niños… Hum, vale, acabo de darme cuenta de cómo suena. Pero no es eso lo que quería expresar; normal que la gente piense que soy un bicho raro con el cerebro a medio hacer. Por eso a Remy (ay, Remy, qué traicionero soy, perdóname) no le dije nada cuando me dijo que él era bi. Decidí conocerlo más para

explicarle cómo me siento al respecto, que no soy bifóbico en absoluto a pesar de que por mis comentarios fuera de lugar lo pueda parecer. La bisexualidad me parece compleja y me asusta un poco, la verdad. Yo no tuve problemas en casa cuando salí del armario, pero sí fui objeto de bromas y burlas en el colegio y en el instituto. La bisexualidad para mí era algo… fácil. Un bi podía volver al mundo hetero con solo chasquear los dedos; y eso me sentaba mal. Y el niño en mi se hizo a esa idea y la abrazó como uno se aferra a ciertas ideas y costumbres. Y el miedo se volvió disgusto al conocer al típico *heterocurioso* que casi me rompe el corazón con diecisiete años.

El tema de los niños… simplemente no los entiendo; y no creo necesitar justificación alguna. Tengo veinticinco años, estoy lejos de ser padre y no tengo infantes a mi alrededor con los que tratar. Es un sentimiento lógico. Son seres extraños y complicados y, si no entiendo mi lógica, estoy como para entender la suya. Esa lógica que al parecer el vecino buenorro anteriormente conocido como Sawyer cree que no poseo. Me dolió que sugiriera que era tonto. Porque yo estaba en una especie de letargo sexual inducido por el alcohol, su presencia y la tranquilidad de saber que Tequila estaba bien y me despertó de golpe; fue como recibir una bofetada en toda la cara.

Pero está bien, está bien que no pasara nada entre nosotros. Porque, aunque Remy me haya bloqueado —con motivo; con tres motivos, de hecho, uno por plantón—, yo estaba un poco loco por él y lo de ayer fue como una infidelidad. Una pequeñita pero traicionera. Y puede que mi alma gemela de Soul Finder ya no quiera nada conmigo, pero yo al menos tengo que respetar el duelo por haber perdido lo que pudo ser y ya nunca será. Porque, en mi cabeza, íbamos a ser supernovios y a vivir rodeados de animales y a tener sexo del bueno a todas horas.

Pero cuando bajo la mano y me acaricio, quien me viene a la cabeza es Grant. Tiene sentido, no sé cómo es Remy físicamente y mi vecino el *pater familias* es tangible y está muy bueno. Así que decido ceder a la fantasía una sola vez, antes de llorar a mi novio virtual como corresponde.

Me toco despacio, paladeando cada movimiento, pensando que no es mi puño el que me envuelve la polla, sino su boca. Me llevo la otra mano al culo y presiono en mi entrada, evocando sus manos grandes, la forma de sus labios, lo que sería sentir ahí su lengua, su barba arañándome la piel sensible alrededor… Pienso en cómo entraría en mí de un empujón certero hasta hacerme gritar de placer. Le cedo el momento a mi imaginación y me dejo llevar hasta que me corro con tal fuerza que siento pequeñas descargas por todo el cuerpo. Apoyo la frente en los azulejos fríos y respiro, respiro, respiro.

Paso el sábado atendiendo a los animales, los propios y los ajenos. Tequila, la gata ingrata, viene y va; yo hago lo posible por no asomarme a la ventana a espiar al vecino, cosa que quiero hacer tres veces por hora como mínimo.

Me pongo el albornoz negro que huele a gloria y me tumbo en el sofá a leer mis chats con Remy. Puede que me haya bloqueado y no pueda escribirle más, pero Soul Finder tiene una opción de guardado donde tengo cada una de nuestras conversaciones.

La *app* tiene nuevo logo, nueva pantalla de inicio, nuevo diseño y un montón de detallitos extra que me encantan; entre ellos, poder dividir los chats por temas y cambiar el fondo según la temática. Así que abro nuestra primera conversación, una que tiene de fondo a Ethan Hawke como Finnegan Bell en *Grandes esperanzas*, y empiezo a leer:

Remy: Perdona que te entre así, pero llevo un rato preguntándome si lo de Colmillo Blanco es por el libro. Es de mis favoritos.

Colmillo Blanco: ¿De veras? Era el favorito de mi padre. Me sé pasajes de memoria. Cuando era pequeño, me leía un poco cada noche. Pero siempre lo hacía parar cuando estaba a punto de llegar al final, así que no sé cómo acaba.

Remy: ¿En serio?

Colmillo Blanco: Muy en serio. Siempre lo paraba en el mismo punto. Era como un límite infranqueable. Es una tontería, lo sé. (Puedes bloquearme ya, si quieres).

Remy: No es ninguna tontería. Es curioso, y comprensible. Eras un crío, y los niños se obsesionan con cosas que a los ojos adultos pueden parecerles ridículas. (No pienso bloquearte; no sé ni cómo se hace).

Colmillo Blanco: Pero es que he hecho un hábito de mi «cosa incomprensible» también en la adultez; sigue aterrándome la idea de un final triste. Te cuento una cosa si no te ríes de mí.

Remy: Jamás se me ocurriría. Pretendo gustarte.

Colmillo Blanco: Ah, ¿sí?

Remy: Cuenta, anda.

Colmillo Blanco: Nunca leo los finales de los libros de ficción. No es que lea demasiado del género, soy más de ensayo, pero cuando lo hago, nunca llego al final. No quiero saber a dónde van o qué hacen los personajes, si sufren o mueren. Prefiero imaginármelo.

Remy: ¿Nunca nunca?

Colmillo Blanco: Nunca nunca. Bueno…

Remy: Desembucha.

Colmillo Blanco: Me gusta Dickens y sus libros son los únicos que termino. (Vale, me vas a bloquear).

Colmillo Blanco: ¿Me has bloqueado? Estás tardando mucho.

Remy: Perdona, es que estaba sobreponiéndome. (Ya te lo he dicho: no te voy a bloquear).

Colmillo Blanco: Ya, porque no sabes cómo… ¿De qué te estabas sobreponiendo?

Remy: No te lo vas a creer.

Colmillo Blanco: Vale, rey del suspense, desembucha tú.

Remy: Te he visto en varios foros de Perdidos y necesitaba escribirte. Pensamos lo mismo de muchas cosas. Pero ya lo de Dickens me parece una casualidad tan tremenda…

Colmillo Blanco: ¿Te gusta Dickens? (No me ves, pero estoy haciendo un baile de la felicidad).

Remy: Mucho. (Yo no he bailado, pero me he subido al sofá y he gritado un «¡tomaaa!» al más puro estilo Tom Cruise en el programa de Oprah).

Colmillo Blanco: Ja, ja, ja. Y no has perdido ni un poco de tu atractivo. ¿Cuál es tu libro favorito? El mío es Grandes esperanzas.

Remy: Grandes esperanzas también (ahora sí que bailo). Pero tengo que confesarte algo muy bochornoso.

Colmillo Blanco: Nuestra compatibilidad se ha disparado.

Remy: No sé cómo funciona, entiendo que cada vez que le doy «me gusta» a uno de tus mensajes o comentarios, el porcentaje sube, ¿no? Pues puedo poner un «me gusta» gigantesco en tu foto de perfil.

Colmillo Blanco: Es lo más bonito que me han dicho en mucho tiempo. Pero no me cambies de tema. Cuéntame eso tan bochornoso; no creo que lo sea más que lo mío con los finales de los libros.

Remy: Eres tú quien ha cambiado de tema con lo de la compatibilidad, pero vale. Allá voy: no leo mucho, algún superventas tipo Stephen King o Sanderson de vez en cuando. Pero, la segunda vez que vi Perdidos, me fijé en el libro que Desmond se estaba guardando para leer antes de morir, Nuestro amigo común, y me lo leí.

Colmillo Blanco: ¿En qué universo leer a Dickens gracias a un personajazo es bochornoso?

Remy: No sé, hay mucho esnob suelto que me puede mirar mal por leer a Dickens por una serie de televisión.

Colmillo Blanco: No soy uno de ellos.

Remy: Creo que te quiero.

Colmillo Blanco: Ja, ja, ja. ¡¡Hala, mira esa compatibilidad!!



El domingo, cuando me dispongo a salir a dar mi paseo diario con los perros, escucho el timbre de la puerta. No espero a nadie y no soy el más popular del vecindario, así que mi sorpresa al descubrir ahí a Grant es inmensa. Y aterradora. Abro mucho los ojos. No sé qué hacer con las manos. Me sudan hasta las rodillas. Lleva un pantalón negro ajustado —porque cómo no se le va a ceñir con esos muslos magníficos— y una camisa oscura igual de ajustada —porque cómo no se le va a ceñir con ese torso—. Tiene los labios gruesos fruncidos en una mueca que no logro descifrar pero que no puedo dejar de mirar. Creo que se da cuenta, porque enarca las cejas y yo me ruborizo al pensar en cómo me he corrido pensando en su boca, y en sus manos, y en… Mierda. Es un dios. Debería ser ilegal.

He intentado no asomarme a la ventana del cuarto de invitados —la única ventana que da al jardín delantero— a espiarlo; he hecho lo posible para no verlo cuando, usando mis dotes de sigilo, he ido a escondidas hasta el lateral de su casa para comprobar si Tequila estaba allí —*spoiler*: sí lo estaba, al menos dos de las tres veces—; he tratado de no masturbarme pensando en él, pero han caído tres pajas y ahora lo tengo delante en todo su esplendor y…

Él carraspea y me hace un gesto hacia su izquierda; baja la mirada y entonces la veo: su diminuta hija sosteniendo a Tequila con una correa que estoy seguro, dada su longitud y grosor, que es para perros de más de veinte kilos.

Pero eso no es lo peor; la niña me está fulminando con la mirada. Sobre todo, cuando Tequila se me acerca para frotarse contra mis piernas. Me agacho para acariciarla. Le palpo el vientre con suavidad y veo que tiene los pezones más hinchados y rosas. Madre mía. ¡Madre mía! Puede que esté embarazada, si es que ya le vale, se pasa todo el día por ahí paseando esa belleza sin igual y luego pasa esto… Creí que tenía a todos los gatos de la colonia localizados y esterilizados. Quería haberla esterilizado a ella tras su primer celo, pero desde que la rescaté ha tenido un poco de anemia y el veterinario me recomendó esperar.

—¿Estás comprobando que todo está bien? —me pregunta la extraña criatura, agachándose a mi lado.

—Sí.

—¿Y está todo bien?

—Pues creo que nuestra amiga podría estar embarazada.

—¿En serio? ¿Va a tener gatitos?

—La llevaré al veterinario para confirmar, pero entre lo cansada que está y el rosado mamario…

—¿El qué?

—Hum, nada. Es complicado. ¿Por qué lleva un collar de perro?

—Es complicado —me contesta la niña.

Nos miramos desafiantes, pero a mí la mirada que me pesa es la de Grant, la del ser pequeñito solo me incomoda.

—Mabel —dice su padre en un tono que a mí me hubiera puesto de rodillas al grito de «sí, señor».

La niña suelta un suspiro que, por algún motivo, me resulta entrañable. ¿Será que de repente se me ha parecido a su padre? Qué fuerte.

—Era el collar de Millie, el pastor alemán de los padres de Leo. Me lo he traído porque a Leia le queda precioso. Le he puesto la correa de Luke, el perrito que tuvimos.

Creo que la niña se entristece, y yo un poco con ella. Perder a un ser querido es duro, y a esa edad, además, es difícil de entender. El ciclo de la vida es muy puto para los niños.

—Mabel, dile lo que *querías* decirle —la reprende Grant. Porque «reprender» es la palabra exacta.

«Sí, señor», digo yo por dentro.

—Lo siento, vecino de los gatos. No era mi intención secuestrar a tu gata, solo la estaba cuidando. Leia puede confiar en mí y lo sabe. Y te dejé el colgante para que supieras que todo estaba bien.

—Era un mensaje demasiado sutil —le digo, y luego me doy cuenta de que no sé cuándo aprenden los niños lo que es la sutileza o a qué se le llama «sutileza».

—Cariño —dice Grant, pero, por desgracia, no es a mí—, se llama Mason y estaba preocupado por su gata. ¿Qué tienes que decirle de lo de entrar en su casa?

—Ya, eso… Que lo he hecho muy mal —admite muy rápido. Lo siente más bien poco—. Pero es que iba a decirle que no se preocupara.

—Mabel, no se entra en casas ajenas. ¿Y si alguien entrara en la nuestra?

—Tú me protegerías.

«Ya lo creo que sí», pienso, sin dejar de mirarle la boca. Luego vuelvo a agacharme y pienso: «Mejor la boca que el paquete»; y como se me van a ir los ojos a donde no deben, me centro en Tequila y le quito el collar. Mi gata maúlla en agradecimiento y se adentra en la casa como si la situación fuese demasiado para ella. La entiendo tanto…

Me incorporo y le tiendo el collar a la niña.

—Será mejor que nos marchemos —dice Grant—. Solo quería disculparme en nombre de mi hija.

—Pero papá, yo no tenía mala intención. No puedo disculparme si no he hecho nada. Solo la estaba cuidando. Por eso le dejé el colgante. Era una prueba de que estaba bien. De verdad.

—Mabel, lo estás empeorando. Discúlpate para que podamos marcharnos, ¿sí?

—Pero papá…

—Ahora.

Buf. El tono. Estoy oficialmente empalmado.

—Lo siento —dice la niña muy bajito.

—Lo sentimos —confirma Grant.

¿Debería decir algo? Pero ¿qué?

Yo asiento. No me sale la voz. Soy incapaz de dejar de mirarlo.

SIETE

GRANT



Cuando me di de alta en Soul Finder —en contra de mi voluntad y con Martha respirándome en la nuca—, agregué mis aficiones al perfil y se me dio acceso a los foros activos que más se adaptaban a mí. Vi a Colmillo Blanco en el «Club de fans de Drive Shaft», en el foro «Si no te gustó el final de *Perdidos*, no mereces ni un uno por ciento de mi alma» y en el de «*Perdidos*: ¿quién es el más friki?», donde se hacían preguntas sobre curiosidades de la serie. Me encantaron sus respuestas, sus divagaciones. Y, tras nuestra primera charla —atípica e insuperable—, empezamos a coincidir en otros foros, comenzamos a hablar más y descubrimos que teníamos mucho en común.

Hacía unos meses que había traspasado el restaurante que había absorbido todo mi tiempo durante los últimos años. Lo había dejado para cuidar de Mabel, para pasar tiempo con ella y no perderme esa infancia que me daba la sensación que se me escapaba. Empecé a colaborar con otros chefs y restaurantes —incluido el mío— como asesor y cocinero externo, y acepté la propuesta de un antiguo cliente de hacer un canal en el que cocinara recetas asequibles dos veces por semana.

Todo estaba bien, el sueldo que entraba en casa era generoso y tenía flexibilidad para estar con Mabel, pero…, de repente…, no tenía nada más. Y es cierto que fue una decisión meditada y con la que me sentía muy a gusto. Pero solo era padre y cocinero. Ya no era pareja de nadie —ni sexual ni emocional—, no tenía la vida social

más o menos frenética que llevar un restaurante de éxito conllevaba y, salvo alguna cita y algún que otro encuentro sexual casual, no tenía relación con nadie más. Y por eso, lo único que me llevé de mi cotidianeidad a Soul Finder fue el nombre de Remy, un guiño a mi profesión y a *Ratatouille*, película con la que Mabel estuvo meses obsesionada. No quería hablar de recetas ni de deberes ni de nada de mi día a día. Quería dejar de ser padre soltero durante un ratito al día; la hora y media que hablaba con Colmillo Blanco desde hacía cuatro meses.

Llevo más de una hora releyendo viejos chats sin estar seguro de qué siento. No voy a volver a hablar con él, eso seguro, pero supongo que el duelo dura un poquito más cuando a quien pierdes es a la otra mitad del alma. Y suena extremo y exacerbado, teniendo en cuenta que esa mitad solo existe en un plano virtual, que nunca llegué a conocerlo en persona y que podría haberme mentido en mil cosas. Ahora no me fío de nada. Pero era la primera persona con la que coincidía de esta forma tan brutal, y no hablo de series de televisión ni de personajes favoritos, hablo de la… esencia. Y de verdad que nos complementábamos tanto que hasta daba un poco de miedo.

Miro por la ventana, la tarde se tiñe de un precioso y cálido color melocotón; se oye el piar de los pájaros, que vuelan de un árbol a otro como si buscaran algo que no encuentran. Suena *Hope is a dangerous thing for a woman like me to have-but I have it*, y mientras la escucho, busco el chat en el que hablamos de esta canción, y pienso en cómo casi se me saltaron las lágrimas con las cosas que me dijo, en cómo no me cuadra esa persona sensible, divertida y divagante hasta la extenuación con el malqueda que me ha dejado tirado no una ni no dos, sino tres veces.

Remy: ¿Te confieso una cosa?

Colmillo Blanco: Que no se diga que no venimos a Soul Finder a desnudar nuestra alma. Desde que te encontré hago más introspección que en toda mi vida.

Remy: Ja, ja, ja. Yo he descubierto que soy más intenso de lo que pensaba.

Colmillo Blanco: De nada. ¿Qué me ibas a decir?

Remy: ¿Sabías que nuestra canción favorita de Lana, Hope is a dangerous thing for a woman like me to have-but I have it, se llamó originalmente Sylvia Plath?

Colmillo Blanco: ¡Cómo no iba a saberlo! Es aún más maravillosa por ello. La frase «I've been tearing around in my fucking nightgown, 24/7 Sylvia Plath» es yo a tantos niveles…

Colmillo Blanco: Aunque como confesión es regular. Veo que ha decaído el nivel desde lo último que me dijiste a corazón abierto.

Remy: Ja, ja, ja. Eso era a título meramente informativo, como intro a la gran y vergonzosa confesión: yo no sabía quién era Sylvia Plath y, al escuchar la canción la busqué y… ¿sabes lo que viene a continuación?

Colmillo Blanco: Te pusiste un camisón negro y vagaste por tu casa leyendo sus cartas y diarios mientras se te saltaban las lágrimas.

Remy: Pues menos en lo del camisón negro, has acertado cien por cien.

Remy: Me hizo pensar en cosas. En esa dicotomía que parecemos tener muchas personas, la división entre dos facetas; ese querer ser la madre y esposa perfecta y a la vez triunfar en el plano artístico.

Colmillo Blanco: ¿Te sientes mala madre? *guiño*

Colmillo Blanco: ¿Remy?

Remy: Estoy, perdona. Estaba pensando. No me siento mala «madre», evidentemente. Pero entiendo a qué se refiere. Por leerla, cambié el rumbo de mi vida.

Colmillo Blanco: ¿Quieres elaborar eso más? Y perdona, quizá la broma ha estado un poco fuera de lugar.

Remy: No pasa nada, y, por ahora, voy a hacerme el misterioso. Es un tema del que podríamos hablar cuando nos veamos.

Colmillo Blanco: Trato hecho.

Remy: ¿Por qué decías que esa frase de la canción es tú a muchos niveles? ¿Usas camisón negro? No me importaría verlo.

Colmillo Blanco: Mmm, pervertido, me gusta…

Colmillo Blanco: Pero no, me refiero a ese estado de ánimo que evoca. Es una canción desgarradora. Habla de no encajar, de no ser ella misma de cara a los demás, de estar cansada. Me siento… identificado en cierto modo. El verso entero, cómo dice que escribe con sangre en las paredes porque la tinta de su bolígrafo no se ve en su libreta… No sé. A veces (muchísimas veces) siento que no encajo en ningún sitio.

Remy: Eso es duro. Y no solo porque sabemos que Sylvia Plath luchó contra la depresión y terminó suicidándose. Habla de tener esperanza en el tono más triste y desesperanzador.

Remy: ¿Tú…, hum…, tienes o has tenido depresión?

Colmillo Blanco: Por suerte, no. Mi madre sí, por desgracia. Pero no me apetece hablar de eso, para otro día, para esa primera cita.

Colmillo Blanco: Hablo más de ese no encajar, de no estar contento, pero al menos no estar triste. No sé. Es complicado.

Colmillo Blanco: Yo creo que es una canción pidiendo ayuda. O así la concibo yo.

Remy: ¿Tú me estás pidiendo ayuda?

Colmillo Blanco: Creo que me la has ofrecido sin necesidad de pedírtela.

Remy: ¿Yo? ¿Cómo?

Colmillo Blanco: Apareciendo en mi vida.

No puedo seguir leyendo. Y eso que sé que, tras nuestra excesiva intensidad, nos reíamos y hablábamos de uno de los pocos libros de ficción que no era de Dickens pero que sí se había terminado. Nunca llegué a preguntarle el título. Y ahora no me arrepiento. Me lo hubiera comprado, subrayado y pensado en él en cada página. Yo, que no soy un gran lector; él, que es un lector a medias. Y, sin embargo, ambos leíamos las mismas cosas. Rarezas de la vida.

Suspiro.

Y mientras suena *Say Yes To Heaven*, vuelvo a mirar por la ventana. La luz melocotón tiene toques malvas y dibuja sombras sobre las fachadas de las casas y las copas de los árboles. Y ahí, en medio de ese lienzo cálido, con una libreta en una mano y ciento cuarenta y tres cuencos en la otra, Mason cruza uno de los jardines hacia dondequiera que vaya. Con una sonrisa, cojo los prismáticos y lo veo desaparecer tras los árboles.

Vacío el chat.

Se acabó.

OCHO

MASON



—¿Qué dice que se ha comido? —le pregunto a mi vecina una semana después de los casi besos con mi vecino buenorro.

La vecina de los rizos caobas me ha interceptado cuando volvía a casa tras visitar a los gatos de la colonia y buscar al truhan que ha embarazado a mi virginal Tequila.

—Setas. Las setas del señor Marshall. —Señala al señor Porche con un dedo acusador.

El buen hombre está sentado en su silla y apenas levanta la cabeza al oír a la vecina, que parece muy alarmada y dice que uno de los gatos que ronda por su casa se ha intoxicado. Creo que se refiere a Atigrado, es el que más veo por su jardín, aunque ella lo llama Bebote. Para que luego digan que yo pongo nombres de mierda.

—¿A quién se le ocurre plantar setas en el jardín de casa? ¡Es un despropósito!

—Te estoy escuchando, Melinda. Alto y claro. Y mis setas están en un cobertizo cerrado con llave.

«Melinda». Me repito el nombre una y otra vez; quizá la próxima vez me acuerde. Es mi mejor vecina, la que más me ayuda y se preocupa por los gatos de la urbanización.

—Has envenenado a mi gato.

—Lo que me faltaba —dice él, poniéndose en pie—. No es tu gato, es un gato del vecindario. ¿Verdad que sí, chico?

Es entonces cuando me fijo en que Mabel está entre el jardín del señor Porche y yo. Mirándome atenta. Pero ¿esta niña no tiene casa?

Me quedo callado. Bueno, en realidad no he hablado mucho desde que la señora de los rizos caoba me ha parado a voz en grito.

—¡Sí es mi gato! —exclama ella. Luego, más bajito, me pregunta —: ¿Puede ser mi gato?

—Podemos arreglarlo, si es lo que quieres. Tiene chip y está vacunado, habría que registrarlo a tu nombre y ya. Es un paso sencillo, pero ¿me puedes decir qué le pasa?

—Ven, por favor, se ha intoxicado, le sale espuma de la boca.

—¡¿Qué?! Eso se dice antes. Llévame con él.

Salimos disparados hacia su casa y yo oigo que la criatura extraña —la niña— murmura algo. Creo que al señor Porche, porque lo oigo reírse, pero al instante la tengo pegada a los talones.

—¿Se está muriendo? —me pregunta.

—Se ha pasado toda la mañana defecando —explica la vecina, no sé si informándome a mí o contestándole a ella.

—¿Qué más síntomas tiene? —le pregunto yo.

—Después de estar un buen rato olisqueando frente a la puerta de atrás, se ha tumbado y no se ha vuelto a mover. —La señora suelta un sollozo justo cuando llegamos a su jardín.

Me acerco al gato, sin tocarlo al principio. Me agacho a su lado intentando hacer el menor ruido posible.

—¿Qué le pasa? —me pregunta la niña, apoyando una manita diminuta en mi cabeza.

—Shhh.

Atigrado respira en jadeos, pero son suaves, no demasiado acelerados, y tiene el pelo húmedo a la altura de la boca.

—¿Ves cómo respira? —le digo a la niña, que, con muchísimo cuidado, se ha arrodillado a mi lado—. No jadea rápido. Si estuviera envenenado de gravedad, su respiración sería mucho más desordenada, como cuando corres mucho y te duele el pecho.

Le palpo el costado para ver si tiene fiebre y, al acercarme, le noto cierto olor dulzón en la boca.

Le pregunto a la vecina dónde ha estado Atigrado antes de que pasara esto, me señala la zona y voy hacia allí con la niña extraña

junto a mí. Veo que hay un charquito húmedo justo al lado de las escaleras que llevan a la parte de atrás. Me agacho y también lo huelo. Mabel hace lo mismo que yo y arruga la nariz. Como ayudante silenciosa no tiene precio.

—¿Qué es esto?

—Ay, no, no me digas que ha sido mi culpa. Ay, ay. —Tras un par de lamentos, la señora de los rizos caoba, me contesta—: He vaciado el cubo con el que limpié la mesa de madera de cedro.

—¿Tenía lejía?

—¿Cómo voy a usar lejía en mi mesa buena?

«Y yo qué sé, señora, y yo qué sé».

—No, solo tiene flor de cerezo y un poco de jabón de Marsella —me asegura muy orgullosa ella, no sé bien por qué.

—Se ha debido intoxicar con el jabón. No es grave, pero…

—¿Y la espuma de la boca? —me pregunta Mabel, que se ha ido de nuevo junto a Atigrado.

La sigo.

—Cuando los gatos comen algo que les sabe mal, salivan para limpiarse solos, digamos —le explico. Luego, para la vecina de los rizos caobas, añado—: Necesito un poco de bicarbonato, ¿tienes? —Ante su asentimiento, le pido que lo traiga, una gasa y un par de cuencos.

Le enseño a Mabel cómo limpiarlo con suavidad y cómo acariciarlo mientras bebe agua fresca, aún sin incorporarse del todo.

Nos quedamos un buen rato, hasta que Atigrado logra ponerse de pie. La niña habla un par de veces por el *walkie* (¿con su padre?; ay, su padre), y cuando veo que el gato está tranquilo, lo cojo con mucho cuidado y anuncio que, aunque creo que estará bien mientras se mantenga hidratado, quiero llevarlo al veterinario para que lo vea.

Le pregunto a la vecina de los rizos caoba si quiere que, ya que voy a la clínica, ponga el gato a su nombre y, muy emocionada, me dice que sí, que viene conmigo, que le dé diez minutos. Mabel también quiere venir. Pero la buena mujer se ofrece a llevarla a casa, lo cual agradezco. O no. Porque no sé si quiero ver a Grant. Bueno, sí lo sé, quiero. Pero mejor que no.



Cuando nos bajamos de mi tartana de coche, que está lleno de trasportines, jaulas y bolsas de comida tamaño industrial, ayudo a la vecina a llevar a un —de nuevo jovial— Atigrado a su casa. Ya tenemos un gato feral menos. Aunque le he explicado que, sobre todo al principio, seguirá yendo y viniendo constantemente, que el concepto «ahora eres mío» no lo entiende.

A la vuelta, el señor Porche me llama con la mano y me pide que me acerque. Una vez llego al primer escalón, me tiende una hoja unida con un clip a una carpeta de plástico negra. Le echo un vistazo sin entender; en un principio creo que él también quiere adoptar un gatito de la colonia, pero no, es una encuesta escrita por él, de su puño y letra, sobre mis gustos, parejas pasadas, aspiraciones y datos familiares.

—Perdone que le pregunte, pero ¿para qué necesita todo esto? —Y bastante educado soy, teniendo en cuenta lo sorprendido que me hallo.

—Es para ver la compatibilidad que tienes con mi chico. Creo que os llevaríais bien. Es apuesto, trabajador y responsable. También es fiel a sus sentimientos. Si te deja entrar en su vida, lo hará para toda la vida. De lo contrario, no dejará ni que te acerques. Es de ese tipo de hombres.

Me estremezco. «Para toda la vida». Es lo que siempre he querido. Pero que a mis veinticinco años sea lo bastante cínico como para empezar a pensar que es una utopía es un poco descorazonador. Y más si tenemos en cuenta que tengo que beber para ligar, que he dejado tirada a mi alma gemela tres veces y que me siento un infiel de lo mucho que pienso en el vecino anteriormente conocido como Sawyer.

—¿De verdad cree que su hijo y yo…?

—Depende. Mi instinto me dice que puedes ser el elegido. Necesito conocerte un poco más, solo por si acaso. Mi chico lleva

tiempo solo y tengo que encontrar a su persona perfecta, ¿comprendes?

—Yo… No estoy seguro de esto, señor. Estoy conociendo a alguien que me gusta mucho; bueno, lo estaba, me ha bloqueado. —Ante su mirada confundida, le aclaro—: Lo conocí en una *app* para encontrar a tu alma gemela.

—¿Eso existe?

—¿Las almas gemelas? Quiero creer que sí.

—Me refería a la aplicación, creía que solo valían para echar canas al aire.

—Esta es distinta. Es… especial. Busca afinidades. Cosas en común no basadas en el físico.

—Tu eres muy guapete, no creo que tengas problemas para ligar.

—Pues los tengo, créame. La gente no ve más allá de lo que está a la vista. Incluso he llegado a pensar que no hay más que lo que está a la vista.

—No digas chorradas, se te nota que eres buena persona a la legua. Por eso te tengo echado el ojo para mi chaval.

—¿Chaval? Pero ¿cuántos años tiene? Y ya puestos, ¿dónde vive? ¿Es gay? ¿Es guapo? No es que me importe, soy más de belleza interior, pero el exterior también me llama la atención, claro, y si me gusta no seré capaz de hablar. Y mire, tampoco quiero, que ya me debato entre dos amores y bastante tengo…

—Shhh, calma, no te aceleres, chico. ¿Dos amores, dices?

—Ninguno consumado, pero podría decirse que sí. El virtual y el real. Aunque el virtual también es real, solo que no lo he visto. Y el real no es amor de verdad, es… lujuria. Pero con ese no voy a tener nada. No, ese es terreno vedado. No pienso pisar su jardín. Como si hubiera cinta policial impidiéndome el paso. Bueno, salvo que se me escape la gata, que ahora está embarazada.

Me callo cuando veo que el hombre me mira con las cejas alzadas.

—¿Estás soltero y sin compromiso o no?

Tras pensármelo un momento, contesto:

—Sí.

—Vale. Pues rellénam̃e el cuestionario. Y no te preocupes, que uso «chaval» en tono cariñoso. Es mayor de edad, le gustan los hombres y las mujeres y es guapo como su madre, que era una preciosidad.

No, no, otro bisexual no, joder, ¿qué le pasa a la gente con los coños? Si son… raros.

—Siento lo de su mujer.

—Fue hace unos cuantos años ya. Sigo echándola de menos, pero estoy bien.

—Mi madre también echa en falta a mi padre cada día. No lo supera. Quiero creer que cada día irá un poco mejor.

Quiero creerlo, pero lo dudo. Y no sé cuál es el empujón que necesita para no caer más en la tristeza. Suspiro.

—En mi caso creo que es al revés. Creo que no supe bien lo que tenía hasta que la perdí y ahora su ausencia me ha hundido como cuando caminas sobre una capa fina de hielo y, de repente, te ves en el agua casi congelada sin encontrar un hueco para volver a salir a flote porque notas cómo el hielo se cierra sobre tu cabeza.

Pobre hombre.

—Ya, se le cae la casa encima. Lo siento.

—Es más al revés. Se me cae el mundo cuando salgo. En casa no estoy tan mal. Estoy más… templado.

Joder, no doy ni una con este señor. Lo miro sin saber qué decir. Y eso que creo que me cae aún mejor. No me esperaba este arranque de sinceridad.

—Bueno —continúa él, deshaciéndose de la capa helada de pena y centrándose en lo suyo, en su hijo; él erre que erre—, vayamos a lo que nos interesa. Échale un ojo a las preguntas, dime si tienes alguna duda y yo me encargo de lo demás. Piensa en mí como en tu nueva aplicación para encontrar a tu alma gemela. Lo haremos a la antigua usanza.

No me atrevo a decirle que incluso a mi alma gemela le he fallado porque no tengo vida más allá de mis gatos y mi trabajo. Es tan triste que vocalizarlo me hunde en esa agua helada de la que no se puede escapar.

NUEVE

MASON



Dos toques y un timbrazo. Debe de ser Ryder, siempre llama así. Aparto a Tequila a un lado; se ha quedado dormida encima de mí. Desde que está preñada es la gata más cariñosa del universo. Cuando está en casa, claro, porque hace varias escapadas al día a la casa del vecino cuyo jardín me he prometido no pisar. Promesa que incumplo todas las noches cuando, al abrigo de la luna, me muevo como un espía profesional y me cuelo en su propiedad para comprobar que mi gata embarazada está sana y salva.

Abro la puerta y me encuentro a Ryder guapísimo con ropa de deporte ajustada y una diadema sujetándole el flequillo.

—¿Vas al gimnasio?

Se suponía que habíamos quedado para que yo le desnudara mi alma y él me tomara un poquito el pelo. En nuestra dinámica. Y a mí me encanta cómo funcionamos. Es supernatural. Dice lo que piensa sin tapujos y, casi siempre, acierta en todo. Y encima es administrador de Soul Finder y yo le quiero pedir un truco para poder volver a hablar con Remy. O pedirle consejo, sin más. Que tampoco soy tan atrevido.

—Y tú te vienes conmigo, venga, vístete.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Te vendrá bien un poco de ejercicio.

—Ya hice ejercicio hoy.

—Las pajas no cuentan como ejercicio.

—He salido a correr con los perros.

—¿Antes o después de la paja?

—Eres un guarro. —Luego, más bajito, añado—: Después.

Ryder se ríe y entra detrás de mí en casa; sabe que voy a ceder. No voy mucho al gimnasio, pero, de vez en cuando, pago días sueltos y lo acompaño. Es de su novio —el gimnasio; bueno, y también él, en cuerpo y alma— y hay muy buen ambiente. Y muchos gais. No sé de dónde salen, pero no voy a quejarme. Es el paraíso. Y el lugar en el que he encontrado a mis dos últimos rollos.

—¿Qué tal tu cita, por cierto? Habías quedado con tu alma gemela, ¿no?

—De eso te quería hablar, de mi cita. La he liado y no sé cómo arreglarlo. Necesito que me ayudes —le pido—. Me ha bloqueado, haz que me desbloquee.

—¿Cómo? ¿Quieres que hable con él? No lo conozco de nada.

—No, haz que me desbloquee literalmente. Entra en su cuenta y hazlo.

—¡Yo no hago esas cosas! Pero ¿qué clase de persona crees que soy? —inquiere, muerto de la risa—. Privacidad, protección de datos, confidencialidad… ¿Te suenan esas cosas?

—Me suena que tu amigo Levi me quitó a Owen pasándose por el forro todas esas grandes palabras con las que se te acaba de llenar boca.

—No sé quién te ha dicho eso, pero no es verdad. Levi no hizo uso de ningún dato confidencial y, además, da igual, porque yo te voy a presentar al próximo amor de tu vida y follaréis como conejos todo el día. ¿Los conejos follan mucho o es un mito? Dime, tú que sabes del tema.

—¿De follar?

—No, de conejos, bobo. De conejos animales, no de coños, ya me entiendes.

Pongo los ojos en blanco y no le digo que lo de los conejos es un poco exageración, que simplemente es que sus periodos de gestación son muy cortos y se reproducen durante todo el año.

Un momento…

—¿Me vas a presentar a alguien? Mira, es que entre Remy y una nueva obsesión que tengo y que protagoniza todas y cada una de

mis fantasías…

—Bueno, bueno, cuenta.

—Pues lo cierto es que me siento fatal. Porque me gusta mucho Remy, pero la he cagado y encima no sé cómo es físicamente, así que no puedo evocarlo en mis fantasías. Y cuando logro imaginármelo en base a la idea que tengo de él, mi nueva obsesión aparece en mi mente y lo llena todo y… me siento fatal. Así que no necesito que me presentes a un tercero en discordia.

—A ver, discordia parece que ya tienes. Uno no te habla y al otro lo llamas «obsesión» y no «amor de mi vida», lo cual, viniendo de ti, no augura nada bueno. Así que mira, no me cuentes más y espera a conocer a mi candidato. Todo tendrá sentido, ya verás.

—¿Todo, en plan, todo en mi vida?

—Ojalá, Mase, ojalá. Pero yo me refiero a tus problemas más inmediatos.



Entramos en el gimnasio y nos detenemos delante del *ring*, donde James está dándose de hostias con un tío más alto que él a quien parece llevarle ventaja. Se mueve con una soltura que te impide despegar los ojos de él.

—Es como si bailara —susurro con total deleite.

—Para nada —replica Ryder—. Él solo baila cuando es conmigo. Lo de ahí es puro entrenamiento.

Entonces me pone una mano en la espalda y me conduce hacia una esquina donde hay unas taquillas con vendas, cascos, guantes…

En cuanto veo que se coloca las vendas en las manos, le pregunto:

—¿Qué haces?

—¿Boxear?

—¿Vas a boxear con James cuando acabe? —le pregunto, señalando hacia donde está entrenando su novio, pero sin mirar

hacia el *ring*.

—No, contigo.

—Yo no pienso boxear —replico con un tono quizá demasiado ansioso.

—¿Sabes cuántas partes del cuerpo ejercitas boxeando?

—Me da igual.

Ryder me ignora mientras termina de colocarse las vendas e intenta que me ponga las mías.

—Trabajas todo el cuerpo, desde los pies a la cabeza. Hombros, brazos, pecho, espalda… —empieza a enumerar.

—Que no —insisto—, que soy pacifista. No pienso pegarle a nadie.

Mi amigo se recoloca la diadema.

—No es de verdad, es un deporte. Cada *round* dura tres minutos. Mira, solo te pido que lo pruebes. Nunca sabrás si te gusta si no lo haces.

—No es necesario. Ya sé que no me gusta. Me pone muy nervioso verlo, no pienso participar.

—Bueno, tú vienes al *ring* y te dedicas a esquivarme. He visto como esquivas los arañazos de los gatos. No hay mucha diferencia.

Lo miro boquiabierto.

—¿Que no hay mucha diferencia?

Mi amigo se me acerca y comienza a ponerme las vendas. Me quedo quieto solo porque no sé cómo reaccionar.

—Mueves el cuerpo aquí y allá, y te luces un poquito.

—¿Que me luzca? ¿Delante de quién?—Recorro las máquinas y aparatos con la vista—. ¿Está aquí? ¿Tu candidato? —susurro quizá en voz más alta de lo que pretendía, porque Ryder se ríe—. No he venido a ligar, ya te lo he dicho. —Me ruborizo cuando percibo cómo me mira un chico que pasa por delante de nosotros y nos saluda con un gesto de cabeza—. Solo quiero que Remy me dé otra oportunidad.

—Mira, si Remy quiere algo contigo, que te desbloquee. Mi candidato es perfecto porque tiene algo que tú quieres.

—¿Rabo?

Ryder se descojona.

—Sí, eso también, y tiene pinta de ser grande. Pero, además, creo que podría ayudarte con la feria que quieres organizar para sacar dinero para los gatos.

—¿Por qué? ¿Cuál es su habilidad?

Ryder sube y baja las cejas y yo le doy un manotazo en el brazo mientras él sigue poniéndome las vendas.

—Cocina, es conocido en la zona y tiene contactos. La idea que tenías de hacer un concurso de tartas y de poner puestos de comida es estupenda, porque él hace recetas de todo el mundo. Puede funcionar.

—Mira, lo de la feria está bien, pero no me lo presentes en plan pretendiente. Remy…

—Y dale con Remy.

—En serio, Ry. Es el único junto contigo y Ariel con el que de verdad he sido yo.

—Espera, ¿Ariel? —me corta Ryder—. ¿Quién cojones es Ariel?

—Mi mejor amigo. Vive en Winter Falls, te he hablado de él.

—Me has hablado de un mejor amigo de la infancia, pero no has mencionado que se llama como la Sirenita.

—Significa León de Dios en hebreo —replico—. Sus padres practican el judaísmo, aunque él es ateo de puertas para afuera. Ya sabes, finge dentro de casa y serás feliz fuera. Toda esa mierda.

—Me la conozco, por desgracia —asiente él—. ¿Y tu amigo Ariel tiene a su vez algún amigo llamado Sebastián o algo así? Sería la hostia.

—Es un nombre bíblico, ¿vale? —insisto al verle la cara de estar a punto de echarse a reír.

—Vale, pero no te enfades. —Mi amigo se aparta de mí para coger un par de cascos.

—No me enfado. Es que en el instituto se metían mucho con él por su nombre, y es injusto.

—Lo siento.

Lo miro. Su expresión se ha suavizado y tiene pinta de estar avergonzado.

—Nada que perdonar, tú no tienes la culpa. El instituto fue una mierda en todos los sentidos. Pero yo lo tenía a él y eso era bueno.

Los mejores silencios de la historia de los silencios.

—¿No hablaba mucho?

—No, éramos la extraña pareja. Él con su mutismo selectivo y yo con mi incapacidad de decir nada interesante. Si ahora me cuesta comprender a la gente, cuando era un niño ni te imaginas. Era… como la peor ecuación matemática que te han formulado nunca, y tenías que desarrollarla sobre la marcha, en vivo. Un rollo. El caso es que con mi alma gemela podía hablar de todo y parecía que yo le gustaba —comento, sin mencionar que dejé fuera de nuestra relación virtual el hecho de que tenía muchas mascotas campando a sus anchas en casa—. Y, sí, ya sé que hablar por mensajes es mucho más fácil, pero teníamos tanto en común…

Ryder tira de mí hasta subirme al *ring*. En nada estoy a unos centímetros del suelo y siento que todos me miran.

—Venga, ahora no pienses en amigos mudos ni en almas gemelas y céntrate en intentar esquivarme.

Ryder es rápido, muchísimo. Y yo no tanto, eso es así. Soy más ancho que él, menos ágil, y no estoy para nada entrenado. Pero sí tiene razón en algo: se me da de miedo esquivar. No sé cuántos golpes esquivo mientras intento mantener la respiración y le doy vueltas a la idea de la feria. Necesito recaudar fondos y pronto. Cada vez hay más gatos y tengo menos medios para poder cuidarlos. Mi economía no es una maravilla ahora mismo, la verdad.

Ryder me llama la atención porque me he distraído. Le digo que es su culpa, que ahora que me ha recordado lo de la feria no puedo parar de pensar en ello.

—No podemos hacerlo nosotros. Tiene que ser algo llamativo que pueda atraer a gente de fuera. Platos del mundo, para eso mi candidato es la leche, que lo sepas. Se pueden hacer concursos, tómbolas, poner mesas para picar algo… Venga, ahora céntrate.

Mi amigo se mueve de un lado a otro. Sé lo que viene a continuación por la tensión de su cuerpo. No sé cuánto ha dado de sí durante el combate en el que apenas me ha golpeado un par de veces; estoy convencido de que se ha contenido muchísimo. Pero está claro que quiere acabar. En menos de lo que tardo en parpadear, me propina un gancho de izquierda que hace que me

tambalee, y lo acompaña de otro golpe más bajo que me deja tirado en el suelo y pidiendo paz y amor y todo eso. Qué poco me gusta el boxeo.

Ryder me da la mano. Nos quitamos los guantes y el casco, y me pide que lo siga.

—¿A dónde? No quiero ligar —le advierto—. Ryder, espera. —Corro detrás de él hasta que llegamos a una máquina enorme, de esas en las que se levanta mucho peso, ni idea de su nombre. Lo único que controlo son las pesas que tengo en mi casa y el tipo de terreno donde puedo correr sin tener accidentes—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Vamos a hacer pesas? Pensé que el boxeo ya trabajaba todo el cuerpo.

—¿Quieres o no a alguien que te salve el culo? —Sus ojos verdes brillan bajo la luz de los flexos. Quizá el brillo se deba a que ha dicho «culo» en una frase que tiene que ver con presentarme a alguien que le podría hacer… cosas al mío.

—Sí —contesto, porque soy idiota.

Ryder sonríe.

—Bien. —Se acerca al chico que acaba de levantarse de la máquina y del que solo he visto los pantalones rojos y esas piernazas estupendas, con lo que sé que es el macizo que boxeaba con James, y, mientras levanto la vista, me dice—: Mason, este es Grant, el mejor cocinero de Eeriewood. Grant, este es mi amigo Mason. Necesitamos pedirte un favor.

Miro a mi vecino anteriormente conocido como Sawyer y me estremezco.

Creo que él también se estremece un poco, aunque no creo que por el mismo motivo.

Mierda.

DIEZ

MASON



Owen, el hijo de los dueños del Langston Books & Coffee, ha levantado ambos pulgares cuando me ha visto entrar con Grant. No sé qué me desconcierta más, que crea que puedo estar con este tío buenorro de presencia asfixiante, o que ahora le caiga bien y me trate como si no me hubiera ignorado y huido de mí cuando yo lo pretendía. Que encima fue culpa de sus padres, que me alentaron. Hemos pedido nuestras bebidas —un café solo para Grant y un zumo de ciruela para mí— y nos hemos dirigido a una pequeña mesa junto al ventanal.

—Tengo tu albornoz y tus Crocs —le digo, una vez estamos sentados.

—¿Y a que no te acuso de secuestrarlos? —me contesta él son una sonrisita cargada de sarcasmo.

—Es que no es lo mismo, me los diste voluntariamente.

—Y tu gata vino *voluntariamente* a mi jardín.

—Eso decís.

Apoya un codo en la mesa —demasiado pequeña para los dos cuando uno de nosotros tiene una presencia tan inconmensurable— y se lleva una mano a la boca, yo diría que para esconder una sonrisa.

—Sigues dudando de mi hija —me dice tras unos segundos en los que la intensidad de su mirada me abrasa.

—Lo cierto es que no. —Suspiro—. Tequila está embarazada y busca sitios tranquilos donde sentirse segura. —No le digo que yo

también me sentiría seguro cerca de él. Me aclaro la garganta—. Así que sí creo que fue ella sola. Pero también creo que tu hija no debería de haberse colado en mi casa.

—En eso estamos de acuerdo. Y está castigada por ello.

—Pues está todo el día en la calle.

Me mira con la cabeza ladeada y, con un tono cargado de exasperación, me dice:

—Está castigada sin chocolate, lo cual en su idioma es casi pena de muerte; sin tableta, sin consola y sin salir cuando haya oscurecido. ¿Consideras, tú, eminencia en niños, que es una pena insuficiente?

¡Será cabrón!

—A ver, yo lo único que digo es que está todo el día en la calle. Se ha convertido en mi sombra, ¿lo sabías?

—Aunque no nos veas alrededor, entre Martha, el abuelo, Leo y yo la tenemos vigiladísima. La señora Mildred y la señora Mackenzie también le echan un ojo y la dejan jugar entre sus jardines.

—No tengo ni idea de quién es toda esa gente —confieso, obnubilado por su abundante conocimiento del vecindario y la escasez del mío.

Esta vez no logra esconder su sonrisa.

—¿No va al colegio o qué?

Vale, me acabo de dar cuenta de una cosa: sí puedo hablar con este hombre, por muy guapo que sea y por mucho que me atraiga; quizá sea porque no lo veo como un amante en potencia. Soy de amores platónicos, no de amores imposibles. Debe de pensar que soy gilipollas. Su hija ya ni siquiera me molesta. Es sigilosa como una ninja, y eso a los animales les viene de perlas.

—Está de vacaciones. —Ya no parece tan divertido, quizá he sido muy brusco, que él quiere a la criatura extraña—. Como el resto de niños. Será una época terrorífica para ti, ¿no? En plan *La invasión de los ultracuerpos* o algo así.

—Qué gracioso. No te recordaba tan gracioso.

—Eso es por el alcohol, se te habrá olvidado. Soy la bomba.

—Sí, atómica.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro; y no sé si nos estamos midiendo, desafiando o desnudando con los ojos, pero en vez de querer callarme por miedo a meter la pata, a ser demasiado, quiero decirle muchas cosas.

—Y, por cierto, el final de *La invasión de los ultracuerpos* es brutal —es lo que termina saliendo por mi boca, no sé muy bien por qué.

—Sí que lo es.

Ahí está, otra vez esa sonrisa.

Creo que no respiro.

—Bueno, así que quieres hacer una feria —comenta Grant, porque uno de los dos tenía que ser el maduro y está claro que ese es él.

—¿Cuántos años tienes? —le suelto de repente.

—Treinta y dos. ¿Eso es importante para tu feria?

—No, para eso no. Yo tengo veinticinco.

—Muy bien —musita, desconcertado.

Sonrío. Me ruborizo. Carraspeo.

—Es para los gatos de la colonia. Yo… no puedo seguir cubriendo todos los gastos.

—¿Qué gastos son esos? —me pregunta con verdadera curiosidad. Sé que es real porque esas cosas se notan. Porque son muchos años de miradas por encima del hombro al loco de los gatos.

—Los llevo al veterinario, les pongo el chip, las vacunas necesarias, les doy de comer… Y tengo una hipoteca y un trabajo que va a ir muy bien, pero que aún no ha despegado. Estoy empezando y…

—¿Qué hace un etólogo exactamente?

—Te acuerdas. —Hay sorpresa en mi voz, lo sé.

—¿Y ahora quién trata de tonto a quién? —inquiere con una sonrisa, y yo me quedo mirando sus labios—. Y no soy tan rubio para ser tan tonto, ¿verdad? Algo así me dijiste.

—No dije eso exactamente, pero *touché*.

Sonrío porque… Pues porque no lo puedo evitar, la verdad.

—Vamos a llegar a un acuerdo aquí y ahora: ninguno de los dos es tonto, ¿vale?

—Vale. Y tú además no eres rubio.

—No lo soy, no.

Grant se aparta el pelo de la cara con ambas manos y yo me quedo mirando el movimiento como si, por mucho que me empeñe en negarlo, fuera tonto perdido.

—Te pareces a Sawyer, el de *Perdidos,* ¿sabes quién es? —le pregunto.

Pero ¿por qué le he dicho eso?

—¿Te gusta *Perdidos*? —Parece sorprendido.

—Y Sawyer, sí.

Me doy cuenta de lo que implica lo que acabo de decir, me sonrojo y fijo la vista en mi zumo de ciruela.

—Pues debe de ser cosa del destino, porque ¿sabes lo que pensé yo la primera vez que te vi de cerca? —me pregunta; no alzo la vista hasta que vuelve a hablar—. Que tenías los ojos de Boone.

Lo miro. Con los ojos de Boone, por lo visto. Estoy muy quieto, pero por dentro estoy dando saltitos; Boone tiene ojazos.

Como mis ojos de Boone están fijos en él y estoy seguro que casi ni parpadeo, cambia de tema y me vuelve a preguntar en qué consiste mi trabajo. Y lo agradezco, porque no quiero hablar de *Perdidos*. Cuando lo hago, el que se pierde soy yo, pero los papeles. Soy un frikazo que se sabe la Lostpedia de cabo a rabo y, aunque con Remy (ay, Remy) jugaría a ver quién de los dos conoce más curiosidades, este tío va a pensar que soy un raro. Parece que le gusta la serie, pero seguro que lo hace a nivel espectador mundano, como la gente normal y corriente. No como alguien que se ha visto todas las temporadas seis veces.

—Mi trabajo consiste en entender a los animales, gatos y perros en su mayoría, aunque lo que más abundan son los perros. A los gatos es mejor visitarlos en casa, se suelen estresar mucho si los sacas de su ambiente. Los perros sí vienen a mi miniclínica. Algunos se quedan varios días, otros vienen a sus sesiones y luego vuelven a sus casas. Analizo su conducta y, en base a ella, me encargo de diseñar programas de entrenamiento, terapias, técnicas de refuerzo

positivo y todo eso. Los ayudo a reforzar la confianza, disminuir el miedo, e incluso me encargo de hacer un seguimiento de rehabilitación si han sufrido algún trauma.

—¿Y todo eso lo haces en tu casa?

—Tengo una consulta en la parte de atrás, sí. Y un circuito en el jardín. Pero no tengo muchos pacientes; por un lado, eso está bien, porque así les dedico el tiempo que merecen, pero, por otro…, necesito dinero. Tener tres trabajos es agotador, aunque me encanten todos ellos.

—¿Qué otros trabajos tienes?

¿De verdad está interesado?

—Colaboro con una protectora a tiempo parcial; y también me dedico a pasear perros. Cobro por horas, mínimo una hora; no doy paseos ridículos de tres pises mal hechos en un árbol de la acera. Salgo a hacer ejercicio con ellos. A respirar aire puro. A disfrutar.

Me mira, intrigado, creo. No sé juzgar bien a la gente. Y es tan raro despertar interés en alguien… Treparía sobre la mesa y le comería la boca; y lo que no es la boca. No puede ser tan guapo y encima tratarme como si yo fuera una persona normal hablando de cosas normales.

«*Pater familias, pater familias*», me obligo a repetir en silencio como un mantra antilibido.

Aunque… ¿tan mal estaría un lío rápido contra una pared o sobre esta misma mesa? No le voy a pedir la mano ni a criar a su extraña criatura, solo quiero follármelo. Si no pensara que no tengo nada que hacer…

—Cuéntame un poco de la feria que quieres organizar —me dice entonces, pidiendo información de forma voluntaria. Debo de estar soñando.

Le cuento mis ideas, las de Ryder… Lo hago de forma atropellada, porque me interesa y me emociona, y no concibo hablar de lo que me gusta sin pasión. Soy así.

—Estaría bien poner un puesto de golosinas para perros, para alentar a la gente a que traiga a sus mascotas —añado al final de mi sentidísimo discurso—. Quienes tienen animales suelen estar más concienciados.

—¿Golosinas para perros?

—Lo sé, te sonará ridículo —me sonrojo.

—Para nada. ¿En qué habías pensado?

¿Eh? ¿En serio?

«Cásate conmigo, por favor; criaré a tu progenie a cambio de una charla de estas al día».

—¿Mason?

—Hum, ¿perdona?

—Te preguntaba qué tenías pensado; se me ocurren varios aperitivos saludables para perros que podríamos ofrecer gratis de prueba para luego venderlos en paquetes combinados.

—¿De verdad?

—Podrían ser chucherías *gourmet.* Con salmón o pato deshidratado, calabaza…

Cuando ve cómo lo miro, probablemente con corazones en los ojos tipo emoticono, añade:

—Nunca lo he hecho, pero me encantaría probar, siempre estoy dispuesto a innovar y esto es un reto. ¿Cuánto tiempo tenemos? ¿Qué día quieres hacerlo?

—El ocho de agosto, el día de los gatos —informo, orgulloso.

Me sonríe.

—Vale, tenemos tiempo suficiente. Pero sí me gustaría cerrar los detalles cuanto antes. ¿Cuántos fondos necesitas? ¿Qué buscas? ¿Dinero? ¿Apoyo? ¿Patrocinios?

Lo miro, pestañeando mucho para que no se me escapen las lágrimas al verlo así de motivado. Debe malinterpretar mi ilusión por desconcierto y creer que soy un lelo que no ha pensado en nada de eso. Nada más lejos de la realidad. Empiezo a explicarle mis ideas.

—Hay un terreno comunitario en la zona sur de la urbanización, es donde están la mayoría de los gatos, aunque muchos de ellos se cuelen en nuestros jardines y zonas comunes. Intento tenerlos controlados, pero son curiosos por naturaleza y, aunque a muchos vecinos no les gustan, a otros sí y les dan de comer y juegan con ellos. Me han dicho en el ayuntamiento que si no hago ninguna edificación permanente que conlleve alta de agua o luz, ni siquiera tengo que pedir permiso. Que, si la comunidad de vecinos está de

acuerdo, con que la colonia esté dada de alta en la protectora local, que ya lo está, y haya alguien que se ocupe de todo, ese soy yo, podría instalar iglús térmicos de poliestireno y algunas estructuras tipo cajas o casetas de almacenaje. Allí les daría de comer y estarían a cubierto en los días de lluvia o más fríos. Yo podría tener allí mismo un pequeño cobertizo portátil donde guardar la comida.

Me fijo en que me está mirando con una sonrisa, apoyado contra el respaldo de la silla y una pierna cruzada sobre la otra a la altura de la rodilla.

—Lo tienes muy pensado. —Lo dice mientras juega con la servilleta de papel que hay junto a su taza de café.

—De pequeño no tenía muchos amigos y mis padres…, pues ahí estaban, a lo suyo. Así que pasaba todo el día con Mory, la gata.

—La del colgante de la estrella de mar basada en un relato que, según tú, es un poco horrible.

«Cásate conmigo».

—Esa misma —digo en lugar de ponerme de rodillas y pedirle matrimonio—. Nos subíamos al tejado y planeaba un futuro imaginario en el que yo era el rey de los gatos, no en plan soberano del reino felino, sino como un superamigo que hablaba su idioma y les montaba un santuario: un mundo utópico donde nadie les haría daño ni los abandonaría nunca.

Su sonrisa es tierna cuando me pregunta:

—¿Por qué gatos? Quiero decir, ¿por qué no perros o hurones?

—Hurones, dice —bufo—. No me llevo bien con los hurones. Y tengo dos perros, aunque todo el mundo parece olvidarlo.

Me sonríe y, tras hablar un poco más de ideas para la feria y de un helado para perros que le gustaría intentar hacer, después de que él se tome un segundo café y yo otro zumo de ciruela, me dice:

—Bueno, pues te pasas por mi casa, no sé… ¿mañana por la tarde?

—¡¿Quieres que vaya a tu casa?!

—Es que es donde está mi cocina.

Ah, eso.

ONCE

GRANT



Fascinado. Así me tiene el vecino. Es dulce y extraño, como el *khanom chan*, un postre tailandés que aprendí a preparar tras un viaje que hice con Martha a Ayutthaya antes de que naciera Mabel. Ha sido uno de mis postres estrella en el restaurante e incluso sigo preparándolo por encargo. Hago varias versiones, siempre me ha gustado transformar las recetas originales y hacerlas mías. Suelo usar frambuesa, mango y pistacho, entre otros ingredientes; pero algo me dice que los próximos que haga, en vez de rojos, anaranjados o verdes, serán de color azul. Azul clarito pero fosforito. Como los ojos de Mason. ¿Qué podría usar? No creo poder dar con semejante tono. ¿Arándonos diluidos en leche de coco? ¿*Haskap berries* canadienses con ralladura de limón y leche condensada?

Me da la sensación, como una de esas corazonadas que mi madre decía tener, de que además este chico tiene tantas capas como el postre en cuestión. Quizá alguna más amarga que otra, si tenemos en cuenta que es un poco bifóbico y antiniños.

La cosa es que, tras la conversación en el Langston, el instinto protector se me ha disparado como los niveles de sangre en la polla. Porque no puedo negarlo, mi respuesta física hacia él es bestial, me empalmo de solo oírlo hablar. Qué narices, me empalmo con solo verlo de lejos con los prismáticos de Hello Kitty que negaré usar hasta el día de mi muerte.

Y ahora no sé cómo sentirme al tenerlo en mi cocina, mirándolo todo como mi hija los mira a él y a sus animales cuando no se da

cuenta. Lo examina todo con una curiosidad y una naturalidad que me provocan una sensación extraña en el pecho. Tengo ganas de acercarme, explicarle qué es cada cosa, pedirle que me haga todas las preguntas que sé que quiere hacerme, que me las haga al oído o contra la punta de la polla, de rodillas, mientras yo me introduzco en su boca, en su garganta, bien profundo…

«No te empalmes, no te empalmes».

Pero entonces recuerdo lo que es estar pegado a su cuerpo, el calor de su piel, su olor mezclado con el mío —por mi gel, mi albornoz— y todos los sentidos se me expanden, como cuando pruebo algo nuevo que nunca antes había comido. Y me deleito. Y planeo cómo hacerlo yo en mi cocina, cómo transformarlo y hacerlo mío.

Mío…

No estoy acostumbrado a esto. No es que no haya estado cerca de hombres atractivos, lo he hecho; y me he acostado con tres de ellos. Pero el último fue… hace un año y pico. Ocurrió justo cuando Martha se mudó con su nuevo novio —ahora marido— y sentí la necesidad de conectar con alguien, de volver a sentir algo, cualquier cosa. Era uno de mis clientes y nos gustamos nada más vernos; quedamos un par de días y terminamos en la cama. Y fue bien; más que bien, fue salvaje, intenso y muy gratificante. No repetimos porque ninguno buscaba una relación seria; él porque viajaba mucho y yo porque de solo pensar en meter a alguien en casa o de presentarle a mi hija me entraban los siete males. Tras una década de tranquilidad emocional, la vida de soltero —de padre soltero, encima— se me hacía bola.

El caso es que nunca había sentido la necesidad de llevarme a la cama a nadie nada más conocerlo. Las conexiones siempre han sido vitales para mí. Estar así de cerca de alguien que me gusta a esos niveles es… nuevo para mí.

Mason levanta la mirada y sus ojos hipnóticos me obligan a apartar los míos. Es… demasiado.

—Te puedes sentar —le digo, señalándole un taburete, cuando veo que sigue mirándolo todo ensimismado.

—Parece una de esas cocinas que salen en la tele. Tengo la sensación de que no sé para qué sirve ni un diez por ciento de lo que hay aquí. Parece que esa trituradora, o lo que sea, va a despegar de un momento a otro.

Sonrío.

Mason se me acerca, solo un poco. Coloca la mano en la superficie de la encimera y desliza los dedos, como aprendiéndose su tacto. Tiene las manos grandes y cuidadas, de dedos largos.

—¿Preferirías ayudarme?

—¡¿Ayudarte?! —me pregunta llevándose la mano a la cicatriz del ojo y acariciándosela.

—Ven aquí, anda.

Viene al instante, rojo como los tomates ecológicos que tengo en la isla de la cocina. Aparta su mirada cristalina y a mí me entran más ganas aún de comérmelo. Lo que me apetece probarlo no es normal.

Cojo un delantal con mi nombre grabado en el bolsillo delantero y se lo paso por el cuello. Luego lo hago girar para atárselo a la espalda a la altura de la cintura. Mis dedos se deslizan por el trocito de piel expuesta entre el pantalón y el polo, y noto cómo se estremece. Yo también lo hago y, mientras le anudo la cinta, me pego un poco más de lo necesario a él, exhalando con suavidad contra su nuca y viendo como se le pone la carne de gallina. Se le escapa un gemido. Es tan receptivo… La tengo durísima y, cuando él se echa un poco para atrás y me roza la entrepierna con el culo, el que está a punto de jadear soy yo.

Se gira y me mira con los ojos empañados por el deseo. Son tan claros que la lujuria se los oscurece de forma visible, como gotas de lluvia cubriendo el azul cristalino.

—No podemos —le digo en voz baja, pero sin separarme de él.

—¿Por qué? —me pregunta, como en trance.

¿Qué estoy haciendo? Me aparto de él como si quemara. Mason parece momentáneamente perdido, avergonzado. Baja la vista y creo que está a punto de irse, así que llevo una mano a su barbilla y lo obligo a mirarme.

—¿Qué estás pensando?

—Estoy demasiado avergonzado como para pensar, pero es un honor que creas que soy capaz de hacer ambas cosas a la vez.

Sonrío, es adorable.

—No hay nada por lo que sentir vergüenza.

—Me he ofrecido en bandeja y me has rechazado.

—Primero, has sido mucho más sutil que eso; ofrecerse en bandeja sería algo como…, no sé, desnudarte y esperarme con las piernas abiertas y una manzana en la boca.

—Qué espanto.

Me río, no puedo evitarlo.

—Entiendo que no te guste. —Por su tono, parece derrotado.

—¿Que no me gustes? ¿Qué te hace pensar que no me gustas?

—¿Cómo te va a gustar *a ti* un chico como *yo*?

—¿Excéntrico y brutalmente sincero, quieres decir?

—¿Eh?

Tiene los ojos fijos en mi boca y se le escapa un suspiro. Llevo el pulgar hasta su labio inferior y se lo acaricio. Con la otra mano agarro la suya y la coloco en mi erección, que sigue dura como el Silestone de la encimera. Mason jadea. Y, aunque estoy tentado a moverme contra su palma, me aparto; he demostrado mi punto, no iré más allá.

—Es evidente que no es un problema de atracción. —Me separo un poco para recomponerme—. Cuando digo que no podemos es… que no debemos. Yo aún no sé si estoy emocionalmente disponible y tú…

—Yo soy raro, lo sé, a eso me refería antes con lo de «un chico como yo».

—No. No es eso. —Vuelvo a acercarme, no lo puedo evitar—. Me has dejado claro qué opinas de… ciertos aspectos de mi vida. Cuando viniste la otra noche… Mira, yo soy quien soy, eso no va a cambiar. Y en el fondo agradezco tu sinceridad, porque marca una línea clara entre lo que puede y no puede ser.

—Ya. Hum…, el otro día había bebido un poco. Bebo cuando estoy triste y cuando quedo con algún chico. En el primer caso anestesia el dolor. En el segundo anestesia mi verdadera personalidad.

—¿Esta que tienes conmigo es tu verdadera personalidad?

—Sí —dice en un murmullo, y aparta la mirada.

—Pues no hay nada que tengas que anestesiar. Tu verdadera personalidad es fascinante.

Me mira un instante, con los ojos como platos. Luego, vuelve a mirar a cualquier sitio menos a mí.

—Pero si te vas a sentir más cómodo, nos abrimos una cerveza, ¿eh? ¿O para eso tendríamos que estar en una cita?

—¿Tendrías una cita conmigo?

—No —contesto con sinceridad, porque tenemos que dejar las cosas claras—. No si sigues creyendo que ser padre es uno de mis defectos cuando en realidad es mi mayor virtud.

—Ya. No se me dan bien los niños. Y… no quiero solo un rollo. Me gustaría algo serio y, claro, tú tienes familia. Aunque un rollo contigo sería… Buah, qué fantasía, pero claro, encima me has dicho que no estás disponible, y…

Se está agobiando, no quiero que se agobie, quiero reconducir la conversación, cocinar, lograr que se relaje.

—Mira, no hay nada por lo que tengas que avergonzarte y, si lo hay, me avergüenzo contigo porque soy igual de culpable, ¿vale? Cuando te digo que no estoy disponible es porque me acabo de llevar una decepción; era la primera vez que intentaba algo con alguien desde que me separé y no ha salido bien. Me siento atraído por ti, mucho, creo que es evidente. —Hago un gesto hacia mi polla y él baja la vista. Se pasa la lengua por los labios. «Jodeeeeer»—. Pero creo que es mejor que, por ahora, nos centremos en preparar esa feria. ¿Te parece?

Asiente. Un poco distraído, pero lo hace. Le doy un golpecito en la cadera con la mía, le señalo la batidora donde tengo la mezcla de lo que espero sea un helado exquisito y le digo lo que estoy haciendo.

Se relaja y comienza a andar por la cocina. Deja su huella en cualquier superficie, como si marcara un territorio que nunca será suyo. Intento ignorar la punzada extraña que me provoca ser consciente de que lo he dejado entrar en mi templo sin dudar, sin pensarlo siquiera. Y la punzada se convierte en un pinchazo en toda

regla cuando noto que no me molesta a pesar de que el espacio se estrecha a una velocidad de vértigo con su presencia. A pesar de lo que acaba de pasar. A pesar de que la tensión debería de ser incómoda; pero no lo es, parece haberse evaporado.

—Hacía tiempo que no sentía esto —murmura más para sí que para mí.

—¿Esto?

—Entrar a una cocina, con sus olores, el calor del fuego y todo eso.

—¿No tienes cocina?

Él se ríe. El sonido resuena por las paredes y rebota en mi piel; se me pone de gallina. Qué risa más bonita y qué puta maravilla de boca; cuando sonríe se le forma un hoyuelo en la barbilla.

—Claro que tengo, pero no la uso. Hace años que no cocino, desde que murió mi padre. Él era el que cocinaba en casa —me explica al tiempo que recorre la isla de la cocina con la yema de los dedos—, y mi madre y yo lo ayudábamos. No es que se nos diera mal ni nada de eso; a veces lo hacíamos. Pero si estaba él… Todo sabía mejor si lo hacía él, ¿entiendes?

Claro que lo entiendo. La ausencia de mi madre me traspasa. Aunque no suelo hablar de ello —salvo a Mabel, que no llegó a conocerla y yo le cuento batallitas a modo de historias para dormir —, la echo de menos.

—Fue mi madre quien me enseñó a cocinar y, a veces, cuando hago alguna receta que asocio con ella, huele al pasado y… Eso, que te entiendo. —Le hago un gesto para que se acerque y me ayude a poner la mezcla del helado en moldes—. Entonces, ¿no cocinas nunca?

—No —dice, a la vez que niega con la cabeza.

—¿Y cómo te alimentas?

—Los Langston han implementado el menú diario con entrega a domicilio, así que aprovecho para que me lo traigan cada día o me paso por allí y lo recojo yo. Alguna vez también pido pizza o de algún otro sitio a domicilio.

—¿Pides comida a domicilio todos los días?

—No, ya te he dicho que a veces voy yo a por ella.

Me río.

—Soy cocinero, déjame que esté escandalizado.

—Oye, que a veces me hago algún sándwich o me pongo un yogur con frutas y cereales.

—Míralo, qué sano él. —Le dedico una sonrisa que me devuelve con timidez y un poco de desconcierto, que no hace sino aumentar cuando, no sé por qué, añado—: Yo podría cocinar para ti.

No sé quién de los dos se sorprende más ante mi ofrecimiento. Creo que yo, porque no sé de dónde salen estas ganas de cuidarlo. Es como si ya lo conociera.

—Me…, hum…, tendrás que dar un presupuesto. Esta cocina siempre huele a cosas que no me puedo permitir.

—No quiero que me pagues —le digo cuando me repongo de la fuerza que encierran sus palabras—. Yo cocino todos los días. Si no tengo encargos de algún *catering* o restaurante, tengo que subir un vídeo; es raro el día en que solo cocino para Mabel y para mí. Me suele sobrar comida y no hay cosa que más odie que tener que tirarla.

—Vale, me comeré tus sobras encantado.

—No… No se trata de sobras. Cuando cocine, te preparo un recipiente y te lo llevas. Sano, rico y casero.

Parece abrumado y… a punto de llorar. ¿Por qué? A mí no me supone ningún esfuerzo extra, es más, me encantaría cocinar para él. Pocos placeres hay en esta vida que se puedan comparar a ver a alguien disfrutando de lo que has hecho con mimo y cuidado.

—Te avisaré en cuanto estén —le digo cuando terminamos de meter los moldes de silicona en el congelador—. Estos son de leche de arroz, sin lactosa ni azúcar, y pera. Podemos hacerlos de pollo y de plátano. Iremos apuntando en una libreta las recetas y las cantidades. Puedes probarlas primero con tus perros.

—Gracias. —Su tono demuestra verdadera gratitud.

—Oye, ¿y helados para gatos? ¿Pueden hacerse?

Me mira, parpadea y tarda unos segundos en contestar.

—Se pueden. Pero la leche tiene que ser sin lactosa y no pueden tomarlos muy fríos.

Después de eso, está un buen rato callado. Mientras yo friego los utensilios y cargo el lavavajillas, el pasa una bayeta por la encimera. Pero no habla.

—Estás muy callado.

—Normalmente soy así.

—Conmigo no eres así.

—Ya, no sé muy bien por qué. Es como si, de alguna forma, te conociera. Sé que no, pero me da esa sensación. Con la gente corriente que conozco sí hablo, aunque sea de mierdas que a nadie le interesan. Tampoco es que tú seas corriente, al revés, tú eres… especial.

—Vaya, gracias. Defectuoso pero especial.

—Con lo de que no eras perfecto no quería decir…

Se ruboriza y yo me arrepiento de haber vuelto a sacar ese tema. Soy imbécil. Le doy un golpecito en el brazo y le sonrío, para que se relaje. Lo hace, o eso parece, y vuelve a hablar.

—Llevo analizándolo desde que vine el otro día, bueno, lo de aquella noche no cuenta por los chupitos que llevaba encima. Pero creí que había sido el alcohol quien derribó esa barrera que normalmente encuentro con los chicos que me atraen. —Se calla de golpe y abre mucho los ojos, dándose cuenta de lo que ha dicho, como si la atracción entre nosotros fuera algo secreto y no un ente casi vivo flotando en el aire—. Si no bebo, no hablo. O hablo mucho de cosas que no le interesan a nadie.

—Dudo que eso ocurra alguna vez.

Me mira con extrañeza.

—Más bien siempre. Ese es el resumen de mi vida. ¿Por qué crees que estoy tan solo? —me pregunta, serio, dándolo por hecho. Y creo que no son tanto sus palabras sino su gesto lo que me rompe un poco el corazón—. Tengo a mis animales, y mi trabajo. Y tengo dos amigos increíbles. Así que no es que esté solo solo, pero ya me entiendes.

Lo cierto es que no; no entiendo nada del vecino de los gatos. Pero me muero por hacerlo. A pesar de mí mismo. A pesar de mi desengaño con Colmillo Blanco. A pesar de que sé que esto no puede acabar bien.

DOCE

MASON



Nada más entrar en mi casa, la sensación de soledad se acentúa. He llegado hasta aquí en piloto automático, porque el vecino anteriormente conocido como Sawyer me hace sentir muchas cosas que entran en conflicto con otras muchas cosas y me explota la cabeza.

Las paredes desnudas parecen gritarme algo, aunque no las entiendo; el orden enfermizo, producto de haber vivido con un padre maniático, les hace los coros. Me quito los zapatos y la sensación de agobio aumenta conforme me adentro en el que debería sentir mi hogar pero que, tras año y medio, no termino de sentir como mío. Hasta que todas las mascotas que se encuentran dentro de casa en esos momentos —Camaleón, Manchitas y los siameses— vienen a mí.

A Toto y a Mr. Gruñón los veo correr por el jardín detrás de un pájaro que vuela bajo, Bola de pelo debe de estar durmiendo la siesta en una de las cajas de fuera y Tequila… Ahora busco a la gata ingrata, estará en casa de Grant, donde todo el mundo querría estar, hacerse un ovillo y acurrucarse hasta el fin de los tiempos.

¿Es deshonesto sentirme así de atraído por él? Creo que es una cosa inevitable, como el dormir o el pestañear. Grant está en el mundo, el mundo se siente atraído por él. Fin de la historia. Es la isla de mi Locke interior. El Desmond de mi Penny, el… Por eso ayer no seguí hablando de *Perdidos*; porque esto es lo que pasa, que me pierdo. Pero lo cierto es que estuve… a gusto. Solo hablo así con

Ariel y Ryder, y con Remy por chat. De hecho, lo de ayer con Grant fue parecido a lo que podía haber sido una primera cita con Remy. Habríamos hablado de otros temas más… «nosotros», pero la sensación de sentirse escuchado, de no sobrar, estaba ahí; extraña y salida de la nada, pero estaba.

En fin. Voy a intentar no pensar en mi alma gemela porque, cuando lo hago, aparte de lamentarme, me veo en la cocina de mi vecino, frotándome contra su erección y prácticamente entregándome en ofrenda.

—No te merecía, querido Remy —le digo a Cole, uno de los siameses, mientras lo cojo en brazos y lo beso—. Soy un cabrón infiel e hiciste bien en bloquearme.

Mientras busco a Tequila y compruebo que todos los cuencos tienen agua, pienso en que en realidad sé que no ha sido una infidelidad *per se*; primero, porque Remy y yo no éramos pareja, solo almas gemelas. Y no, no se me escapa la ironía de tal afirmación. Pero es que, además, no ha pasado nada con Grant. Sí he pecado de pensamientos —mucho mucho—, pero las fantasías son fantasías, pertenecen al plano de lo abstracto y, como tal, son incontrolables.

Conforme con mi excusa y aliviado al descubrir a Tequila en una de las sillas de mi silenciosa cocina, me siento en el suelo y me quedo un rato con ella.

—Brujita, te fuiste de alterne y ahora no sé qué vamos a hacer con tus bebés. —La acaricio durante un buen rato y ella ronronea encantada—. Pues bien que te vas a casa del vecino cada vez que puedes, ingrata.

Después de mirar unas becas de investigación en las que estoy interesado y dar de comer a toda mi familia animal, me dirijo a la consulta para sacar un ratito a Snoopy. Quiero aprovechar que perros y gatos están comiendo para que no lo asusten. Yago —a quien le he dado el alta esta mañana— no tenía ningún problema con ellos, pero a Snoopy no le gustan los gatos así que, a pesar de tener un recinto vallado e independiente, en los tratamientos de exterior los dejo dentro de casa o en el jardín delantero. Me gasté un dineral en vallas que ahora tengo que amortizar.

Damos un paseo con correa larga, le doy de comer —ya no se niega, aunque es una comida contemplativa que dura lo suyo— y luego hacemos una minibúsqueda del tesoro, donde él mismo tiene que ganarse su recompensa. Y en ello estoy, cuando siento una voz muy cerca de mi oreja.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Y tú? ¿Qué estás haciendo tú?

—He venido a decirte que mi padre ya tiene listo el helado.

—¿Y te ha mandado a ti? —pregunto, sorprendido.

La niña niega con la cabeza y no me ofrece más respuesta que esa.

—Ahora no puedo ir. Tengo que terminar con Snoopy antes, ¿vale?

—Vale. Te espero. —Mira al perro con ojos curiosos pero tranquilos.

—Vale. Pues siéntate en el escalón del porche y estate calladita.

Creo que me mira un poco mal, pero se dirige a donde le he dicho.

—¿Puedo dejar salir a los gatos? Es que están todos aquí pegados al cristal mirando. Y los perros también.

—No, siéntate y ya. A Snoopy no le gustan los gatos y todavía está un poco inseguro.

—¿Por qué?

Podría decir que me molestan sus preguntas, pero mentiría. Su interés es real y, no lo puedo negar, me encanta hablar de esto. ¿Con cuánta gente puedo hacerlo?

Le cuento lo que le ocurre y cómo tratarlo.

—Vale, lo entiendo. No hace falta que me hables como si fuera sorda. Te entiendo bien. Saco superbuenas notas.

—Perdona, no sé tratar a los niños.

—Sí que sabes. Con que te acuerdes de que no somos sordos… Bueno, algunos sí, pero tienen una lengua especial. Yo me la sé. Y ahora voy a aprender la de los animales.

—No hay una lengua de los animales como tal…

—Sí que la hay. Te he visto hablar con ellos. Te entienden todo. Y yo también quiero ser así.

¿Quiere ser como yo? Qué criatura extraña.

Cuando acabamos, dejo que ella le dé una chuche con forma de erizo que, por algún motivo, le parece «supermona» y luego me dirijo a abrir la puerta corredera de casa y a quitar el pestillito a las gateras. Normalmente, la de delante se la dejo abierta para que aprovechen y estén en el otro jardín. Pero con Snoopy soy muy precavido. No es un perro de gatos.

—Te he mentido —me dice y, ante mi mirada de confusión, añade —: No he venido a decirte lo del helado.

—¿No está listo?

—Sí, sí. Pero no he venido a eso. Mi padre me ha dicho que no te moleste, que no eres muy… niñero.

No sé qué decir. No lo soy, pero que Grant se lo haya dicho es como… una traición o algo así.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—He venido para ver si nos perdonamos.

—¿Y qué me tienes que perdonar tú a mí, si puede saberse?

—Que te chivaras. Fuiste a mi padre a decirle que era una ladrona. Está feo acusar a alguien cuando no ha hecho nada.

—Tenías a mi gata.

—Vino ella a verme, yo no me la llevé. Cuando las cosas vienen a ti no es robar. Yo solo le guardé el secreto a Leia porque es mi amiga.

—Tequila. Se llama Tequila.

—La señora Mildred le ha contado al abuelo que hay un caco en el vecindario, que lo ha visto por la noche escondiéndose entre los arbustos de los jardines de atrás. Solo quiero que lo sepas, por si te desaparece algún gato más. Que no he sido yo.

Me mira a los ojos con intensidad y a mí me cuesta la vida mantenerle la mirada.

—Vale. Pero entonces tendrás que decirme la verdad cuando tengas a alguno de los míos.

—Siempre te he dicho la verdad, pero, vale, sí, trato hecho.

Se escupe en la palma de la mano y me la ofrece.

—Por Dios, qué asco.

—Así es como se sellan los tratos.

—No lo creo.

—Yo lo hago con mis amigos. ¿Es que nunca has tenido amigos?

No pienso contestar a eso. Pero le agarro la mano con una mueca de total y absoluto asco, y se la estrecho.

—Está bien, te perdono.

—Hum, ¿gracias? Hasta luego.

—¿No vienes a por el helado?

—Es que me da un poco de vergüenza.

—¿Por qué? —me pregunta con extrañeza.

No le voy a contar a esta niña que su padre me la pone durísima y que, cuando lo veo, lo quiero trepar como Dylan —uno de mis siameses— trepa las cortinas. Así que le digo lo más cercano a la verdad que encuentro:

—Ya lo he molestado mucho por hoy. Mejor me paso mañana. O… ¿me lo podrías traer tú?

—Vale, y así veré a tus animales.

—¿Podrías llamar a la puerta la próxima vez?

—No prometo nada.

Criatura extraña.

TRECE

GRANT



Mi padre está en la puerta de mi casa; y el mero hecho de que haya dejado la seguridad que le proporciona su hogar, con los miedos que lo han atormentado en los últimos meses, es una especie de logro. Intenta dedicarme una sonrisa. Y lo consigue, pero le sale regular. Siempre ha sido austero en sus expresiones; y en sus muestras de cariño. No tenemos mala relación en el sentido estricto de la palabra «mala». Siempre fue un padre un poco ausente y nunca me importó demasiado que así fuera, porque yo era muy libre, entraba y salía cuando quería y con mi madre me llevaba de maravilla. Pero cuando mi madre murió hace ya once años, empecé a recriminarle cosas. Empecé a echarle en cara no estar en casa, no quererla lo suficiente, no aceptarme a mí. Lo cual, desde la madurez que ahora creo poseer, no es justo. Mis padres —mi madre estaba enferma ya, pero no lo sabíamos— me pillaron con un chico meses antes de empezar a salir con Martha y mi padre no reaccionó bien. O eso creí en su momento, porque lo cierto es que tampoco reaccionó mal. Se enfadó, se negó a hablar de mi bisexualidad y volvió a su actitud normal y a sus ausencias y viajes de trabajo. Cuando murió mi madre, él estaba en España en un viaje de negocios que se había alargado más de la cuenta. Y sé que se lo recriminó a sí mismo, quizá con cierto efecto retardado, dado que es en los últimos tiempos cuando más se le nota ese pesar; pero lo cierto es que fui yo quien más se lo recriminó. Y nos distanciamos. Mucho. Nos hacía una o dos visitas al mes y cada uno a su casa. Pero, hace unos

meses, decidió jubilarse de forma anticipada y mudarse a Eeriewood. Para estar con su nieta y para hacer las paces conmigo, supongo. Porque su actitud huele a penitencia a kilómetros. Y… me parece bien. Mabel lo adora y, ahora que no tiene colegio y va a un campamento de verano solo unas horas al día, pasa bastante tiempo con él. Pero en su casa. Que esté aquí, cuando no suele salir, es raro.

—¿Cómo tú por aquí? —le pregunto, invitándolo a entrar, fijándome en que lleva una carpeta en una mano y una cesta en la otra.

—Setas —me dice, levantando la cesta—. Y esto otro —añade, enseñándome la carpeta negra— es para que hablemos.

—Suena serio, ¿nos preparo un café, o algo más fuerte?

—¿Tan poco confías en mí?

—No, no es eso. Pasa.

Mi padre no es un hombre hablador, es de esos que mastican lo que tienen que decir y te lo van soltando poco a poco, como un pajarito que da vueltas intentando encontrar migas de pan.

Así que le digo que se siente en uno de los taburetes de la isla de la cocina —en la parte exterior, por supuesto, que mi templo sigue siendo sagrado, aunque ayer casi lo mancillara— y, tras darle las gracias, cojo las setas que me tiende.

Decido que voy a hacer una pasta con setas y nata para comer y le voy a dar un táper a Mason. ¿Le gustarán las setas? Espero que sí. Se me ocurre que ojalá tuviera su teléfono para poder preguntarle y casi al momento me arrepiento de haberlo pensado siquiera. Complicaciones no, gracias.

Le pongo un café a mi padre antes de ponerme a lavar las setas.

—Bueno, pues cuéntame.

—Toma. —Él me tiende la carpeta.

—¿Qué es?

Confundido, la abro y descubro un papel doblado en cuatro y un libro.

—Ábrelo y léelo. Es una lista con sus gustos y preferencias.

—¿Gustos y preferencias de quién?

—De una persona que quiero que conozcas. Ya va siendo hora de que pases página, hijo.

—¿Perdona?

—Martha me dijo que estabas en una «página de contactos».

Yo la mato.

—Eso suena turbio, papá.

—Eso pensé yo, el amor no está en internet.

—Lo turbio es que lo llames página de contactos. Suena a prostitución. Y paso de la aplicación, así que no te preocupes.

—Me alegro de oírlo, porque la vida real está ahí fuera —me señala hacia la entrada— y hay gente estupenda esperando que la conozcas.

—Papá, no necesito conocer a nadie.

—Mira, ahí tienes una lista de cosas que le gustan —continúa, ignorándome— y uno de sus libros favoritos. Es una copia nueva, la compró para ti y todo. Qué detalle, ¿eh? Por lo visto el suyo estaba pintarrajeado.

Miro el libro; la cubierta es beige, minimalista, con un gatito en la parte inferior.

—*Si los gatos desaparecieran del mundo* —leo el título.

De forma inevitable, mi mente vuela de nuevo a Mason, el loco de los gatos. Si no fuera porque sé que mi padre jamás trataría de concertarme una cita a ciegas con un hombre, pensaría que este libro podría gustarle. ¿Lo conocerá? ¿Me valdría como excusa para ir a verlo? Ya tengo la del helado, la de la pasta de setas y ahora también la del libro. Eso me garantiza tres días de llamar a su puerta con un pretexto perfectamente válido.

Meto la hoja de papel en la primera página del libro sin ninguna intención de leerla y lo dejo sobre la encimera. Mi padre suspira.

—Deberías leerla. Hay cosas que parecen de lo más aleatorio, como que le gustan el ruibarbo y el color blanco, pero creo que dice mucho de quién es.

—No me interesa.

—Pero, hijo…

—¡Que no necesito un celestino, papá! —digo más alto de lo que quería justo cuando Mabel aparece.

Carraspeo y sonrío. Mi hija nos mira.

—¿Qué llevas en esa mochila, peque? Es más grande que tú —le pregunto y miro a mi padre de soslayo, un poco avergonzado por haber levantado la voz. Él está sonriendo a su nieta, lo que hace que yo suspire, aliviado.

—No pesa. Tiene corcho blanco. Tenemos que ayudar a decorar el escenario para la obra de *El lago de los cisnes* que vamos a hacer en el curso de verano —me contesta meneándola arriba y abajo para que veamos que no le pesa—. ¿Qué es un celestino?

—Una persona que busca pareja a otras. Y yo no necesito pareja.

—Pero yo quiero que conozca a alguien —asevera mi padre.

—Nosotros a eso lo llamamos liante. Mi amigo Charly también lo es. Él se hace llamar *matchmaker*, pero porque se cree muy guay. Lio a Millie con Raymond y a Joseph con Robert… Pero Millie dice que a lo mejor deja a Raymond porque es un poco feo y el otro día Jennifer se rio de ella. Ya le he dicho que Jennifer es una pija tonta y que además no es justo, que él no tiene la culpa de ser feo, ¿a que no? —pregunta sin esperar respuesta—. Yo creo que le gusta mucho, porque se miran todo el rato y se tiran bolas de papel cuando los monitores no miran.

—Pero ¿cuántos años tiene toda esa gente?

—Nueve, como yo.

—Pues no tienen edad para tener novio.

—Yo también tengo novio, papá. Se lo tengo que decir, porque aún no lo sabe. Va al curso de verano conmigo, pero no está en mi grupo, así que no le puedo tirar bolas de papel. Y todo el mundo sabe que, sin bolas de papel, no hay *match*.

—¿Todo el mundo sabe eso? —le dedico una sonrisa, que me devuelve un minuto antes de salir disparada hacia la puerta.

La sigo y, por la ventana de la entrada, veo a Mason salir de nuestro jardín con la gata embarazada en brazos. La va regañando y, a la vez, dando besos en la cabeza. Se me escapa una sonrisa y Mabel me mira con mucho interés.

—Si quieres le tiramos bolitas de papel, en el bolsillo pequeño de la mochila tengo folios.

Joder con mi hija.

Sin darme cuenta de lo que hago, abro la puerta y lo llamo. Salgo hacia él y observo cómo se acerca a la orejita de la gata y le dice algo. Vuelvo a sonreír, si es que he dejado de hacerlo en algún momento.

—¿Te gustan las setas? —le pregunto cuando llego a su altura.

—¿Pe-perdona?

—Que si te gustan las setas.

—¿Es una pregunta trampa?

—¿Y dónde estaría el truco? —quiero saber, fascinado y desconcertado a partes iguales.

—No sé, quizá estás insinuando que… te coma algo con forma de champiñón.

Suelto una carcajada.

—¿Crees que te estoy sugiriendo que me comas la polla?

Se ruboriza de tal forma que, sin poder evitarlo y casi sin ser consciente de ello, me acerco más a él. La gata ronronea entre nosotros, envolviéndonos con su arrullo y aislándonos de todo.

—Sería una forma muy sutil de hacerlo; o muy enrevesada, según como se mire —argumenta Mason—. Pero efectiva.

—Efectiva, ¿eh?

Me pego a él todo lo que la gata me permite y acerco la boca a su oído.

—Mason —le susurro—, si quisiera que me comieras la polla, no tendrías ninguna duda.

Cuando me aparto y veo cómo me está mirando, se me corta la respiración. Tiene los labios entreabiertos y las pupilas dilatadas. Me separo unos pasos de él, caminado hacia atrás, sin quitarle los ojos de encima.

—Puedes pasarte a recoger el helado cuando quieras.

Él niega con la cabeza, mucho y muy rápido.

—Me-mejor que me lo traiga tu hija.

—¿Mi hija? —Alzo una ceja.

—Tiene menos peligro que tú.

Vuelvo a soltar una carcajada, extrañamente feliz al comprobar que el motivo de mi supuesta imperfección le da menos miedo que yo.

Me giro y me dirijo a casa con una sonrisa tonta en los labios. Mabel y mi padre están en la puerta. Ambos sonríen; mi hija con ese gesto travieso que no augura nada bueno y mi padre con una especie de ternura que me es ajena. Está cambiando y creo que lo está haciendo por nosotros, por mí. En los últimos meses he pasado más tiempo con él que en toda mi vida. Sé que está viendo a una psicóloga y creo que le está haciendo mucho bien. Según parece, mi padre no vivió el duelo por mi madre como es debido; siguió trabajando a destajo, viajando mucho e iniciando proyectos y relaciones de diversa índole; y, por lo visto, la culpabilidad y el vacío le habían llegado de golpe y sin avisar. La mudanza y la jubilación anticipada fueron el detonante. Hizo ambas cosas para estar cerca de mí y de su nieta, pero no había contado con lo que su terapeuta llamaba «duelo diferido» o «duelo congelado». De repente se vio solo en una casa nueva, sin más que hacer que recordar el pasado y enfrentar la relación —que nunca había sido demasiado estrecha— con un hijo ya adulto y autosuficiente. El mundo exterior le hacía sentir más solo —incluso con la ilusión de estar con Mabel, paradojas de la vida— y eso hizo que se aislara en su casa y en su invernadero. Martha y yo llegamos a pensar que tenía una especie de agorafobia.

Y ahora lo veo ahí, sonriendo y estrechando a Mabel entre sus brazos, y se me llena el pecho de algo que solo mi madre llenaba. Y eso hace que me dé pena rechazar sus intentos de presentarme a alguien, pero…

—Papá, respecto a esa cita que me quieres organizar…

—Nada, nada, hijo. No te preocupes, tú a lo tuyo. Guarda el libro que te he dado o léelo; lo que quieras. Por ahora no insistiré más.

¿En serio? Qué raro, con lo determinado que estaba. Bueno, mejor para mí. No quiero decepcionarlo ahora que hemos empezado de nuevo.

CATORCE

GRANT



—Había un caco delante de mi ventana —insiste mi hija.

Maldita la hora en la que mi padre le había puesto *Daniel el travieso*; ahora Mabel solo veía cacos por todas partes. Y los llamaba así: cacos. Ayer en el supermercado me hizo perseguir a un chico porque iba todo de negro y parecía sospechoso; resultó que el pobre solo era emo y lo que quería era comprar condones con discreción, de ahí que pareciera nervioso. Qué bochorno.

Y ahora se supone que hay un caco frente a nuestra casa, idea que creo que alimenta alguna de las vecinas; cada puñetera noche lo mismo.

—¿Era guapo? —pregunta Martha. Ha venido a tomarse un vino conmigo y a tocarme un poco los huevos. Para no perder la costumbre y eso.

—¿Qué? —inquiere mi hija.

—Martha, por favor.

—¿Qué? Solo pregunto. A lo mejor es el vecino de los gatos y nos hace un favor a todos colándose por la ventana, ya sabes —dice subiendo y bajando las cejas.

La mato; yo la mato.

—Mamá, si fuera Mason lo sabría. —Mabel la mira como si Martha fuera tonta. «Bien, hija, bien»—. Iba todo de negro y estaba oscuro…

—Pues eso, como estaba oscuro, no sabes quién era.

—Parad. La cuestión es que no hay ningún caco. Es una urbanización supertranquila y segura, y ahora hay incluso un vigilante veinticuatro horas en la garita y…

—Seguro que era el vecino buscando a alguno de sus cien gatos —insiste mi ex, que es muy pesada y debería irse a su casa a dar por culo a su marido.

—Tiene seis gatos y dos perros —le contesto sin darme cuenta de mi error.

La miro. Me mira. Me alza una ceja.

—Así que dos perros, ¿eh? Veo que los prismáticos de Hello Kitty te están siendo de mucha ayuda.

—Papá les ha hecho un helado a sus perros, y Toto y Mr. Gruñón lo han devorado. Incluso Snoopy tomó un poquito.

Martha me mira con los ojos muy abiertos.

—Lo estoy ayudando a preparar una feria para recaudar fondos —le explico.

—Hum, qué interesante.

—Mucho, mamá. Muchísimo. Ayer me dejaron estar con ellos mientras hacían planes y va a ser una fiesta alucinante.

—¿Que ayer hicieron qué?

—Estuvimos en su jardín. Papá le llevó pasta con setas y, mientras yo jugaba con los gatos, estuvieron organizándolo todo.

Mabel suena emocionada, Martha suena cotilla, así que, en cuanto puedo, la echo de casa y no le cuento que ayer me costó horrores ser profesional con Mason mientras me hablaba de sus planes; no le cuento que el vecino de los gatos me despierta muchas cosas, y no solo lo obvio; no le cuento que oírlo hablar de los animales y de las becas de investigación que le interesan me da paz y me produce ternura y me la pone dura. Todo a la vez.

—Adiós, Martha, que te den muy fuerte.

—Eso espero.

—Lalalalalalalala. —Mabel se tapa los oídos.



Tres días. Esas son las noches que me paso sin dormir más de tres horas seguidas por culpa del supuesto caco por el que mi hija no duerme bien.

Al cuarto le pido a Martha que se lleve a Mabel, me planto delante de la ventana con un termo de café, y me dispongo a actualizar mi página web y a echar un vistazo a un par de recetas nuevas, entre ellas, el *khanom chan* azul. Voy a usar té azul diluido en leche de coco. He hecho varias pruebas y no es igual que los ojos de Mason —nada es igual que los ojos de Mason— pero sí da un azul claro y resplandeciente. Cam, uno de mis mejores clientes, ya me ha pedido una primera remesa y estoy deseando ponerme a crear. Ya que me dispongo a no dormir, al menos dedicaré mi tiempo a algo productivo.

Estoy terminando y a punto de darme por vencido e irme a la cama, cuando veo una sombra atravesar el jardín de enfrente y luego cruzar a nuestra acera. Apenas soy capaz de distinguirlo, la luz de las farolas no es suficiente.

Me levanto a toda prisa y sigo el rastro de la figura oscura que parece haberse detenido junto al jardín de la señora Mackenzie. Lo veo saltar la valla con destreza, a pesar de que parece llevar un gran bulto a la espalda y avanzar por los jardines interiores como si fueran suyos. Lleva una gorra oscura —todo él va de oscuro—, pero, en cuanto me acerco, lo reconozco. Cómo no hacerlo. Creo que me lo sé de memoria. Llevo toda la semana llevándole la comida, que recibe con un «muchas gracias» tímido y un sonrojo que no falla en hacerme hervir la sangre.

¿Qué coño hace?

Mason no ve que estoy justo detrás de él, pero lo acompaño en su recorrido durante un rato. Lo veo agacharse, hablar solo o con algún gato que no llego a ver, y dirigirse hacia la explanada donde quiere montar el hogar permanente de la colonia. Cada vez que

habla de sus proyectos, me ablanda un poco más el corazón. Tiene una ilusión tan pura, una manera de ver el mundo tan exenta de maldad, que es imposible no amar cada palabra que sale de su boca. En eso me recuerda a Colmillo Blanco. A pesar de la decepción y de la mala hostia que se me pone cuando pienso en cómo acabaron las cosas, en todos sus mensajes había un elemento común: la ausencia de maldad y segundas intenciones. Fue un fiasco, jugó con mis sentimientos y, aun así, me estaba costando olvidarlo. Si no fuera por este vecino sexi que me hace replanteármelo todo, seguiría hundido en la miseria. Y es curioso, porque a mi alma gemela de Soul Finder nunca le hablé de mi vida real como tal; hablábamos de pasiones y obsesiones, lo que daba lugar a charlas infinitas sobre el bien, el mal y cada punto intermedio entre uno y otro. Mason, sin embargo, conoce mi parte más mundana; mi yo cocinero, padre, vecino. Nada sabe de lo que me obsesionan ciertas series, los viajes en el tiempo o *Chemtrails Over the Country Club*. Soy ambas personas y, a la vez, si solo soy una parte, no soy ninguna.

Mi filosofar sobre el *yo* se ve interrumpido por los susurros de Mason. Primero me da la sensación de que le está hablando a un árbol. Luego veo que lo trepa hasta la rama más alta y… ¿Con quién habla? ¿Es un gato?

Me acerco a él. Se acabó esta yincana absurda bajo el cielo estrellado. Me coloco a la altura de donde cuelgan sus pies y le digo:

—Buenas noches.

Y, entonces, todo se va a la mierda. La cosa con la que hablaba —efectivamente, un gato— se asusta y se lanza encima de él, que también se asusta por lo abrupto del movimiento y se resbala. La caída parece suceder a cámara lenta, pero, aun así, cuando intento agarrarlo, no lo logro.

Es increíble cómo se ve todo cuando contemplas un accidente tan de cerca. Casi puedo sentir cómo las ramas le raspan la piel y el modo en el que le cruje el hueso de la muñeca cuando aterriza sobre la mano izquierda en una postura extraña.

El muy tonto lo ha hecho para proteger a la bola de pelo que sujeta con el otro brazo. Con un gemido de dolor que siento en mi propio cuerpo, mi loco de los gatos se gira para quedar de espaldas

sobre el césped; el gato al que protege sale disparado hacia los arbustos. Entonces nuestros ojos se encuentran. Me basta ver la lágrima que se le derrama por la comisura de uno de los suyos, el mismo donde tiene la cicatriz, para comprender que, suceda lo que suceda a partir de ahora, algo acaba de cambiar; justo en el momento en el que me agacho para ayudarlo y siento el temblor de su cuerpo, su fragilidad, lo sé.



La sala de urgencias está desbordada y no nos atienden nada más llegar. Le examinan por encima la muñeca y nos hacen sentarnos durante diez largos minutos. Mason no se queja, a pesar de que le tiene que estar doliendo un montón. Mantiene el brazo inmóvil y el único gesto de que está sufriendo es la ligera tensión que se le nota en los hombros y la manera en que aprieta la mandíbula cada vez que le sobreviene una punzada de dolor.

—Eh, dime algo.

—Me duele hasta hablar.

—Nunca creí que vería el día —le digo de broma, rozando su brazo con el mío.

Me mira y me sonríe, pero su sonrisa es pequeñita y muy fugaz.

—Creí que nunca podría hablar contigo. Eres tan… tú. Pero a la vez creo que es por eso por lo que soy yo mismo contigo, porque eres tan tú. Es raro.

—¿Eres tú mismo conmigo?

Se echa hacia atrás en la silla y apoya la cabeza contra la pared. Suspira.

—Más de lo que lo soy con el resto. No me ridiculizas cuando te cuento mis locuras.

—Hasta la fecha, no me has contado ninguna, la verdad.

—¿No? ¿Y qué me dices de todo lo que te solté cuando hablamos por primera vez?

—Quiero creer que las cosas han cambiado desde entonces. —Habla más la esperanza que otra cosa, pero así es.

—Yo… había bebido y… Lo que dije es cierto, pero… podía malinterpretarse y… Ay —se queja, tocándose la muñeca dolorida.

«Lo que dije es cierto».

Duele.

Una de sus frases, una en especial, sigue resonando en mi cabeza casi a diario. La he intentado apagar, esconderla bajo el ruido que me produce verlo, ese *bumbumbum* que me palpita cuando estoy con él. Pero la cabrona sigue repitiéndose en ciertos momentos, reproduciéndose sola como en un aparato de música atrapado en bucle en un solo tema. ¿El título? «No es solo que seas bisexual, es que encima tienes una hija».

Las cosas han cambiado desde entonces y, de hecho, ha llegado a decirme que Mabel le da menos miedo que yo, lo cual creo que era un cumplido de proporciones épicas dado que Mabel es, de hecho, una niña, pero me da tanto miedo confiarme y que la historia se repita… Se lo dije a Martha y es cierto: ya estoy mayor para estas mierdas.

Pero ahora, en este momento de vulnerabilidad, no pienso comerme la cabeza con eso. Lo acompañaré y ayudaré en lo que haga falta. Al fin y al cabo, la culpa de que se cayera ha sido mía.

Tras un rato más de espera, nos pasan a la consulta del traumatólogo de Urgencias, le hacen una radiografía y comprueban que se ha roto la muñeca: fractura no desplazada del radio distal. No es tan malo como podría haber sido. En unas semanas podrían quitarle la férula que le han puesto y vuelta a la normalidad con calma. Pero él se aferra a mi mano durante todo el tiempo que estamos en el hospital y no me suelta. Salvo cuando la chica de rayos le dice que tengo que esperar fuera y él hace una especie de puchero.

Me hace prometer que nunca me separaré de su lado, pero eso creo que es más obra del calmante superpotente que le han dado que de necesidad real. Porque en mi cabeza se repiten sus frases estrella de hoy y del día que hablamos por primera vez: «No es solo que seas bisexual, es que encima tienes una hija» y mi euforia es

aplastada de inmediato; doblegada, reducida, contenida en los confines de mi ser. Como si un peso, algo parecido a la férula que rodea la muñeca de Mason, la contuviera. Y duele.

QUINCE

GRANT



Llegamos a su casa de madrugada y, cuando lo ayudo a entrar, sujetándolo por la cintura, todos sus gatos —él dirá que son seis, pero parecen cien— y sus dos perros nos vienen a saludar. Lo rodean, se frotan con sus piernas, los perros mueven la cola y un concierto de miaus y guaus llena la casa como una banda sonora de bienvenida.

—Ya estoy en casa. Lo siento —dice con un susurro—. Prometo avisar si me vuelvo a romper algo. No sabéis qué nochecita.

—Lo que me recuerda… —le digo dejando su mochila en el suelo y mirándolo todo a mi alrededor. He estado varias veces en su jardín, pero nunca había entrado hasta aquí. Es una casa bonita, pero muy sencilla, no hay fotos ni cuadros ni mucha decoración—. ¿Qué hacías todo de negro colándote por los jardines?

—Hum, ya, eso. —Se ruboriza; aún lo tengo agarrado por la cintura, así que casi puedo sentir el calor de sus mejillas—. Hace un par de semanas oí al señor Bici, el anciano que vive detrás de la señora de los rizos caobas, ya sabes, hablar mal de mí. Decir que me paso el día merodeando.

—Y decidiste merodear por la noche, con nocturnidad y alevosía.

—No hay alevosía, no estaba cometiendo ningún delito.

—Ibas todo de negro, con una gorra que te tapaba hasta los ojos. Te ha faltado un pasamontañas.

—Lo pensé, pero luego deseché la idea porque hace demasiado calor.

—Claro. El calor. —Trato de ocultar una sonrisa.

—Y que no tenía uno a mano. Llevo sin usar pasamontañas desde que tenía cinco años.

—Mabel tiene un verdugo de color fucsia, si lo hubiera sabido…

—¿Crees que un verdugo fucsia me ayudaría a pasar desapercibido?

—Creo que nada haría que pasaras desapercibido.

Mason carraspea.

—¿Y ahora qué voy a hacer? —pregunta—. Los gatos tienen que comer y yo tengo que trabajar, y…

—Ya lo pensaremos. Ahora vas a quitarte la ropa llena de tierra y vamos a darte una ducha.

—¿«Vamos»? ¿Quiénes?

—Tú y yo; en plan equipo.

—N-no es necesario. Te puedes ir. Ya has hecho mucho.

—Que te caigas de un árbol, eso he hecho.

—Además, es la mano izquierda. He tenido suerte. Puedo apañármelas, solo necesito…

—Ducharte, eso necesitas. ¿Dónde está el baño?

—Ahí —me señala hacia el que debe de ser su dormitorio y gimotea—, pero de verdad que no…

—Pero nada. Vas a hacer lo que te digo como un niño bueno, ¿de acuerdo?

Cuando asiente de inmediato y se ruboriza, me doy cuenta de que el tono no le ha molestado en absoluto. Ya me había parecido que reaccionaba a mi voz autoritaria, pero dado que no había usado ese tono con él, no sabía hasta qué punto. Interesante…

Aunque tengo que tomar una determinación. He de ayudarlo, esto ha sido mi culpa y, a pesar de que su fragilidad llama a esa parte primitiva que a veces me posee, también a mi instinto protector más básico. Tengo que estar aquí para él, no tengo que complicar más la situación y, por mucho que me cueste, eso es lo que voy a hacer.

Cuando llegamos al baño y enciende la luz, se me queda mirando con los párpados pesados, no sé si es excitación o son las drogas

que le han dado en el hospital; no obstante, llevo las manos a su camiseta negra y le digo:

—Ahora vamos a quitarte la ropa.

Manipulo el agua de la ducha mientras espero a que se desnude. No lo hace. Permanece inmóvil en el centro de la estancia. Me acerco y lo miro a los ojos. Él los aparta con un apuro que me resulta adorable. No puedo evitar acercarme a él y acariciarle la cicatriz del ojo; se la recorro con un dedo. Madre mía, qué guapo es y qué difícil se me va a hacer esto. La anticipación de verlo desnudo es tal que la decisión que acabo de tomar apenas unos segundos antes se tambalea.

Lo sujeto de la mejilla y lo obligo a mirarme.

—Mañana compraré uno de esos protectores para la férula. Ahora usaremos la bolsa que nos han dado en el hospital.

—Puedo hacerlo solo.

—Puedes, pero quiero ayudar. Si me lo permites y no te resulta muy incómodo. Si es así dímelo y te dejaré solo.

Tarda una eternidad en responder.

—No estoy acostumbrado a desnudarme delante de nadie.

Alzo una ceja.

—No soy virgen ni nada de eso —me dice, respondiendo a mi pregunta silenciosa—. No me refiero a algo sexual. Esto parece, no sé, algo más íntimo que un acto sexual cualquiera.

Lo de que lo llame «algo sexual» me enternece hasta tal punto que me calienta por dentro igual o más que… «un acto sexual cualquiera».

—Intentaré no mirarte… —le dedico una sonrisa, porque no puedo evitarlo— mucho.

Él me la devuelve, pequeña y tímida, pero preciosa.

«No, Grant, no. Recuerda sus grandes frases, sus grandes éxitos». Al instante, me paralizo. No solo por recordar esas frases a la perfección («No me gustan los niños». «No me gustan los bisexuales»), sino porque *Grandes éxitos* es uno de los mejores capítulos de *Perdidos* y hace un mes o así lo analicé con Colmillo Blanco en un chat que duró horas e hizo que me acostara feliz y

pleno, y deseoso de conocer en persona a esa alma tan parecida a la mía.

Joder, qué mal todo.

—¿Puedo? —le pregunto a la vez que tiro del dobladillo de su camiseta e intento dejar la mente en blanco y no pensar en nada.

Él asiente y se deja hacer. No me mira a mí, sino a mis manos. Le saco la camiseta con todo el cuidado del que soy capaz, pero aun así lo escucho sisear cuando le rozo sin querer la zona dolorida. También tiene el codo y el brazo raspados por la caída.

—Lo siento.

Cada vez que mis dedos le rozan la piel desnuda y caliente noto cómo se estremece y mi cuerpo se hace eco de ese estremecimiento.

Dejo caer la camiseta al suelo y me tomo un momento para admirar su torso. Tiene la piel clara, el vello rubio se oscurece en la zona del ombligo y los músculos se contraen con cada respiración. Me cuesta un mundo contenerme y no deslizar los dedos hasta aprenderme cada forma, su tacto y los puntos exactos donde noto cómo su respiración se acelera. Dada la forma en la que se le agrandan las pupilas al ver cómo lo estoy mirando, algo me dice que no necesitaría insistirle mucho para hacerlo.

Me acerco a él. No lo pienso cuando introduzco un dedo bajo la cinturilla de sus vaqueros oscuros y siento los rizos de su vello y la piel de gallina bajo mi contacto. Él me coloca una mano sobre las mías cuando le desabrocho el pantalón. Nos miramos. Y miramos el contraste de nuestras pieles, la mía más oscura, ambas muy calientes. Un calor electrizante me recorre el cuerpo y sé que debería marcharme, dejar que se duche él solo, pero no puedo. No soy capaz de dejarlo a su suerte cuando soy el culpable de llegar a estos extremos. O esa es la excusa que me pongo. He cambiado de opinión más de cinco veces durante la última hora. Mi determinación ha flaqueado ese mismo número de veces y yo nunca he sido así de volátil; nunca. Una de mis virtudes es mi constancia. O lo era. Y él no tiene la culpa de provocarme estas cosas ni de mi recién descubierta inseguridad en lo sentimental.

Hay mucha gente a la que no le gustan los niños, está bien mientras no los tengan. Debería salir de aquí, buscar a alguien a quien no le importen los bisexuales y, si algún día quiero intentar algo serio de nuevo, buscar a una persona que nos acepte a Mabel y a mí como un *pack* indivisible.

Respiro hondo y lo ayudo a terminar de desnudarse sin mirarlo demasiado. O lo intento. Cuando descubro que va en plan comando, hago un esfuerzo titánico por no mirarle la polla, pero es inevitable. La tiene de un tamaño perfecto para metérmela en la boca y dejar que crezca contra mi paladar, saborearla, deslizarla hasta la garganta y tragar, volverlo loco de placer con cada contracción. Se me hace la boca agua al imaginar sus gemidos y lo mucho que lo haría disfrutar antes de follármelo contra los azulejos de la pared.

«Calla, mente sucia y perversa, calla».

—Espérame aquí.

La voz me sale demasiado ronca y me tengo que morder los carrillos hasta sentir el sabor metálico de la sangre y poder volver a centrarme en la situación platónica en la que me encuentro, en lo que le ha pasado por mi culpa y en lo que en realidad piensa de mí. Haré esto como un trámite, le ofreceré mi ayuda y mi amistad —o lo que sea que pueda haber entre nosotros— y a otra cosa.

Vuelvo con la bolsa que nos han dado en el hospital y que habíamos guardado en su mochila junto a la medicación y se la coloco. Se ruboriza cuando lo ayudo a entrar en la bañera. Agarro la alcachofa y lo ayudo a ducharse.

Los siete minutos que dura la ducha se me hacen eternos, en especial cuando lo hago girar y me regala un primer plano de su culo. Apenas lo rozo cuando le paso la esponja. Noto cómo tiembla.

—Ya está —le informo, lo esté o no, porque lo cierto es que no puedo seguir con esta tortura y Mason tiene una erección que podría taladrar el azulejo y hacer un boquete directo a su cuarto.

Una vez lo ayudo a salir y a ponerse un pantalón de yoga negro, se sienta a los pies de la cama y parece desinflarse. Veo cómo una lágrima se le desliza por la mejilla.

—Ey, Mase, ¿qué pasa?

¿Mase? ¿De dónde ha salido eso? ¿Una sola ducha y ya lo llamo de forma cariñosa?

Solloza más.

—¿Qué voy a hacer?

—Ahora te vas a acostar. Te voy a dejar un calmante y un vaso de agua en la mesita de noche y mañana nos ocuparemos de los quehaceres más inmediatos.

—Pero Snoopy, los gatos de la urbanización…

—Todo eso es solucionable. Trazaremos un plan igual que estamos planificando la feria. Todo va viento en popa, ¿verdad?

Lo miro, él asiente a pesar de las lágrimas que le empapan la cara.

Nos miramos mientras le seco las comisuras de los ojos con los pulgares, el silencio nos salpica, nos empapa la piel.

Mason carraspea, visiblemente incómodo. Al principio creo que es por mi cercanía, pero entonces lleva su mano buena al dorso de la mía y me acaricia.

—Gracias, Grant.

DIECISÉIS

MASON



He debido de apagar la alarma y me he quedado dormido; me despierto con los mordisquitos en el brazo de Dylan, el más cariñoso de mis siameses. De pequeño lo hacía siempre, a veces incluso me despertaba de madrugada porque quería mimos; y esta era su técnica, me pellizcaba el codo con sus minidientes emitiendo un ronroneo que reverberaba por toda la habitación de mi casa de Winter Falls. Era un dormitorio grande, toda la casa lo era y, desde que murió mi padre, había estado llena de ecos. Hasta que empecé a rescatar y adoptar animales y la llené de ruidos. Y de pelos, según mi madre.

Miro a mi alrededor. He debido olvidarme de echar las cortinas, porque hay luz por todas partes. Estoy acostumbrado a levantarme al amanecer, a los perros les encanta ese paseo matutino donde lo único que se oye es el piar de los pájaros. Así aprovecho la mañana; aunque el verano en Eeriewood no es caluroso en exceso, sí que se pone molesto en las primeras horas de la tarde. Pero últimamente soy un inútil que dependo de una niña de nueve años y de su padre, el tío bueno oficial del reino. Según Ryder, si él no se hubiera ido a vivir con James a otro barrio, ese título sería suyo, pero es que en estos días ni las chorradas de Ryder mejoran mi humor. Me siento inservible, lento, torpe.

Me levanto, porque a Dylan se le han unido cuatro gatos hambrientos más y, al menos, para alimentar a mi jauría sigo sirviendo.

Cuando voy a la cocina veo la nota de Grant en la nevera: «Te he dejado arroz salvaje con salmón y kéfir con frambuesas. Los perros han comido; los gatos no. Y esa gata que tan bien le cae a mi hija me ha fulminado con la mirada. Mabel vendrá en un rato a ayudar con Snoopy».

¿Y también entrará sin llamar? ¿Qué cojones le pasa a esa familia?

Al instante me siento como el culo, porque lo que le pasa a esa familia es que me están cuidando y ayudando sin pedir nada a cambio. Aunque lo de entrar a hurtadillas en mi casa me parece pasarse un poco.

—La próxima vez que venga el señor ese tan guapo, le podéis decir que gracias, pero que queda liberado —le digo a Toto mientras salimos juntos al jardín—. Sea lo que sea por lo que se culpa, le hacéis saber que está perdonado y que se puede buscar otra obra de caridad a quien le falte un pie, un dedo u otra parte del cuerpo que lo incapacite temporal y parcialmente.



Mabel y yo hacemos terapia con Snoopy. Ella, como en días anteriores, permanece un poco apartada y en silencio, y solo me ayuda con cosas con las que, por culpa de la férula, no me apaño bien. Se hace llamar a sí misma pequeña padawan; por lo visto su madre es una obsesa de Star Wars. Es una pena que aún tenga mis cajas de películas y series en casa de mi madre. La próxima vez que vaya, me las traeré. Me compraré una estantería y colocaré *Perdidos*, *Grandes esperanzas* y las ediciones de *La guerra de las galaxia*s que tengo en VHS. Eran de mi padre y no sirven para nada dado que no tengo reproductor de vídeo, pero son muy bonitas, seguro que a Mabel le gusta verlas.

Antes de comer, acompaño a la niña a su casa y, justo cuando llegamos, vemos salir a su madre, que se despide de Grant con un

«lo que tú digas, amor», y a mí se me revuelve el estómago.

—Mase me ha acompañado porque así aprovechaba y comprobaba si Leia estaba en nuestra caseta —explica Mabel, repitiendo la excusa que le he puesto, porque no iba a decirle que quería ver a su padre.

—Tequila. Se llama Tequila. —Resoplo con impaciencia.

Grant se ríe y Martha nos mira a uno y a otro con una sonrisilla.

—Deberías plantearte cambiarle el nombre —me dice él, apoyándose en el marco de la puerta y siendo… guapísimo y sexi a rabiar.

Lo fulmino con la mirada.

El sinvergüenza se ríe.

—Bueno, nosotras nos vamos, que Mabel tiene un cumpleaños.

—¿Quieres venir? —me pregunta la niña.

—¡¿Yo?! —pregunto en un tono más agudo del normal. Es que…

—Mabel, cariño. Mason es adulto y no está acostumbrado a estar con niños.

Hay algo en el tono de Grant, como una capa viscosa de pena; o de rabia… No me gusta. No me gusta nada.

—Eh…

—Mason, tranquilo, no tienes que ir a un cumpleaños de un niño de diez años. Nadie espera que lo hagas.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Parece un duelo del oeste. O un partido de dobles de… algo. De silencios incómodos.

—Hasta luego, me voy. Gracias por el salvaje y por Snoopy y salmón —digo consciente de que no he formado una frase con sentido. Ante sus miradas atónitas, me doy media vuelta y salgo corriendo.



A la mañana siguiente, cuando Mabel ya se ha ido después de ayudarme a entregarle a Snoopy a su dueña, que estaba encantada

de que volviera a casa, estoy tratando de vestirme tras la ducha, pero los pantalones que he escogido tienen la cremallera atascada y no lo logro. Frustrado y con dolor de mano —porque aún no me he tomado las pastillas en un intento de demostrarme que ya no las necesito, pero que resulta que solo ha demostrado que soy gilipollas —, fulmino a Ariel con la mirada.

Mi amigo me devuelve el ceño fruncido desde el otro lado de la pantalla del portátil mientras me peleo con el pantalón.

—Oye, ¿por qué no vienes a Winter Falls? Te puedes quedar aquí hasta que te recuperes.

—No puedo —gruño mientras veo cómo se me cae el pantalón al suelo—. Mierda, joder.

—Necesitas ayuda.

—Y la tengo. Tengo a un tío bueno cocinando todos los días para mí, ayudándome con la feria y prestándome a su criatura durante tres horas al día.

—Qué máquina.

—¿El qué?

—Que esté dándote con su criatura tres horas —dice el muy idiota con una sonrisilla pícara.

—¡¿Qué?! Su criatura es su hija, no su miembro. ¿Quién te crees que soy? ¿Crees que cuando me caí del árbol lo hice en un universo paralelo donde me ligo a buenorros que me follan durante tres horas seguidas? ¿Y encima me cocinan?

—No sé, Mason, llevas raro desde que tu supuesta alma gemela te bloqueó.

—Nada de supuesta. Mi alma gemela entre todas las almas. Aún lloro su ausencia.

—Sí, con el cocinero del miembro incansable.

—Eres idiota, Ari —le contesto con una sonrisa a pesar del dolor y de tener los pantalones en los tobillos.

—No puedes trabajar así.

—Sí que puedo, aún tengo una mano y mañana me traen a un perro para un tratamiento ambulatorio. No puedo permitirme rechazar trabajo ahora que estoy empezando a despegar.

—No puedes anteponer siempre las necesidades de los otros a las tuyas, Mason.

—No estoy anteponiendo las necesidades de nadie a las mías. Es *mi* trabajo. Es una decisión egoísta. Necesito el dinero y me gusta lo que hago.

—Ni siquiera puedes abrocharte el pantalón.

Siento un nudo en el pecho cuando veo que me mira con pena. Así me miraba en el colegio cuando me quedaba solo en los trabajos, cuando me hacían el vacío o alguien me encerraba en los baños. Y no me cabe duda de que así lo miraba yo cuando le sucedía algo similar. Éramos dos rarezas en un mundo de colores neutros. Quizá por eso empecé a vestir como el protagonista de mi libro favorito. Blanco y negro. Previsible, seguro.

De repente, Grant aparece por la puerta corredera de atrás y absorbe todo el aire de la estancia. Ahí estoy yo, con los pantalones bajados y con la cara de mi mejor amigo en la pantalla a medio metro de mi entrepierna. Un mejor amigo que lo mira con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a… —Me enseña el cuaderno en el que estamos planificando la feria, pero entonces ve a Ariel en el ordenador—. Perdona, no sabía que estabas… ocupado.

Ariel se ha quedado mudo, como siempre en presencia de desconocidos. Pero niega con la cabeza, mucho y muy rápido, y lo veo escribir algo a toda prisa. Entonces le enseña la pizarra blanca a Grant.

—«No es lo que parece» —lee mi vecino en voz alta—. ¿Y qué es lo que parece? —le pregunta con una ceja alzada.

Ariel lo mira, me mira, lo vuelve a mirar a él, luego la pizarra, niega con la cabeza y cuelga.

—¿Qué es lo que acaba de pasar? —me pregunta con una sonrisa desconcertada.

Yo bajo la vista hacia mis pantalones y, mortificado, no vuelvo a levantarla. Quizá si me quedo así, mirando hacia abajo y en el silencio más absoluto, termine dándose por vencido y marchándose. ¿Qué va a hacer este pedazo de hombre con el loco de los gatos que

ahora ni siquiera puede cuidarlos como es debido? ¡Qué leches! ¡Si ni siquiera puedo vestirme solo!

Creo que voy a llorar. De impotencia, de vergüenza. Veo sus pies y la distancia entre nosotros me parece infinita hasta que, de golpe, deja de serlo. Grant se coloca delante de mí, se agacha y me sube los pantalones. El frío que se me había instalado en la tripa se diluye cuando siento la firmeza y el calor de sus grandes manos recorrerme la piel desde los tobillos hasta la zona de las caderas. El corazón se me dispara cuando siento sus dedos en la cintura antes de subirme la cremallera y rozarme quizá con más lentitud de la necesaria. Suspiro y alzo la vista. Primero la fijo en sus ojos, luego en su boca, luego… se separa de mí como si mi contacto le quemara.

Aún no se me han pasado las ganas de llorar.

—¿Ese era tu amigo Ariel, del que tanto hablas?

—Sí, mi único amigo aparte de Ryder —matizo, porque por lo visto no estoy siendo lo bastante patético y tengo que hacer un comentario de mierda sobre lo solo que estoy y lo triste que es mi vida.

—¿Yo no soy tu amigo?

—¿Lo eres?

—¿Qué crees que soy si no?

—P-pues… no lo sé.

—Lo soy. O quiero serlo. Pero a veces me lo pones difícil —declara con voz suave y una pequeña sonrisa en los labios—. ¿Lo de la pizarra es habitual? Me había parecido oíros hablar.

—Conmigo sí habla. Tiene una especie de mutismo selectivo, es por la ansiedad. Se ha agobiado cuando te ha visto.

—¿Me ve como una amenaza?

Suelto una carcajada que hace que Grant alce una ceja. Este hombre alza mucho las cejas.

—No —le aseguro—, creo que lo has dejado sin palabras, literalmente, de lo guapo que eres. Impones, Grant, las cosas como son.

Me sonríe y es una sonrisa tan preciosa que yo creo que hasta el sol que se cuela en el salón es más potente y lo baña todo de calidez.

Decido hablarle un poco más de Ari:

—Los dos éramos raros y gais en una ciudad pequeña y en un colegio más pequeño aún. Ya te puedes imaginar cómo fue nuestra infancia. Mis padres lo encajaron bien, pero los de Ariel… Solo te diré que, a día de hoy, siguen preguntándole cuando se echará novia. A él le gusta un chico que conoció en un juego. Es virtual, pero es potente.

—¿En un juego?

—Sí. Es de los creadores de Soul Finder, ¿lo conoces?

Algo cruza su mirada antes de que asienta. ¿Inseguridad? No creo que este hombre haya sentido un minuto de inseguridad en su vida, así que, una vez más, me habré equivocado al juzgar las emociones humanas.

—El caso es que el videojuego tiene chats agregados y mensajes privados donde charlar con otros participantes. *Apocalipsis*, se llama.

—No sé de qué me estás hablando. ¿Es un juego de gatos?

—Qué va a ser un juego de gatos. ¿Tú juegas a juegos de cocina?

—¿Hay juegos de cocina?

—Déjalo, anda, déjalo.

DIECISIETE

MASON



Resultó que Grant había venido a traerme unas hojas de firmas y una ruta para recopilarlas; iríamos de casa en casa a pedir el permiso de los vecinos para instalar el refugio. Casi me dio un infarto al pensar en enfrentarme a toda esa gente. Pero él tenía una táctica infalible, iríamos los tres —él, Mabel y yo— y Mabel llevaría a uno de los gatitos monos de la colonia en la cestita de la bici para enternecer a nuestro público. Me pareció un plan brillante y maquiavélico, y así se lo hice saber. Y luego lo reñí porque todos los gatos son monos y no me gustaba que fuera superficial.

Se rio mucho. Se rio mucho durante todo el día. Y yo lo abracé. Cuando todos los vecinos —incluso los reacios— firmaron el consentimiento, lo abracé fuerte y me empapé de su olor. Lo abracé durante un tiempo excesivo y solo lo solté cuando una vecina se asomó por la ventana y nos dijo que nos buscáramos una habitación.

«Ya quisiera», estuve a punto de decirle. Pero lo solté y me callé.

Hoy he salido con Mabel con la máquina detectora de chips para echar un vistazo y comprobar si había algún gato nuevo o extraviado. Ahora estamos volviendo a casa y, al pasar por el parque, veo que hay cuatro o cinco niños allí jugando.

—¿No quieres ir con ellos?

Mabel mira hacia el parque de reojo y niega con la cabeza.

—¿No son amigos tuyos?

—No.

—Pero son de tu edad, será mejor estar con ellos que conmigo.

—¿Tú eres amigo de toda la gente de tu edad?

—No, pero…

—Pues eso. Y, sí, prefiero estar contigo. Mi padre me ha dicho que te lleve a casa, que ha hecho un yogur helado de pollo y manzana.

—Qué asco, por Dios.

Mabel suelta una carcajada.

—¡Para tus perros, bobo! —Sigue riéndose un rato y luego añade —: Está probando muchas cosas para la feria. Para animales y para humanos. Va a estar muy bien. Y ahí te presentaré a mis amigos, a los de verdad. Los voy a invitar a todos.

—¿Tienes muchos?

Asiente.

—Sí, como cinco. Pero los que están en el parque no lo son; son mayores y no me dejan estar con ellos. Además, siempre juegan al fútbol y yo paso. A mí lo que me gusta es trabajar contigo.

Me resulta raro. No lo del fútbol, eso me parece supernormal, pero que quiera estar con un chico de veinticinco años con pésimas dotes sociales es, cuanto menos, particular.

—No puedo llevar a Toto a tu casa porque está otra vez con gastroenteritis. Y si no va Toto, no puedo llevar a Mr. Gruñón. Es injusto.

—Pues esperamos a que te traigan a Alvin y lo llevamos a él. Le decimos a papá que hable bajito y ya.

Puede venirle bien, mi intención era introducirle hoy algún elemento extraño y que estuviera rodeado de alguien que no fuéramos Mabel o yo, así que quizá sea bueno y todo. Alvin es un chihuahua de una vecina que acaba de mudarse a la urbanización. Antes vivían en una casona apartada de todo y el perro no tenía contacto con nadie. Al llegar aquí, el mundo exterior se le ha venido encima y, no solo no para de ladrar y gruñir a personas y a animales por igual, es que se niega a salir a la calle a pasear. Le estoy haciendo un tratamiento ambulatorio que me llevará varias semanas y Mabel ha estado presente en las dos primeras sesiones. Estoy deseando que me quiten la férula de la muñeca y ser funcional de

nuevo. Aunque no me voy a quejar. Mabel es una gran ayuda. Cuando no me acribilla a preguntas que no sé responder.



Alvin ha tardado treinta minutos de reloj en acercarse al yogur helado de Grant, pero ahora está dando buena cuenta de él. Levanta la vista cada tres segundos, eso sí, para comprobar que no hay ninguna amenaza más que la niña, el poseedor de la correa y el cocinero guapísimo que huele de maravilla. Sí, así es como creo que nos llama en su mente perruna.

—Gracias —le digo a Grant, que está haciendo unas hamburguesas en la barbacoa del exterior.

—No es nada.

—Es salir de tu normalidad para ayudar a una anomalía como yo.

—Tú no eres una anomalía —replica al tiempo que levanta la vista de la parrilla, abrasándome con esos ojos oscuros—. O sí, pero de las buenas.

—¿No de las que te hacen pulsar un botón cada ciento ocho minutos, quieres decir?

—¿Acabas de hacer una referencia a *Perdidos*?

—¿Acabas de entender la referencia?

Nos quedamos mirándonos como si fuera la primera vez que nos vemos y, a la vez, parece todo lo contrario, que nos conocemos —o reconocemos— a un nivel mucho más profundo… Qué cosas ridículas pienso cuando me pierdo en la voz y en la mirada de este hombre…

Grant me guiña el ojo y yo cortocircuito. Me dice algo que no oigo porque los oídos me hacen *pampampampam* y el corazón *bumbumbum.*

—¡Hola! —saluda alguien con una voz jovial a mis espaldas, asustando a Alvin, que se pone detrás de mí y empieza a ladrar.

No puedo cogerlo en brazos, aunque sea lo que me está pidiendo, echaría por tierra el trabajo hecho hasta ahora. Ni tirar de la correa. Intento relajarlo poniéndome a su altura y hablando con él en voz baja. Lo acaricio con suavidad y escucho cómo Mabel les dice a los recién llegados que se queden callados un momento. Alvin se va relajando, aunque está en tensión. Bloqueo la vista de la pareja con la silla para que se sienta protegido y funciona. También le acerco el cuenco con el helado casi derretido.

—Hola, perdonad —digo avergonzado por traer mi anomalía a esta casa normal.

—No, perdona tú —replica en voz baja Martha, que me señala al hombre que va con ella. Y en un susurro, añade—: Este es Leo, mi marido.

—Encantado, no hace falta que susurremos —susurro yo también; estas cosas se me pegan.

—¿Ponemos música? —me pregunta Mabel—. A Alvin lo relajan Lana del Rey, Billie Eilish y un poco Olivia Rodrigo —explica para todos como la listilla que es.

Es mentira, Billie Eilish y Olivia Rodrigo le gustan a ella. Lo que lo relaja es Lana. Y no voy a dejar que nadie me lo discuta. Debería hablar con su representante o algo, quizá me subvencionen parte de las terapias relajantes.

—Venga, pues pongamos a Lana —declara Grant, divertido—. ¿Tiene el perro alguna preferencia?

Lo veo contener la sonrisa.

—*Dance Till We Die* —digo, muy serio.

—Vaya, es la alegría de la huerta el enano este, ¿eh?

Le sonrío.

—No te molestes —digo, pero la canción ya está sonando—. Me lo voy a llevar ya. En cuanto esté unos minutos y os escuche hablar, me lo llevo a darle un premio. Que ya ha tenido muchas emociones.

El rato que nos quedamos —Alvin ladra de vez en cuando, pero no mucho— es agradable. A Martha ya la conocía, pero a Leo no, y me cae bien. No es demasiado hablador, pero es muy amable y también es muy guapo. No en plan Dios, como Grant, cuya belleza es imponente y sexi, sino algo más comedido. Trabaja en un acuario,

a una media hora de Eeriewood. Eso consigue que me caiga bien casi de inmediato. Aunque no sé nada de animales marinos. Y él tampoco mucho, por lo que compruebo tras las mil ciento tres preguntas que le hago en cinco minutos. Por lo visto es el director informático del centro. Ni idea tiene de la cantidad de comida que puede ingerir un tiburón blanco en un día o cuánta caca hace un pez espada. Pero no me mira raro. En ningún momento me mira raro. Me sonríe y me cuenta anécdotas que le han contado compañeros suyos que sí tienen contacto con los animales. Y el detalle me parece tan bonito que quiero llorar.

Últimamente vivo con ganas permanentes de llorar.



Logro evitar a Grant dos días enteros. No hay ningún motivo sólido para hacerlo, salvo la solidez marmórea y permanente de mi rabo; eso sí que es sólido. Él creo que ha entendido el mensaje, supongo que le quedó claro al verme agachado tras un matorral y luego intentando ocultarme detrás de unas cortinas semitransparentes. Y como es un chico listo, se ha limitado a mandarme a la niña extraña con comida: arroz frito con kimchi y pastel de castañas y boniatos para tres días.

Por eso, cuando llaman al timbre, dudo. Es cierto que la gente de esa familia entra sin llamar, así que me acerco a la puerta y me encuentro con Ryder.

—¿Qué tal con Grant? —me pregunta tras varios chistes malos y una descripción muy explícita de lo que le va a hacer a su novio cuando lo vea—. ¿Ya no tienes nada con el de Soul Finder? ¿Eres nuestro primer gran fracaso? ¿Quieres poner una queja?

—En todo caso, la queja la tendría que poner él, que le rompí el corazón.

—No seas dramático. Y cuéntame cómo te va con Grant.

—No hay nada con Grant. Él tiene su vida, su familia. Tiene hasta una niña.

—¿Y qué?

—No sé qué no entiendes de «tiene hasta una niña».

—¿Y odias a los niños?

—¡No! Odiar es un acto fuerte y horrible que requiere algo que yo no tengo. Pero no los entiendo, son confusos y nunca he pensado que tendría alguno cerca. Soy gay, joven, hijo único, no tengo primos pequeños… Y no sé qué decirle y me da miedo cagarla y, más allá de eso, no estoy preparado para la responsabilidad que conlleva.

—Vale, son confusos, ahí te doy la razón. Pero, no sé, quizá sea por tener dos hermanos pequeños, pero… me gustan. Sí, a veces son un coñazo, sobre todo los ajenos, claro, pero también son lo mejor. No tienen filtro ni maldad y, cuando te quieren, te quieren, ¿eh? Y te hacen sentir útil y necesitado, como si tu vida tuviera sentido cuando crees que no. Mira, tienes que pensar en esa niña como en uno de tus gatitos. ¿Cuál es la gata de la que siempre te quejas? ¿La que te araña?

—Bola de pelo.

—Pues piensa en Bola de pelo. Los niños son como los gatos. A veces se te acercan solos sin que los busques, y otras veces se preocupan por dejar bien claro que no eres bienvenido. Son traicioneros, bruscos y muy sinceros. Bueno, y se tiran unos pedos que flipas. Y luego encima miran hacia otro lado como si no hubieran sido ellos. Muy fuerte.

—Ryder, que a mí los pedos me dan igual. Es más profundo que eso.

—Los pedos te dan igual porque la niña esta será un ángel, pero como te traiga a Billy, verás. —Me mira y, más serio, añade—: La cría crecerá y, cuando te des cuenta, tendrás a una adolescente y podrás dejar de preocuparte por no entenderla porque nadie entiende a los adolescentes.

—Un gato. Me has comparado a Mabel con un gato.

—A Mabel y a los niños en general.

—No sé cómo tratarla.

—Mason, estás haciendo un desierto de un grano de arena. El problema está en tu cabeza, en tus ideas preconcebidas. Pasas mucho tiempo con esa niña, me hablas de ella constantemente y nunca, ni una sola vez, te has quejado más allá de llamarla extraña y querer que te dejara solo, cosa que, déjame decirte, nos pasa a todos los mortales.

—Pero a mí los gatos se me dan bien, las personas no. Tendrías que verme haciendo terapia conjunta con las mascotas y sus dueños. Soy… raro.

—No está mal ser raro. ¿Y sabes lo que es peor aún? Tratar de ser normal. En un mundo de mediocridad, tú destacas, Mason.

DIECIOCHO

GRANT



Me pregunto si es consciente de la de horas al día que pasa con mi hija, de cómo sonríe él, de cómo lo mira ella, con esa admiración de una niña que cree haber descubierto la que será su vocación. Su actitud con ella ha cambiado tanto… La sigue llamando «extraña criatura» muy a menudo; le dice palabras complicadísimas que luego le explica como si tuviera treinta años y la observa mientras vuelve a casa cada día después de ayudarlo en la clínica. Lo sé porque yo lo observo a él con los prismáticos de Hello Kitty.

Así que yo diría, sin miedo a equivocarme —lo que me llena de euforia y pavor a la vez—, que Mason ha cambiado de opinión con respecto a los niños y que ya no cree que son esos monstruos más propios de *El pueblo de los malditos* que de una tranquila urbanización de la parte rural de Inglaterra.

También sé que no es bifóbico en sentido estricto. Un poco sí, pero esa chorrada se la podría quitar a pollazos sin problema. Cada vez me cuesta más mantenerla en los pantalones, de hecho. Cuando me mira como si fuera el único hombre sobre la faz de la tierra me tiembla hasta el alma. Pero luego hace otras cosas que me desconciertan, y se asusta o se muestra retraído y esquivo. Y yo no sé si estoy preparado para las dificultades que implica intentar una relación con alguien así.

Mientras los miro haciendo lo que sea que están haciendo a cuatro patas con la cabeza en un seto del jardín de enfrente, descubro que Cam aparca junto al camino de entrada de mi casa. Se

baja del coche con su traje hecho a medida y esa pose de estar por encima de todo que aún no sé si es real o pura fachada.

Cam es mi mejor cliente. Vive en Winter Falls y tiene un restaurante vegano en el que hay que reservar con meses de antelación. También tiene muchos y muy buenos contactos, y es la persona que puede lograr que la feria procure los beneficios suficientes para que Mason pueda cuidar de esos gatos durante mucho más tiempo. Cuando el otro día hablé con él para cerrar los aperitivos especiales del mes —ñoquis con setas, y aguacate y champiñones rellenos de pesto—, le propuse colaborar y le mandé un mail con lo que pretendíamos. Esta mañana me ha llamado para decirme que estaba por la zona y que quería cerrar el tema.

Salgo de la casa para ir a su encuentro.

—Esto es… —Cam lo observa todo con detenimiento— como muy idílico, ¿no?

—Es una urbanización familiar muy tranquila.

—Ya. Yo es que de eso no sé. Y mi familia me cae fatal así que… Soy un chico de ciudad, qué le vamos a hacer. ¿Eso que pasea esa niña es una rata? —pregunta, señalando al otro lado de la calle, donde Mabel y Mason han sacado lo que buscaban en el arbusto, y que resulta que era Alvin, el paciente chihuahua de Mase.

—Es un perro. Y esa niña es mi hija.

—Vale, ahora lo entiendo. Quieres salvar a los gatitos por ella.

—No solo por ella.

Entonces se fija en Mason, que camina unos pasos por detrás de Mabel diciéndole algo sobre no tirar de la correa y no presionar.

—¿Y quién es ese bombón?

No quiero contestar a eso. Me cae bien Cam; muy bien, de hecho. Y lo admiro como restaurador y como hombre de negocios. Pero el comentario me desagrada, hace que el vello de la nuca se me erice.

—Nadie. ¿Quieres entrar? —Le señalo la puerta de casa—. Podemos tomar un café y hablar tranquilos.

Por fin aparta la vista de Mason y me mira.

—No, gracias. Quería ver dónde tenías pensado hacerlo para hacerme una idea de qué se necesitaría.

—Entonces, ¿aceptas mi propuesta?

—Sí, por eso he venido. Me encargaré de los puestos, las mesas, las sillas, las sombrillas… Llevarán publicidad de mi restaurante. También me encargaré de la promoción, no te preocupes.

—Muchas gracias. —Lo estudio, sorprendido. No porque creyera que me iba a decir que no, sino por el despliegue.

—Me gusta la causa, y que me debas un favor es algo muy muy tentador. —Curva los labios en una sonrisa burlona que debe funcionarle allá donde va.

Cam es quizá el hombre más guapo que he conocido nunca, pero toda su belleza se escurre en cuanto sus ojos se cruzan con los míos. Distancia, eso me pide su mirada, y distancia es lo que le he dado a pesar de los años que llevamos trabajando juntos. No tiene nada que ver con la belleza pura de Mason que me vuelve tan loco.

—¿Qué quieres a cambio? —le pregunto, devolviéndole la sonrisa.

La suya se ensancha y se mete las manos en los bolsillos.

—Es una condición muy sencilla: será una feria vegana, completamente.

—Cam…

—No aceptaré de otro modo. No puedo ayudar a seres vivos vendiendo productos hechos de animales muertos. Me niego. No sería bueno para mi imagen.

Me paso las manos por el pelo, apartándomelo de la cara.

—He estado planificando y probando recetas. Supongo que puedo quitarles el pollo y el salmón a varias de ellas.

—Y el resto lo pondré yo. Serviré la comida de mi restaurante. Una versión más de andar por casa, para que pueda comerse en platos de papel. Cuenta con ello. Si quieres… —me dice acercándose más a mí mientras yo a mi vez miro a Mason— podemos probar unas cuantas recetas en mi casa. Ya sabes, desnudos, con musiquita de fondo, tú encima, yo… Todo me vale. —Se me acerca tanto que su perfume amaderado, denso como todo él, me llena las fosas nasales. Quizá en otras circunstancias me pondría, pero Mason acercándose y sonriendo a Mabel…—. ¿Qué miras?

Se da la vuelta para ver dónde tengo mi atención. Mason, con las mejillas sonrojadas, mi hija, con una sonrisa de oreja a oreja, y el chihuahua ladrador llegan hasta donde estamos nosotros, muy cerca aún el uno del otro.

De pronto, Cam parece olvidarse de mi presencia; al mismo tiempo que Mason parece reparar en él.

—Mason, este es Cam —le digo, separándome de él—. Nos va a ayudar con la feria.

—T-te conozco —murmura Mason con timidez y un ligero tartamudeo.

¿Perdona? No hay tartamudeos para el cabronazo de Cam. No los merece.

—Ah, ¿sí? Porque creo que me acordaría de ti.

—Estuve una vez en tu restaurante. No hablamos ni nada, pero estabas ahí. Soy de Winter Falls. Bueno, lo fui; ahora vivo aquí.

—Nunca se deja de ser de Winter Falls. Te vas, pero te lo llevas encima. Es como una capa de sudor en plena actividad sexual.

—¿Qué? —pregunta Mason mirándolo con mucha atención.

Ah, no. Eso sí que no.

—Cam —le advierto.

Él me sonríe, todo dientes.

Mason carraspea.

—Bueno, yo tengo que irme. Hasta luego. Gracias. Adiós. Adiós, Mabel.

Hace una de sus retiradas a toda leche que nos deja a los tres sonriendo.

—Mabel, entra en casa y lávate las manos, la comida está casi lista.

Cuando mi hija se ha ido, Cam me dedica una sonrisita.

—Vaya, vaya, qué calladito te lo tenías.

—No sé a qué te refieres.

—Si me hubieses mandado una foto no tendría ni que haber venido. Te hubiera dicho que sí al instante. Creo que nunca había visto un culo tan perfecto, y he visto muchos. Habría que ver qué tal al tacto, a veces engañan.

—Ni se te ocurra. No está disponible.

Suelta una carcajada.

—Una probadita…

—Lo digo en serio —insisto.

—Me alegro por ti, tío. —Su sinceridad me descoloca y hace que mi réplica se me atragante en la garganta. Cam comprueba la hora en su carísimo reloj y echa andar hacia su coche—. Les digo a los chicos que se pongan en contacto contigo para arreglarlo todo —informa, refiriéndose a sus ayudantes, supongo; por el tono, podrían ser sus hermanos, sus lacayos o sus esclavos sexuales. Y cada una de esas opciones me parecería posible.

—¿De qué te alegras?

Él se detiene antes de abrir la puerta del coche.

—De ver que tienes un gusto exquisito. —Curva los labios en esa sonrisa suya tan característica—. Cuidado con el gatito, los que parecen mansos terminan siendo de lo más salvajes.

—No hay nada entre nosotros. —Soy consciente de cada palabra de esa mentira.

—Claro, claro. Y seguro que me he imaginado cómo te miraba, como si quisiera treparte y quedarse a vivir en tu cintura o en…

—Vale, Cam. No sigas. Gracias y adiós. La próxima vez mejor nos llamamos.

Me guiña un ojo y se sube al coche con una carcajada.



La feria es un éxito, se sacan beneficios para más de un año y unas cuantas ofertas con un par de empresas de madera, recogida de residuos y material reciclado. Ver a Mason mirar emocionado cada cosa es uno de los mayores subidones del mundo. Yo controlo los cinco puestos de comida junto a camareros de mi antiguo restaurante y un par del restaurante de Cam.

Mabel y Martha están en una mesa enorme donde puedes comprar claveles de forma anónima y escribir una nota para la

persona a la que quieras regalárselo. Los niños de la urbanización —y amigos de Mabel del colegio— se encargan de buscar al elegido entre la muchedumbre y las distintas mesas donde los visitantes se sientan a comer y entregárselos con la dedicatoria correspondiente. Así que hay risas, besos y mucho griterío. A mí me regalan un par. El clavel blanco cuya notita dice que me quiere con letra infantil y un par de faltas de ortografía es de Mabel (espero), y el que tiene un «gracias» en mayúsculas y un corazón, de Mason. O eso quiero creer.

Han venido de la clínica veterinaria, de la tienda de productos animales —que le han propuesto a Mason suculentos descuentos anuales y a mí me han hecho un encargo masivo de chuches para perros y gatos— y de la protectora de Eeriewood; entre los tres han ocupado el puesto más grande después del restaurante principal y han colocado expositores con camitas, mantas y una máquina de collares personalizados que está siendo un éxito total.

Mason lleva el puesto con las golosinas para mascotas que nos hemos pasado horas envasando; lo hemos hecho en el jardín de Mason: Mabel, Martha, Leo y yo, rodeados de perros y gatos que se lo querían comer todo y cuyo dueño se paseaba de un lado a otro, frustrado por no poder ayudar con las bolsitas por culpa de su «puta e inútil mano»; palabras textuales.

Hay cola en todos los puestos y mi loco de los gatos, al que le hemos probado que estaba equivocado, mira el lleno total con una sonrisa soñadora.

Ryder y sus hermanos reparten globos y los Langston han traído tartas, galletas y bizcochos, todo vegano; en cuanto se lo dije estuvieron de acuerdo.

Es un día bonito y agotador y, por la noche, cuando ya está todo recogido y la gente ha vuelto a sus casas tras pasar más de diez horas fuera, Mason me abraza de una forma que me quema la piel y me la traspasa. Se graba en mi interior como las cosas que importan. Como las cosas que quizá no pueden controlarse porque están destinadas a ser.

O quizá es un abrazo de agradecimiento que no pretende ir más allá a pesar de que yo lo sienta hasta en los huesos. Quizá quiero

creer que significa más de lo que en realidad significa. Pero, en cualquier caso, se queda conmigo, impreso en mi alma.

DIECINUEVE

GRANT



—Me han invitado a la siguiente reunión de vecinos —me dice, cuando aparco el coche, con la vista fija en la pantalla de su móvil.

Acabamos de volver de quitarle la férula. Quería que lo llevara Ryder, porque decía no sé qué de que mi aroma en un espacio tan reducido era abrumador. Al principio creí que estaba insinuando que olía mal, pero cuando vi cómo me miraba los labios, me di cuenta de que era una especie de cumplido encubierto y escribí a Ryder para decirle que yo me ocupaba. Él me respondió con tres emoticonos de fuego, una berenjena y gotas de lo que describiré como «agua», y yo metí a un renuente Mason en mi coche sintiéndome enorme y muy atractivo.

—Mason, estás invitado a todas; es una reunión de vecinos y tú eres vecino.

Le hago un gesto para que pase y él niega con la cabeza con cara de susto, como si le estuviera ofreciendo un tour por el infierno.

—No es verdad, me dejaron de invitar hace unos meses.

—Dejaron de mandarte el correo porque nunca ibas. Lo hacen con todos los que no asisten en seis meses. Pero como ahora eres el vecino entrañable de los gatos…

—Dime por favor en qué momento pasé de loco a entrañable.

—Cuando dejaste que te conocieran.

—Nunca me negué, eran ellos, que me miraban raro y susurraban a mis espaldas… Tú has visto *Perdidos*, ¿no? Pues eso,

era como estar en medio de la isla y escuchar susurros por todas partes.

Suelto una carcajada, pero, a pesar de lo mucho que me divierten sus ideas locas, creo que necesita honestidad por mi parte.

—Mase, no te sabes ningún nombre…

—Porque se me dan fatal. Nunca me acuerdo.

—O…

—¿O qué? —me pregunta un poco a la defensiva, pero con ese toque inocente con el que va aderezada cada una de sus frases.

—Que podría ser, solo podría ser, ¿eh?, que lo hagas de forma inconsciente, porque si no te sabes sus nombres, no intimas, y si no intimas, no te arriesgas a que te rompan el corazón.

Me mira escandalizado.

—No tienes derecho a juzgarme.

—No te estoy juzgando, solo te doy mi opinión.

—Pues no necesito tu opinión.

—De acuerdo, lo siento.

Abre la boca, la cierra. Se acaricia la cicatriz. La vuelve a abrir y me señala con un dedo acusatorio, que baja de forma inmediata.

—Pasa —le digo.

—No, me voy.

—Pasa un segundo y te ayudo a dar de comer a los gatos. Mabel no está y, aunque ya estás bien y te han dicho que empieces a hacer vida normal, será mejor que durante un par de días no te esfuerces mucho.

Vuelve a señalarme con el dedo y, una vez más, lo vuelve a bajar.

—Vale, pues no entres, pero espérame. Quiero desmoldar los pastelitos de ruibarbo que he hecho para esta noche.

—¡¿Qué?!

¿Y ahora que habré hecho mal?

—Esta noche la reunión es en mi casa. Todos los vecinos traen algo y yo he hecho minitartas de ruibarbo y chips de calabaza.

—Me muero.

—¿Te mueres… mal o te mueres bien?

Desde que Mason está en mi vida me siento como esas noches en las que Mabel tardaba en dormirse y había que leerle un cuento

tras otro hasta que caía rendida. Bueno, hasta que caíamos rendidos; porque yo a veces estaba tan agotado que me quedaba dormido en su pequeña cama y me despertaba antes del amanecer desorientado y con dolor de cuello.

Así me siento con Mason. Desorientado.

Como los protagonistas de *Perdidos* fuera de la isla.

Desorientado como a veces parece él cuando habla con mi hija.

—¿Ruibarbo?

—¿Te gusta o te horroriza? No me queda claro.

¿A quién más le gustaba? ¿No me lo dijo alguien hace poco? Lo pienso durante unos instantes hasta que Mason me desconcentra y pierdo el hilo de pensamiento.

—Mucho, me gusta mucho. A mi madre también le encanta. Ha intentado cultivarlo varias veces, pero no lo ha logrado. Y Winter Falls tiene un clima propicio, pero nada, se le resiste como a mi padre la papaya.

Sonrío maravillado y confundido a partes iguales.

—Yo no lo cultivo, solo lo preparo. Y la papaya es muy tropical para nuestro clima, entiendo que no prosperara.

Abro la puerta y lo dejo pasar, va directo a la cocina como guiado por un humo invisible con olor a vainilla, almendra y ruibarbo.

Como cada primer sábado del mes, hay fiesta en la asociación de vecinos. Y hoy me toca ser el anfitrión. Bueno, le tocaba a mi padre, pero ha tenido que viajar a Londres para firmar unos papeles de la cesión de su antigua empresa y me toca comerme el marrón a mí. De hecho, tengo dudas de que sea verdad. Quizá está en su casa agazapado tras el sofá, esperando a que la reunión pase y quede otro mes para la siguiente. Lo veo más que capaz.

—No hablas mucho de tus padres —le digo mientras le pongo una tartita recién desmoldada y una copa de vino blanco dulce.

—Mi madre solo está sobria los jueves y los domingos —suelta como si tal cosa, en su fascinante línea. Debe de verme la cara, porque añade—: Mi padre murió un jueves, y el domingo era el día favorito de la semana para los dos, porque ambos libraban. Necesita estar sobria los jueves para poder llorarlo, y los domingos para recordarlo. —Desvía la mirada hacia las ventanas. Su dolor me

atraviesa un poquito el corazón. Mason parece hermético, pero solo es eso, apariencia; hasta que se siente seguro y se abre. ¿Significa que se siente seguro conmigo? ¿Cambia eso algo? No tengo ni idea, tampoco sé cómo sentirme al respecto. Ni tengo tiempo para pensarlo, porque sigue hablando—: Ambos llevaban una floristería. Ahora se encarga Ariel el ochenta por ciento del tiempo. Ariel mi amigo, el de la pizarrita, no el sireno —explica, como si fuera necesario.

Se me escapa una sonrisa.

—Vaya, gracias por aclararlo —le digo.

Él se ruboriza y me mira con mucha atención mientras apoyo los codos en la isla, frente a él, y me llevo ambas manos a la barbilla para no perderme ni una sola palabra de su discurso errático.

—Mi madre cuida el jardín y bebe. No creo que sea alcohólica, porque me parece que sí es capaz de controlarlo, pero bebe cinco días a la semana. Quizá un poco borracha sí es, pero no de enfermedad, quiero decir. La madre de un vecino de Winter Falls era escritora y decían que siempre estaba en la cocina escribiendo novelas románticas con una perpetua copa de vino. La llamaban genio, talentosa, creativa. Supongo que, dado que mi madre bebe para ser feliz o para olvidar que no lo es, no es tan glamuroso y solo es un poco borrachilla. Pero es buena persona. Ahora que lo pienso, Ariel y yo también bebemos a menudo, aunque sea poco y por otro motivo. A lo mejor es la floristería, que tiene una maldición. A lo mejor comimos hojas de ruibarbo y quedamos malditos, porque sabes que son venenosas, ¿no?

—Es por el ácido oxálico, por suerte para ti, lo sé —le digo con una sonrisa fijándome en cómo mastica el pastelito con cara de felicidad.

Se atraganta al escucharme; no sé si le hago gracia o le da un poco de miedo pensar en mi capacidad de envenenarlo.

—Está espectacular. —Se pasa la lengua por los labios teñidos de rojo.

—Gracias.

—Tu comida es mi favorita del mundo entero.

Por increíble que parezca, creo que el vino le empieza a hacer efecto. Cuando dice que necesita poco para que le suba, lo dice de verdad.

Sonrío. Es precioso.

—Teniendo en cuenta que, si no te cocino yo, pides comida de fuera, no sé si es un cumplido o no.

—Lo es. Comería lo que me dieras con los ojos cerrados durante todos los días de mi vida.

Soy yo quien se atraganta. Él solo se sonroja y se bebe el vino que le queda en la copa de un trago.



El miedo de Mason desaparece en cuanto llegan los primeros vecinos y lo tratan como a uno más. Cada vez que alguien le habla, me mira y me sonríe haciéndome un gesto adorable con la cabeza, como diciendo: «mira, mira, otro más, les caigo bien». A ver, también es cierto que lleva dos sangrías entre pecho y espalda.

—Así que tu chico por fin se ha animado a venir a una de nuestras reuniones —comenta Martha, colocándose a mi lado junto a la pared.

—No es mi chico. Y volvieron a invitarlo, así que aceptó.

—Por ti.

—Porque en el fondo quiere integrarse. Solo que no sabe cómo hacerlo.

—Me cae muy bien.

—A él también le caes bien tú, aunque a veces no lo parezca —le digo con una sonrisa antes de darle un trago a la cerveza.

—Tu hija lo adora.

—Mi hija lo adora, sí.

—¿Y tú, hasta cuándo vas a aguantar? Si puede saberse —me dice—. Lo vuestro es inevitable. Estáis destinados a ser. Asúmelo y toma medidas. Nunca has sido un cobarde.

—No soy un cobarde, Martha. Pero esto es… distinto.

—¿Distinto a qué?

—Distinto a todo. No es un rollo cualquiera y a la vez me pregunto si cualquiera de los dos está preparado para ir más allá. Tras lo de Colmillo Blanco…

—A Colmillo Blanco nunca lo llegaste a conocer.

—Perdona, pero en los meses que chateamos lo conocí más que a gente con la que he tratado toda mi vida. Y parece mentira que tú, defensora acérrima de Soul Finder, tengas el cinismo y la caradura de decirme algo así.

—No es cinismo, amor. Solo creo que un paso fundamental al encontrar a esa alma gemela es conocerla en persona y comprobar que ambas partes del todo te gustan y te atraen. El plano emocional e intelectual y el físico. En tu caso, ese malnacido te dejó tirado tres veces, por lo tanto: alma gemela, mi coño moreno.

—Las rubias no podéis decir eso. Y no me llames «amor».

—Las rubias podemos decir lo que nos dé la gana. Y te llamo como quiero.

Nos sonreímos con cierta añoranza, pero, sobre todo, con cariño. La quiero. A veces no la soporto, pero la quiero.

—No sé —murmuro antes de darle otro trago a mi cerveza y ver cómo Mason avanza en nuestra dirección.

—Quiero a Mabel con locura. No puedo tener algo con alguien que no…

—¿Los has visto juntos? ¿Crees que ese chico no quiere a tu hija? ¿Crees que me alegraría de que pasaran tanto tiempo en su jardín y en su clínica si no supiera en lo más profundo de mi ser que la niña está a salvo y protegida, que su corazón no está en juego? ¿De verdad lo crees, pedazo de tonto del culo? Ni tú tampoco lo harías; así que, a un nivel inconsciente, tú también sabes que Mason no tiene problemas con aceptarte como padre.

—No es tan sencillo —digo mientras dejo la cerveza ya vacía en la mesa—. Una cosa es que la niña se haya abierto paso en su vida y él… la acepte y otra que se líe conmigo, que soy… padre veinticuatro horas.

—Eres hombre veinticuatro horas. Padre siempre, es cierto, pero nos dividimos el cuidado de nuestra hija de forma magistral, así que hay un momento para todo. No busques excusas, *amor*.

Y con la pullita, se gira para hablar con Amelia, una vecina con la que se lleva muy bien, y me deja ahí, planteándome mi vida a un segundo de que Mason llegue a mí. Y lo hace a lo grande: se tropieza, me salpica con la sangría y se aferra a mi cintura; como si soltarse supusiera la misma muerte. Y es curioso, porque yo siento ese mismo vértigo; pero no cuando se separa de mí, sino ante su contacto. Cada vez me resulta más difícil resistirme al tirón que Mason tiene sobre mí. Es como si me llevara sujeto de una de sus correas cortas y yo ya me hubiera cansado de tirar.

Le estabilizo la mano para evitar que me siga tirando la bebida encima. Tiene los ojos fijos en mis labios y soy consciente de que ahí es donde va mi mirada un instante después: a los suyos. No creo que podamos seguir resistiéndonos. Hemos ido saltando todos los obstáculos del camino; algunos incluso han dejado de existir o se han tornado invisibles. ¿Quizá ha llegado el momento de encontrar esa recompensa semienterrada que él le ofrece a sus pacientes?

—Tienes una manchita —le digo, y llevo la mano libre a su cara para limpiarle la gotita rosada que tiene en la barbilla.

—No estoy borracho, que conste. He bebido un poquitín, pero, como no has parado de traerme comida, tengo un buen colchón en el estómago.

Sonrío y dejo el vaso que tiene en la mano en una mesa a nuestra derecha, junto a mi cerveza vacía.

—No tienes que beber, ni siquiera ese poquitín, para ser encantador y gustar a la gente.

—Pues díselo a todos esos chicos que me miran raro cada vez que abro la boca cuando estoy sobrio. Así nunca voy a tener un novio normal. O novio, a secas.

—Ah, ¿que estás buscando novio? ¿Ahora mismo? Y normal, nada menos —le digo en un tono más borde de lo que quería, pero que él ignora o no capta, porque sí que ha bebido y no está tan entero como cree.

—Ahora mismo no. Y no te burles, ¿sabes lo difícil que es? Teniendo en cuenta que quiero un novio más guapo que yo… —Ante mi alzamiento de ceja, aclara—: Es para no llamar tanto la atención, ya sabes. Si el resto se centra en la otra parte de la pareja, yo podré seguir a mi bola y pasar desapercibido. La otra opción, si es que no logro encontrar a alguien más guapo, así, como tú…, es liarme con alguien que tenga más animales que yo.

¿Me lo como? ¿Lo mato?

—Veo complicadas ambas cosas —le digo.

—¿Eh?

—Que encuentres a alguien más guapo que tú está difícil. ¿Que tenga más animales? Casi imposible. Así que, siendo rigurosos, aunque será una ardua tarea, veo más viable la del novio guapo.

—¿Eh?

Es adorable. Y lo es a pesar de que el hecho de que esté buscando novio me toca los huevos. Es injusto, no estamos juntos, no tengo derecho a cabrearme, pero qué le voy a hacer si me toca los huevos; y no de la manera divertida.

Mason está en su derecho de buscar a alguien si quiere, aunque eso me reviente por dentro.

—Bueno —dice, como saliendo de su ensimismamiento—, tú me has visto como soy, me da miedo acercarme a alguien y hablar. La única persona, aparte de ti, contigo estoy muy a gusto —añade con una sonrisa tímida—, con la que he sido yo mismo es con Remy. Y todo acabó fatal, me bloqueó y todo.

Me quedo inmóvil.

¡¿Qué?!

No puede ser.

—¿Remy?

—No te he hablado de él porque…, aunque sé que tú y yo…, ya sabes, no tenemos nada, me parecía fuera de lugar. Pero Remy es el chico con el que hablaba en Soul Finder. La aplicación de citas de Levi y Ryder. Ryder, nuestro vecino…

—Sé quién es Ryder, Mase.

Respiro hondo y lo sujeto de la barbilla.

—Remy. ¿Se llamaba así?

—A ver, no sé si era su nombre real, pero en la *app* usaba ese *nick*, sí.

—¿Cuál es tu pseudónimo en Soul Finder? —No sé cómo puedo sonar calmado, no lo estoy en absoluto.

—Colmillo Blanco.

Dios.

Diosdiosdiosdios.

Es él. Siempre ha sido él. Joder, joder. Lo miro como si lo hiciera por primera vez y en parte es así. Estoy mirando al chico por el que he suspirado durante semanas, que me ha robado sonrisas, orgasmos a medianoche y horas y horas de conversaciones. No me lo puedo creer. Cuántas veces lo habré imaginado… «Almas gemelas». Por él llegué a pensar que existían de verdad. Hasta que me di cuenta de que el concepto solo era una quimera, un desconocido jugando con otro desconocido a conocerse. Y aquí está ahora, mi supuesta alma gemela. Es real. Lo he visto caer, levantarse, reír, llorar. Lo he escuchado gemir y he tocado su deseo con la punta de los dedos.

Mi contención se evapora. Saber la verdad abre la tapa que la ha estado conteniendo y todo se va a tomar por culo. Mi alma gemela y mi vecino precioso que me vuelve loco son la misma persona, y ya no encuentro obstáculo alguno para caer rendido a sus pies y ceder. No hay traiciones, solo verdades descubiertas, liberadas. Ni siquiera pienso en que el principal obstáculo para que Mason y yo estuviéramos juntos no era Colmillo Blanco.

—¿Es tu libro favorito? —pregunto sabiendo cuál será su respuesta.

—Hum… ¿Colmillo Blanco, dices? El de mi padre. Me lo leía cada noche.

Arrastro el dedo por su cuello y siento cómo el pulso se le acelera. Estoy tocando a mi alma gemela y ahora no puedo dejar de pensar en todo lo que me ha dicho Martha, en nuestras conversaciones en la *app* y en todas las ocasiones en las que apenas he podido resistir las ganas de besarlo. Sobre todo, no puedo dejar de pensar en lo mucho que lo deseo.

—¿Qué sucede? —me pregunta con voz entrecortada.

Acerco el rostro para susurrarle al oído:

—¿Por qué iba a suceder algo?

Siento cómo se estremece cuando arrastro la nariz por la zona sensible detrás de su oreja. Su olor me envuelve, su calor me provoca descargas eléctricas que van directas a mis huevos. Todo él es una puñetera tentación y yo llevo demasiado tiempo resistiéndome.

—Me estás mirando raro —dice en un suspiro, clavándome los dedos en la cintura.

—«Raro» no es la palabra exacta. Te miro con necesidad, con deseo, con determinación.

—¿Determinación? ¿Y a q-que estás… determinado? —me pregunta casi sin respirar y con los ojos muy abiertos.

No puedo contenerme, mis labios acarician los suyos y él se aferra a mí con fuerza. Miro a nuestro alrededor, nadie nos presta atención, así que lo empujo hacia el pasillo que lleva a mi despacho y atrapo su labio inferior entre los dientes. Jadea.

—¿Qué está pasando? ¿Estoy soñando? Porque he tenido una fantasía muy parecida a esta. Solo que no había tanta gente alrededor. Pero…

Deja de hablar cuando lo hago girar, le doy un pequeño azote en el culo, que lo hace jadear de nuevo, y lo agarro por la cintura desde atrás para que entre en mi pequeña oficina.

Todo está en penumbra, salvo por la luz plateada de la luna que se filtra por la ventana de forma casi tímida.

Mason me mira. Tiene los ojos brillantes, puede que por el alcohol o por el deseo. Los labios abiertos, el cuerpo tembloroso. Llevo una mano a su mejilla, muy despacio, para no asustarlo, y él cierra los ojos un instante. Uno nuestros cuerpos y lo empujo contra la pared. No dejo de mirarlo. Necesito saber que siente lo mismo, que estamos en el mismo punto. Acerco mis labios a su oreja y lo acaricio con la punta de la nariz. Me deleito con cada suspiro y estremecimiento.

—Dime que quieres esto tanto como yo. Dímelo, Mason, porque una vez empiece no habrá vuelta atrás.

Su respuesta es atraerme por la cintura. Nuestras pollas chocan la una contra la otra, se acarician y se frotan de una manera deliciosa. Luego es él quien une nuestros labios, pero sin llegar a besarme. Respira en mi boca, temblando. Está nervioso. Levanta la mirada al ver que no me muevo.

—Quiero. Quiero mucho. No sé por qué me lo dices ahora y tampoco me importa. Pero claro que quiero. Quiero todo el rato y quiero…

Lo corto envolviendo con los dientes su labio inferior y deslizándole los dedos por debajo de la camiseta.

—Oído cocina —le digo con una sonrisa que me devuelve de inmediato.

—Míralo, haciendo bromas de cocinero.

—Era para relajar el ambiente.

—Muchas bromas tendrías que hacer para que yo me relajara en tus brazos después del tiempo que llevo soñando con esto.

Me deja sin aliento.

—Puedo tratar de relajarte sin hacer chistes.

—Pero con tu boca, espero.

Sonrío contra sus labios.

Y luego, por fin, tras toda la tensión que lleva semanas —meses, incluso— construyéndose, lo beso. Lo beso como llevo queriendo hacer desde que lo vi por primera vez e imaginé cómo sonarían sus gemidos en mi boca. Y madre mía cómo suenan, de maravilla. Una puñetera locura.

Lo empujo más contra la pared a fin de tener el control absoluto de su cuerpo. Quiero poseerlo, escucharlo suplicar, quiero ser el único hombre en el que piense. Me aparto un segundo para poder respirar antes de volver a besarlo con ansias, degustando su sabor. Nuestras lenguas se enlazan, la suya con timidez y la mía con la necesidad de poseer, poseer, poseer. Él tiembla y mueve las caderas al ritmo que le marcan las mías. Dios. Necesito hundirme en él, sentir su calor, que se deshaga en mí. Quiero que se corra a lo bestia y seguir follándolo mientras lo hace. Este no es solo Mason, el hombre que lleva meses volviéndome loco. Es Colmillo Blanco, mi

alma gemela, la persona con la conecté como no lo he hecho con nadie. Dos en uno. Y tengo a los dos entre mis brazos.

—Grant —gime.

—Mmm. —Le muerdo la mejilla, subo una de las manos hacia su pezón y lo pellizco con suavidad. El gemido que se le escapa me la pone aún más dura, si es que eso es posible—. Repite eso.

—Por favor —suplica en un sollozo que me sabe a gloria.

Empujo su erección con la mía y noto cómo se tensa y se queda inmóvil.

Me aparto para mirarlo. Sé lo que quiere, lo que necesita, y pienso dárselo. Aquí, ahora. Y que el mundo se caiga mientras él se eleva.

Me aparto un poco para sujetarlo de la cinturilla de los pantalones.

—Se acabó lo de buscar novio por un tiempo —le informo mientras le suelto el botón y le bajo la cremallera—. Tú y yo, y a donde esto nos lleve.

Él me mira a los ojos un momento. Entonces asiente, mucho y muy rápido, como lo he visto hacer más de una vez cuando algo le entusiasma. Luego baja la vista para ver cómo me encargo de liberarle la polla; dura, sonrosada y lista para que me la meta en la boca. No es algo que haya hecho demasiadas veces, mis fantasías suelen tener a mi pareja —hombre o mujer— de rodillas, pero con él es casi una necesidad visceral que me nace de las entrañas. Se me hace la boca agua y creo que él se da cuenta, porque las mejillas se le tiñen de rojo y traga saliva.

—¿Por un tiempo? ¿Hasta cuándo? —pregunta con un hilo de voz que luego se transforma en verborrea—. Digo, para apuntarlo en algún sitio. No me gusta no saber estas cosas. Una vez pensé que le gustaba a un compañero de universidad. Me imaginé muchas cosas con él, pero al final solo fue amabilidad por su parte. Yo… Mira, no soy bueno interpretando señales, supongo que es parte del motivo por el que creen que soy tonto y…

—Mason, nadie cree que seas tonto.

—No puedes hablar por todo el mundo.

—Cierto, hablo por la gente que hay en este cuarto. Y aquí nadie piensa que seas tonto.

—Pero aquí solo estamos…

—Mase, cállate. Te metería la polla en la boca para hacerlo, pero mi intención es ser yo quien te la coma, así que, dime: ¿si te la chupo, vas a dejar de decir gilipolleces?

—Sí, señor.

Me río, no puedo evitarlo. Me río mientras la sangre abandona mi parte racional y se me concentra en la cabeza de la polla. Ya no puedo hablar —a pesar de que tenemos mucho que aclarar, almas gemelas y todo eso—, ni pensar, ni hacer nada que no sea empaparme de él.

Me pongo de rodillas ante su atenta mirada, arrastrando las manos por sus muslos desnudos, y me meto la punta en la boca dándole una palmadita en la cara interior de la pierna para instarlo a abrirse un poco más. Dios, su sabor. El tacto contra mi lengua es suave y me gusta sentirla hinchada y caliente, cómo crece con mi contacto. Él suelta una especie de sollozo cuando empiezo a lamerlo y lo acaricio con los dientes. Enseguida coloca una mano en mi hombro como si necesitara anclarse a algo sólido. Lo chupo despacio, desde la punta a la base, al tiempo que le masajeo los huevos. Está tenso, demasiado duro y excitado. No va a durar mucho, lo sé, pero haré que lo disfrute. Me la meto hasta donde puedo y una vez la albergo en la garganta, trago. Él suelta un jadeo animal y se cubre la boca con el brazo. ¿Para no llamar la atención de los invitados? ¿Para mordérselo y no correrse? Me la saco de la boca y le lamo la punta; lo acaricio mientras succiono con avidez. Los gemidos suben de intensidad, al igual que los temblores; me pone ambas manos de nuevo en los hombros.

Me la saco un momento para poder decirle:

—Fóllame la boca.

—¿Así? ¿A lo loco?

Sonrío y le dejo un beso en el glande.

—Así, a lo loco —le digo guiñándole el ojo.

Suelta un gemido y yo me la vuelvo a meter en la boca. Empiezo despacio, pero acelero el ritmo en cuanto veo que me sujeta del

pelo, con suavidad, por supuesto, porque es Mason y le pega todo agarrarme, pero no tirar.

Pero, de repente, no sé si por algo que hago yo o por algo que hace clic en él, deja de contenerse. Me folla la boca tal y como lo he pedido. Es brusco, frenético. También un poco caótico, tal y como es él en su día a día. Y, joder, tenerlo así, totalmente entregado al momento, hace que se me tensen los huevos y tenga que pellizcarme el muslo para no correrme.

Su arrebato no dura demasiado. En cuanto deslizo la mano hacia su entrada y presiono la zona, se tensa y me tira del pelo; con mucha suavidad, una vez más.

—Grant…

No le da tiempo a decir nada más y a mí no me da tiempo de sacármela. Estalla en mi boca y a mí se me va a salir el corazón del pecho. Mi primera reacción es apartarme, nunca me he tragado el semen de nadie, pero me detengo cuando siento la tensión de su cuerpo, su mano en mi pelo. Me quedo inmóvil mientras se derrama dentro de mí, sintiendo cómo la erección me aprieta cada vez más en los pantalones. Me lo trago todo y luego lo recorro con la lengua mientras sigo acariciándole la erección, despacio. Se ha dejado caer hacia mí y no deja de apretarme el hombro ni de gemir en un tono contenido para evitar que lo escuchen. También me acaricia el pelo con suavidad y me pregunto si es su manera de darme las gracias. Se me llena el pecho de una sensación extraña.

Me aparto con cuidado y alzó la vista para mirarlo a los ojos. Él los tiene brillantes y me mira con una adoración que apacigua mis ganas de levantarme, ponerlo contra la pared y follármelo a lo bestia.

—¿Me estabas acariciando como a un gatito? —pregunto con una sonrisa que espero que transmita todo el cariño que me llena por dentro.

Se ruboriza.

—No, no me atrevería. No eres un gato doméstico. Tienes algo de felino, pero eres más como… un leopardo.

—Ah, ¿sí?

Me paso el pulgar por los labios, movimiento que sigue con interés, y me levanto. Ahí es cuando sus ojos van a mi evidente erección. Apoyo ambas manos en la pared, una a cada lado de su cabeza y, cuando él se agacha un poco para subirse y recolocarse la ropa interior y los pantalones, nuestras bocas quedan a escasos centímetros.

Le doy un beso, prueba su sabor en mis labios, en mi lengua, y gime de una forma deliciosa.

—¿Quieres…? —Hace un gesto hacia mi entrepierna.

—Ahora no, pero…

Unos golpecitos en la puerta y la voz de Martha desde el otro lado:

—Grant, no quiero interrumpir, pero los Valdez se van a ir y quieren hablar contigo del menú de la boda de su hijo.

Suspiro. Mason tiene los ojos muy abiertos y, aunque la luz es tenue, sé que está rojísimo.

—Diles que ahora mismo estoy con ellos.

Se escuchan sus pasos alejándose junto a lo que juraría que es una risita y, cuando no se oye nada más que *Yosemite*, de Lana del Rey, sonando de fondo en mi salón, Mason agarra el pomo de la puerta a nuestra izquierda.

—¿Hay alguna posibilidad de que salga de aquí sin que te des cuenta y pueda irme a mi casa a revolcarme en mi vergüenza?

—¿Vergüenza por qué? ¿Por Martha? Prácticamente me ha lanzado a tus brazos y, además —añado acercando la cara a la suya y uniendo nuestras frentes—, no sabe lo que estábamos haciendo.

—Y encima tú estás… —Hace un gesto hacia mi polla—. Y yo no he… Y tú estás… Y sigo teniendo ganas.

—Yo también, como puedes ver —le digo, apretando mi erección contra su cadera—. Te acabo de probar y ya me apeteces muchísimo otra vez, pero vamos a tener que posponerlo.

—¿Luego?

—Mañana.

Hace un puchero, uno de verdad, con fruncimiento de labios y todo.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa.

—Pues dame tu meñique, como me obliga a hacer Mabel.

Suelto una carcajada y le doy un azote cariñoso para que emprenda la marcha. Y, por supuesto, enlazo mi meñique con el suyo.

—Me encanta esta canción —me susurra al oído antes de separarnos mientras Lana habla de un amor puro, de un momento de paz, de estabilidad emocional; habla de cosas de las que suelen carecer el resto de sus canciones.

¿Será un vaticinio? Espero que sí.

VEINTE

MASON



Tras una carrera especialmente larga, los perros y yo llegamos a casa con la lengua fuera. Los tres. Y los tres también bebemos agua como si nos fuéramos a morir de deshidratación. Hay posibilidades de que yo aún lo haga, no descarto la opción; entre la grandiosa mamada de Grant de anoche y la paja de esta mañana —mucho más mundana— estoy eliminando fluidos a la velocidad del rayo.

Me dejo caer en el suelo al lado de Mr. Gruñón y de Toto, que siguen con sus hocicos en los cuencos, porque estoy rendido y no tengo ni fuerzas para meterme en la ducha. Camaleón se me sube encima y maúlla antes de amasarme la tripa; es el único de mis gatos que lo hace, y me encanta; Cole y Dylan, los siameses, salen por la puerta corredera que he dejado entreabierta, porque Dios los libre de salir por una de las dos gateras que les abrí nada más comprar la casa; son unos esnobs. Manchitas, subido al sofá, le da un golpe en el cogote a Bola de pelo y ella, indignada, sale también al jardín trasero. Tequila no está a la vista; en cuanto pueda levantarme y ser funcional, me voy a buscarla. Que esta mañana no ha querido comer y tiene pinta de que el parto se acerca. Dos meses ya… Qué rápido pasa el tiempo.

Me suena el móvil. Por el tono, sé que es una notificación de Soul Finder, así que no me saco el teléfono del bolsillo hasta que no he acariciado un buen rato a Camaleón. Desde que no hablo con Remy, no tengo ilusión con la aplicación. Será Ryder contándome alguna guarrada o Jeremy tocándome los huevos con el final de *Perdidos*.

Pero, cuando haciendo un esfuerzo titánico me lo saco del bolsillo y veo que es un mensaje de Remy, dejo de respirar.

Mi alma gemela me ha desbloqueado.

«No, no, no es tu alma gemela, a ti te gusta Grant. Mucho. Te gusta-gusta», me dice un gatito blanco y angelical en mi hombro izquierdo.

«Sí lo es. Siempre has defendido que lo es. Remy y tú habéis nacido para estar juntos y hablar de chorradas que os llevan a hablar del bien y del mal. *Soulmatesoulmatesoulmate*», contesta un gatito negro con un tridente en mi lado derecho.

Dios, Remy.

Dios, Grant.

¿Qué hago?

Con un nudo en el estómago, entro en el chat.

Remy: Quiero verte.

Colmillo Blanco: Remy, lo primero, perdóname. Entiendo que me condenaras al ostracismo virtual. Me lo merecía. Siento no haber podido ir a nuestra cita. Diría que tengo una buena excusa, pero eso le quitaría valor a mi disculpa. Lo siento, de verdad.

Remy: ¿Lo sientes?

Colmillo Blanco: Muchísimo.

Remy: ¿Y querrías verme?

¿Querría? Sí. Pero… no. Pero sí. ¿Y Grant? Quiero ver a Grant; quiero derretirme bajo su mirada, quiero besarlo, escuchar la cadencia de su voz; calmada, sexi, dominante y, a la vez, amable y paciente. Quiero inhalarlo; su aroma natural, que da ganas de comérselo a mordiscos; el olor exquisito de su cocina, que hace que el lugar en el que él esté sea hogar. Quiero follármelo, lamerlo de pies a cabeza, enseñarle esas otras cosas que no sabe de mí y que me llenan, ver si le llenan a él un poquito.

Pero Remy… Me gusta Remy. Cuando conocí a Grant, fue el propio Remy quien me quitó el peso de poder decidir. Me bloqueó, acabó lo nuestro y yo me limité a lamentarme un poco y a caer presa del encanto del vecino anteriormente conocido como Sawyer. Fui desleal y un poco adúltero. Pero es que Grant…

Soy Kate dividida entre Jack y Sawyer. No me cae bien Kate. Y no sé cómo ellos no se dieron cuenta de que Juliet era la opción correcta. Juliet, siempre.

A Remy no lo conozco en persona y no sé cómo se tomará lo de mis animales. A Grant sí lo conozco y todo bien, pero… tiene una hija y responsabilidades que me quedan grandes y quizá no quiera nada serio. Qué va a querer. La gente con la vida así de asentada solo quiere a alguien a quien asentar a su lado. Y yo no soy esa persona. No por poco asentable, quiero ser feliz, monógamo y llevar una vida tranquila con mis perros, mis gatos y el amor de mi vida.

Pero es que Grant es… Grant.

Remy: ¿Sigues ahí? Te veo en línea.

Colmillo Blanco: Lo siento, Remy. He conocido a alguien y no sé qué hacer.

Remy: A lo mejor yo sí sé lo que puedes hacer.

Colmillo Blanco: ¿¿??

Remy: Puedes venir a mi casa y devolverme la mamada de ayer.

Colmillo Blanco: ¡¿Qué?! ¡¿Qué mamada?!

Remy: Mason, ven a mi casa. Ya.

Colmillo Blanco: ¿Grant?

Estoy hiperventilando, me voy a desmayar. ¿Grant es Remy? El gato de las alas blancas está lamiendo al gato negro del tridente, que se está dejando, por supuesto.

¡¿Grant es Remy?!



Cuando llego a su puerta no me da tiempo ni a llamar porque Grant la abre de golpe, tira de mi mano, la cierra de una patada y me empuja contra ella, acorralándome. No creo que nunca me hayan besado así, no creo que nunca me hayan consumido de esta forma; como si fuera un cóctel dulce hecho a base de fruta fresca. No creo haber sentido nunca que mi alma abandona mi cuerpo o la consciencia o lo que sea que te abandone cuando el más puro placer se apodera de ti. Y eso que la mamada de ayer fue una experiencia cercana al éxtasis. Pero ahí estoy, flotando tan alto que toco el techo, mirando hacia abajo y observando como el tío más guapo, amable y sexi que he conocido en mi vida me come la boca.

Ese mismo hombre, haciendo alarde de una dominancia tal que le quita el aliento hasta a mi yo extracorporal, me coge en brazos y me lleva con él por el pasillo hasta la isla de la cocina, donde me deposita con una delicadeza que choca con la fuerza bruta de sus brazos en mis muslos.

Me ahogo en un mar de gemidos. Míos, suyos…

Grant tira de mí para que me siente más cerca del borde y entonces frota su enorme erección contra la mía. Es delicioso. Y dejaría de besarlo para hacérselo saber, pero no puedo separarme de él, nuestras lenguas están imantadas y su lucha no es por liberarse, sino por enredarse más, conocerse más, saborearse.

Cuelo una mano entre nuestros cuerpos y le palpo la polla, haciendo que él gruña y que yo me quede sin respiración.

Entonces oímos voces en la puerta de entrada y, aunque no nos separamos de golpe —al menos él no lo hace, cosa que si pensara con detenimiento en esos momentos me haría sentir apreciado e importante—, sí ponemos la distancia suficiente para que nuestra posición sea apta para todos los públicos. Grant —anteriormente conocido como Sawyer, Remy en la actualidad—, apoya la pelvis contra la isla de la cocina para ocultar el estado en el que está; yo

me colocó la camisa de lino blanco que llevo, tapándome la erección que amenaza con salirse por la cintura del pantalón.

—Hola, papi; hola, Mase —dice una Mabel sonriente, sin prestarnos demasiada atención.

Martha sí lo hace y abre los ojos como platos. Será que conoce mucho a Grant… Ese pensamiento me pone de mal humor de inmediato. No suelo tener celos de ella, no es mi lugar. Martha es quien es; su mejor amiga, la madre de su única hija; y yo… soy yo. El loco de los gatos.

El ridículo ataque de celos se convierte en rabia. Como cuando pones a hervir agua en una cazuela con tapa y esta empieza a rebotar por el vapor. Tap, tap, tap; tap, tap, tap… Me voy calentando poco a poco. Hasta que hiervo del todo. Porque yo había venido a esta casa buscando explicaciones. Queriendo hablar. Pero claro, el adonis de la urbanización ha usado su poder de persuasión y su físico de granjero fornido de Wisconsin y me ha dejado sin palabras y sin aliento.

—Chicos, ahora me llevo a Mabel y…

—No hace falta —contesto bajándome de la encimera de un salto —. Yo ya me iba.

—¿Cómo que ya te ibas? —me pregunta Grant, desconcertado, tratando que la sangre le vuelva a subir a la cabeza, supongo.

—Grant, ya hablaremos en otro momento.

Es ridículo, *yo* soy ridículo. Quiero hablar con él ya. Ahora. No largarme como un pringado que se siente fuera de lugar en una casa que es hogar, pero no el suyo. En el fondo, sé que Grant no ha hecho nada malo, no de forma intencionada. No lo veo capaz de urdir un embuste así. Ni tiene sentido. Nada tiene sentido.

—Yo os dejo solos, voy a subir con la niña.

No sé si se comunican de forma no verbal porque no me atrevo a alzar la vista. Oigo pasos y, luego, las Crocs verde oscuro que Grant suele usar cuando está en la cocina aparecen en mi campo de visión. Son como las negras que nunca llegué a devolverle, con un forrito muy suave en el interior. Me quedan grandes, usa un par de números más que yo, pero son cómodas y, sobre todo, son suyas. Miro sus pies, miro los míos. Me siento fuera de lugar.

—Ey. —Me agarra la barbilla con una ternura extrema y me levanta la cara—. ¿Qué acaba de pasar?

—Pues que estaba a punto de hacerte una mamada y ha aparecido *tu familia*.

No quería que sonara feo ni agresivo, pero así ha sido. Y me odio un poquito por ello.

Grant me mira con el ceño fruncido. No dice nada porque no comprenderá mi arrebato; o quizá no lo hace porque sí lo comprende.

—Así que Remy tiene una hija —digo.

—Así que Colmillo Blanco tiene ocho gatos.

—Tengo seis gatos y dos perros. Y no es lo mismo.

—¿Qué no es lo mismo?

—No es lo mismo tener familia humana que animal.

—¿No son familia igual?

Me deja sin palabras, porque acaba de desmontar mi acusación; si es que era una acusación. Siempre he defendido precisamente eso; que a los animales se les quiere como a hijos. Sé que no he experimentado lo que es ser padre, sé que no tengo una base científica para decir algo así y sé que quizá la intensidad de un amor y otro sean distintas. No digo que sea igual. Digo que yo sí considero familia a mis animales. Los quiero. Me ayudan a levantarme cada día. Me demuestran cariño, fidelidad; incluso Tequila, la gata ingrata. Incluso Bola de pelo, que tiene las zarpas de un tigre, pero que me ronronea al oído cuando por las noches se acerca a mí y se duerme en mi almohada. Rescaté a todos y cada uno de mis animales, y todos ellos me han pagado con creces un acto que no necesitaba compensación.

—Sí son familia —digo, al fin, recordando cuando saqué a Toto de un lago de Winter Falls porque el pobre estaba tan cansado de nadar que, si no me hubiera tirado a por él, no habría llegado a la orilla.

—¿De verdad que tenga una hija es algo tan horrible para ti? —Su voz susurrante suena un tanto desesperada.

Alzo la vista y veo que está mirando con el ceño fruncido en dirección a las escaleras. Mabel y Martha están arriba. Así que yo

también hablo en un susurro, pero no en respuesta a su pregunta:

—¿Todo este tiempo…?

Suspira, parece abatido, pero entiende a qué me refiero.

—Me di cuenta ayer en la reunión de vecinos. Tú mismo me dijiste que eras Colmillo Blanco.

—Oh.

—Sí, oh.

Se está enfadando. O está triste. No lo sé.

—El día que no acudí a la cita fue el día que aparecí aquí buscando a Tequila.

—Y acusando a Mabel de ladrona, sí, ahora lo sé. Mira —se pasa las manos por el pelo y se lo retira de la cara—, esto me ha pillado tan de sorpresa como a ti. La diferencia es que me lo he tomado un poco mejor.

—Espera, espera, que no me lo estoy tomando mal, es solo que…

Me alza una ceja.

—Vale, me ha pillado desprevenido y durante una milésima de segundo, una sola, de verdad, he pensado que todo esto era una broma macabra, que siempre has sabido quién era y que querías…

—¿Qué quería, exactamente?

—Nada. Ya te he dicho que ha sido un segundo. Menos que eso.

—¿Creías que era algún tipo de engaño? ¿De juego? ¿Por mi parte?

Me siento como una mierda, porque no lo creo capaz de tal cosa, de verdad que no.

Me acerco un poco a él. Grant me mira, pero no hace amago de tocarme. No sonríe. No me gusta.

—Es curioso —dice, tal vez un poco cabreado—. Tú creyendo que todo esto era algún tipo de engaño y yo pensando en Kate encontrándose con Cassidy en una gasolinera. Pienso en causalidades más que en casualidades.

Hiperventilo y a la vez me ahogo; las dos cosas al mismo tiempo. Estoy empezando a desarrollar este don paradójico de hacer ambas cosas a la vez. Pero es que este es Remy. Mi alma gemela virtual. ¡Remy!

—Quizá somos más como Desmond y Jack en el estadio.

—O como Sawyer y Christian en el bar.

Podría correrme, de verdad que sí. Para mí, esto son preliminares. Grant hablando de *Perdidos*. ¡Grant es Remy!

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

—Hay más ejemplos: Hurley y Libby; Sawyer y Locke; Jack y Claire…

Me río. Y me empalmo. Todo a la vez también.

—Me refería a qué pasa con nosotros.

—Lo sé. Estaba rebajando la tensión, creí que ibas a salir huyendo. O que ibas a empezar a llorar.

—Podría haber hecho ambas cosas. —Los dos nos reímos—. Pero en serio, ¿ahora qué?

—Podríamos intentar conocernos.

—Como Remy y Colmillo Blanco.

—Remy y Colmillo Blanco somos nosotros.

—Y tu hija.

—No, mi hija no es ni Remy ni Colmillo Blanco. Y la conoces más que a mí.

—¿Eh?

—Que pasas más tiempo con ella que conmigo.

«¿Eh?».

—¿No quieres seguir conociéndome? —me pregunta. Sigue sin acercarse.

—Siento que te conozco más que a mí mismo, Grant.

—¿Y eso qué quiere decir?

¿Eso qué quiere decir? No lo sé. Que somos almas gemelas. Que eso me aterra y me llena. Que estoy loco por él; por sus dos «él». Y muerto de miedo.

Que necesito tiempo.

Se lo digo. Me mira con tristeza y asiente.



Colmillo Blanco: Ya.

Remy: ¿¿??

Colmillo Blanco: Ya ha pasado el tiempo.

Remy: Once horas y cuarenta y siete minutos, para ser exactos.

Colmillo Blanco: El tiempo es relativo.

Remy: Díselo a Desmond Hume.

Colmillo Blanco: Justo te escribía para eso.

Remy: ¿¿??

Colmillo Blanco: Y tengo que acostumbrarme a la idea de que seas tú, Grant, quien me lea la mente.

Remy: Difícilmente te estoy leyendo la mente cuando no sé ni de qué hablas.

Colmillo Blanco: Te escribía para decirte que, si quieres, mañana podemos ver el capítulo de La constante juntos. Y justo has dicho lo de Desmond. No sé…, ¿el destino?

Remy: En teoría somos almas gemelas.

Colmillo Blanco: ¿En teoría? Au.

Remy: Me has pedido tiempo, Mase. Te lo he dado. No sé qué quieres.

Colmillo Blanco: Ver La constante.

Remy: ¿Tan sencillo cómo eso? No quiero que me hagas daño.

¿Daño? ¿Cómo que daño? Si había un alma en juego, esa era la mía; y llevaba todo el día pensando en qué hacer, qué decir, cómo actuar

y lidiar con la nueva realidad. Era yo quien se lo jugaba todo a un color, pero, aun así, quería arriesgarme.

Colmillo Blanco: Te pedí tiempo, me lo diste, lo usé sabiamente y ya he vuelto. He estado todo el día trabajando con Bosch, un labrador con ansiedad por separación. Antes vivía con una señora mayor que no salía de casa. Su nueva dueña trabaja fuera y Bosch pasa mucho tiempo solo, así que muestra una conducta destructiva: destroza sofás, ladra, araña las puertas hasta el punto de hacerse daño…

Colmillo Blanco: Nos queda un largo camino por delante, pero sé cómo proceder. El caso es que Bosch no es un perro desobediente, es un perro asustado. Y no destroza la casa, lo que destroza es el silencio que reina cuando está solo.

Colmillo Blanco: El silencio es una mierda, Grant.

Remy: Es la conclusión más profesional que he escuchado jamás ;-)

Colmillo Blanco: Solo tú podías hacerme reír en un momento como este. Intentaba pedirte perdón.

Remy: No hay nada que perdonar.

Colmillo Blanco: No me gusta cómo me he ido de tu casa. He pensado en volver y llamar a tu puerta al menos ocho veces.

Remy: Ocho, como tus gatos.

Colmillo Blanco: Idiota. (Ja, ja, ja). Pero trabajando con Bosch me he dado cuenta de que, desde que entraste en mi vida, primero como Remy, luego como Grant, el silencio se ha convertido en algo positivo. En calma, en sosiego. En excitación también, en tensión muda. En esperanza.

Remy: Me gusta como suena.

Colmillo Blanco: ¿Y qué opinas?

Remy: Que mañana a las seis en mi casa. La constante y cena.

Colmillo Blanco: Mejor cena primero y luego La constante, que si me ruge el estómago no puedo concentrarme. Y tú cocinas tan rico...

Remy: A la seis en mi casa, Mase.

VEINTIUNO

MASON



Estoy en algún lugar oscuro y frío y una mariposa me acaricia las mejillas con sus alas suaves, los párpados… Me hace cosquillas. Abro los ojos para darme cuenta de que ni es una mariposa ni el lugar es frío, solo que una niña en pijama de Sailor Moon me ha destapado y me da golpecitos con su mano diminuta.

—¿Mabel?

La niña tiene los ojos llenos de lágrimas y cara de susto, también tiene el pelo alborotado y la nariz enrojecida.

Me incorporo.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

La examino sin llegar a tocarla, que ese es un paso grande y me da apuro. A Bola de pelo no le gusta que la toquen cuando se altera, y suelo terminar con algún arañazo estupendo cuando lo hago.

—Leia está malita, creo que le duele. Lleva un rato maullando y no se levanta.

—¿Dónde está?

Salgo de la cama y, sin preocuparme del pijama que llevo, uno blanco lleno de pandas que me regaló mi madre las Navidades pasadas, salgo de mi cuarto con la niña pisándome los talones.

—En la casita de Luke. —Nada más decirlo, llora aún más fuerte.

Voy hacia la puerta, deteniéndome un segundo para ponerme las Crocs de Grant, y ella aprovecha para agarrarme la mano.

—Vamos. —Miro nuestras manos unidas, la de ella apenas visible por mi agarre. Es tan extraño todo…, pero no la suelto.

—Vamos —me contesta.

—¿Saben tus padres que has salido?

—No y, por favor, no se lo digas. He oído a Leia llorar y me he asustado. Me daba miedo que papá me dijera que no podía venir y… —Rompe a llorar—. Me da igual que me castiguen si la ayudas y se pone bien.

—Quizá se haya puesto de parto. Ha decidido que la caseta de Luke es su nido y cada vez me cuesta más sacarla de allí.

Me estoy poniendo nervioso. No es el primer parto que asisto —o que acompaño, en el caso de los gatos prefiero llamarlo así, porque hay que ser cero intrusivo—, pero las circunstancias, el lugar, la niña…

—Mabel, voy a ver cómo está, tú vete a avisar a tu padre.

—Porfa, no le digas que he salido sola y sin *walkie*. Porfa. Yo solo quiero que Leia tenga a sus bebés y deje de dolerle.

—Luego hablamos de qué le decimos, pero no le pienso mentir. —Tiro de ella, porque mis pasos son mucho más grandes y rápidos que los suyos de liliputiense, y enseguida entramos en su jardín delantero.

—Pero… —Llora con más ganas.

—Mabel, no se miente. Has hecho muy bien en irme a buscar y eso será atenuante. Pero ahora avísalo mientras yo compruebo cómo está la gata.

—No sé qué es «atenuante» y suena fatal —dice entre sollozos.

Me sale una especie de carcajada nerviosa y la empujo hacia la puerta principal.

—Ve.

—No, por ahí no, no tengo llave; tengo nueve años. He salido por atrás.

Y lo dice así. Tremendo. No tiene edad para tener llave, pero sí para escaparse de casa y entrar en la mía.

—Ya hablaremos de tus salidas y entradas furtivas.

—No entiendo la palabra. —Corre hacia las puertas.

Me agacho en la caseta y Tequila me recibe con un quejidito lastimero. Tiene contracciones y, a juzgar por su intensidad, lleva quizá dos horas con el trabajo de parto. Se halla al final de la casita,

contra el muro, sobre la manta limpia que coloqué esta misma mañana, así que no hay riesgo de infección, pero necesito más, necesito…

—Mason. —Grant aparece a mi espalda, con la voz ronca de recién levantado.

—Está de parto.

—¿Qué necesitas?

Levanto la vista y lo veo con un bóxer oscuro y… nada más; y durante unos instantes me quedo sin habla, sin saliva y sin pensamientos coherentes. Madre del amor hermoso. Le recorro el torso duro y musculoso con los ojos; se lleva las manos al pelo para retirárselo y los músculos del brazo se le flexionan, y…

—Mase.

—Sí. Toallas limpias y agua tibia. Si las toallas son suavecitas mejor, como el algodón de mi… De tu albornoz. Unas tijeras, por si acaso. Y, si tienes, gasas, o algo así. Ah, y unos guantes de esos estériles que usas a veces para cocinar.

—¿Ya?

—¿Es sarcasmo?

Grant se ríe y me guiña un ojo.

—No, pero si hay más y puedo ir yendo a por lo que me has pedido, mejor. Cuando te pones a hablar…

—Cabrón. Que venga Mabel, que no se lo pierda.

La ternura con la que me mira no la comprendo, pero me calienta por dentro.



Tequila tiene tres crías. Mabel me informa de que se ocupará de ponerles nombres porque yo no sé hacerlo. «Gracias, niña extraña, me chivaré a tu padre de las cosas que haces a sus espaldas como venganza. Lo mismo hasta te pone un chip como yo a los gatos».

Ha sido un buen parto. Ha durado unas dos horas. Está amaneciendo. Me he sentado al lado de Tequila, sin tocarla, solo para que supiera que estaba ahí. Mabel a mi lado, en ese silencio que se le da tan bien y no deja de sorprenderme, ambos acompasando nuestras respiraciones a las de la gata.

El primer gatito nació al cabo de unos minutos. Mabel se asomó con discreción y yo creo que se puso nerviosa al ver el ovillo húmedo y tembloroso, pero, cuando vio cómo Tequila lo lamía, debió de pensar: «Vale, no es un miniorco, es un gatete mono, hijo de mi princesa guerrera favorita». Lo imagino porque a mí me pasó algo parecido la primera vez.

El segundo gatito y el tercero llegaron sin ninguna incidencia, con Tequila descansado entre uno y otro hasta que los cuatro estuvieron apiñados sobre la manta, juntos.

Mientras me ocupo de prepararles una camita en condiciones hasta que pueda llevarlos a casa, llamo al veterinario de guardia y le pido que venga. La caseta está limpia, pero es accesible para otros animales y prefiero poner a Tequila y a las crías a salvo. En algún momento tras el nacimiento del último gato, Mabel se queda dormida a mi lado y su padre —que ha presenciado todo sentado en una silla de jardín a cierta distancia, listo para ayudar, pero sin molestar— se la lleva a la cama.

Yo me apoyo en la pared, al lado de la caseta, y espero a que vuelva, o eso creo, porque debo de cerrar los ojos en algún momento y me despierto al notar un ligero apretón en el hombro. Grant está en cuclillas delante de mí, observándome con una expresión que no consigo descifrar.

—¡Tres gatos! —digo una vez me incorporo, con la mente aún nublada por el sueño—. No sé si puedo quedármelos. Puedo poner un anuncio en el veterinario. O ir por las casas de los vecinos cuyos nombres desconozco. O tú podrías quedarte uno. O los dos. O los tres. No, que no te gustan los gatos. No sé qué hacer.

Grant mueve un poco la cortina para mirar a la pequeña camada. Lo hace con una sonrisa. Normal. Son preciosos, dos de ellos oscuros como su madre y el otro con un pelaje algo más claro.

—¿Quién dice que no me gustan los gatos? Me gustas tú y tienes ocho.

—Tengo seis gatos y dos perros.

Me sonríe. Entonces me doy cuenta del «me gustas tú». Me voy a correr. Aunque despacito, porque tengo mucho sueño.

—El veterinario está fuera. Voy a entrar en casa para comprobar que mi hija está dormida y no cavando un túnel al más puro estilo *La fuga de Alcatraz* y le digo que pase, ¿vale?

Asiento, luego le digo:

—No la riñas, no tenía mala intención. Gracias a ella Tequila ha tenido un parto tranquilo y acompañada. Y se ha aprendido dos palabras nuevas.

—¿Tequila?

—Tu hija —digo, sonriendo y dándole un golpecito en el brazo—. «Atenuante» y «furtiva».

—No sé de qué leches hablas con mi hija. Voy a tener que pasar más tiempo con vosotros.

—No… —Iba a argumentar que soy buena influencia y eso, pero no seré yo quien se niegue a su presencia—. Sí, deberías.

Me vuelve a sonreír con esa sonrisa bajapantalones.

—¿Necesitas algo? ¿Tienes hambre? —me pregunta, incorporándose.

—Estoy bien.

—Prepararé algo de comer. Y Mason, no te preocupes por los gatos. Encontraremos una solución.

—Sí, vale.



El veterinario, tras comprobar que está todo bien y después de comerse un rico desayuno *made in* Grant —que vaya suerte tiene el tío—, me ayuda a trasladar a Tequila y a los gatitos al nido que les he preparado en una esquina del cuarto libre. Es calentito, puedo

cerrarlo para que los perrazos no entren a chupetearlos y tiene luz natural.

Yo he estado bastante rato sin hacer nada más que observarlos, porque el tiempo es eso que pasa mientras miro a un gato, a otro, a otro y a Tequila; así que decido salir al jardín trasero a leer.

Cuando llevo cincuenta páginas, aparece Mabel. Me dice «hola» y entra en la casa a ver a los gatos; supongo, porque esta niña cree que es mi compañera de piso o algo. Sale enseguida, sabe que no puede tocarlos y que necesitan tranquilidad. Es algo que me encanta de ella: es dócil y muy concienciada con los animales. Muy prudente en lo que a ellos respecta. Para lo demás es una temeraria de cojones.

Cuando sale, toma asiento a mi lado en el escalón. Salvo el «hola» del principio, no nos hemos dicho más. Pero no es un silencio incómodo. Para mi sorpresa, Mabel ya no me molesta. Hasta podría decir que la entiendo, como a mis gatos. Al final, Ryder tenía razón.

Así que sigo guardando silencio hasta que ella me pregunta:

—¿Es un libro de gatos?

—No exactamente.

La niña frunce el ceño, a la espera de que diga algo más.

—Va sobre la vida. Es… complicado.

—¿Puedo leer?

Abre la palma para que se lo pase. Pienso en las primeras páginas, en si debería dejar que lo lea o en si está indicado para su edad. Al final, termino por pasárselo. Mabel se coloca el libro delante de la cara y comienza a leer por donde tengo el marcapáginas.

—¿No deberías empezar por el principio? —pregunto.

—¿Por qué?

—Los libros se empiezan por el principio.

—Los principios suelen ser aburridos. A veces me los salto.

La niña se salta los principios y yo los finales, entre los dos no hacemos ni un libro entero, pero… me gusta. Me gusta ser las páginas centrales de algo, el nudo en la trama, el cambio de rumbo, el segundo acto que separa la trama en dos mitades.

El posible inicio de un conflicto…

Me la quedo mirando. Ella empieza a leer en voz alta la parte en la que se menciona a Doraemon.

—He visto este capítulo —me dice.

—Yo también.

—No me gusta Nobita, es un quejica.

—A mí tampoco —admito con una sonrisa.

Y entonces empezamos a hablar de Doraemon, de cuáles son nuestros capítulos favoritos, y me sorprendo porque coincidimos en *La máquina de los sueños*.

—¿Saben tus padres que estás aquí?

—Sí. Me han dejado venir; pero me ha acompañado mi madre, porque estoy castigada —me dedica una miradita, pero enseguida devuelve la vista a la página en la que está y me pregunta con curiosidad—: ¿Por qué te gusta este libro?

—Porque me habla de cosas que no comprendo.

—¿Qué cosas? Mi madre dice que cuando sea adulta lo entenderé todo. Tú eres adulto.

—Soy adulto, pero no lo entiendo todo. A veces creo que no entiendo nada.

—¿Por qué?

—No soy tonto, si es lo que estás pensando.

Mabel empieza a negar con la cabeza, pero no logra decir nada porque una voz grave a nuestra derecha dice:

—Por supuesto que no lo eres.

Grant está de pie en mi jardín, apoderándose del aire que nos rodea, de mi respiración.

—Cielo, mamá está fuera. Está esperando a que salgas.

La niña deja el libro sobre mí.

—Volveré —informa antes de salir corriendo.

Grant me mira a los ojos. Tiemblo. Y la sensación de cosquillas en la tripa se me agudiza cuando lo veo agacharse junto a Camaleón, que está tomando el sol detrás de mí, y acariciarle con suavidad junto a la boca. Camaleón ronronea y yo estoy a punto también.

Grant se incorpora y toma asiento a mi lado, justo donde estaba su hija. Coge el libro que sigo teniendo en las piernas y lo examina

con curiosidad y algo parecido a la extrañeza. Lo abre por la página marcada y lee el fragmento que ha elegido Mabel.

—*Doraemon*. ¿Te gusta?

—No mucho, pero sí me gusta ese fragmento. No sé si lo has visto, Mabel me dijo que sí. En el capítulo, Nobita quiere que lo dejen en paz, pasar desapercibido. Doraemon saca de su bolsillo mágico una gorra que lo convierte en una piedra en el camino, permitiéndole ser «invisible». Al principio, cuando se la pone, disfruta de la indiferencia de los demás, pero poco a poco se siente triste y solo. Cuando se la quiere quitar, resulta que la tiene pegada a la cabeza.

—Me suena —admite—. ¿Qué tiene ese capítulo de especial?

—Nada. Es que… —Aparto la mirada, un poco avergonzado—. Siempre me he sentido un poco así —admito.

—¿Así cómo?

—Pues como una piedra en el camino, invisible en esencia. —Cuando veo que me va a rebatir, levanto una mano para callarlo y añado—: Sé que físicamente gusto, no hablo de eso. Pero a veces estoy ahí, sin más. La gente pasa y no me ve. Me miran y no me ven. Me pisan, me dan una patada, queriendo o sin querer, y no me ven. Hasta ahora.

Nos miramos.

—¿Hasta ahora? —me pregunta con una intensidad que me traspasa la piel.

—Hasta que llegaste tú. Vosotros. Es como si me hubierais recogido del camino embarrado y me hubierais llevado a casa.

VEINTIDÓS

GRANT



Entramos en casa y dejo a Mason junto a la estantería de la entrada mirando las series, películas y libros. Ha estado muchísimas veces aquí y siempre ha pasado de largo la estantería junto al ventanal; es como si el saber que soy Remy hubiera despertado un nuevo interés en él. Y cuando ha visto la edición especial de *Perdidos* que me compré cuando fui a Berlín a un curso de cocina, yo he dejado de existir. Mientras abría el cofre y echaba un vistazo al mapa y al resto de extras, me ha mirado una última vez, indignado, y me ha dado la espalda.

He soltado una carcajada, le he dado un azote y, tras decirle que se ponga cómodo mientras me encargo de hacer una llamada urgente, subo corriendo a mi cuarto.

Y ahí es donde estoy, acariciando el lomo del libro que hace tiempo me entregó mi padre y al que no había prestado la más mínima atención hasta ver a Mason con su copia gastada y subrayada. *Si los gatos desaparecieran del mundo*.

«Madre, mía, Mase. Siempre fuiste tú».

Cuando vi la portada y el título, cuando leí de pasada los primeros puntos de la lista que venía junto a él, sí se me pasó por la cabeza que todo era muy Mason. Pero que mi padre tratara de emparejarme con un hombre era inconcebible. ¿Mi padre? ¿La misma persona que desde que descubrió que soy bisexual, jamás, ni una sola vez en mi vida, había reconocido «mi condición»? Así lo llamó en esa única ocasión en la que no tuvo más remedio que decir

algo, dado que su único hijo estaba semidesnudo con un compañero de clase.

No le he mentido a Mason cuando le he dicho que tenía que hacer una llamada urgente. Con manos temblorosas, cojo el teléfono y espero a que mi padre responda.

—¿Cómo se llama la persona con la que me querías liar? —le pregunto a bocajarro en cuanto descuelga.

—Hijo, no seas burdo, es un cortejo de los de antaño.

—Papá.

—¿Por qué?

—Papá. —Mi tono ahora muestra mucha más ternura de la que pretendo.

¿Es posible que se me salten las lágrimas? ¿Es posible que este gesto de alcahuete, en principio molesto, sea una declaración de intenciones que me llega al alma? ¿Es posible?

—¿No te sorprendió que no insistiera más? ¿Que fuera un día a tu casa en plan casamentero y de repente se me pasara? Cuando os vi juntos ese día, cuando vi cómo te reías, cómo silbabas… No sé, pensé en lo que hubiera dicho tu madre, que estabais destinados a encontraros o algo así. Lo hicisteis solos sin necesidad de que este viejo carcamal mediara.

—Es un hombre.

—Y tú muy perspicaz, por lo que veo.

—Pero…

Lo oigo suspirar.

—Hijo. Puede que haya ignorado tu orientación sexual durante mucho tiempo. Estabas con Martha, tampoco me preocupaba en exceso, a pesar de que cuando te vi con aquel compañero de clase… No te voy a mentir, no me gustó, pero, sobre todo, no lo entendí. Tu madre me dio la murga y yo la ignoré. Como siempre he hecho con las cosas en las que no quiero pensar demasiado.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión? Si es que has cambiado…

—Fui yo quien te buscó un chico, ¿no? Y *ese* chico en concreto, además. Resulta evidente que he cambiado de opinión. O al menos, lo estoy intentando. Fue por una conversación que escuché sin querer nada más mudarme a Eeriewood. Martha, Leo y tú hablabais

en el jardín sobre lo que buscabais en las personas. Martha habló de tu bisexualidad con una naturalidad y un cariño tan enormes… Me sentí tan triste de repente, tan fuera de lugar… Como un desconocido. Y no quería ser eso. Quería ser tu padre. Y un buen abuelo para Mabel.

—Eres mi padre.

—En el sentido biológico de la palabra, sí; pero quiero ser «papá».

Una lágrima solitaria me cae por la mejilla. Me la quito cuando su sabor salado me llega a los labios.

—¿Por qué Mason? —le pregunto, incapaz de hablar de nuestra relación padre-hijo en esos momentos.

—Porque se le nota que es buena persona con solo mirarlo. Porque tu hija lleva meses observándolo con devoción a escondidas y porque, ya sabes, creo que es… muy guapo.

Me río, no puedo evitarlo. Es un sonido extraño, entre una carcajada y un sollozo.

—Papá, ahora te voy a dejar porque ese chico guapo me está esperando abajo, saqueando mi colección de Blu-ray, pero quiero que hablemos.

—Me gustaría mucho, hijo. —Casi puedo apreciar la sonrisa en su voz.

—Y por ahora no le digas nada a Mason. Se me está ocurriendo una cita perfecta para la gran revelación.

Cuando cuelgo, bajo las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja mientras planeo cómo hacerle saber a Mason que la vida nos ha unido de tres formas distintas. Si eso no es el destino, que venga John Locke y lo vea…

Cuando bajo me lo encuentro en el mismo lugar, colocando la edición especial de nuevo en su sitio. Me acerco a él por atrás, le rodeo la cintura con los brazos y le acaricio el cuello con los labios. Noto cómo se estremece. Me encanta.

—Me parece increíble que, con la de veces que he entrado en tu casa, nunca me haya fijado en esta estantería. —Apoya la cabeza en mi hombro y suelta un suspiro tembloroso.

—No es un sitio de paso y tiene una puerta de cristal; es normal.

Le doy un beso en la mejilla. Él gira en mis brazos y, haciendo gala de una iniciativa que no suele tener, pega su boca a la mía.

Empieza pausado, una tentativa de beso. Desliza la lengua por mi labio inferior y, con cierta timidez, la introduce en mi boca. Yo, que me muero de hambre por él, salgo a su encuentro, enredo mi lengua con la suya y me deleito en su sabor. No se parece a ninguno de los besos que hemos compartido. No hay dudas ni miedo, solo una necesidad primitiva que decido dejar fluir. Mis manos vuelan por su cuenta. Busco la libertad en su piel, todo eso que no nos hemos dicho, pero ahora podemos empezar a contarnos.

Aprieto, acaricio y empujo. Lo quiero entregado, necesito tomar todo de él. Por suerte, no me lo pone difícil. Se aferra a mi camiseta y echa la cabeza hacia atrás para exponer el cuello. Enseguida lo recorro, primero con los labios y luego con la lengua; me bebo cada gemido y temblor, cada estremecimiento. Un ansia posesiva se apodera de mí y tengo que obligarme a detenerme porque necesito saber que está de acuerdo con la dirección que está tomando esto. Necesito…

Apoyo la frente en la suya y él suspira. Su mirada clara y cristalina hace que mi erección se endurezca todavía más. Me lo imagino de rodillas, con los labios entreabiertos, la lengua rozando la punta de mi polla, su boca a punto de abarcarme. Imagino el placer que sentiría en cada golpe de garganta, cada contracción alrededor de mi longitud. Joder.

—¿Estás seguro de esto? Necesito saberlo —le susurro en los labios al tiempo que lo aprieto más contra mí. Su dureza se me clava en la ingle y siento que voy a perder la cabeza. Dios—. Necesito saberlo.

—Sí, sí. —Se aferra a mi espalda y me vuelve a besar—. Yo… te necesito —musita una vez se aparta para coger aire. Tiene la mirada más limpia y sincera que he visto nunca. Pero ahí, en sus ojos, hay… algo más.

Me aparto unos centímetros para mirarlo. Necesito espacio para contener todas estas emociones que me desbordan.

No me pasa desapercibida la inseguridad en los ojos de Mason. Intenta atraerme hacia él, besarme, pero llevo una mano a su pecho

y lo detengo.

—¿Qué? ¿Por qué? —Su voz está llena de algo que quiero arrancarle a besos.

—¿Cuál es el «pero»? No me mires así, sé que hay uno. Eres como un libro abierto.

—Espero que sea uno con final feliz. Ya sabes que tengo un temita con los finales. Creo que quizá odio la palabra «fin» en sí misma. No quiero que pongas fin a esto, como parece que estás haciendo. Aún no me has desnudado. —Su tono apenado me hace reír.

—Joder. —Le beso la frente y lo tomo de la barbilla—. Necesito saber que estás conmigo, que quieres esto. Porque yo me muero de ganas.

—Yo también.

—Te creo, pero escúchame bien. Te deseo como nunca he deseado a nadie. Nunca. Eso significa que cuando te lleve a la cama no voy a ser tierno, no la primera vez. Quiero follarte fuerte hasta que se me vaya esta absurda necesidad que me carcome por dentro. Y una vez pueda respirar, probaré a hacértelo más suave. Te lo haré de todas las formas posibles sin pensar en lo que está bien o está mal. Tú, yo y lo que sentimos.

Él traga saliva. Apenas es capaz de mover la cabeza para asentir.

—Estás poniendo esa cara otra vez, Mason. Y no me gusta, porque me hace pensar en que estoy metiendo la pata y te estoy asustando cuando solo quiero…

—No estoy asustado —me corta—. Y no estás metiendo la pata para nada. Yo… quiero todo eso. Es lo que más quiero en el mundo. —Su voz me asegura que habla en serio. Quiere esto conmigo con la misma intensidad que yo.

—¿Pero…?

—Nunca lo he hecho sobrio —confiesa con un hilo de voz.

—¿Qué?

Se ruboriza de esa manera adorable que lo que hace es generarme más ganas de él. Este hombre me apetece como pocas cosas en el mundo. Es un ser exquisito y estoy deseando degustarlo como el más *gourmet* y sofisticado de los platos.

—Sabes que siempre he necesitado el alcohol para acercarme a los chicos, así que, las veces en las que lo he hecho, he tenido la cabeza llena de brumas.

Me aparto un poco más para verle mejor la cara.

—Pero las recuerdas, ¿no?

—Sí, me acuerdo de todo. Pero no siento que lo haya disfrutado al cien por cien. Yo… me cuesta un poco correrme si estoy borracho y también estaba nervioso. Menos que si hubiera estado sobrio, pero lo estaba. Nervioso y borracho no son buena combinación.

—Joder, Mason.

—Lo siento.

—¿Por qué me pides perdón?

—Porque estás enfadado.

—Estoy enfadado con la situación, no contigo. ¡Cómo voy a estar enfadado contigo! —Me paso las manos por el pelo en un gesto que es más nervioso que necesario—. El sexo es algo que se debe disfrutar. Nadie debe perderse nada ni usar el alcohol para acercarse a alguien, mucho menos en una situación de intimidad.

—Lo siento —repite, y yo me siento la peor persona del universo por hacerlo sentir mal. No es eso lo que quiero. Todo lo contrario.

—Shhh, no vuelvas a pedir perdón.

Lo beso. Aprieto las caderas contra él hasta que le arranco un gemido y tiembla contra mí.

—Grant —gime en mi boca y yo empujo las caderas más y más fuerte, con más necesidad.

—¿Y siempre ha sido así? ¿Nunca has estado con nadie más de una vez?

—Sí. He salido con algún chico varias semanas; una vez estuve un mes y medio con un príncipe que resultó ser rana, pero como no nos veíamos todos los días, cuando quedábamos, me tomaba antes algo para ponerme a tono, ya sabes.

—Pues yo pienso hacer que recuerdes cada segundo que pases conmigo.

Mason traga saliva, su mirada brilla con una felicidad que me calienta por dentro.

—Podemos ir a mi casa, por si viene Mabel y… Mi cama es grande.

—Y probablemente esté ocupada por ocho gatos.

Se me escapa una sonrisa cuando noto la tensión en la mano; sé lo que viene a continuación.

—Tengo seis gatos y dos perros.

Me encanta que me corrija con ese tono de indignación que me provoca una punzada de deseo, de las fuertes, de las que me hacen sujetarlo por la nuca y comerle la boca. Él me devuelve el beso encantado, arrimándose más a mí para que sienta su excitación. Dios, qué duro está y cómo me gusta sujetarlo del culo.

—No quiero compartirte ni quiero interrupciones. He esperado demasiado. Y Mabel se ha ido con Martha y Leo; me llamarán antes de volver.

Le acaricio la cicatriz y deslizo el dedo hacia su mentón. Él suelta un suspiro. Tiene las mejillas sonrojadas y los labios húmedos por mis besos.

—Vamos.

Le agarro la mano y me dirijo a las escaleras. Mason me sigue sin vacilación.

VEINTITRÉS

GRANT



Entramos en mi habitación; cierro la puerta y me apoyo en ella mientras lo veo recorrerlo todo con la misma necesidad que buscaba mis labios hace unos minutos. Se fija en la pequeña librería de la pared. Sonríe sacando mi ejemplar de *Grandes Esperanzas*.

—Me preguntaba por qué no estaba en la estantería de abajo.

—A veces está; según donde lo lea.

—Esta estantería es tan tú que duele —declara con esa naturalidad que me desborda—. Es como si te viera por primera vez. Como si viera a Remy. —Coge *Diarios completos* de Sylvia Plath y estoy seguro de que recuerda, como lo hago yo cada día, una de nuestras intensísimas conversaciones en Soul Finder—. No lo he leído. ¿Me lo dejas?

—Está todo subrayado. Pero estaría encantado de regalarte una copia.

—Quiero esta. Quiero ver lo que te ha llamado la atención. Verte entre sus páginas.

Camina hacia la pared, donde hay colgadas varias fotos de Mabel y alguna en la que sale Martha.

—Se me hace raro verla así contigo —admite, señalando una foto en la que estamos Martha y yo abrazados con una pequeñísima Mabel entre nosotros.

—¿Como pareja?

—Sí.

—Quizá debería quitarla.

Lo veo dudar. Lo veo bajar la mirada. Lo veo inseguro. Y no me gusta. Quiero que, en esta habitación, en estos momentos, solo estemos él, yo y las ganas que nos tenemos. Que no haya espacio para miedos e inseguridades.

—Es mi amiga y es familia, pero no hay nada romántico entre nosotros. Nada.

—¿Y sexual? —pregunta muy bajito.

—Nada en absoluto. Solo hay una persona en la que estoy interesado sexualmente ahora mismo y la tengo delante.

Se gira para mirarme. Lo veo tragar saliva, inspirar hondo, tomar fuerzas. Al final, me dice:

—Esa persona se muere de ganas y está muy nerviosa. —Se detiene junto a la cómoda en la que he escondido *Si los gatos desaparecieran del mundo* y se apoya en la pared. Nos miramos, nos decimos mil cosas en silencio—. ¿Unos chupitos?

Lo ha dicho de broma, por eso no puedo evitar la carcajada que se me escapa, pero sé que, si subiera el *whisky*, se lo tomaría. A morro, incluso; directo de la botella.

—¿Puedo acercarme? —le pregunto.

—Por favor.

Me acerco despacio. Él apoya las manos en la pared y cierra los puños, como si se acabara de dar cuenta de que no tiene nada a lo que aferrarse. El corazón se me acelera y no me cabe duda de que el suyo hace lo mismo. Dios. Tengo que contenerme para no ir al ritmo que me pide el cuerpo. Sí, le dije que se lo haría rápido y fuerte, pero no puedo hacérselo así después de lo que me ha confesado. Nada de tomar bocados rápidos para saciar el hambre. Mi gula puede esperar. Quiero darle todo lo que nunca ha sentido, que lo recuerde, que no me olvide.

Siento un pellizco en el pecho que se intensifica en cuanto lo tengo delante y observo el bulto en sus pantalones, el modo en que su pecho sube y baja y cómo abre los labios al fijar los ojos en mi erección.

Estiro la mano para levantarle la barbilla. Le recorro la piel con la yema de los dedos, la mandíbula, la nuez, y bajo a su clavícula.

Tiene la piel de gallina y un ligero rubor en las orejas y el cuello que me resulta adorable.

Nos miramos. Yo me acerco más a él hasta que siento el calor que emana de su cuerpo.

—Sube los brazos —le ordeno con suavidad.

Él traga saliva, pero obedece. Le cuelo las manos por debajo de la camiseta y noto cada estremecimiento mientras mis dedos recorren la piel suave de su torso a medida que se la subo. Se la quito y le pido que se dé la vuelta para sujetarle las muñecas a la espalda en un nudo torpe, lo único que me permite la tela.

—¿Qué estás…? —Intenta apartarse, pero le agarro de la nuca, deleitándome en la suavidad de su piel caliente.

Me pego a él por detrás, lo suficiente como para que sienta lo dura que la tengo, y le susurro al oído:

—Confía en mí.

Mason deja salir un pequeño gemido y gira la cabeza. Sus ojos cristalinos no hacen sino acentuar las ganas que le tengo.

—No te imaginas la de cosas que quiero hacerte —musito a la vez que lo beso en la mandíbula, el cuello y la zona sensible de detrás de la oreja, hasta que lo siento gemir y empujar el culo hacia atrás de una manera que me vuelve loco.

Le doy la vuelta y lo empujo contra la pared. Él vuelve a gemir, tan bajito que parece más un suspiro. El tener las manos en la espalda hace que eleve la pelvis. Es como si se ofreciera a mí. La visión de su cuerpo en esa postura es de una belleza tal que no me aguanto.

Me tomo mi tiempo para explorarlo. Lo toco por todas partes mientras él respira con dificultad y me mira con los ojos nublados por el deseo. Cuando le rodeo el pezón con dos dedos, cierra los ojos y suelta un jadeo.

—¿Te gusta que te toque aquí? —pruebo, acariciándole el pezón primero con la yema del dedo y luego con la palma.

—Sí —gime cuando lo pellizco con suavidad una vez, y otra, y otra más.

—¿Y esto? —pregunto, descendiendo con la uña hacia el ombligo, donde me dedico a acariciarlo con pequeños roces para un

momento después deslizar los dedos por la cinturilla de sus pantalones.

En respuesta, Mason gime y mueve las caderas hacia delante buscando un alivio que no llega. Sonrío.

—Grant —suplica cuando le suelto el botón y comienzo a bajarle la cremallera.

Lo hago despacio; necesito sentir cada vibración de su cuerpo, escuchar el momento exacto en el que pierde la cabeza, que me suplique. Dios, me muero por que lo haga. Necesito escuchar a Mason rogándome que le dé placer, escucharlo deshacerse por mis caricias. Quiero hundirme en él hasta el fondo, sentir cómo me rodea la polla con su calor, cómo aprieta y se estremece mientras lo embisto como si todo empezara y acabara en él. Quiero correrme en su interior mientras le agarro la polla para que lo haga conmigo, que no quiera que me vaya nunca.

Le bajo los pantalones hasta los tobillos, me agacho para sacárselos y los dejo caer en el suelo a nuestro lado. Los ojos se me van directos a su erección y la mía palpita con fiereza. Joder, joder. Se le nota todo tras la tela blanca que lo cubre. Lleva unos calzoncillos suspensorios de tiras gruesas y encaje elástico, con otras dos más finas cruzadas en las piernas, y no puede estar más sexi.

—¿Siempre llevas lo mismo? —le pregunto, señalándole la poca tela que lo cubre.

El otro día llevaba unos negros parecidos, pero no pude deleitarme porque necesitaba chupársela rápido y volver con el resto de los vecinos. Pero ahora sí puedo mirarlo y me tiemblan las manos por la necesidad de darle la vuelta y tener ese culo desnudo todo para mí.

—A veces son negros —contesta con naturalidad.

—No hablo del color —replico con una sonrisa—. Te he ayudado a ducharte y a cambiarte varias veces cuando estabas con la mano mal y no me has regalado semejante vista.

—Cuando estaba impedido me costaba más ponérmelos y usaba otros más… normales. —Habla a trompicones, se ruboriza—. Es que estos son… mucho más cómodos.

Me acerco, lo sujeto de la nuca y lo beso. Un beso hambriento, como yo, lleno de promesas y un deseo crudo que me araña la piel. Empujo las caderas hacia él. Nuestras erecciones se empujan y se frotan en un baile frenético que ninguno de los dos parece querer detener. Le sujeto el mentón con una mano y le abro los labios con el pulgar. El respira y me lame con esa timidez que lo caracteriza; dulce y ardiente. Así es él, así lo quiero bajo mi cuerpo, encima y por todas partes. Hundo el pulgar en su boca y dejo que lo empape de saliva. El tacto de su lengua me pone aún más cachondo y me atrevo a bajar la mano libre hacia su culo; grande, firme y redondo. Los músculos se le contraen cuando me abro paso por una de sus nalgas y él sube las muñecas atadas para darme mejor acceso.

Su culo es suave y mi mano lo bastante grande para abarcarle el glúteo y apretar con fuerza. No sé quién de los dos empuja, solo sé que nos estamos restregando de una manera salvaje. Le saco el dedo de la boca para meterlo en la mía, saboreando su saliva y deleitándome con el ardor de su mirada, y lo vuelvo a besar con tanta rudeza que temo asustarlo, que se aparte, que vea cómo me gusta en realidad el sexo. No hace nada de eso. Le gusta; yo le gusto. Apenas soy capaz de pensar cuando deslizo los dedos entre sus nalgas y él jadea con fuerza en mi boca. Por un momento, pierdo el control. Me abro paso hasta alcanzar su entrada. Él intenta soltarse, se estremece y empieza una batalla por acercarse aún más a mí.

—Grant, por favor —suplica entre beso y beso.

—Por favor, ¿qué?

—Necesito… —Se le escapa un sollozo cuando presiono hacia su interior, tentándolo con movimientos circulares, una y otra vez, una y otra vez—. Grant —suspira.

—Vas a hacer que cambie de opinión —le digo cuando me separo de su boca para poder respirar.

—¿Sobre qué?

—Sobre no follarte fuerte.

—¿No vas a hacerlo? —La pena impresa en su rostro me haría reír si no lo deseara como lo hago.

—Todavía no.

Quito las manos de su culo y lo empujo otra vez contra la pared. Luego desvío toda mi atención a su entrepierna. La tela blanca está húmeda en la zona de la punta y apenas oculta lo que hay debajo. Lo toco con los dedos en esa zona, movimientos lánguidos pero firmes, y él empuja hacia mí, desesperado por sentirme. No le doy lo que necesita, todavía no. Abro la mano para abarcarlo por entero y él echa la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello, que no tardo en besar y morder con suavidad mientras sigo dándole placer con la palma. Comenzamos otra danza frenética de empujes y gemidos. Tengo la polla como una piedra, pero no hago nada por alcanzar alivio. Me digo que puedo esperar, esperarlo a él, dejar que se consuma para que sienta el subidón de regresar aquí conmigo. Aprieto un poco más y él se mueve, gime y abre los labios. Tiene los ojos cristalinos dilatados por el placer y no puede estar más guapo.

Apoyo el brazo en la pared, muy pegado a él, y me coloco de lado, apretándome contra su cadera; mi boca en su cuello, su cuerpo a mi disposición mientras sigue contoneándose contra mi mano.

—¿Te gusta?

Le doy un beso en la mejilla, disfrutando del espectáculo que es verlo así de excitado. A continuación, arrastro la nariz por su cuello, le lamo la zona junto a la mandíbula y hago presión con los labios, disfrutando de su pulso acelerado contra mi boca. Dios. En respuesta, él vuelve a empujar contra mi mano. No deja de temblar ni de contonearse y sé que está a nada de correrse.

—Contesta —ordeno cuando veo que lo único que sale de su boca son gemidos tenues—. Me estás follando la mano, Mase. ¿Te gusta? —pregunto mientras empujo, empujo, empujo, y él me devuelve cada una de mis acometidas con movimientos cada vez más acelerados.

—Grant.

—Córrete, venga.

—Yo…

Baja la vista a su entrepierna y cuando ve que le presiono la punta con los dedos, se ruboriza aún más. La mancha de líquido preseminal es cada vez más evidente.

—Hazlo. Quiero ver cómo te corres dentro de esos calzoncillos tan sexis. Joder, voy a hacerme una paja cada mañana pensando en esto. —Le acaricio la oreja con la nariz—. Déjame verlo, Mason.

Se estremece cuando le muerdo el cuello y succiono con suavidad para no dejarle marca. El deja escapar el aire, noto la piel de gallina bajo mis labios. La tensión casi se puede morder. Entonces presiono la palma contra su erección y él se queda inmóvil. Cuando le aprieto con más fuerza se le escapa una especie de sollozo y, de inmediato, siento el calor que empapa la tela, así como las convulsiones de su polla. No dejo de mirarle la entrepierna manchada por el orgasmo, la forma de su polla hinchada y cómo su abdomen sube y baja con cada respiración.

Lo beso en la sien mientras acaricio el surco que ha dejado su semen.

—Buen chico.

Se estremece y yo lo vuelvo a besar, esta vez en los labios. Penetro su boca sin dejar de acariciarle la entrepierna. Lo hago despacio, nuestras lenguas se enredan, se buscan, luchan en una batalla por ver quién gana. ¿Ganar qué? No lo sé, aquí ganamos ambos. Yo solo necesito sentirlo y sé que él ansía lo mismo. Lo beso como si fuese el aire que llena mis pulmones, como si no hubiese más que nosotros y este puñetero subidón que es estar a su lado.

—Grant —musita.

—Mmm.

—¿Vas a follarme? —me pregunta con timidez.

Me aparto para mirarlo y se me llena el pecho de mil sensaciones al verlo ruborizado y quizá, solo quizá, un poco menos tímido.

—Me gustaría mucho, sí. ¿Quieres que lo haga?

—Sí, por favor —suplica sin necesidad de que se lo pida.

Sonrío. Le doy un besito en la punta de la nariz y lo sujeto de la cadera.

—Date la vuelta.

Él lo hace. No le quito los calzoncillos, pero le libero las manos con cuidado de no hacerle daño en la muñeca que tuvo mal y se las coloco contra la pared, a la altura de su rostro.

—Así, buen chico. Voy a por lubricante y condones. No te muevas, ¿vale?

—Vale —susurra.

Me voy quitando la ropa mientras me dirijo a la mesita de noche y me hago con el bote de lubricante y un preservativo. Llevo esperando este momento desde que Colmillo Blanco me dejó plantado y, en su lugar, Mason apareció en mi puerta. No, miento, lo llevo esperando desde que mis ojos se cruzaron con los suyos la primera vez y supe que debía alejarme de él si no quería terminar sintiéndome justo como me siento ahora; desbordado, ansioso.

Me detengo frente a él para observar su cuerpo; su espalda desnuda y perfecta, su precioso culo que se tensa al saber que estoy a nada de llegar a él. Tiene la frente pegada a la pared y los brazos apoyados en la misma. Está ahí, tembloroso y dispuesto a que haga con él lo que me parezca.

Me echo un buen chorro de lubricante en la mano y lo introduzco entre sus nalgas; despacio, deleitándome con sus gemidos y temblores; enseguida hago lo mismo con mi entrepierna. A continuación, me coloco a su espalda, lo sujeto de las caderas y lo atraigo hacia mí. Se me va la puñetera cabeza cuando mi erección se cuela entre sus nalgas, buscando su calidez, el tan ansiado alivio que he estado conteniendo durante demasiado tiempo.

Mason apoya el peso de su cuerpo en el mío y se mueve hacia atrás.

—Grant —gime cuando le muerdo el hombro—. Yo… quiero… —Vuelve a suspirar cuando deslizo una de las manos por su ingle.

—Dime qué quieres. —Separo la boca y beso la marca de la mordida un momento antes de pasar la lengua por encima.

—A ti —susurra y abre más las piernas para darme acceso.

—¿Cómo me quieres?

—En todas partes. Grant, quiero que no te dejes nada. Por favor. —Eso último lo dice con un gemido ahogado—. Por favor —repite.

VEINTICUATRO

MASON



No puedo moverme. Estoy rodeado por Grant. Su cuerpo me aplasta contra la pared, su calor me envuelve, su aliento me hace cosquillas en la nuca, donde ha depositado sus labios; lleva un rato así, horas, minutos, segundos, qué más da. No quiero que deje de hacer eso que me hace con los dientes y la lengua. Siento que estoy aquí, en la Tierra, en su habitación, pero también lejos de todo, en algún lugar maravilloso donde solo existimos él y yo, desnudos, y donde el tiempo no es esa cosa terrible que pasa sin que te des cuenta; el tiempo ni siquiera importa si estoy con él, tampoco el equilibrio. No importa nada.

Estoy teniendo otra experiencia extracorporal y, a la vez, nunca creo haber sido tan consciente de mi cuerpo. Vuelvo a estar empalmado, me siento febril, enardecido por todo lo que me hace, por todo lo que necesito que me haga.

Me pide que deje la mano que tuve mal por encima de mi cabeza, de forma que no me pueda hacer daño, y que apoye la otra en la pared con la palma abierta. Se coloca pegado a mí, presiona los labios en mi cuello y gruñe cuando nota mi pulso acelerado. Luego busca mi polla. Se me corta la respiración cuando me la sujeta como si le perteneciera; en este momento lo hace, es toda suya. Solo Grant puede tocarme así, dominarme así, enloquecerme así. En cuanto noto cómo su erección se abre paso entre mis nalgas y empuja, pierdo la noción de la puñetera realidad. Cierro los ojos, veo luces y destellos y todo brilla cuando vuelve a empujar y pienso

en cómo será cuando la tenga dentro, abriéndose paso, haciéndome llegar al orgasmo; no tengo dudas de que lo hará.

—Estás listo —gruñe en mi cuello al tiempo que me masajea la polla.

—Grant. —Jadeo. Lo deseo como nunca he deseado a nadie, pero estoy pringoso y cada roce me resulta desagradable a la vez que sexi, ni idea de por qué—. Me siento un poco… sucio.

Su risa me hace cosquillas en la piel.

—¿Sucio? —Me olisquea el cuello, el pelo y vuelve a morderme la nuca mientras su mano sigue moviéndose por mi entrepierna humedecida. Dios—. Hueles de maravilla.

—Me he corrido. Estoy…

—Y ahora vas a hacerlo otra vez —me corta; su pulgar presionándome la punta con fuerza—, en cuanto te la meta hasta el fondo. ¿Quieres?

Estoy tan concentrado en los movimientos de su mano, en su polla empujando entre mis nalgas, que soy incapaz de articular palabra. Comienza a moverse a un ritmo constante, empujando cada vez más fuerte mientras me sigue acariciando.

—Sí. —Es lo único en lo que he podido pensar. Su punta presiona mi entrada de manera deliciosa y se abre paso unos centímetros.

Y entonces la aparta. Me muerde el hombro y noto cómo su cuerpo tiembla a mi espalda.

—No voy a aguantar mucho.

Giro el cuello como puedo para mirarlo. Sus ojos oscuros se encuentran con los míos y veo muchas cosas, tantas que me aterra la posibilidad de estar equivocándome.

—Puedes follarme. Quiero que lo hagas —me apresuro a decir—. Mucho. Es decir, los juegos están bien, pero también eso otro.

Arruga la frente.

—¿Eso otro?

—Tu polla dentro, sentirla. No dejo de pensar en eso.

—Quería tomarme mi tiempo, que tu primera vez fuese algo que recordar.

—No es mi primera vez, y la voy a recordar siempre —le aseguro —. Todo lo que haga contigo lo voy a recordar toda la vida.

Vale, mierda. No debería haber dicho eso. Mierda.

—No quería decir eso. Es decir, me refiero a…

Me acalla con un beso que me deja sin aliento y más duro si cabe.

—Ahora sí que te voy a follar. Abre las piernas un poco más —me dice, introduciendo la rodilla entre mis muslos hasta rozarme los huevos de una manera que me hace volver a cerrar los ojos y respirar, respirar, respirar.

Me quedo inmóvil mientras escucho el sonido del condón al abrirse, el chorro de lubricante, los pasos de Grant acercándose. Luego el frío entre mis nalgas, sus dedos presionando mi entrada, adentrándose con facilidad en mi interior, la otra mano en mi entrepierna. Necesito que me quite la tela, sentir el tacto de sus manos, que controle cada gemido, cada palpitación. Dios. Me balanceo hacia su mano hasta que sus dedos entran en mi interior y me paralizan. Son tan grandes… No dejan de entrar y salir como si buscaran algo perdido dentro de mí; y lo encuentran, vaya que sí. En cuanto su dedo corazón me roza la próstata y Grant presiona mi erección, me corro. Ni siquiera lo veo venir. El orgasmo me abrasa por dentro, recorre cada puto rincón de mi piel y me deja tembloroso y más… expuesto.

—Eso ha sido rápido —susurra en mi oído.

—Por favor —jadeo con fuerza.

No sé dónde estoy ni cómo me mantengo en pie, solo sé que Grant me tiene sujeto por la cadera y que no ha dejado de moverse dentro de mí. El sonido de sus dedos en mi interior cuando introduce un tercero es sucio, tal y como me siento yo; sucio y excitado. La cuestión es que no quiero dejar de sentirme así. Quiero quedarme aquí, alargar este placer que amenaza con perderme. No me importa perderme si es con él.

—Voy a follarte.

Nada más decirlo, saca los dedos, dejando un vacío extraño y demoledor. Los músculos se me contraen y puede que me haya corrido dos veces, pero en cuanto escucho el sonido del lubricante y vuelvo a tener sus manos en el culo, mi polla vuelve a la vida. Tiemblo cuando desliza los dedos entre mis nalgas y me unta los

huevos con el líquido aceitoso, masajeándome con una languidez que me derrite y me arranca un gemido áspero. Enseguida dirige la punta a mi entrada y me penetra de una sola embestida. Así es Grant y así lo necesito. Me quedo sin respiración. Él apenas permanece inmóvil dos segundos. Me sujeta el cuello para que lo mire y lo que ve en mi cara lo anima a seguir, de modo que me da un besito en la mejilla y empieza a embestirme con fuerza; dentro y fuera, dentro y fuera. Movimientos rápidos y firmes, la punta golpeándome una y otra vez de una manera enloquecedora. Dios, qué bueno es y cuánto lo había deseado.

—Grant —gimo porque necesito que me toque, necesito algo más que su polla en mi culo, necesito...

—Mmm.

—Por favor, tócame. Quiero sentirte —admito con la voz entrecortada.

—¿No estás sintiendo esto? —inquiere mientras embiste, embiste, embiste.

Me cuesta hablar, moverme, pensar.

—Tus manos ahí. —Muevo las caderas para que entienda lo que quiero decir, lo que consigue que gruña y acelere todavía más el ritmo.

—No. Hoy solo vas a correrte así, bajo esos calzoncillos sexis. Mañana te comeré la polla y te haré lo que quieras.

Me acaricia la erección y sube por mi abdomen hasta llegar al pezón, que aprieta y araña con suavidad. Me olvido de todo, solo siento, siento, siento. A partir de ahí, todo se descontrola, mi cabeza pierde el sentido de la realidad y tengo que apoyarme mejor en la pared para no ceder a sus empujes, cerrar los ojos y dejarme llevar por el negro mezclado de luces brillantes. Todo brilla cuando estoy con él. Y hasta creo ver las estrellas cuando me sujeta del cuello y me da un mordisco en la mandíbula.

No necesito que me diga que se va a correr.

—Tienes medio minuto para correrte —me ordena.

¿Medio minuto? No tengo tiempo de pensar en su amenaza. Deja caer la mano hasta mi entrepierna y me acaricia con rudeza por encima de la tela humedecida por los orgasmos. Rápido y fuerte,

rápido y fuerte. Cuando me quiero dar cuenta, me estoy corriendo por tercera vez con su polla hundida hasta el fondo y sus dientes en mi mandíbula. Esta vez, el orgasmo es más intenso, quizá porque él me acompaña. Apenas gime cuando se corre, es silencioso y sexi, y, cuando consigue tranquilizarse, apoya la frente en la mía y me mira a los ojos. Nuestras respiraciones se entremezclan y yo solo quiero que me bese.

—Te has portado de maravilla.

Me estremezco.

Él sonríe, me acaricia la cara y pasa el pulgar por mis labios antes de besarme.

—¿Te ha gustado?

—Me he corrido —digo con sinceridad, porque no sé qué otra cosa decir, la verdad—, tres veces.

—Me he dado cuenta —dice con otra de esas sonrisas preciosas.

—Eso que dices de mañana…

Ahora la sonrisa se convierte en carcajada. Luego me agarra la barbilla y tira de mí hacia él. Yo me limito a intentar respirar y tragar saliva.

—¿Te apetece?

—Sí, por favor.

—Bien. Pues ahora vamos a darnos una ducha y a dormir. No sé tú, pero yo acabo de agotar mis reservas por, al menos, seis horas.

—¿Tanto? —bromeo.

Eso lo hace sonreír una vez más.

—Tengo una edad, ya sabes.

—Se te nota, se te nota. La diferencia de edad nunca fue más evidente.

Me da un azote en el culo que hace que mi estómago dé un par de volteretas, y me dice:

—Te voy a dar yo a ti diferencia de edad.

«Dame lo que quieras. Cuando quieras. Como quieras. Donde quieras. Siempre».

Y luego me estremezco, pero esta vez de miedo, al pensar en las implicaciones de lo que mi mente traicionera acaba de pensar. ¿O ha sido mi corazón?

VEINTICINCO

MASON



Dos semanas de paraíso.

Dos semanas de maratones de *Perdidos* y de maratones de sexo.

Dos semanas de cenas a la luz de la luna, de acurrucarnos en el sofá y de paseos con los perros.

Dos semanas de dicha total.

Ahora estoy sentado en el jardín de la casa de Grant, donde me ha dicho que espere mientras me trae un zumo de ciruela casero y unos helados para Toto y Mr. Gruñón, que están en plan Tequila y se escapan cada dos por tres a ver a su cocinero favorito. En serio, que me los he encontrado aquí. Yo venía de trabajar con el galgo al que estoy tratando en la clínica y a por una mamada —o un beso o lo que fuera que Grant me diera—, y lo que me he encontrado es a mis perros correteando por el jardín y a una niña persiguiéndolos con los brazos abiertos al grito de «estoy volando, Jack».

Es que lleva tres días viendo *Titanic* en bucle.

—Lo sé, chico, lo sé —digo con la cabeza pegada al pecho de Toto cuando tras unos minutos se acerca a mí y sube las patas delanteras a la silla en la que estoy sentado—. También es mi favorito.

Un escalofrío me recorre el cuerpo porque, al decirlo, visualizo a Grant en la cocina y pienso en sus ojos, en su pelo, en sus bíceps, en su… Mi lujuria, que no conoce límites, se ve interrumpida por Mabel, que se sienta en el primer escalón del porche y deja caer un estuche a su lado. Se coloca un bloc de dibujo en las rodillas y mira

la hoja con tremenda concentración. Estiro el cuello para ver lo que está pintando.

—¿Por qué tus dibujos tienen… culos raros?

Creo que dibuja regular, pero no sé si lo sabe y no sé si decírselo.

—No son raros. Es mi familia, pero con culos de animales —me contesta ella sin levantar la vista.

—Ya. Hum… Pues vale.

—¿No te gustan?

—No tengo una opinión formada al respecto.

Eso le hace levantar la vista y sonreírme.

—Es para un trabajo del curso de verano. Para creatividad.

—¿Y cuál es el propósito? —le pregunto, pero como me mira de esa forma que no sé si quiere decir que no me entiende o que pasa de responderme, clarifico—: ¿Para qué?

—Por una cara tenemos que dibujar personajes de frente y, en la otra, a ellos por detrás con algo raro o distinto y luego inventarnos una historia de por qué son así. Yo he decidido hacer un cuento sobre humanos que tienen hijos con animales.

—Qué asco, Mabel.

La niña me mira fatal y Martha, que sale en esos momentos por la puerta de atrás con una cerveza en la mano, suelta una enorme carcajada.

No me… gusta verla aquí. O sea, sí me gusta. Me cae muy bien y se lleva muchas noches a Mabel para que yo pueda gemir a voz en grito. Pero verla moverse por la casa de Grant con esa naturalidad y esa… familiaridad me pone celoso. Y no me gusta estar celoso. Me genera inseguridad y nervios y ansiedad, y mi paraíso de las últimas semanas, esa imagen idílica de una playa, sol y cócteles de colores, desaparece de golpe y se transforma en un lienzo negro y torcido en la pared.

Lo que me hace recordar las fotos en el dormitorio de Grant. Ha quitado las de Martha, para que no me sienta incómodo, probablemente, pero yo las tengo grabadas en las retinas. No solo las fotos, sino la sensación al verlas por primera vez; la incomodidad al ver a Mabel como centro de su universo y las palabras. Esas palabras que se me quedaron pegaditas a la piel, a la altura del

corazón: «Solo hay una persona en la que estoy interesado sexualmente ahora mismo y la tengo delante».

«Ahora mismo».

—Te ha quedado un hueco aquí —escucho que Martha le dice a Mabel.

Vuelvo a mirar hacia el bloc, mi humor un poco más gris que el naranja brillante que reinaba en mi mundo mental cuando llegué.

—Es para Leia, porque no sé cómo hacerlo —explica la niña—. ¿Si Leia es un animal, tengo que ponerle el culo de otro animal o vale su culo?

—Buena pregunta. Tú qué opinas, ¿Mason?

—No sé, también puedes ponerle un culo humano. Tendría sentido con el libertinaje que hay entre humanos y animales.

—¿Liberti… qué?

Martha se descojona.

Estoy a nada de explicarle a qué me refiero cuando veo mi nombre escrito sobre una figura vestida de negro.

—Me has dibujado —le digo, sin aliento.

No sé por qué, pero me impacta. Mucho. Antes ha dicho que estaba dibujando a su familia. Pero… yo estoy ahí.

—Te había puesto de blanco la camiseta, pero no quedaba bien por el fondo.

—Me has dibujado. A mí —repito.

La niña mira el dibujo con gesto contrariado, le da la vuelta a la hoja, lo observa con más atención…

—¿Lo he hecho mal? —Me mira como si fuese un problema matemático demasiado complejo para ella—. A lo mejor eres más alto. ¿Es el pelo?

—Amor, yo creo que es su culo —comenta Martha con una sonrisita.

Bajo la mirada al enorme caparazón verde.

—Es un culo de tortuga —explica Mabel con esa naturalidad extraña.

—Los culos de las tortugas no son así. Lo que has dibujado es un caparazón, que es como la casa que las protege.

—Ya, pero es lo primero que se me ocurrió cuando le oí decir a papá que tenía el culo duro y redondo como…

—¡Mabel! —grita Martha en lo que no sé si pretende ser una reprimenda pero que, una vez más, acaba en carcajada.

—Madre mía, qué vergüenza —murmuro yo.

—Además —continúa la niña como si no fuera todo muy bochornoso—, el abuelo dice que las tortugas son buenas y silenciosas, como Mase, y que, si les acaricias el caparazón, se relajan.

—Por favor, dime que lo de acariciarme el caparazón no se lo has oído también a tu padre.

—¿De qué habláis? —pregunta Grant, que sale con una bandeja de bebidas y una bolsita con el helado de los perros.

Martha me dedica una mirada cómplice. Se muerde el labio y con una sonrisa bonita y amable, le dice a su ex:

—Tu hija ha dibujado el culo de Mason con forma de tortuga. ¿Qué opinas? ¿Crees que tiene esa forma? Según parece, te ha oído decir lo duro que lo tiene…

Grant carraspea y se sonroja. Qué precioso. Nunca lo había visto sonrojarse. Luego, como si me lo hubiera imaginado, me guiña un ojo, deja la bandeja en una mesita y, antes de sentarse junto a su hija, les pone el helado a los perros en unos cuencos que ha debido de comprar él, porque no son míos.

Mi mirada va de nuevo al dibujo. A la derecha, justo en la esquina, hay un señor con el pelo entrecano, a su lado están Martha y Leo. Y luego Grant y yo. Yo.

—Mira, está toda la familia. Falta Leia. Y no sé si poner a los otros animales. Está feo que nos los ponga. Mason, ¿tú sabes dibujar animales? Seguro que sí, tienes que hacérmelos.

Los ladridos felices de los perros interrumpen la nube en la que parezco estar flotando. El corazón me late desbocado; es como si todo dentro de mí se hubiera activado, como si llevara toda la vida en pausa, oxidado. Los engranajes se han puesto en marcha, uno tras otro, y todo fluye. Yo fluyo, mi corazón lo hace a su vez, así como mis esperanzas.

Solo soy capaz de pensar en ese «familia». *Familia.* Qué palabra tan pequeña para un significado tan inmenso.

Pero entonces, aquel «ahora mismo», odioso e indeseado, vuelve a retumbarme en la cabeza y hace tanto ruido que el suave sonido de «familia» desaparece en los confines de mi mente. «Ahora mismo» no es permanencia. «Ahora mismo» no es familia. «Ahora mismo» ni siquiera sugiere una amistad. Puede que por algún motivo extraño Mabel me haya cogido cariño, y yo a ella. Creo que en su caso es porque idolatra mi vida y romantiza mi profesión. Es natural. En el mío es… porque es una de mis pocas amigas, porque se merece todo el cariño del mundo y porque es parte del hombre al que quiero. Dios mío, lo quiero. Muchísimo.

VEINTISÉIS

MASON



Uno de mis capítulos favoritos de *Perdidos* es el penúltimo de la tercera temporada. Entre otras muchas cosas —y hay muchas— es porque hay un momento en el que todo cambia. De repente ves a un Jack con barba que no sabes de dónde ha salido, estás al borde del sillón hasta el final sin saber los cómos o los porqués. Sin saber cómo han llegado hasta allí.

Ahora mismo me siento así. No como Jack Shepard, que pocas veces lo he visto tan perdido como en ese capítulo; me siento como un televidente más, presenciando tan tremendo espectáculo por primera vez.

Desorientado.

No es la primera vez que me siento así desde que mi camino se cruzó con el de Grant, pero sí la primera en la que la sensación es tan potente. Y no para bien.

—Espérame aquí, ¿vale? Te llevaré a casa —me dice.

En las paredes del hospital, que parecen estrecharse sobre nosotros, Grant destaca aún más. Es más alto, más moreno, más… oscuro. Por imponente, por majestuoso.

—Puedo ir solo.

—Quiero llevarte. ¿Me esperas?

—Sí, claro.

Hace una hora y media, tras recibir una llamada de la veterinaria de Winter Falls, y tras debatirlo un total de medio minuto conmigo mismo, había decidido irme de viaje. Hay un par de perros,

rescatados de unas peleas clandestinas, a los que les podría venir muy bien mi ayuda, y cuanto antes, mejor. Jess, la veterinaria, me enseñó por videollamada cómo estaban y la decisión se tomó casi sola. Así que, tras organizar transportines, uno de ellos grande, para poder meter a Tequila con los bebés, y poner la red al maletero para los perros, me había acercado a decírselo a Grant. Aunque no sabía muy bien cuál era el protocolo en estos casos, qué éramos, qué teníamos, qué se esperaba de mí.

¿Qué le diría? «Grant, me voy unos días, te llamaré». ¿Lo iba a llamar? ¿Para decirle qué? «Grant, me voy de viaje de trabajo, ¿nos escribimos?». Esa me parecía mejor opción, habíamos vuelto a hablar bastante por Soul Finder y era maravilloso ver cómo crecía nuestra compatibilidad. ¿Podríamos tener sexo telefónico? Esa idea también me atraía, pero no sabía cómo plantearla… Y en eso iba pensando, ensayando en voz baja lo que le iba a decir, cuando me encontré con Leo y me dijo que se iba al hospital, que si quería ir con él, que Mabel estaba ingresada y que le habían pedido que fuera a por ropa a la casa.

Por lo visto, se ha atragantado con algo cuando iba a vomitar. Lleva dos días con gastroenteritis, como Toto, pero, según parece, el vómito se le ha atascado en un punto ente la laringe y la faringe, y se ha ahogado. Se ha quedado sin respiración, ha perdido el conocimiento y todo… Debe de haber sido horrible. Ya está estable, la van a dejar en observación solo por si acaso, pero el susto ha tenido que ser espantoso.

—Joder. —Leo apoya los codos en las rodillas y se frota la cara—. Esto es una mierda.

—Ya está bien, se queda por precaución.

—Lo sé, lo sé. —Suspira de forma audible—. Quiero a esa niña con locura.

Observo la tensión de sus hombros, el gesto de dolor en su rostro.

—¿Estabas ahí cuando…?

—Estaba en la cocina. Martha estaba tumbada con ella cuando ha pasado. La he oído gritar y… no puedo ni recordarlo sin estremecerme. Cuando hemos llamado a Grant, seguía

temblándome la mano hasta el punto en que se me ha caído el teléfono dos veces.

—Bueno, ya está estable y tranquila. Rodeada de gente que la quiere.

Se me da fatal dar ánimos, debería callarme.

—¿No sientes que sobras? —me suelta como si hubiese estado conteniendo el aliento y, por fin, pudiese volver a respirar.

—¿Qué?

—Me refiero a ellos tres. En este momento están ahí dentro, dándose apoyo y queriéndose, cuando me encantaría tener a Martha entre mis brazos, estar con Mabel. En cambio, estoy aquí y, no sé, siento que sobro; también me siento un egoísta por pensar así.

Pienso en ello durante dos segundos y la respuesta me sale sola:

—Se le llama celos. Supongo que es normal. Es un hospital, no puede haber más gente y ellos son sus padres. No significa que sobres. Sé que estás ahí presente con Martha, aunque no estés.

—Lo sé, lo sé. Soy un capullo egoísta. —Me dedica una mirada intensa—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿No te sientes incómodo? ¿No sientes que sobras?

Aparto la mirada y me dedico a tirar de un hilo suelto del pantalón.

—Yo no estoy celoso —declaro, y es la verdad—. Lo mío es distinto.

«Solo hay una persona en la que estoy interesado sexualmente ahora mismo y la tengo delante». El «ahora mismo» sigue siendo mi fiel compañero y me acompaña a todas partes, en cualquier pensamiento, cubriendo cada pequeña esperanza que se atreve a nacer en mi interior.

—Estás con Grant —dice Leo, ajeno a mis turbulencias interiores —. Puede que lleves menos tiempo, pero quizá por eso debería ser peor, ¿no? A mí me ha dado más tiempo de comprobar que no habrá nada entre ellos y aun así siento este aguijonazo de celos absurdo.

—Ah, pero es que yo sí sobro. —Veo que enarca las cejas, así que añado—: Estoy… de paso, digamos. Viviendo el momento —carraspeo—. Para mí estar aquí y poder acompañarlo es un regalo.

Bueno, acompañarlo, ya sabes… —Señalo hacia la puerta de la habitación de Mabel.

—Quiere que estés aquí.

—Lo sé.

Y lo sé, de verdad. Cuando me ha visto me ha dado un abrazo tan intenso que aún siento sus brazos rodeándome. También me ha dado un beso en la frente tan suave y a la vez tan profundo que me ha dejado sin habla. Y ahora es como que me falta el aire. O al revés, como si alguien me hubiese abierto un agujero en el pecho y entrara aire en todas direcciones; no hay nada a lo que aferrarse, solo aire y vacío. Dios.

—Pues no digas que sobras —me dice muy serio.

Pero yo ya no escucho y no me salen las palabras. Se me agarrota la garganta, el hueco de mi pecho se agranda y el aire entra cada vez a mayor velocidad. Mis dedos no logran asirse a nada y sé que, si me dejo arrastrar, acabaré cayendo hacia el vacío. También me escuecen los ojos. Mierda. Vaya momento para tener una epifanía.

Me levanto.

—Lo siento.

—¿Estás bien?

No. No estoy bien. No estoy nada bien. «Espérame». El corazón se me detiene para, un instante después, empezar a latir con fuerza. «Espérame». «Espérame». «Espérame».

Leo se levanta y se acerca a mí. Me dice algo, pero tengo la cabeza llena de ese «espérame» —que se mezcla con el «familia» y con el «ahora mismo»— y no me deja pensar. Luego veo cómo gira el cuello en dirección al pasillo y me señala a Martha, que le indica que pase con ella.

—Sí, voy —escucho que dice y yo me esfuerzo por sonreírle.

Me vuelvo a sentar y espero. Él me lo ha pedido. Tengo que esperar. Espero veinte minutos, media hora, una. Siento que estoy en ese pasillo, pero que también estoy lejos. Me siento solo. El corazón me late acelerado y, quizá, solo quizá, un poquito roto.

Cojo el móvil y escribo a Ariel.

Mason: Me caigo.

Ariel: ¿Metafóricamente?

Suelto una risa. O un sollozo. Algo sonoro que me saco del pecho.

Mason: Metafóricamente, pero yo lo siento muy literal.

Ariel: ¿Qué necesitas? ¿Te llamo? ¿Cómo de grave es la herida?

Mason: Del tamaño de mi puño.

Ariel: Mason…

Mason: Mabel casi se asfixia. Creo que se podría haber muerto. No sé si he sido consciente hasta ahora… Ya está bien, pero estoy en el hospital. En el pasillo, esperando.

Mason: El médico ha dicho que mañana volverá a casa, o quizá esta noche, que quieren tenerla unas horas en observación. No estoy seguro de que ese sea el parte ahora mismo, nadie me ha dicho nada más. El caso es que se pondrá bien.

Ariel: ¿Tu chico está con ella?

Mason: Están todos dentro menos yo.

Mason: No creo que sea mi chico. Me dijo que lo esperara, que me llevaría a casa. Pero de eso hace más de una hora ya…

Ariel: Yo creo que sí es tu chico. Y, a lo mejor, si preguntas a alguna enfermera…

Mason: No puedo. Este es mi sitio. Tengo que esperar aquí.

Ariel: ¿Cómo que es tu sitio?

Mason: Porque sobro.

Ariel: No digas eso.

Mason: Pero es verdad.

Ariel: Mase, no digas que sobras. Tú nunca sobras. Solo haces más colorida y bonita la vida de aquellos que están a tu alrededor.

Mason: Pero si siempre voy de blanco o negro…

Ariel: Colores fiables. Compatibles. Muy bonitos. Y fíjate, combinan con todo.

Mason: Ari, lo quiero. Me he enamorado de él.

Ariel: Lo sé, idiota. Lo has hecho por partida doble, además, sin saber que te enamorabas de la misma persona.

Ariel: ¿Y te das cuenta de que siempre has dicho que te enamorabas muy rápido, que tenías un amor de tu vida al mes y todo eso? Con él no ha sido así.

Ariel: Con él has renegado del concepto, te has negado a hablar de amor, hasta que el amor se ha negado a ser ignorado, se te ha subido a la espalda y ahí lo llevas, a caballito.

Mason: Espoleándome hasta hacer sangre.

Ariel: No seas dramático.

Mason: Es que él no siente lo mismo.

Ariel: ¿Cómo lo sabes?

Mason: Porque estoy aquí, y él…

Mason: En realidad no me importa. No es que crea que debo estar dentro.

Ariel: Mason…

Mason: No pasa nada, en serio. Está bien así, pero yo…, no creo que pueda seguir esperando, aunque me lo haya pedido.

Ariel: Otra vez pregunto, ¿literal o metafóricamente?

Mason: Otra vez contesto: creo que ambas.

Ariel: ¿Quieres que vaya? Mañana no trabajo.

Mason: Gracias, pero no, voy a ir yo. Ya tenía casi todo listo cuando pasó… esto.

Mason: Muchas gracias por estar ahí, Ari.

Ariel: Siempre.

Mason: Voy.

Ariel: Te espero.

Respiro hondo y decido esperar diez minutos más. Solo eso: diez minutos más. Apoyo la cabeza en la pared y la niña que está sentada un par de sillas a mi izquierda me mira. Está dibujando en un cuaderno. La escena me es tan familiar que duele.

Diez minutos. Solo eso.

VEINTISIETE

GRANT



Estoy, pero no estoy. No tengo ni idea del tiempo que ha pasado. Tengo la cabeza agarrotada y no se me quita el susto de encima, y eso que no lo he vivido en directo. Escuchar a Martha contar cómo a Mabel se le pusieron los labios morados y los ojos en blanco antes de desmayarse… Me estremezco. Y las pulsaciones no disminuyen, como si mi propio cuerpo temiera el hecho de que todo se puede ir a la mierda en cualquier momento y tuviera que estar en alerta permanente. Miro a la cama, donde Martha le promete a nuestra niña que la llevará a la playa antes de que se acabe el verano. Va a aprovechar la casi muerte hasta el infinito. Ya lo veo venir.

—¿Has llamado a tu padre? —me pregunta Martha, mientras le acaricia el pelo a Mabel como si fuera de la porcelana más fina y tuviera miedo de que se rompiera.

—Está en Greyson, en una excursión del ayuntamiento. Ahora que por fin se está animando a salir no he considerado oportuno alarmarlo. Mabel está bien.

Miro el suero que tiene inyectado en el brazo. Está bien. Es algo que me tengo que repetir. Ha sido algo puntual y solo quieren dejarla en observación por si acaso, y porque nos hemos puesto un poco pesados. La gastroenteritis está en remisión, no les preocupa. En unas horas le darán el alta y volverá a corretear con los perros de Mason por el jardín.

Mason.

Entonces escucho la voz de Leo y soy consciente de que está ahí con nosotros, apoyado contra la pared con dibujos de mariquitas, dedicándoles a su mujer y a mi hija una sonrisa llena de cariño.

La mente se me despeja de golpe, salgo del abotargamiento como quien sale a la superficie tras estar mucho rato debajo del agua.

—¿Dónde está? —le pregunto a Leo—. ¿Quién te ha dejado pasar?

—Yo, hace un rato —contesta Martha, que no deja de mirar a Mabel como si fuera a dejar de respirar de nuevo si aparta los ojos de ella—. Te dije que le había pedido al enfermero que, por favor, lo dejara pasar. ¿Estás bien? —pregunta, su tono preocupado, en cuanto me ve levantarme.

—Se supone que solo dejaban entrar a la familia. —No necesito mirar a Leo para saber que he metido la pata. Echaré la culpa a mi estado emocional y espero que Leo no se cabree, aunque esté en su derecho por el desplante—. Me refiero a la familia directa —añado, creo que empeorándolo, a juzgar por su cara.

—Soy familia directa —replica él —. Estoy casado con Martha.

No creo que sea el momento de decirle que eso no es familia directa, pero que, para mí, a todos los efectos, lo es, por supuesto que lo es.

—Lo siento. —Espero que la sinceridad traspase mi voz, a pesar de mi preocupación—. Pero me dijeron que no dejaban entrar a nadie más y él está fuera —añado, dirigiéndome a la puerta.

—Estaba en el pasillo conmigo cuando Martha me dijo que podía pasar.

Miro a mi ex, que sigue al lado de Mabel, ahora dormida.

—¿Por qué no lo trajiste contigo?

Ella se encoge de hombros.

—Porque no sabía si lo querías aquí. —Habla en susurros y yo no tengo claro si empezar a dar gritos o irme sin responder.

—¿Cómo no lo voy a querer aquí?

Con cuidado de no despertar a la niña, se levanta para situarse delante de mí.

—Grant, tómate un momento para razonar. Llevas desde que Mason entró en tu vida afirmando que no puede ser, que él no quiere niños… Que no se lo cree nadie, y yo menos, porque lo he visto con tu hija. Pero no quiero hacer nada que te incomode por mi cuenta y que luego tenga consecuencias. No puedes echarme la culpa de tus decisiones. Si quieres que ese chico esté aquí, sal y díselo. Te has olvidado de él y lo entiendo, Mabel es lo primero. Pero ahora nuestra pequeña está bien y tú estás aquí enfadándote por decisiones que has tomado solo.

—No me he olvidado de él. Creí que no podía pasar y…

Me siento miserable, egoísta.

—A lo mejor no lo dejan; o a lo mejor tiene que salir uno de nosotros para que él entre. Pero está bien, lo haremos. Ve a buscarlo y, si lo quieres aquí, díselo. ¿A qué estás esperando?

¿A qué estoy esperando? No tengo ni idea. El corazón me aporrea el pecho y me siento fatal. Culpable, ruin.

—Si no quiere pasar, lo llevo a casa en un momento y vuelvo, ¿vale?

—Si no quiere pasar, no te agobies; es normal. No quiere decir que no aprecie a nuestra niña. Pero quizá es… mucho. Y un poco incómodo, ¿lo entiendes?

No le digo que mi miedo es otro. Que va más allá. Mi miedo es que no esté. Que se haya ido, que mi paternidad, el egoísmo que por lo visto me saca en los peores momentos, sea demasiado para él. Mi miedo es que desaparezca. Porque ahora sé que, si se va, Mason dejará un hueco enorme, no solo en mi vida, sino también en la de mi hija. Porque lo he dejado entrar; le he abierto las puertas de par en par y ya no hay modo de que las cierre. Porque se me han acabado las fuerzas. Porque estoy loco por él.

Mi miedo se confirma cuando salgo y descubro que la silla está vacía. Voy a sacar el móvil del bolsillo, dispuesto a llamarlo, y me doy cuenta de que no lo tengo. Con las prisas salí con lo puesto y no me lo he traído.

De pronto, una señora que tiene a una niña adormilada en sus brazos, me tiende un papel.

—¿Eres Grant? —me pregunta.

Ante mi asentimiento, me sonríe y, en voz baja, me dice:

—Eres igual a como te ha descrito. Toma.

Me quedo mirando el papel un buen rato. Me cuesta reaccionar. Estoy muy lento. Y muy idiota, y muy miserable.

—Gracias.

El pulso se me acelera cuando lo desdoblo y leo la nota de la parte superior:

«¿Puedes darle a Mabel el dibujo? No es mío, dibujar no se me da bien. Pero a la niña que me lo hizo sí, así que le enseñé fotos de Tequila y los bebés.

Dile que los cuidaré muy bien.

Mason».

Se me forma una bola en la garganta cuando veo que no hay nada más; nada para mí, ninguna explicación. Solo el dibujo de Leia con sus crías.

—Lo hizo mi hija mientras esperaba a que la pasaran.

—Gracias. —Le clavo la mirada; tiene los ojos cansados, pero emana dulzura—. ¿Su hija está bien?

—Tiene días mejores y peores, como todos —es lo único que dice y yo no le pido más explicación.

—¿Hace mucho que se fue?

—Media hora, creo.

Me guardo el papel en el bolsillo trasero de los vaqueros y salgo del hospital con la desagradable sensación de que, suceda lo que suceda cuando lo vea, no va a ser bueno.



Encuentro las puertas de su coche abiertas; me asomo, tiene a toda su familia gatuna y perruna ahí.

¡¿Por qué?!

Se me encoge la tripa al pensar en el significado.

—¿Mason? —lo llamo y me apresuro hacia su casa.

Lo encuentro en el salón, mirando hacia el ventanal. Tiene el pelo alborotado, la ropa alborotada y, cuando se gira al oír mi voz, veo que tiene la mirada aún más alborotada. Sus ojos cristalinos, sus mares en calma, son pura tempestad. Hay tristeza o rabia… Y luego dice que es él quien no sabe interpretar las emociones humanas. A medida que me acerco —porque él está quietísimo—, a medida que el espacio se estrecha entre nosotros, me da la impresión de que estamos más lejos. No hay pasión en su mirada, esa chispa que parece explotar cada vez que me mira. ¿Ha alcanzado su límite? ¿Le he puesto la línea de meta demasiado lejos, demasiado arriba, y se ha tenido que rendir antes de llegar a ella?

Me siento cohibido, extraño, tanto como el chico que me observa con una expresión que no sé interpretar, porque estoy demasiado nervioso y no estoy acostumbrado a las borrascas de sus ojos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué están tus animales en el coche?

Mason mira a cualquier parte menos a mí y yo soy incapaz de dejar de hacerlo. Necesito encontrar al chico que un día llamó a mi puerta y supe que no podría volver a cerrarla, el mismo chico que he sentido temblar entre mis brazos. El chico al que quiero. Dios. Me he enamorado de él hasta el tuétano.

Me acerco un paso, dos; él retrocede.

—Mason. ¿A dónde llevas a tus animales?

—Me ha salido un trabajo en Winter Falls…

No lo dejo terminar. Me coloco delante de él y tomo su rostro entre mis manos. Por un momento, solo un instante, veo a mi chico, a mi loco de los gatos, a mi puto corazón. Pero la imagen se pierde y al final solo queda esta persona que quiere que me vaya. Eso dice su mirada turbulenta y empañada: que me vaya.

—Estaré allí un tiempo —susurra.

Me aparto de él con brusquedad. Porque no lo entiendo, no entiendo nada. La voz le tiembla, pero su gesto es firme y yo… Y yo…

—¿Por trabajo? ¿Hasta cuándo?

Se encoge de hombros y baja la vista.

—¿Es por…?

No, por favor. No puede ser. ¿Lo de Mabel le ha venido demasiado grande?

—Me ha salido una cosa, unos perros de pelea rescatados y… Necesito irme, ahora mismo aquí no… Esto es… un poco raro.

¿Necesita irse? *¿Lo necesita?*

—¿Cuándo dices «esto», te refieres a nosotros?

—Sí.

—Y es raro ¿en qué sentido? —quiero saber. Me estoy desmoronando.

—Ya sabes, estamos en un punto… raro, no sabemos si queremos lo mismo. —Traga saliva—. Ya sabes que quiero tener pareja. Alguien de verdad, para toda la vida. Que me quiera y quererlo…

—¿Alguien de verdad?

Todo lo que está diciendo me mata un poco por dentro. Me resuena en la cabeza, palabras sueltas que golpean contra las paredes de mi mente. Noto un pitido en los oídos que no me deja concentrarme y, en parte, me alegro, porque si tuviera el poder y la capacidad de analizar la situación, creo que lloraría. Y no he llorado en mucho tiempo. No lloré cuando Martha me llamó hace unas horas para decirme lo que había pasado con Mabel. Y eso me hace sentir culpable y mal padre, y una mierda en general. ¿Llorar por él? ¿Por el tío que, mientras mi hija estaba en el hospital, ha hecho las maletas, ha metido su casa en un viejo coche y se iba a ir sin despedirse? Una bilis que sabe mucho a rabia, a cabreo y a traición me sube por la garganta.

Cómo puedo pasar de sentirme horrible por creer que lo había apartado y ninguneado, a sentirme así: iracundo y con ganas de morder.

La pena en el rostro de Mason me provoca una punzada de dolor que intenta abrirse paso entre mi rabia y decepción, pero no es tan fuerte para el estado en el que me encuentro. Estoy cansado, enfadado y… soy imbécil. Joder, ni siquiera me ha preguntado cómo está Mabel. ¿Qué puedo esperar después de eso? Nada. No espero nada.

—Mira, ante todo somos amigos y quiero…

—No, no lo somos —lo corto—. Ya no.

Me retiro hacia la salida. Él me alcanza al llegar a la puerta y me sujeta por el brazo.

—Grant…

Me detengo, clavo la mirada en su mano y él me suelta con un gesto de vergüenza.

—Mabel está bien, por cierto.

—Lo sé. No me habría ido si no fuera así.

—Ya. —Lo miro, pero él no me devuelve la mirada. El silencio parece alargarse entre nosotros como nunca lo ha hecho, y al final me canso de él. Estoy muy cansado—. Adiós, Mason.

VEINTIOCHO

MASON



La rutina. Ay, bendita rutina. Me envuelvo en ella como si fuera un bálsamo, ungüento para el alma. Estar aquí me traslada a los días de niñez, a mi juventud. Huele a hierbas y a flores frescas. Y a frío. Es una casa fría. Pero si logras traspasar esas capas de recuerdos más tristes y experiencias más regulares, hay calidez. La de mi madre ante mi presencia, ante la de mis animales, que lo llenan todo con su calor. Ahora dice que quiere adoptar un perro, o unos gatitos. Le digo que los de Tequila ya tienen casa para dentro de un par de semanas. Me han llamado de la protectora para confirmarme que la respuesta al anuncio ha sido muy positiva y ya han cerrado las adopciones. A Mabel le va a dar mucha pena, pero…

Mabel. Ay, Mabel. Lo muchísimo que la echo de menos. Nunca creí que diría algo así, que me sentiría de esta forma por un… ser pequeñito, por una criatura extraña donde las haya. Pero llenaba mi día a día en tantos aspectos… No hago más que pensar en cómo le gustaría estar ayudando a Capitán América y a Iron Man —así llamamos a los perros rescatados de la mierda de peleas clandestinas—, lo que sufriría al ver lo rotos que están, y también lo que le alegraría ayudarlos a sanar, a confiar, a encontrar una casa llena de paz y amor.

Grant. Ay, Grant. Estoy tan triste… Tan arrepentido por haberle hecho creer que Mabel era un obstáculo entre nosotros… Lo era, al principio. Igual que las mil cosas que me aterrorizaban de él, de empezar algo que tenía todas las papeletas para romperme. Pero me

acogieron, me cuidaron, me arroparon. Y yo me enamoré, y me acojoné y me fui como un puto cobarde. Pero esa mirada cuando vino a buscarme… Era pura agonía. Incomprensión y dolor. ¿Podría ser…? Echo tanto de menos su presencia, sus besos, su olor, su comida...

Remy. Oh, Remy. Me quedaría a vivir en alguno de nuestros chats, que releo y releo sin cansarme. Me escribió hace cuatro días, borracho, creo, porque yo estaba en línea y lo veía escribir, borrar, escribir, borrar un mensaje con errores tipográficos… Cosas tan impropias de él. Me decía frases de Desmond en *Perdidos*.

Remy: Nos vemos en otra vida, hermano.

Remy: No puedes cambiar el pasado; lo que pasó, pasó.

Remy: No sé dónde estoy. Te quiero, Penny, siempre te he querido.

No tuve el valor de contestar. Y, cuando al día siguiente me conecté, los había borrado. No lo he bloqueado, cosa que pensé hacer a modo de autocontención, para no sentirme tentado a responder con un: «Te quiero y quiero estar contigo toda la vida» en mayúsculas. O algo más nosotros, quizá un «Si algo sale mal, Desmond Hume es mi constante».

¿Y si lo hago? Todas las mañanas me pican los dedos por escribirle justo eso. Pero sin lo de Desmond. Con su nombre. Porque él es mi constante. También me muero por marcar su número, escuchar su voz ronca y sexi, decirle que lo necesito, que lo quiero con locura, que me quiera, que por favor me quiera.

Luego se me pasa. Me siento pequeñito y raro, y se me pasa.

Y es que no me he olvidado de lo que sentí allí, en aquel hospital desangelado, esa sensación de soledad, la mordida de tristeza. No era la primera vez que me pasaba, pero estar con ellos me había dado la falsa sensación de que nunca más volvería a sentirme… solo. Y, de repente, todo se derrumbó. Mi alma se partió en tres y ellos se

llevaron dos de las mitades, las más grandes, dejándome con un pedacito que no era nada.

Recuerdo a aquella niña igual de extraña que esa otra a la que había aprendido a querer, dibujando a mis animales mientras me miraba como si yo fuera…, pues yo. Quizá de la misma manera en que me miró Mabel la primera vez, con curiosidad.

Puede que nunca entienda a los niños, pero tal vez no necesite hacerlo, de la misma forma en que el mundo no necesita entenderme a mí. Solo necesitamos encontrar a personas y quererlas. Y yo los había encontrado a ellos, o quizá fueron ellos quienes me encontraron a mí —y a mis seis gatos y a mis dos perros—, y los quería —quiero— muchísimo.

Por eso me fui, porque me moría de miedo. Por eso no me atreví a mirarlo cuando vino a mi casa. Por eso soy incapaz de regresar a él. Me aterra volver a sentirme igual de solo cuando ya sé lo que es tener… familia.

Encontrar al amor de tu vida es jodido, pero que ese amor sea también tu alma gemela…, eso sí que es una rareza, casi un imposible.

Es curioso, pero Ari no hace más que decírmelo, y tiene razón: toda la vida enamorándome a primera vista, creyendo vivir historias de amor no correspondido trágicas y fugaces, creyendo que todo eran enamoramientos especiales y maravillosos, felices para siempre a la vuelta de la esquina, y luego el amor llamaba a mi puerta de verdad y por primera vez en la vida, y yo ni oía el timbre. No le abría la puerta. Podría decirse incluso que sí fui a abrir, pero que no vi a nadie en el umbral. Como una de esas bromas de críos, que llaman al timbre para luego salir corriendo.

¿Seré tonto? ¿Puede que, al final, sí que lo sea?

Me flagelo, lloro, trabajo con los perros superhéroes, ceno con mi madre, me flagelo, lloro un poco más. Y así cada día. Bendita rutina.

Mi madre. Ay, mi madre.

Ha dejado de beber. Ha sido progresivo. De estar sobria jueves y domingos, a cuatro días por semana, a cinco y a seis. Los viernes se le resisten. Pero tiene que dejarlo del todo o no lo dejará nada. Una copa de vino al día podría estar bien, cuatro por norma, no. Y lo

sabe, y lo intenta y sé que pronto dejará las copas de los viernes. Es extraño verla sobria después de tantos años con ese velo cubriéndole los ojos, las palabras; como también lo es que intente cocinar, que sonría y me pregunte si quiero ver alguna película, o ir al cine, o si tengo novio.

La primera vez que me lo preguntó, esa primera noche en Winter Falls, me eché a llorar y se lo conté todo. Su abrazo fue frágil y tembloroso, pero cálido. Ha perdido peso y vitalidad, pero sigue oliendo como siempre. Vuelvo a ser un niño que respira en cuanto su madre consigue calmarlo. Le he dicho que venga a Eeriewood conmigo y ha accedido. No de forma inmediata, quiere gestionar la floristería con Ari y pensar bien qué hacer. Pero lo hará. Sé que sí. Y sé que estará bien.

A veces, me pongo alguno de los vídeos de Grant; no ha subido nada nuevo, pero tengo muchos antiguos donde elegir. Los veo con mi madre, y luego intentamos imitar las recetas y acabamos llorando y excusándonos en lo mucho que odiamos las cebollas. Me pregunto si todo consiste en dejar que el dolor se vaya como lo hace el tiempo y la vida. Vivimos en un tren con una sola dirección —infinitos destinos—, y no se detiene.

Dos semanas y media llevo en este sinvivir dramático. Parece una eternidad. Ahora estoy en casa de mi madre, he dejado a Capitán América y a Iron Man descansando tras una sesión muy intensa, me he tirado en el sofá rodeado por mis animales y he abierto Soul Finder. Nada más entrar, me llega un mensaje de Ryder.

El Espectro: Es hora de que vuelvas. No puedes huir para siempre. Y en la urbanización echamos mucho de menos a tus animalitos.

Colmillo Blanco: Ya. Di también que estás harto de dar de comer a los gatitos de la colonia.

El Espectro: Eso también. Pero he liado a Billy y por la mañana lo hace él con un par de amigos. Por la noche vamos James y yo y nos lo montamos en la sombras, es como ser adolescente otra vez.

Colmillo Blanco: No sé si estoy preparado.

El Espectro: Pues te preparas. Respira; una, dos, tres veces. Lo he visto, ¿sabes? Tiene mala cara. Y la niña va como un alma en pena por los jardines. Te ha cambiado por un señor mayor.

Colmillo Blanco: ¿Grant?

El Espectro: No, la niña.

Colmillo Blanco: ¿?

El Espectro: Mira, Mason, que vuelvas. Que vayas a buscarlo y te pongas de rodillas. Y luego, ya sabes. O se la chupas o le pides la mano, lo que quieras.

Colmillo Blanco: Grant no es de casarse.

El Espectro: Pero sí es de almas gemelas, igual que tú. Y vosotros lo sois. Y, además, no se me escapa que no has dicho que no quieras unir vuestras vidas por toda la eternidad, solo que a él no le va el matrimonio.

El Espectro: Y eso está bien, lo que importa es algo más profundo que un trámite legal. Lo que importa es el alma. ¿Has visto? Publicidad subliminal de mi aplicación.

El Espectro: No le digas a Levi que he dicho que Soul Finder es mía, que se encabrona que no veas. Bueno, entonces, ¿cuándo vuelves?

Colmillo Blanco: ¿De verdad crees que está mal?

El Espectro: De verdad creo que deberías volver y comprobarlo.

Quizá era el empujón que necesitaba; tal vez no haya sido el más fuerte de todos, mi madre y Ariel me animan a volver y a hablar con Grant unas setecientas veces al día, pero era el que necesitaba.

Porque pensar que puedan estar tristes sin mí —aunque egoísta— me da esperanza. ¿Y si ellos también me quieren?

Así que tomo una decisión: terminar las sesiones que me quedan con mis superhéroes y volver a casa. Viajaría a Winter Falls dos días por semana durante un par de meses para hacerles seguimiento, eso sí. Es un proceso largo y sé que los dejo en buenas manos. Pero si Jess no se viera capaz, podría llevármelos a Eeriewood conmigo y así Mabel podría ayudarlos. O, si Grant nos deja, podría venir ella conmigo al hospital veterinario de Winter Falls… De repente, tengo muchos planes.



Cuando me despido de mi madre, lo hago con un fuerte abrazo y varias promesas. La de venir más a menudo aparte de por motivos perrunos; la de hacer al menos una videollamada a la semana para vernos las caras, para que nuestras expresiones hablen; y la de ella de mudarse a Eeriewood cuando lo arregle todo… Le va a doler dejar la casa en la que amó y vivió durante tantos años, pero quizá ha llegado el momento de crear nuevos recuerdos y mirar al pasado con cariño y una sonrisa. Vivir en lo que fue no es bueno ni sano. Y no va a dejar de querer a mi padre por mudarse e intentar no estar triste. Es todo un poco *Dark Paradise*, de Lana del Rey.

Ariel viene a despedirse y me promete venir a visitarme pronto. Bromea con que no descarta mudarse él también a Eeriewood y montar una nueva floristería con mi madre. O solo. O con los gatos. Muy gracioso, el sireno mudo.



Mabel aparece cinco minutos después de que haya sacado a todos los animales y les haya puesto agua; y lo hace como siempre: de manera sigilosa.

El corazón me late desbocado al verla, pero esta vez no grito y ella no me devuelve el grito. Nos miramos, ella con un gesto enfadado y yo… a punto de llorar.

Está cabreada, por mi culpa, yo he hecho esto. A una niña. A una amiga. A una íntima amiga, hija del amor de mi vida. Yo solito.

—Si quieres entrar, Leia y los gatitos están dentro.

Me mira de forma suspicaz. Creí que llamar Leia a Tequila sería como ofrecerle una pipa de la paz, pero supongo que se le ha escapado la metáfora.

—Te fuiste —me dice, y creo que está a punto de llorar. Al final lloramos los dos. Menudo panorama.

—He vuelto.

—¿Te vas a volver a ir? —Mira hacia el interior de la casa.

La puerta de cristal está abierta y varios de los gatos y los dos perros salen a verla. Se ríe y llora mientras los abraza. Toto la lame, ella coge a Camaleón y Mr. Gruñón mueve la cola con tanta vehemencia que tengo que apartarlo para que no le haga daño.

Cuando la cosa se calma un poco, Mabel me mira y me vuelve a repetir:

—¿Te vas a volver a ir?

—No.

Se seca las lágrimas con el antebrazo y luego se pasa la manga de la camisa de fresitas por la nariz, quitándose los mocos como una niña salvaje cualquiera. Luego asiente, como si hubiera tomado una decisión.

—Vale. Que sepas que, si eso me lo dijera otra persona, creería que es como cuando la madre de mi amiga Felicia nos dijo que su hámster se había unido al circo.

—Se murió, ¿no?

Ella asiente.

—Pero si *tú* —incide mucho en el «tú»— dices que no te vas a volver a marchar, aunque suene a mentira después de lo que has hecho, te creo.

—Lo siento. —Me sorbo la nariz.

La miro y lo hago por primera vez sin ver su edad. La miro y veo a una chica lista, trabajadora, bondadosa y leal. No es pesada, no es cargante, es graciosa y… se parece tanto a su padre en los gestos que se me encoje el alma. En lo demás es igual que su madre: una loca.

—Nos dejaste.

—Necesitaba tiempo —declaro, apartando la vista. No quiero que me vea llorar. Soy adulto. Debería ser un ejemplo, debería ser… mejor. Debería…

—¿Tiempo para qué? ¿Para olvidar a mi padre?

No sé qué contestar. Pero lo hago, sin pensar.

—No creo que pueda olvidar a tu padre jamás.

Yo mismo me sorprendo de mi confesión. La miro. Ella me mira con la cabeza ladeada y ojos vidriosos. Se sienta en el escalón que conduce a la puerta corredera del salón. Me siento a su lado porque la veo tan triste… Mabel no es una niña triste, de hecho, es luz. Una luz extraña, pero luz, al fin y al cabo.

—Ya sé por qué no estás con él. —Las lágrimas le caen por las mejillas otra vez.

No sé qué hacer. ¿La abrazo? Nunca lo he hecho, aunque ella a veces me saludaba rodeándome la cintura en un arrumaco liliputiense muy tierno. Pero yo nunca he iniciado contacto, siempre me ha parecido raro. Ahora quiero abrazarla, consolarla, decirle que no me voy a ir y que, si su padre me deja, me quedaré siempre a su lado. Pero claro, no estoy seguro de que ese sueño que tengo de que Grant me quiera como yo a él sea real o pueda convertirse en real. Es solo eso, un puto sueño.

—Lo nuestro no… —empiezo a explicar. Pero me detengo porque no sé qué decir.

—Sé que es por mí, porque no me quieres.

—¡¿Qué?! ¿Por qué dices eso? Yo…

—Oí cómo papá se lo decía a mamá. No saben que lo escuché, pero le dijo que no habías podido con el peso de una niña, de una familia.

La abrazo, no me contengo. La abrazo y le doy un beso en la coronilla que huele a colonia de bebé y a hogar. A Grant.

—Shhh, Mabel. Te quiero, claro que te quiero. Mírame. —Le levanto la carita llena de lágrimas—. ¿Me notas en los ojos que es verdad? ¿Que te quiero y que me encanta estar contigo, y que creo que eres muy buena y me caes muy bien?

Tarda, pero asiente. Asiente con sus lágrimas y sus mocos y, cuando habla, lo hace aún entre sollozos:

—Si yo sabía que te caía bien, o lo creía. Pero luego te fuiste y papá se puso tristísimo y empezó a decir que te había perdido, que nunca debió enamorarse de ti, pero que no era tu culpa, porque tú siempre se lo habías dejado claro…

—Espera, ¿le oíste decir todo eso? ¿Que estaba enamorado de mí?

—Ajá. Él no sabe que lo oí. Y luego lo hablé con el abuelo. Porque el abuelo y yo teníamos un plan para arrejuntaros y…

—¿Tu abuelo? ¿Qué pinta tu abuelo en todo esto?

Joder con la niña, desviándose del tema vital, que puede que Grant me quiera, que hay esperanza. ¿Qué cojones me importará a mí el abuelo de la criatura?

—Mi abuelo. —Señala hacia los jardines del señor Porche y la señora de los rizos caobas—. Siempre creyó que haríais buena pareja. Y tenía un plan.

Ay, madre mía. Madre mía. Madre mía.

—¿Quién es tu abuelo, Mabel?

—El abuelo Marshall. Tú lo llamas señor Porche.

Ay, madre mía. Madre mía. Madre mía.

—Cariño, levanta de ahí —le pido, teniéndole una mano, aunque me siga pareciendo raro de cojones—. Tú y yo nos vamos a ver a tu abuelo. Tenemos un plan que trazar.

VEINTINUEVE

GRANT



Me sorprendo tanto cuando suena la aplicación de Soul Finder que a punto estoy de lanzar el teléfono al fregadero.

Lawrence de Arabia: Hijo, ¿estás ahí?

Remy: ¿Papá? ¿Eres tú?

Lawrence de Arabia: ¿Hijo?

Remy: Papá, no soy un poltergeist. Y Soul Finder no es una ouija. ¿Por qué me escribes por aquí? Parece que lo siguiente que me vas a decir es que vaya hacia la luz.

Lawrence de Arabia: Pues básicamente.

Remy: ¿Perdona?

Lawrence de Arabia: Tienes una cita. Una que va a traer luz a tu vida otra vez.

Remy: A mi luz no le pasa nada y no tengo ninguna cita. Voy a quedarme en casa, a hacer milhojas de espinacas y nueces, y a tomarme una copa de vino.

Remy: ¿Por qué me escribes por aquí?

Lawrence de Arabia: Porque me he quedado sin batería en el móvil y tenía la aplicación abierta en la tableta y…

Remy: ¿En la tableta de mi hija?

Remy: ¿Tienes descargada la app en la tableta de mi hija de nueve años?

Lawrence de Arabia: Bah. ¿Y qué? Si no hay nada que no pueda ver en mi perfil. Bueno, déjame hablar, que es importante y muy urgente. Estoy aquí con esa persona que había buscado para ti, ya sabes, «esa persona». Y resulta que «esa persona» que tú no conoces para nada quiere verte. A ti. Con urgencia.

Remy: Papá, ¿estás hablando en clave?

Lawrence de Arabia: ¿Yo? ¿En clave? Qué va. Es solo que estoy aquí con la persona, ahora mismo, en vivo, y como NO os conocéis, estoy intentando cerrar una cita. Es importante.

¡¿Qué?! ¿Mi padre está con Mason? ¿Ha vuelto? ¿Por eso repite tanto lo de la persona y que no nos conocemos? ¿Le está leyendo lo que escribe?

No sé cómo reaccionar, el enfado y la tristeza se me pasan en cuestión de segundos y son reemplazados por los nervios y la incertidumbre. ¿Será posible que…?

Lawrence de Arabia: ¿Hijo?

Remy: ¿Está ahí contigo ahora mismo? ¿Y te ha dicho que quiere verme? ¿A MÍ?

Lawrence de Arabia: Así es.

Remy: Dile que quedamos en dos horas en el Moby Dick.

Dejo el móvil en la encimera. Me tiemblan las manos. ¿Ha vuelto? ¿Ha vuelto y quiere verme? ¿Y eso qué significa? Llevo desde que se fue dándole mil vueltas a todo. He pasado por todas esas etapas del duelo que en su día se le escaparon a mi padre. Pero sin llegar a la aceptación; me he atascado un paso antes, en el de la tristeza. Me he regodeado sobre todo en la fase de la ira; he estado enfadado e intratable la mayor parte del tiempo. He hablado mucho con Martha. He escuchado mucho Lana del Rey. He llorado. Mi ex me abrazaba y me decía que fuera a buscarlo, luego se bebía dos vinos y me aseguraba que, si ese malnacido no quería a nuestra Mabel, no me merecía. Luego ambos —de madrugada y un poco más borrachos que sobrios— nos dábamos cuenta de que era imposible que no la quisiera, que ambos habíamos visto cómo era con ella. En ese momento, me levantaba, cogía las llaves del coche y anunciaba que me iba a Winter Falls a por mi alma gemela y toda su jauría. Martha me aplaudía y vitoreaba hasta que nos percatábamos de que no estaba en estado de conducir y aseguraba que lo haría al día siguiente. Pero la mañana llegaba y, con la luz del día, volvían la rabia, la culpa y la tristeza. Ahora que lo pienso, mis borracheras depresivas también pasaban por sus propias etapas del duelo.

Pero ahora está aquí, ha vuelto a casa y, por lo que me ha parecido entenderle a mi padre, sabe que su cita a ciegas —celestino mediante— soy yo, Grant Marshall, y quiere verme. Pero ¿y si lo he entendido mal y lo que quiere es quedar con otro hombre? Si eso pasa, me hundo. Y lo mato. Primero lo mato y luego me hundo. Pero, antes, voy esa cita.

Como diría la gran Lana: tener esperanza es muy peligroso…, pero, aun así, la tengo.

TREINTA

MASON



—Mabel, date prisa.

—Mason, soy una niña. No ando tan rápido como tú —se queja ella.

—Pues no haber venido. —Me pongo a la par de los perros, que tiran de la correa porque tienen casi las mismas ganas que yo de ver a Grant. O no, pero les encanta salir.

—¡Cómo no iba a venir si soy el plan B!

—Lo cierto es que espero que el plan A funcione —digo más para mí que para ella, porque estoy acojonado y lo único que quiero es volver a verlo y que sepa que lo quiero, que tenía que haber hablado con él, que no lo pensé y fui un cobarde y…

Vale, si tengo tanto que decir, va a ser una declaración de amor larga de cojones.

—Star, Wars y Chumi están muy grandes —comenta cuando estamos a punto de llegar al restaurante.

Ya veo el cartel con una ballena blanca que sobresale de la fachada. Hace un día estupendo, el sol se cuela entre los árboles y, a pesar de que el cielo no está despejado, el tono azul y anaranjado que lo baña todo es digno de fotografiar. Lo haría si no supiera que, al sacarme el móvil del bolsillo, me temblaría el pulso. Si pudiera hacer una foto de este momento, inmortalizaría la especie de punto de inflexión en el que me encuentro, ese limbo entre la posibilidad de una vida solitaria y una vida completa junto al amor de mi vida.

—Pero Wars tiene las uñas superlargas, ¿no? Parece un leopardo, hay que cortárselas.

—¿De qué me estás hablando, Mabel?

—De los gatos de Leia.

—¿Y cómo dices que se llaman?

—La gata Star y los gatitos machos Wars y Chumi.

—Y luego dices que yo pongo mal los nombres. Star y Wars, vale; mis siameses se llaman Cole y Dylan por los gemelos Sprouse, pero ¿Chumi? ¿Por qué Chumi?

—Porque era uno de los ewoks de *El retorno del Jedi*.

—Hum, no lo creo, cielo.

—Me lo dijo mi madre.

—Pues no creo que sea verdad.

—Hum… Me lo dijo cuando ya le había preguntado no sé cuántas veces cómo se llamaba cada uno de los ewoks que salían.

—Y seguro que te lo dijo para que la dejaras en paz. A ver, que me puedo estar equivocando y haber un ewok que se llama Chumi, pero lo dudo. A mí de pequeño me encantaban, para mí eran animalitos a los que cuidar; antes de dormir, me imaginaba aldeas enteras de ellos y me daba paz. Pero no creo que hubiera ningún Chumi en la película.

Mabel me sonríe. Mucho.

—¿Y esa sonrisa?

Es tan grande y me recuerda tanto a la de su padre… Tanto que el naranja del sol es más naranja y el azul más intenso. Hasta las hojas de los árboles parecen brillar más.

—Sonrío por ti —me contesta—. Porque me tratas como si fuera mayor. Siempre me dices la verdad, aunque suene fatal.

¿Eso hago? ¿Le digo cosas que suenan fatal? A ver si Grant no me va a dejar acercarme a ella. Mi recién descubierto amor por este ser extraño no quiere decir que la entienda ni que sepa tratarla, así que a lo mejor lo estoy haciendo muy muy mal.

—¿Y eso es bueno? —le pregunto, un poco desconcertado—. Porque no sé si a tus padres les gustará.

—Es muy bueno. Es lo que más me gusta de ti. Bueno —añade tras una breve pausa—, lo que más me gusta es tu trabajo. Pero

luego, esto. Y no te preocupes por mis padres, les diremos que creemos que Chumi es un ewok y aquí no ha pasado nada.

—Ya estamos —digo en un susurro e inmediatamente siento que me ahogo.

—Pues venga, entra —contesta ella cogiendo las correas de los perros y pegando mucho la cara al cristal.



Llegar a donde he llegado —al centro del restaurante— ha sido todo un reto. Aunque socialmente inepto, no me considero una persona torpe; pero, aun así, me he chocado contra el cristal de la puerta y, ante la carcajada de Mabel, he intentado empujar en repetidas ocasiones antes de leer el «TIRAR» junto al pomo. Nada más poner un pie en el interior, me he chocado con un camarero y se le ha caído la bandeja con dos copas de champán. Ahora me encuentro de pie entre varias mesas en el centro del local y todo el mundo me mira esperando mi siguiente espectáculo. Estoy por ponerme a hacer malabares y sacar la gorra, pero no tengo el material necesario.

Y, entre todas las miradas curiosas, está la más intensa y penetrante, la más preciosa, la que me corta el aliento, pero también me llena de vida: la de Grant.

Se está tapando la boca con la mano, lo que normalmente quiere decir que quiere ocultar una sonrisa. Parece… divertido; o no enfadado, al menos.

Eso me da un chute de energía y logró ponerme en marcha de nuevo y caminar en su dirección. En mi «peregrinaje» hacia él, sorteo camareros, bandejas y carritos varios y, cuando estoy frente a Grant, me agarro a la única silla de la pequeña pero preciosa mesa en la que está sentado.

Ahora que me fijo, es un sitio espectacular, en un sentido cotidiano y nada pretencioso. La madera rústica y los tonos azules del terciopelo de sillas y paredes contrasta con los manteles blancos

inmaculados; también con las bolas de luz que cuelgan del techo a distintas alturas y que parecen burbujas. Las paredes aterciopeladas tienen adornos relacionados con el mar: anclas, barcos, peces… También hay un mural de una ballena que ocupa todo un lateral y…

Un carraspeo me saca de mi obnubilación y devuelvo la vista al pedazo de hombre sentado frente a mí. Sigue mirándome, pero no puedo leer su expresión. «Dios, Dios, qué nervios».

—Hola —le digo, porque soy idiota.

—Hola —me contesta él, frunciendo el ceño hacia la entrada.

Me giro y veo a Mabel con las manos y la cara pegadas a la cristalera que da a la calle principal. A su lado, Mr. Gruñón lame la ventana y Toto, con la lengua fuera, está a punto de hacerlo. «Madre mía».

—¿Has traído a mi hija?

—Es mi plan B.

—¿Y cuál es tu plan A, si puede saberse?

Sí, ha sonado divertido; y curioso. Puedo abrirme paso a través de su diversión y su curiosidad. Puedo, puedo.

—Te quiero —le digo un poco más alto de lo que había pensado.

Grant se echa para atrás en la silla, se apoya en el respaldo y se cruza de brazos tras hacerme un gesto con la mano para que continúe. Un «yo también te quiero» me motivaría, pero venga, seguiré a pelo y sin anestesia.

—Hay dos cosas que nos unen, qué digo dos, hay cientos, pero dos de ellas quizá destacan sobre todas las demás: *Grandes esperanzas* y *Perdidos*. Así que te lo contaré en un lenguaje que puedas entender. No digo que seas tonto, sé que entiendes el lenguaje normal y corriente, pero… Bueno… Eh…

—Respira, Mason. Estoy deseando escucharte. —Tras una pausa, añade—: Yo y el resto de comensales.

Si solo fueran los comensales… Tras una mirada a mi alrededor, veo que los camareros —y yo diría que hasta un par de cocineros que han salido por las puertas batientes a mi derecha, que siguen moviéndose como en una cantina del Oeste— están mirándome con atención. Les faltan las palomitas. Han quitado la música ambiente y todo. El chico que estaba en el mostrador de la entrada adjudicando

a cada reserva su mesa, ha salido a la calle con un par de cuencos de agua para los perros y está junto a Mabel mirándonos desde fuera.

Pues nada, allá voy:

—Como Pip le diría a Estella, pero en un mundo maravilloso de finales felices, por supuesto, en un mundo de almas gemelas y, bueno, en una versión un poco adaptada a nosotros… —Cojo aire y empiezo mi declaración dickensiana, que he ensayado ante una anonadada Mabel de camino hasta aquí—: Desde que te conocí, desde que conocí todos tus «yos», has formado una parte importantísima de mí; has estado presente en cada despertar, en cada árbol trepado, en cada gatito alimentado y en cada paseo con los perros; has sido mi amigo, mi amante, mi ayudante en el día a día. Mi salvador. Has sido el amor virtual con el que compartía tanto que no creía que hubiera un alma tan parecida a la mía en lo intrínseco, en lo que importa. Has sido el vecino buenorro del que me he ido enamorando porque nunca jamás he conocido a nadie así; tu bondad y amabilidad no tienen límites. Ni tu sensualidad ni tu sentido del humor ni tus dotes culinarias… Vale…, hum. Has sido la cita a ciegas perfecta, a la que nunca quise acudir, porque ya tenía dos versiones magníficas de ti. Te quiero conmigo, hasta el último minuto de mi vida. No concibo que no seas parte de mí; parte de lo poco bueno que hay en mi interior, y parte de lo malo también.

Me detengo para coger aire, para mirarlo, para saber qué siente. Grant no me hace esperar. Se levanta de la silla y, de una sola zancada, se coloca a mi lado; me pasa un brazo por la cintura, lleva la otra mano a mi cuello y me sumerge en un beso de película. La gente aplaude y todo, y yo no me muero de vergüenza porque me muero de amor.

Cuando nos separamos y él junta su frente a la mía, me dice:

—Es la adaptación de *Grandes esperanzas* más libre pero más bonita del mundo.

—He querido que el final fuera literal, lo del último minuto de mi vida y eso; por si no lo pillabas.

—Lo he pillado, lo he pillado.

En esta ocasión, soy yo quien lo besa, con más intensidad, si es que eso es posible; hasta le rodeo la cadera con una pierna, que bajo de inmediato en cuanto me doy cuenta de que estamos en público. Es Grant quien logra poner un poco de distancia entre nuestros cuerpos y, tras un mordisquito en el labio inferior, me dice:

—Tenemos que hablar, Mase. Todo ese tema de no tener familia, de…

—Grant, no estaría aquí si no lo hubiera pensado mucho. Si no lo sintiera mucho.

—Yo también siento muchas cosas. Pero me preocupa que… —Suspira—. Adoro a mi hija. Cada vez que me decías que no querías niños, cada vez que me recordabas que…

—Lo siento —lo corto—. Con toda mi alma. Y si mi alma no estuviera tan llenísima de amor ahora mismo, te demostraría lo arrepentido que estoy. Aunque…

—¿Aunque?

—Necesitaba mi tiempo, y no creo que sea malo o raro que así fuera. De eso no me arrepiento; cada cosa tiene su evolución natural. No soy la misma persona que conociste en Soul Finder, ni el mismo vecino aterrado de que tuvieras una familia. Uno no pasa de temer a los niños a amarlos. Se necesita un periodo de adaptación y, además,…

—¿Además qué?

—No sé cómo sonará esto, pero… quererte como lo hago, el hecho de que daría lo que fuera por ti, no significa que de repente me gusten los niños. Me gusta la tuya. Y no solo porque es parte de ti y eso la convierte en un ser precioso; extraño, pero precioso. Sino porque a ella ya no le tengo miedo. Me cae muy bien, de hecho. Y soy consciente, aunque he tardado en entenderlo, que por quererla no me voy a convertir en su padre. Que ya tiene uno. Tú. Yo voy a ser su amigo, su confidente, si quiere; su aliado. Voy a estar ahí para lo que necesite. Ah, y también voy a ser su jefe.

—¿Su jefe?

—Sí, va a trabajar para mí.

—¿Mi hija de nueve años, dices?

—Esa misma.

—Pero cuando sea mayor.

—No, no, empieza el lunes.

Grant se ríe y niega con la cabeza antes de atraerme de nuevo hacia él y darme un abrazo.

Y, ahí, apoyado en su hombro veo el libro que tiene sobre la mesa. *Si los gatos desaparecieran del mundo*.

—¿Sabías que…? ¿Cuándo…?

Grant sigue la dirección de mi mirada. Sonríe. Es una sonrisa más tierna, más… nostálgica, diría que incluso triste.

—La primera vez que mi padre me propuso la cita a ciegas di por hecho que me quería emparejar con una mujer y obvié todas las evidencias que me gritaban que eras tú. Pero lo del pastel de ruibarbo, verte leyendo el libro el día que Tequila dio a luz…

—Qué fuerte que el señor Porche sea tu padre —es lo único que se me ocurre decir porque estoy flotando en una nube.

—Se llama Thomas, Thomas Marshall. Y tú puedes llamarlo Tommy.

Entonces me doy cuenta de algo y le doy un pequeño puñetazo en el brazo.

—i¿Y no me lo dijiste?!

—Au —exclama de forma fingida, sonriéndome—. Lo iba a hacer. Quería hacerlo bonito, en este restaurante, porque tienen una tarta de ruibarbo y manzana que te va a enloquecer. Es una larga historia que, por suerte, tendré tiempo de contarte.

Lo miro. Me mira y vuelve a besarme. Tiene ambas manos en mis mejillas. Me sostiene, me devora, me abruma. Es un beso lleno de deseo, de felicidad, de… tantas cosas.

—Te quiero —me dice cuando me aparto para coger aire.

No me espero tal confesión, lo que hace que me quede muy quieto y abra los ojos como platos.

—¿Sí? —logro articular.

—Te acabo de comer la boca como si fueras la única fuente de agua en el desierto. Muy mal lo tengo que haber hecho para que no lo hayas pillado antes.

—Me quieres.

—Estoy loco por ti. Te he echado de menos cada día. Le he dado mil vueltas a todo y me he culpado de mucho. Pero ahora estás aquí y tendremos tiempo de hablarlo. Te quiero. Por triplicado. —Hace una pausa—. Por cuadriplicado, incluso.

—¿Eh? —Al final sí voy a ser un poco tonto.

—Lo digo porque nuestras vidas se encontraron por cuatro caminos distintos. Ryder también nos intentó liar; todo lo de la feria y el helado para perros fue su excusa, orquestó una cita a ciegas en el gimnasio. Solo que para nosotros no era tan ciega. Nos conocíamos mucho más de lo que creíamos en aquel entonces. Y ese día en el Langston me enamoré otro poquito de ti, de otra de tus capas. —Me acaricia la cicatriz del ojo y luego me desliza el pulgar por la mandíbula—. Te quise como Colmillo Blanco, como el loco de los gatos —sonríe cuando le doy otro puñetazo—, y me enamoré de ti leyendo y releyendo la lista que le hiciste a mi padre. Leyendo tu libro favorito, uno de los pocos de ficción que sí lograbas acabar.

—Me quieres —repito otra vez, pero más contento. Esta vez es más un: «¡Me quieres!».

—Cada día un poco más, en todas tus facetas.

—¿Y como Mason? ¿Me quieres también como Mason a secas?

—Todos esos son Mason. Distintas capas de Mason, como un *khanom chan* sofisticado y delicioso.



—¿Así que tu plan B era soltarme un discurso de *Perdidos*? ¿Cuál? —me pregunta esa noche cuando estamos acurrucados en mi cama en una postura un tanto incómoda porque estamos rodeados de animales por todas partes.

Hemos tenido una buena sesión de sexo sucio y sudoroso a modo de reconciliación física, y una charla de horas en la que nos hemos dicho muchos «te quieros» y nos hemos sincerado a corazón

abierto. Mis errores, los suyos, lo mala que es la falta de comunicación. Hemos decidido hablar las cosas siempre de frente y que nuestras inseguridades no nos hagan tomar decisiones de las que podamos arrepentirnos.

—No, el plan B era usar los ojos de Gato con botas de Mabel y que te apiadaras de mí por no romperle el corazón a una pobre niña.

Grant suelta una carcajada y aprieta más los brazos a mi alrededor.

—Lo de *Perdidos* era la segunda parte del plan A, por si lo de *Grandes esperanzas* me salía mal —le digo mientras dibujo un corazón en su piel con el dedo, a la altura del pecho—. Era una adaptación de la carta que Penny le escribe a Desmond —explico, apoyado en su pecho, deleitándome con el tacto de su mano en mi pelo.

Me besa en la cabeza y suspira.

—Qué capitulazo.

—Como sabía que gracias a ese capítulo empezaste a leer a Dickens…

—El final de esa carta… «Lo único que necesitamos para sobrevivir es una persona que nos quiera de verdad…» —empieza a decir él, citando a Penny en el capítulo *Nuestro amigo común*.

—«… Y tú la tienes. Te esperaré. Siempre» —termino yo.

Se hace el silencio durante largos minutos. Un silencio cómodo en el que se oye el ligero ronronear de Manchitas y nuestras respiraciones saciadas y tranquilas. Pero también es un silencio cargado de emociones, de planes que se ciernen en el aire.

—Entonces —me atrevo a decir, trayendo a colación una de nuestras conversaciones más recientes; una de las más importantes, vital y cambiavidas—, ¿nos mudamos contigo?

—¿Mudamos? ¿Quiénes?

—Mis seis gatos, mis dos perros y yo —digo en voz baja sin atreverme a mirarlo.

—Seis gatos, dos perros y tú —repite Grant, meditabundo.

¿Se lo está pensando? ¿Ya se ha arrepentido? Creí que ese «Te quiero en mi vida, en mi casa y en mi cama desde ya hasta el último

minuto de nuestras vidas», referencia a mi declaración de amor dickensiana incluida, quería decir precisamente eso.

—Mierda, ¿no era eso lo que querías? ¿Te he… entendido mal?

—Ey, ey. —Me sujeta de la barbilla y me hace alzar la cabeza para mirarlo. Tiene la sonrisa más bonita y más tierna del mundo—. Me has entendido perfectamente. Te quiero conmigo; para siempre, aunque te mudaras con veinticinco zarigüeyas.

—Sabes que eso no es verdad.

—No, no lo es, me ha dado un infartito de solo pensarlo. Pero seis gatos, dos perros y tú suena a final feliz.

—Lana del Rey dijo en una entrevista que siempre ha tenido debilidad por los finales, que tiende a romantizar la última escena. Y… lo entiendo. Con finales así, como el nuestro, me leería el libro una y otra vez.

—Pero esto no es el final; es el principio. Y lo vas a leer entero conmigo.

Eso vamos a hacer. Ya lo creo que sí.

EPÍLOGO

MASON



—Sal, Mase. —Puedo oír la sonrisa en su voz, pero eso no hace que esté menos aterrorizado.

—Me estoy duchando —miento.

—No he oído el agua correr y llevas más de media hora ahí dentro. ¿Te estás limpiando con la lengua, como nuestros gatos?

«Nuestros gatos», qué declaración de amor más maravillosa. No hay muestra de amor más evidente que ese «nuestros».

—Podría estar haciendo otras cosas, Grant, no seas indiscreto.

—Podrías, pero ¿estás haciendo otras cosas? ¿O estás cagado de miedo porque no quieres cumplir tu promesa?

—Qué gracioso, vaya doble sentido que te has marcado.

—Mason, sal.

No creo que alguna vez pueda resistirme al imperativo en su voz; no falla en ponerme la piel de gallina. Da igual el tiempo que pase, con este pedazo de hombre a mi lado tendré la piel de gallina de forma permanente hasta la eternidad, como un tatuaje del color de mis más oscuros deseos. Almas gemelas y todo eso. Por triplicado.

Hoy es nuestro aniversario; un año desde mi desastrosa declaración de amor, por mucho que Grant siga manteniendo que fue una maravilla. Cada vez que vamos a ese restaurante, los camareros me miran con una sonrisilla y yo creo que hasta sacan los móviles por si me da un flus y monto otro numerito. Qué vergüenza, por Dios. Sabemos que no es el día en que empezó lo nuestro, pero sí fue el momento en el que dijimos adiós a las dudas, miedos e

inseguridades. Y ha sido un día estupendo; hemos tenido la casa para nosotros solos, porque la niña ha estado con Martha hasta después de cenar, que es cuando ha decidido venir a tomar el postre con su padre y conmigo porque, según ella, fue un pilar fundamental en el inicio de nuestro noviazgo. Lo ha dicho así, palabra por palabra; Grant dice que habla como yo. Y me encanta, la verdad.

Ahora Mabel duerme tranquila en su cuarto con los siameses, Tequila y Toto, su séquito nocturno. Antes de que volviera hemos aprovechado nuestra intimidad a tope, tanto que ni hemos salido de casa, salvo al jardín, porque hacía un día estupendo. Hemos aprovechado que teníamos la casa para nosotros solos y hemos follado en la cocina; luego Grant la ha estado desinfectando durante cuatrocientas siete horas mientras murmuraba «mi templo, mi templo». También hemos visto *Perdidos* semidesnudos en el salón; nos hemos duchado —desnudos del todo— en la ducha que hemos instalado para perros y humanos en un rinconcito semioculto del jardín —ha sido precioso, muy natural todo, en plan *El lago azul*— y hemos cenado —semidesnudos otra vez— a la luz de las velas entre risas y besos. Pero ahora ha llegado el momento de cumplir una promesa que le hice hace un par de meses y… tengo miedo. Estoy aterrado, de hecho.

Así que me armo de valor y salgo del baño. Grant me está esperando a un par de metros con un hombro apoyado contra la pared y una ceja alzada.

—Vamos. —Me tiende la mano.

—¿A dónde? ¿Dónde piensas hacerlo? —le contesto, aceptando su mano.

—En la cama —tira de mí hacia él hasta que nuestros pechos chocan el uno con el otro.

—No podemos. *Nop, nop*. En la cama están todos los gatos, no hay sitio.

Grant me acaricia la mejilla y echa la cabeza un poco hacia atrás para poderme ver mejor. Sus ojos —brillantes y divertidos— están fijos en mí.

—No es verdad. Solo están la mitad de los gatos y la mitad de los perros. —Me señala la cama, donde están tumbados Bola de pelo,

Camaleón, Manchitas y Mr. Gruñón—. Solo faltamos tú y yo.

—Las dos mitades de un todo.

Me sonríe de nuevo, me da un pequeño mordisco en el labio inferior, me coge de la mano y se mueve hacia el zoológico también conocido como «nuestra cama» o «nuestro nido de amor».

—Venga, vamos.

Empiezo a caminar con él, pero me detengo tras dar apenas dos pasos.

—No voy a echarme atrás, te lo prometo. Pero necesito… relajarme un poco más. Estoy muy tenso, Grant, *muuuuy* tenso. —Respiro hondo—. Es un paso importantísimo y estoy deseando darlo contigo, no hay persona en el mundo con la que me atreviera a hacer algo así. Solo contigo.

Se gira hacia mí, se lleva mi mano a los labios y me da un beso en el dorso antes de envolverla entre las suyas, como infundiéndome valor.

—Mason, cariño, llevas treinta minutos «relajándote» en el baño; antes de eso, has tardado tanto en dar de comer a los animales que creí que el paté lo estabas haciendo tú desde cero. Luego has desaparecido no sé cuánto tiempo con la excusa de que ibas a comprobar los fusibles, cuando no creo que sepas ni dónde están.

—¡Eh, que sé muchas cosas!

—Muchísimas. Pero dónde están los fusibles no es una de ellas.

Me dedica una sonrisa tan llena de amor que creo que me voy a derretir; lo que, pensándolo bien, me libraría de mi promesa; así que muy a favor de convertirme en un charquito de deseo a sus pies.

De los nervios, debo de decir algo de eso en voz alta, porque noto cómo el cariño que inundaba su mirada se torna oscuro, pasional. Sus ojos se convierten en un mar de deseo antes de decirme:

—¿A mis pies? ¿Eso te relajaría?

—Ese tono de voz, *ese* exactamente, es lo que necesito para relajarme.

Y es cierto; el Grant sexi y autoritario que hace que no piense, que me olvide de que el mundo gira y que me entregue, no solo en cuerpo, sino hasta lo más profundo de mi ser, es una de sus mejores

versiones. Esa en la que puedo confiar en él para tomar el control y dejarme hacer. No es fácil abandonarse a alguien, pero yo en ese abandono me encuentro. Y él lo sabe. Por eso desliza un dedo por la cintura de mis pantalones del pijama, acariciando la parte baja de mi abdomen e introduciéndolo dentro del elástico hasta rozar mi escaso vello púbico y la punta de mi polla. Gimo, pero cuando me acerca los labios al oído y me susurra un «shhh» que de alguna forma suena más imperativo que una orden verbalizada, contengo mi siguiente jadeo como puedo y noto crecer mi erección.

Grant me desliza los dientes por un lateral del cuello y sube por mi garganta, hasta llegar a mi boca y comérmela como un hombre hambriento a punto de morir de inanición.

—Colabora —me pide.

A veces, cuando entro en este letargo por carga sexual, me vuelvo como una de esas muñecas de trapo que tanto le gustan a Mabel y a mí me ponen tan nervioso porque no se sujetan de pie y nunca sé cómo colocarlas cuando la ayudo a recoger su cuarto. Y, cuando me pongo así, a veces se me olvida devolverle el beso o me flojean las rodillas y mis piernas se convierten en gelatina; o directamente dejo de respirar… Soy como una ardilla, eso es, reduzco la cantidad de oxígeno —en mi caso debido al sumo placer, no a la hibernación o al peligro— y, como dice él con esa voz sexi como el demonio, dejo de colaborar.

—Colaboro, colaboro —musito entre gemidos antes de enredar la lengua con la suya.

Noto cómo sonríe contra mis labios antes de intensificar el beso y empezar a empujarme hacia la pared, con delicadeza pero con mucha firmeza, con parte de su mano aún bajo mi pantalón, pero sin tocarme donde me duele, donde necesito liberarme.

Cuando mi espalda toca la pared y su cuerpo se pega al mío, saca los dedos de debajo de mi pantalón y lleva ambas manos a mi pelo. Yo hago un esfuerzo consciente por respirar y no correrme al sentir su gran erección contra la mía, ejerciendo presión.

Se aparta de mí un poco, sus labios brillan por mi saliva, sus ojos oscuros parecen arder.

—De rodillas —me dice con voz ronca.

Oh, sí; esto es lo que necesito. No pensar. Entregarme al placer.

Una vez estoy de rodillas, él mismo dirige mi boca a la cabeza de su polla y yo se la rodeo con los labios respirando con dificultad, deseoso de más, la anticipación apoderándose de todos mis sentidos.

Le bajo el bóxer y su erección salta, libre, dándome en la barbilla con un sonido obsceno que me hace salivar. Llevo la mano derecha a la base y me la meto en la boca hasta la mitad, logrando que suelte un gemido que suena a gloria, a pura y dura necesidad, y que es como gasolina para mi propia lujuria.

Grant baja la vista para mirarme.

—Abre bien la boca —me ordena.

Y eso hago, aparto la mano y abro más la boca mientras él se introduce despacio, muy despacio. Nuestros ojos se encuentran y Grant inhala de forma audible. Sé lo mucho que le gusta verme así, lleno de él, con el deseo dibujado en mi mirada. Durante unos instantes, las únicas partes de nuestros cuerpos que se tocan son su polla y mi boca. Es sexi, excitante, sucio. Hasta que lleva la mano a mi barbilla y me acaricia la mandíbula antes de deslizarla hasta mi nuca y, con una ligera presión, empujar contra él.

Esto es lo que necesitaba. Justo esto.

Sale de mí y echo de menos su grosor y sabor al instante. Grant se lleva una mano a la polla y la acerca de nuevo a mí, deslizando la punta por mis labios, a un lado y a otro; una, dos, tres veces. Vuelve a acariciarme la barbilla y yo aprovecho para lamerle la gotita perlada que le brilla en el glande, lo que le arranca un gruñido bajo. Entonces, me la meto en la boca hasta la raíz y él lleva ambas manos a la pared para sostenerse. Sus brazos se tensan de placer y los músculos se le marcan de manera deliciosa; los lamería desde las marcadas venas de las manos hasta la axila. Y me relamería después. La vista es como gasolina para mi lujuria y relajo la garganta todo lo que puedo para albergarlo entero. Me empiezan a llorar los ojos y tengo que cerrarlos.

—Mírame —me exige.

Alzo la vista, su mirada penetrante está fija en mí. Saca la polla de mi boca, con las palmas de las manos aún apoyadas en la pared,

y vuelve a embestir. Una y otra vez, me folla la boca al ritmo de gemidos silenciosos y jadeos animales. Llevo las manos a su culo —tensa los glúteos ante mi toque— y lo animo a hacerlo más fuerte y más rápido.

No dejamos de mirarnos y tampoco dura mucho más; alterna envites largos y lentos, dejándome la polla en la garganta durante segundos, con estocadas más cortas que me permiten recuperar el aire. Cuando se corre lo hace sin separar sus ojos de los míos, fijos, enlazados, sujetándome a él con solo el poder de su mirada.

Cuando el último estremecimiento se disipa, lo lamo despacio desde la punta hasta la raíz, acompañándolo en su orgasmo hasta el final, pero, antes de que me dé cuenta, está arrodillado a mi lado bajándome el pantalón del pijama lo justo para liberar mi erección, que está a punto de estallar.

Él la palpa y nota que estoy al borde. Con una sonrisa que es puro sexo, me ordena:

—Tócate.

Lo hago, obedezco y, a la tercera sacudida, previendo que será la última, me rodea el glande con la boca. Me corro, mucho, como si no fuera la tercera vez en el día, y me dejo caer en el suelo en una especie de desmayo posorgásmico en el que creo ver las estrellas.

Cuando abro los ojos y me recupero un poco, Grant me está pasando una toalla húmeda por los labios, la barbilla y el abdomen. Dejándome besos en las mejillas, los párpados, un hombro…

—Vamos, procrastinador, levanta —me pide con un tono más suave.

Pero lo cierto es que me levanta él. Me pone de pie en el suelo con fuerza y mimo, y me besa. Es un beso lánguido y dulce. Y va seguido de un abrazo que me termina de dar la fuerza que necesito.

—¿A dónde vas? —pregunta cuando, minutos después, me separo de él.

—A abrir la puerta.

Veo cómo me mira, veo el amor incondicional en sus ojos, la ternura. La confianza. Estoy convencido de que lo primero que ha pensado cuando me he separado de su abrazo es que quería escaquearme de nuevo, procrastinar un poco más. Pero mi única

intención era abrir la puerta de nuestro cuarto, como hacemos siempre que no buscamos intimidad total. Es por Mabel. Nuestras habitaciones están a una distancia perfecta para poder tener una vida sexual muy activa, aunque silenciosa; discreta en gemidos, como la llama Grant. «Jadea con moderación», me dice siempre, como si algún tipo de contención fuera posible en su presencia.

El caso es que nos gusta que Mabel sepa que puede entrar en el dormitorio cuando lo necesite. Tiene que llamar antes —tres golpes de nudillos— esté la puerta abierta, cerrada o entornada, pero eso es solo una norma básica de educación. Es a lo que más me costó acostumbrarme cuando empezamos a vivir juntos. Yo quería trepar a Grant como un koala todo el día y, de repente, mi intimidad y mi soledad se vieron reducidas a la más absoluta nada. Como si mi vida hubiera sido un vaso vacío y me lo hubieran llenado todo de golpe hasta desbordarse. Pero me aclimaté pronto y, en menos de un mes, daba la sensación de que los tres hubiéramos vivido juntos toda la vida.

—Mase… —me llama Grant desde la cama, palmeando el colchón para que vaya.

Lo hago. Me tumbo a su lado y me acurruco contra su pecho, un poco nervioso.

—¿Estás listo?

—Sí —le confirmo cuando él ha empezado a decir: «Porque si no lo estás…».

Este hombre haría cualquier cosa por mí, seguir posponiendo este momento que llevo media vida esperando —o desesperando— es una de esas cosas. Pero estoy listo, nervioso pero listo.

—Te quiero —me dice.

Apaga la luz de los alógenos del techo y enciende el flexo que tiene en la mesita de noche, a su lado de la cama. Me da un beso en la frente y coge el libro que colocó allí horas atrás.

Antes de que lo abra, cubro su mano con la mía, las yemas de mis dedos rozando la cubierta gastada con el lomo casi despegado.

Miro hacia arriba, sus ojos oscuros están fijos en mí.

—Yo también te quiero —le digo—. Con toda mi alma.

Y, entonces, me da un suave beso en los labios y abre *Colmillo Blanco* por el capítulo dieciocho, por esa barrera invisible pero infranqueable que me había paralizado siempre. Con él puedo, con él lo puedo todo.

—«Fue un periodo monótono de luchas incesantes…» —empieza a leer.

El principio del final feliz más esperado.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Gracias por leernos, por comentar nuestros libros —por los mensajes, miniaudios, superaudios, publicaciones en redes, reseñas en Amazon—; no solo nos encanta que lo hagáis, sino que, como autoras autopublicadas, nos ayuda muchísimo. Así que ahí os va el primer gran GRACIAS.

Gracias por saltar de nuestras historias más introspectivas a nuestras comedias más desenfadadas, sois fieles y os adoramos por ello. Además, creemos que hay un momento para cada libro y nos encanta que podáis elegir cuándo y cómo viajar entre Winter Falls e Eeriewood. Intentaremos manteneros en esa carretera mucho tiempo. Carretera sin retorno; prometemos haceros felices en un bucle infinito de ida y vuelta. Y haceros una casita con chimenea para los días de invierno; o un rincón a la sombra con limonada casera fresquita. Queremos ser hogar y lograr evadiros cuando lo necesitéis.

Esperamos que Grant y Mason hayan cumplido su misión; que os hayan hecho reír, suspirar e incluso babear. Y también esperamos veros pronto en nuestra siguiente parada en la camino: ¿Laurent y Rayner? ¿Un poco de narración nostálgica para el cuerpo? Creemos que sí, que quedamos en Winter Falls en unos meses.

¡Nos vemos!

FÁTIMA EMBARK



Fátima Embark. Ingeniera por equivocación, librera por vocación, hasta ahora conocida por ser una de las integrantes del pseudónimo Wendy Davies. Ha coescrito *Hope*, *Siempre será diciembre* (Premio Gran Angular 2017), *Instant Karma*, *Una estrella en mi jardín*, *Recuerda que me quieres* y el inicio de la trilogía *Estoy aquí*, cuyo primer libro salió a la venta en octubre del pasado 2024 con Roca Editorial.

Con *Carretera al invierno* comenzó a coescribir con Virginia Cavanillas y fue el primer viaje de muchos en esta larga carretera llamada Destino. Le siguieron *Todo lo que soy contigo*, *Solo hasta Navidad* y *Donde tú estés*; todos romances contemporáneos LGTB chico-chico.

Además, también ha publicado en Amazon *Antes de que te quiera* y *Todo lo que no sabes de mí*, sus primeras dos novelas en solitario.

Si algo tiene claro, es que va a seguir contando historias, siempre escribiendo lo que quiere leer.

SUSCRÍBETE A LA NEWSLETTER DE LA AUTORA PARA ESTAR AL DÍA DE TODAS LAS NOVEDADES:

VIRGINIA CAVANILLAS

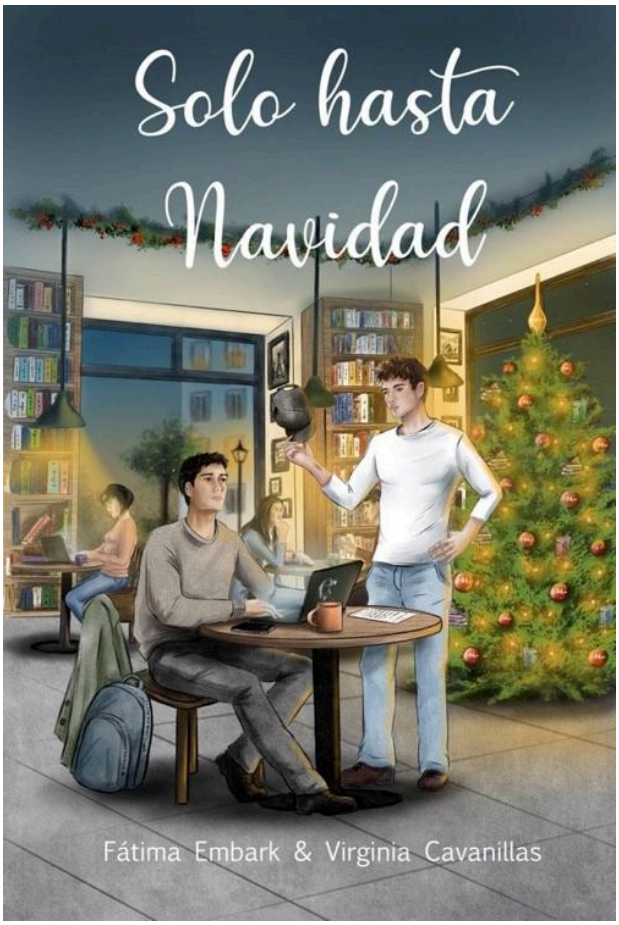
Virginia Cavanillas. Abogada de profesión —que no de vocación—, en abril de 2018 cambió toga por pluma y se lanzó de cabeza al mundo literario, del que siempre fue una apasionada. Tiene más de veinticinco libros de temática LGTB traducidos y escribe felizmente junto a Fátima Embark, con quien ya ha publicado cuatro libros (*Carretera al invierno*, *Todo lo que soy contigo, Solo hasta Navidad, Donde tú estés*), y los que les quedan. También ha publicado varios cuentos de terror (*La bruja roja al final del túnel*, *La chica que lloraba en las noches de luna llena*, *La niña que bailaba alrededor de una hoguera* y *El vacío que nos llena*) y una recopilación de relatos (*Un paseo por los sueños de otros*).

En la actualidad también está trabajando en su primera novela en solitario, *Hotel Noir*, que espera que vea la luz en 2025, y su intención es seguir tejiendo historias con Fátima, con quien ya ha escrito otra historia más y han empezado a tramar sus siguientes novelas.

OTRAS OBRAS DE LAS AUTORAS (SOUL FINDER)

Historias LGTB románticas contemporáneas e independientes, ambientadas en Eeriewood, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra.

Todos los libros tendrán como nexo común una *app* de citas llamada Soul Finder, cuya finalidad es emparejar a las personas —independientemente de su sexo u orientación— según intereses comunes y afinidades.



Libro 1: *Solo hasta Navidad*

Owen Langston, bisexual y ligón empedernido de cara a la galería, solo quiere que sus padres —muy gais, muy felices y muy casamenteros— lo dejen en paz. Y para eso necesita un novio ficticio. Si les hace creer que tiene una pareja —chico— estable con la que pasar la Navidad todo irá bien.

Pero solo hasta Navidad.

Levi Wright ha creado la primera *app* de citas basada exclusivamente en intereses personales y afinidades comunes. Cero fotos. Ninguna interacción en la vida real hasta cumplir ciertos requisitos. Pero cuando su alma gemela en la aplicación le pide que finja ser su novio, Levi no puede rechazarlo.

Solo hasta Navidad es el primer libro de la nueva serie de Fátima Embark y Virginia Cavanillas: romances M/M contemporáneos con poca carga dramática y muy sexis.

Bienvenidos a Soul Finder, la aplicación perfecta para encontrar a tu alma gemela.

OTRAS OBRAS DE LAS AUTORAS (WINTER FALLS)

Historias románticas LGTB independientes, ambientadas en Winter Falls, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra.



Libro 1: *Carretera al invierno*

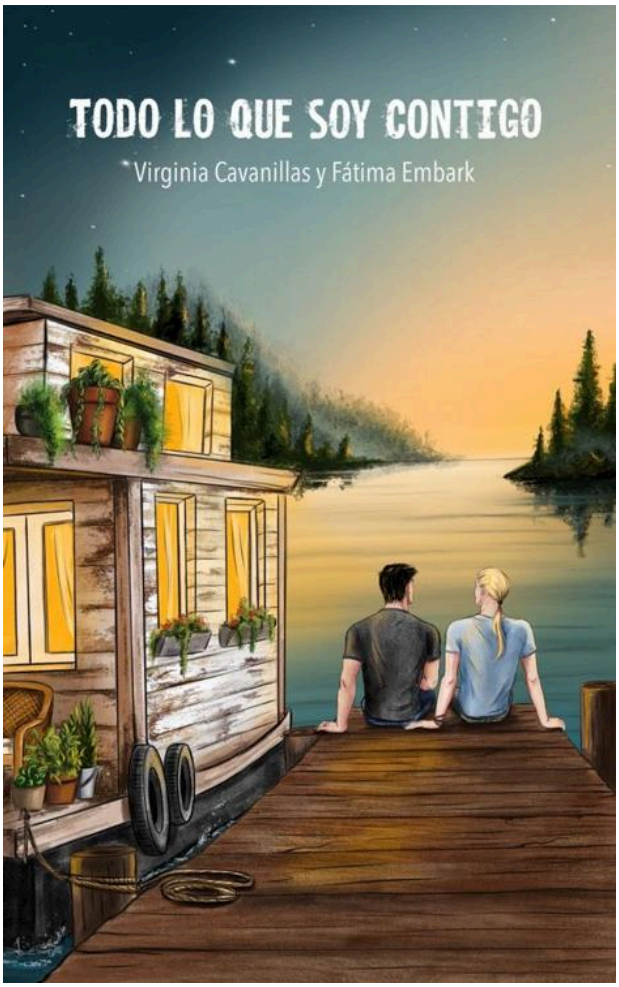
«Quería encontrar una pareja con la que pasar Halloween y encontré a una persona con la que pasaría cualquier día, aunque no fuese Halloween».

Gabriel es… especial; de único, de particular. Si pudiera, se convertiría en un personaje de una película de Tim Burton. Le gusta Halloween, no solo porque es su cumpleaños, sino como forma de vida. Su mayor deseo es compartirlo con alguien que adore esa fecha tanto como él. ¿Acaso es mucho pedir? Hombre,

mujer… Le da igual siempre que decorar calabazas, ver películas de miedo y oler a otoño esté en los planes. Gabriel quiere enamorarse, y hacerlo bien por una vez.

Hendrix le ha dado un descanso al amor. Cansado de ser un anfitrión cuyos visitantes llegan a su vida con fecha de caducidad, ha decidido que no quiere nada de romances ni de aventuras. Y mucho menos si el chico en cuestión es un bisexual sin experiencia obsesionado con las calabazas, las velas y sin filtro a la hora de hablar. No, se niega.

¿Existe el destino? ¿Hay parejas que han nacido para estar juntas? ¿O el amor es una carretera de doble sentido por la que hay que aprender a conducir? A veces, solo se trata de subirse al coche de la persona correcta.



Libro 2: T*odo lo que soy contigo*

Dos chicos rotos que necesitan recomponerse por separado antes de unir sus piezas y formar un todo perfecto.

Dani se ha perdido entre Daniel y Danielle. Es uno de día y otra de noche. Es los dos y a la vez ninguno. Necesita encontrar un equilibrio, y por ello ha decidido cambiar de vida; reconstruirse, aunque le cueste; no ocultarse tras una mentira. Su familia, su mejor amigo de la infancia, su exmujer…, todo forma parte de un pasado que lo ha marcado y lo ha hecho esconderse tras una fachada que no es él.

Taylor está cansado. Se esconde tras sus libros distópicos, sus pantallas de ordenador y sus relaciones de una noche de las que escapa antes de que salga el sol. Está perdido, un poco roto y sorprendido de encontrarse a alguien de su pasado que no esperaba volver a ver. Alguien que encarna al amor platónico de su

infancia y, a la vez, es la personificación de sus miedos y su soledad. Lo odia; o eso quiere creer. La única manera de descubrirlo será acercarse a él.

¿Será capaz Dani de recomponer sus fragmentos y convertirse en el todo que quiere ser, en todo lo que puede ser para Taylor? ¿Logrará Taylor ver a Dani tal y como es y se encontrará a sí mismo a su lado?